Sadie Matthews

Secretos en la oscuridad

Annotation

Enamorarme de Dominic me cambió como persona. Renuncié totalmente a lo que era antes y le entregué mi corazón y mi confianza, pero en un momento exquisito y a la vez terrible, él perdió el control. Angustiado por lo que había hecho, decidió encerrar sus deseos oscuros en lo más profundo de su ser.Ahora Dominic no es el único que necesita desesperadamente ese juego de seducción que implica caminar por el filo de la pasión, entre el dolor y el placer, el desenfreno y la liberación. Persuadir a Dominic para que deje salir esa parte tan íntima de sí mismo va a suponer el mayor riesgo que he corrido en mi vida, pero no puedo evitarlo. Aunque eso signifique que no volvamos a estar juntos nunca más.Provocativa y sofisticada, emocionante y seductora,'Secretos en la oscuridad'te llevará de la mano de Beth y Dominic por caminos que nunca imaginaste, por placeres cautivadores que siempre soñaste. Te acercará un paso más al filo agridulce de la pasión.

SADIE MATTHEWS

Secretos en la oscuridad

En la oscuridad Nº2

Alianza

Sinopsis

Enamorarme de Dominic me cambió como persona. Renuncié totalmente a lo que era antes y le entregué mi corazón y mi confianza, pero en un momento exquisito y a la vez terrible, él perdió el control. Angustiado por lo que había hecho, decidió encerrar sus deseos oscuros en lo más profundo de su ser.Ahora Dominic no es el único que necesita desesperadamente ese juego de seducción que implica caminar por el filo de la pasión, entre el dolor y el placer, el desenfreno y la liberación. Persuadir a Dominic para que deje salir esa parte tan íntima de sí mismo va a suponer el mayor riesgo que he corrido en mi vida, pero no puedo evitarlo. Aunque eso signifique que no volvamos a estar juntos nunca más.Provocativa y sofisticada, emocionante y seductora,'Secretos en la oscuridad'te llevará de la mano de Beth y Dominic por caminos que nunca imaginaste, por placeres cautivadores que siempre soñaste. Te acercará un paso más al filo agridulce de la pasión.

Autor: Matthews, Sadie
©2014, Alianza
ISBN: 9788420688275
Generado con: QualityEbook v0.75

Para H. B.

Prólogo

TODOS LOS DÍAS me despierto con la misma palabra resonando en mi cabeza. Solo una palabra.

«Dominic.»

Lo raro es que a veces es una afirmación, como una confirmación o un mantra, simplemente una expresión de fe. Otras es una pregunta («*¿Dominic?*»), como si esperara que su voz respondiera, solo un eco en mi mente, para asegurarme de que todavía piensa en mí, que aún es mío, que seguimos estando conectados. Y hay días en que es como un grito, una llamada desesperada a través de la oscuridad de la noche justo en ese momento en que empieza a amanecer.

Pero no importa cuánto me esfuerce en escuchar; nunca me llega una respuesta.

A veces me cuesta mantener la fe, creer que va a volver conmigo. Pero estoy segura de que lo hará.

Lo que no sé es cuándo.

Capítulo 1

MIRO FIJAMENTE al hombre que tengo delante. Reuniendo todas mis energías, cierro los puños, aprieto la mandíbula, apoyo firmemente la pierna de base hasta que parece de acero y levanto la otra con la intención de administrar a través de ella toda esa fuerza. Giro apoyándome en el talón, siento la rodilla contra el pecho y... ¡PAF!

Doy una buena patada a la que le aplico toda la potencia que he podido reunir. Golpeo con el pie la almohadilla que tiene levantada mi entrenador y noto con mucha satisfacción que se tambalea un poco por el golpe.

—Bien —dice—. Muy bien.

Cuando vuelvo a poner los dos pies en el suelo, estoy jadeando.

—Puedo seguir —respondo sin aliento.

Sid ríe.

—Creo que ya es suficiente por hoy. Esta mañana te has debido de echar por error algún estimulante en el café. ¿De dónde sacas toda esa energía?

Me quito el casco y sacudo la cabeza para despegarme el pelo, que me cae por el cuello en mechones húmedos y sudorosos.

—Bueno, ya sabes... Es que necesito liberar tensiones.

Lo que es absolutamente cierto. ¿Pero qué tipo de tensiones? La mayor parte del tiempo lo que intento es librarme del deseo insatisfecho que siento por Dominic. Y la otra mitad pienso que lo que estoy golpeando es la cara de su jefe, el hombre cuyos negocios han mantenido a Dominic lejos de Londres todo este tiempo. No tengo ni idea de cómo es ese hombre, pero eso no importa. Cuando termino con mi paliza imaginaria, nadie podría distinguir su cara de todas formas.

—Vale, muy bien, Beth —me felicita Sid, quitándose las almohadillas—. Te veo la semana que viene.

—VAYA, SÍ QUE ESTOY sudando. —Laura se quita una cinta mojada del pelo oscuro y la agita en el aire, arrugando la nariz y echándose a reír. Me mira de reojo y dice—: Y parece que a ti también te ha venido bien el ejercicio.

—Estoy muerta. —No me veo, pero sé que me brillan las mejillas y siento el sudor en el pelo y la frente—. Pero me encuentro muy bien.

—Yo también.

Fue idea de Laura lo de apuntarnos a clases de *kick-boxing*. Ya me había dado cuenta de que ella estaba a punto de explotar a causa de los nervios acumulados por el nuevo trabajo que acababa de empezar. Después de tres años de estudiante y varios meses de libertad viajando en plan mochilera por todo el mundo, ahora las restricciones de la vida laboral suponían demasiada presión.

—¡Tengo que estar en la oficina tan temprano! —se quejó una noche, tirada

en el sofá con el viejo chándal cómodo que solía ponerse después de un duro día de trabajo. Suspiró—. Y tengo que pasarme todo el día en mi mesa e incluso quedarme hasta tarde si quiero demostrarle al jefe que me lo estoy tomando en serio. ¡Y solo tengo tres semanas de vacaciones al año! No sé cómo voy a poder soportarlo. —Me miró con cara de envidia—. Qué suerte tienes de tener un trabajo tan interesante.

Y yo la miré fijamente.

—Pero a mí no me pagan el sueldo de una consultora de gestión en prácticas, ¿sabes?

Puso cara de desagrado.

—Bueno, la verdad es que no sé si merece la pena.

Toda esa energía contenida obviamente le suponía un problema porque, cuando vio que había clases de *kick-boxing* en el gimnasio que había justo a la vuelta de la esquina de nuestro piso, nos apuntó a las dos sin preguntarme siquiera si me parecía bien. Aunque la verdad es que sí me lo parecía. Yo también necesitaba una liberación, aunque una diferente de la de Laura. Me sorprendió ver que me adapté al ritmo de las clases casi inmediatamente y que empecé a disfrutarlas de verdad; la sensación de poder recorriendo mi cuerpo me da un subidón que me resulta adictivo. Siempre vuelvo a casa sintiéndome fuerte y llena de confianza gracias al torrente de endorfinas y al cansancio. Un cansancio que nace de hacer algo en lo que se gasta energía de verdad y que es muy diferente del que se produce por el desgaste del trabajo y el rutinario viaje de ida y vuelta.

—No me puedo creer que estemos aquí —dice Laura, un poco sorprendida cuando entramos en nuestro piso—. Tú y yo, viviendo juntas en Londres, ¡y con trabajos de verdad! Parece que fue ayer cuando no éramos más que un par de estudiantes zarrapastrosas que pasábamos las noches en un bar, estirando las bebidas todo lo que podíamos. Y ahora míranos. Tiene incluso cierto *glamour*, ¿no te parece?

Me río, pero no digo nada mientras entro detrás de ella. Laura sabe muy poco de cómo he pasado el verano y de las cosas increíbles que me ocurrieron cuando conocí a Dominic. Si le parece que nuestro maltrecho piso del este de Londres es glamuroso es porque nunca ha estado en el apartamento de Mayfair desde el que yo vi a Dominic por primera vez, en el apartamento de enfrente; ni tampoco en el diminuto pero lujoso *boudoir* que Dominic arregló para nosotros en la planta más alta de su bloque de apartamentos.

El boudoir. Sigue allí, esperándome. Veo en mi mente la llave, guardada en un saquito negro en mi joyero. *Pero no soy capaz de ir allí. Sin Dominic no.*

—Supongo que han cambiado muchas cosas desde entonces —digo cuando entramos en la cocina a por un vaso de agua fría.

Laura me atraviesa con una mirada significativa.

—Tú sí que has cambiado. A veces me pregunto qué es lo que te pasó mientras yo estaba en Sudamérica. Cuando me fui estabas decidida a quedarte en casa y construir una vida con Adam. Y ahora... bueno, a mi vuelta me he

encontrado a una chica que es todo *glamour*, con un trabajo increíble en el mundo del arte y un exnovio que ya no es más que agua pasada. Y todo eso es genial, pero...

—¿Pero? —Saco un par de vasos del armario y una jarra de agua fría de la nevera.

—Beth, la verdad es que... estoy preocupada por ti.

—¿Preocupada? —repito mientras observo cómo los vasos se llenan de agua. He estado intentando actuar con normalidad, pero tal vez no me ha salido tan bien como creía.

Laura coge el vaso que le tiendo y me mira de nuevo con esos ojos que parece que tienen rayos X. Estoy segura de que esa capacidad para analizar a la gente y las situaciones va a convertirla en una excelente consultora de gestión, pero es algo que te hace la vida bastante difícil cuando lo que intentas es guardar un secreto.

—No me has hablado mucho del hombre que ha habido en tu vida, ese Dominic —empieza a decir con una vocecilla suave que indica que está a punto de decir algo importante—. Pero es obvio que estás completamente loca por él y que hace semanas que no tienes noticias suyas.

Seis semanas, cuatro días y tres horas. Aproximadamente...

Pero solo hago un ruido indefinido y que no compromete a nada.

—Y sé que eso te está haciendo sufrir —continúa, todavía con esa vocecilla suave—. Estás intentando ocultarlo, pero soy tu amiga y te conozco. ¿Por qué no le mandas un mensaje o un email? ¿O le llamas? Para enterarte de qué demonios está pasando con él.

Utilizo el largo sorbo de agua que estoy tomando como excusa para no responder durante unos segundos.

—Porque él me dijo que se pondría en contacto conmigo. Y estoy esperando a que lo haga.

—Yo estoy a favor de jugar al juego de esperar a que te llame —se apresura a decir Laura—. Ya sabes, no hay que parecer demasiado ansiosa ni ser demasiado obvia. Pero, por lo que me has dicho, vosotros llegasteis más allá de salir unas cuantas veces. La cosa entre los dos iba en serio, ¿no?

Me doy cuenta de que lo ha dicho en pasado y siento una horrible punzada de dolor. He estado intentando convencerme de que no se ha acabado, pero esa evaluación inconsciente de la situación que ha hecho Laura es como si un jarro de agua fría acabara de caer sobre todas mis esperanzas.

—Por eso creo que debes ponerte en contacto con él —continúa, ajena a mi reacción—. Pídele una explicación. Pregúntale cuándo va a volver y qué siente por ti.

—No puedo —le digo, tal vez con demasiada brusquedad. Ojalá pudiera decirle por qué no es tan sencillo, pero hay cosas de mi relación con Dominic que nunca le he contado a nadie. Me imagino explicándole a Laura lo que hacíamos en el *boudoir* o lo que pasó en la mazmorra de El Manicomio y, aunque es mi mejor amiga y ha visto suficiente mundo, no creo que pudiera

entenderlo. La horrorizaría. Me diría que lo dejara inmediatamente y que encontrara a alguien agradable y normal.

Y tal vez eso es lo que debería hacer.

Pero sé en el fondo de mi corazón que no quiero a alguien agradable y normal. Ya lo tuve y ahora no podría volver a eso.

Laura parece irritada.

—No entiendo por qué no puedes ponerte en contacto con él. ¡Es obvio que esto te está sacando de quicio! ¡Eres infeliz, lo veo en tu cara!

—No soy infeliz —le respondo.

—¿Ah, no?

—No. Estoy furiosa. Eso es lo que estoy. Muy furiosa. Por mí se puede quedar donde quiera que esté para siempre. —Suena falso incluso mientras lo estoy diciendo. Sí que estoy furiosa, pero no sé si es con Dominic por no ponerse en contacto, conmigo misma por confiar en él en un principio o con su jefe por enviarlo fuera del país justo en el momento en que parecíamos estar solucionando las cosas.

Laura me mira fijamente y entonces dice:

—Llámale, Beth. Libérate de este tormento.

Le sonrío.

—No te preocupes por mí. De verdad. Pero no le voy a llamar. Ni a mandarle un mensaje. Ni un email. Si me quiere, ya sabe dónde estoy. Hasta entonces, voy a seguir con mi vida. Por cierto, ¿a quién le toca hacer la cena? Me muero de hambre.

Solo mucho más tarde, ya en la cama, puedo dejar de hacerme la fuerte. Me tumbo boca arriba, abrazándome para obtener un poco de consuelo, y le envío mi pregunta al universo:

¿Dónde estás, Dominic?

—HOLA, BETH, ¿cómo estás?

Mark Palliser, mi jefe, me saluda como todos los días cuando entro en su despacho. Él lo llama así, pero en realidad se trata de una habitación tan bonita que debería haber otra palabra para calificarla, algo menos personal que «estudio» pero más atractivo que «despacho», que suena a tubos fluorescentes en el techo, archivadores y fotocopiadoras. Porque esa habitación no tiene absolutamente nada que ver con eso. Es circular, con una resplandeciente lámpara de araña colgando de una moldura muy elaborada con forma de rosetón y todo el techo bordeado por otra con ovas y dardos. Tiene tres grandes ventanas con vistas a un jardín, enmarcadas por unas cortinas llenas de pliegues voluptuosos, y entre ellas está el escritorio de Mark, un mueble de estilo Regencia, enorme y brillante, con incrustaciones de una marquetería exquisita. El suelo es de parqué reluciente, cubierto por gruesas y elegantes alfombras turcas, y una luz dorada emitida por las lámparas que hay sobre el escritorio y en las mesitas auxiliares inunda toda la habitación. Pero lo mejor de todo son los cuadros que cuelgan en las paredes: óleos con marcos dorados y tallados con intrincados diseños, acuarelas, pasteles, bocetos a carboncillo,

estampas y grabados. Los temas son muchos y variados: un bonito paisaje al óleo de un lago escocés descansa alegremente junto a un impresionante boceto a lápiz renacentista de color sepia con la imagen de un ángel. O un retrato de un cócker spaniel con una mirada muy tierna aparece al lado de un grabado oscuro de una escena libertina del período Regencia. De vez en cuando algunas de esas maravillas desaparece, porque Mark ha conseguido que uno de sus muchos clientes se lleve alguna a casa, y un nuevo tesoro ocupa su lugar. Estoy empezando a aprender cómo funciona todo. La semana pasada hice los preparativos para que un diminuto óleo impresionista de una chica bañándose fuera embalado según el estilo característico de Mark: tiene unos marcos de madera para contener las obras, láminas protectoras, cajas especialmente diseñadas, plástico de burbujas verde pálido y un papel de seda libre de ácidos, todo ello con su emblema personal estampado: unas letras «MP» dentro de un marco ovalado. Cuando la pequeña obra estuvo perfectamente embalada, tuve que hacerle un seguro por una cantidad que al verla hizo que se me secara la boca y después la envié a una de las direcciones más caras del mundo.

Todo esto queda tan lejos de donde yo crecí, un pequeño pueblo de Norfolk, que a veces apenas puedo creer que ahora pase mis días así y además me paguen por ello.

Mark está sentado tras su escritorio, tan elegante y bien arreglado como siempre. Tiene el pelo oscuro y grueso que le nace desde una frente baja, unos ojos azules diminutos y brillantes, la nariz larga sobre una boca pequeña y la barbilla hundida. No es lo que se dice guapo, pero se mueve por el mundo con el aire de alguien espectacularmente atractivo y siempre va tan bien vestido y acicalado que no puedo evitar creer que de alguna forma sí que lo es.

—Buenos días, Mark —respondo a su saludo—. Estoy bien, gracias. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias. Gianna me trajo un café antes. —Mark me sonríe—. Así que a trabajar.

Me siento, como todos los días, en la silla de cuero de asiento amplio que hay frente a su mesa y saco mi cuaderno forrado de piel de avestruz turquesa (un regalo de James, mi anterior jefe, cuando empecé en este trabajo) para apuntar los detalles de lo que Mark quiere que haga hoy. El trabajo siempre es diferente e interesante; nunca sé si voy a tener que ir a Sotheby's, Bonhams o Christie's para una subasta, a visitar a un cliente en alguna de esas casas extraordinarias, si tendré que viajar por todo el país para la venta de una propiedad o si me pedirá que vaya a evaluar algo que acaba de descubrir. Mark es un marchante privado de arte respetado y triunfador (lo bastante triunfador para tener una casa en Belgravia y algunas obras de arte muy valiosas en su propia colección privada).

Tomo notas breves, escribiendo rápidamente sobre el papel de buena calidad del cuaderno, mientras Mark enumera unas cuantas cosas que quiere que haga. Solo llevo trabajando para él unas cuantas semanas, pero ya me siento

una parte importante de su equipo. También está Jane, su secretaria, que se ocupa de la mayor parte del aburrido trabajo administrativo, lo que es una suerte para mí porque Mark se niega a escribir ni un solo correo electrónico; prefiere hacerlo todo a mano y que alguien después lo pase a ordenador. Ella viene dos veces al día: por la mañana para recoger el trabajo en esos portafolios de piel verde oscuro con las letras MP grabadas en dorado, y por la tarde para traerlo terminado. Trabaja en su pequeño piso de Chelsea, con la compañía de sus dos cócker spaniel King Charles.

—Bien. —Mark deja en la mesa su pluma estilográfica *vintage* de Cartier y se arrellana en la silla. Me mira fijamente con sus brillantes ojillos azules—. Tengo que pedirte algo. ¿Tienes el pasaporte en vigor?

Visualizo mi pasaporte, en el cajón de la ropa interior donde lo guardo. Las tapas de color rojo oscuro están inmaculadas por lo poco que lo he usado, pero sin duda todavía no ha caducado.

—Sí.

—Bien. ¿Quieres venir a hacer un viajecito conmigo? Aunque no es a ningún sitio exótico, me temo. Solo al sur de Francia.

Me quedo mirándole con la boca abierta.

Él me devuelve la mirada y obviamente interpreta mi silencio como reticencia.

—No hay problema si no quieres venir. Seguro que me las puedo arreglar perfectamente solo...

—No, no —me apresuro a responder—. Me encantaría. De verdad. He ido a Francia, pero solo de vacaciones familiares a Normandía y una vez de excursión con el colegio a París. Pero me encantaría conocer el sur.

—Es un sitio precioso —dice Mark sonriendo—. Aunque no te puedo prometer que vayamos a tener tiempo para hacer mucho turismo. Tenemos trabajo, así que seguramente pasaremos la mayor parte del tiempo en la villa, pero ya veremos si puedo organizar algo para que tengas algún momento para escaparte.

—¿La villa?

—Sí. Vamos a ver al que seguramente es mi cliente más prestigioso. Sin duda el más rico, si ese detalle quiere decir algo. Andrei Dubrovski es un oligarca con mucho poder. ¿Has oído hablar de él?

Nada más salir de los labios de Mark, el nombre me deja sin aliento. *Dubrovski*. Es el nombre que he estado repitiendo en mi mente mientras le daba las patadas más fuertes a las almohadillas de Sid. *¡Toma, Dubrovski! ¡Y toma esa también!* Ha sido parte de mi vida desde que Dominic lo mencionó por primera vez: «Andrei Dubrovski. Mi jefe». Desde entonces ese misterioso magnate ruso ha constituido una parte imprecisa pero importante de mi vida. Fueron sus asuntos los que se llevaron a Dominic a Rusia cuando nuestra relación entró en crisis.

Ahora me parece muy lejana aquella noche cálida de verano en el restaurante a la orilla del Támesis, con la brisa fresca y salada soplando contra

la piel de nuestras caras. Entonces fue cuando Dominic y yo acordamos que me iba a iniciar en un mundo de excitación, placer y dolor que antes solo había podido imaginar. Estaba muy emocionada por la anticipación y sentía una especie de vértigo porque él y yo íbamos a hacer ese viaje juntos. Me tenía completamente encandilada. Y durante un tiempo la aventura fue maravillosa y me llevó a lugares de extremo placer físico que yo ni siquiera sabía que existían. La felicidad duró hasta la noche de El Manicomio, cuando él fue demasiado lejos y me causó un dolor muy real y desesperado tanto en el cuerpo como en el corazón. Le perdoné, pero él se quedó destrozado por lo que había hecho. Necesitaba solucionar todo aquello, me dijo. Y entonces Dubrovski le llamó para que fuera a Rusia a no sé qué proyecto y Dominic aprovechó la oportunidad para poner cierta distancia entre nosotros mientras se aclaraba las ideas. «¿Podrás esperarme?», me pidió. Y yo le he esperado.

Para lo que me ha servido...

Siempre he sabido que Mark y Dominic trabajaban para el mismo hombre y también contaba con que algún día Mark tendría que hacer algún trato con Dubrovski. Para ser sincera, acepté el trabajo como ayudante de Mark en parte por esa razón. Ahora ha llegado el momento y él quiere llevarme adonde está Dubrovski. Por fin voy a poder ver a la persona misteriosa que ha tenido tal influencia en mi vida. Tal vez incluso consiga entender un poco más a Dominic.

—¿Beth? ¿Estás bien? —Mark se ha inclinado hacia delante, preocupado—. Te has puesto un poco pálida.

—Sí... estoy bien —digo inspirando hondo. Siento esa extraña mezcla de placer y dolor a la que me he acostumbrado desde que conocí a Dominic. Solo pensar en él me produce una deliciosa oleada de deseo y excitación, pero siempre la acompaña una amarga punzada de infelicidad. *Dios, cómo te echo de menos*. Y después siento una furia que me hace hervir la sangre. *¿Cómo te atreves a dejarme así después de todo lo que hemos pasado juntos?*

—Sí, claro que he oído hablar de Andrei Dubrovski. ¿Y quién no?

—Bueno, si estás segura de que te apetece venir...

—Sí, claro. —Ya vuelvo a parecer yo misma, estoy segura. Y también estoy segura de que quiero ir al sur de Francia con Mark. Ahí, como mínimo, hay una conexión con Dominic, y no puedo resistirme a eso.

—Bien. —Mark parece satisfecho de que haya accedido—. Cuando un hombre como Dubrovski te llama, hay que ir tan rápido como sea posible. Él es el que pone un plato de comida caliente en nuestras mesas después de todo. Así que saldremos mañana y estaremos fuera un par de días por lo menos. ¿Te viene bien?

Asiento.

—No hay problema. Ya me conoces. Mi agenda es muy flexible.

—Excelente. No te olvides el pasaporte. Ahora creo que deberíamos ponernos en camino a Bond Street. Oliver me ha dicho que acaba de entrar un verdadero tesoro que tengo que ver.

—Muy bien —respondo a la vez que me levanto—. Voy a por mis cosas.

Capítulo 2

NO TENGO TIEMPO para pensar en mi inminente viaje a Francia en toda la mañana. Solo cuando Mark y Oliver deciden que se van a ir al club de Mark a tomar una comida rápida, consigo tener un poco de tiempo para mí. Me voy a la cafetería de Sotheby's, que desde que trabajo para Mark se ha convertido en uno de los lugares que visito con más frecuencia. Cuando estoy en la entrada examinando el lugar en busca de una mesa que me parezca bien, oigo una voz conocida.

—¡Beth, aquí!

Miro a la sala llena de gente y veo a James sentado en una de las mesas con un periódico abierto delante. Siento una oleada de cariño: él fue quien confió en mí para darme mi primer trabajo en el mundo del arte. Y cuando se enteró de que Mark, un antiguo socio en el negocio, estaba buscando una ayudante, me recomendó para el puesto y Mark me contrató justo cuando necesitaba un trabajo. Le debo mucho. Me saluda con la mano y una gran sonrisa en la cara y me hace un gesto para que me acerque.

—¿Qué te trae por aquí, querida? —me pregunta dándome dos besos en las mejillas cuando me agacho para saludarle.

—Mark ha venido a ver a Oliver. ¿Le conoces? Es el director de la sección de arte del XIX. —Me siento en la silla vacía que hay al otro lado de la mesa —. Ahora se han ido a comer. ¿Y a ti?

—He venido a ver algunas obras que van a salir a subasta pronto. —James dobla el periódico y me mira por encima de sus gafas con montura dorada de esa forma tan característica suya, como si quisiera analizarme para saber qué es lo que de verdad ocupa mi mente—. ¿Qué tal te va la vida?

—Bien, bien...

—Vamos, Beth. Pareces nerviosa. ¿Qué ocurre? —Suaviza la expresión—. ¿Alguna noticia de Dominic?

James es una de las pocas personas que sabe casi toda la historia de lo que pasó entre Dominic y yo. Creo que no podría contárselo a nadie más: ni a Laura, ni a mi madre, ni a Celia, la madrina de mi padre y una amiga que acumula años y sabiduría. Resulta extraño que la única persona con la que puedo hablar de mi relación sea un exjefe gay y dueño de una galería al que conozco desde hace menos de un año, pero así son las cosas. Es amable, tiene la mente abierta y no es ajeno al mundo en el que me encontré inmersa durante el verano. Y me quiere de una forma platónica que me hace sentir segura y protegida.

—No, no sé nada de él.

—¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

Me quedo mirando fijamente la superficie de la mesa. Ahí está la taza de té de James, medio llena del líquido de color oscuro que se está enfriando.

Contemplo los reflejos de su superficie.

—No sé nada de él desde que se fue. Me mandó un mensaje esa noche, pero, desde entonces, nada de nada.

—¿Y le has llamado tú?

Niego con la cabeza despacio.

—Ya sabe dónde estoy. Me dijo que mantendría el contacto.

James suspira como si le entristeciera mi tozudez y también el mutis por el foro de Dominic. Después frunce el ceño.

—Pero hay algo más...

Me río a pesar de todo.

—James, ¿cómo me puedes conocer tan bien?

Él me sonríe y una alegría inesperada asoma en su cara delgada.

—Querida, eres como un libro abierto para mí. Nunca serás una mujer misteriosa en lo que a mí respecta, no importa lo inaccesible o impenetrable que le puedas parecer a los demás. Yo te veo con toda claridad. Y ahora estás prácticamente temblando como una hoja. ¿Qué ha pasado?

Me inclino hacia él con los ojos brillantes.

—Me voy al sur de Francia con Mark —le digo emocionada, y le cuento los detalles del viaje. Incluso mientras se lo estoy contando casi no puedo creerme que de verdad vaya a pasar. *Mañana. Oh, Dios mío.*

James no parece muy entusiasmado. Pensaba que aplaudiría y se congratularía por haberme conseguido ese trabajo con Mark, el tipo de trabajo que implica que voy a viajar y a ver mundo sin tener que preocuparme del presupuesto.

—¿No te alegras por mí? —le pregunto.

Reflexiona un momento antes de responder.

—He oído hablar mucho de ese Dubrovski —dice lentamente— y, por lo que he podido entender, no es un hombre muy agradable. Bueno, supongo que nadie sale de los suburbios de Moscú para convertirse en un empresario del mundo de las materias primas con una riqueza inimaginable sin adquirir ciertas... manías. Pero no es alguien con quien quisiera tener ningún contacto. Así que no me hace gracia la idea de que tengas algo que ver con él.

Sonrío ante el instinto de protección de James.

—No voy a tener nada que ver con él. Es un cliente de Mark. Solo voy para ayudar a mi jefe.

James entorna los ojos.

—¿Y por qué estás tan emocionada entonces?

—Si alguna vez te falla lo que haces ahora, podrías desarrollar otra carrera como psicólogo criminal con esa habilidad que tienes para leer las mentes —le digo intentando quitarle hierro al asunto.

Y en ese instante James cae en la cuenta. En sus ojos aparece la comprensión y me mira con una expresión de lástima.

—Oh, cariño. Crees que puede decirte dónde está Dominic...

Me ruborizo. Suena ridículo dicho en voz alta.

—Bueno...

James evidentemente no sabe qué decir. No quiere echarme un jarro de agua fría y destruir mis sueños, pero está claro que tampoco quiere alimentar mis esperanzas, por si se produce la más que probable decepción.

—Supongo que puede ser. Después de todo trabaja para Dubrovski... Al menos, por lo que sabemos, eso sigue siendo así. Pero no te ilusiones demasiado, por si acaso.

—No lo haré —le prometo—. Sé que no es algo muy probable. La verdad es que ni siquiera me lo creo de verdad. —Pero sé que, desde que Mark me dio la noticia del viaje, ha estado creciendo en mi interior la esperanza de descubrir algo sobre Dominic allí, en Francia. Solo con que Dubrovski mencionara su nombre, yo ya me sentiría más cerca de él. Es el primer rayo de sol que he sido capaz de ver en semanas. Y aunque al final sea una falsa alarma de amanecer, al menos puedo disfrutar de todas estas esperanzas mientras duran.

—Vamos a pedir algo de comer. Tienes que estar muerta de hambre.

James aparta la vista para llamar a una camarera que pasa a nuestro lado y yo cierro los ojos un momento para rezar en silencio porque consiga encontrar alguna forma de conectar con Dominic en Francia. Casi ni me atrevo a admitir ante mí misma que en lo más profundo y secreto de mi corazón lo que espero es que Dominic esté allí, en la villa, aunque sé que es una fantasía ridícula.

Me sentiré feliz solo con oír su nombre, me digo con firmeza. *Eso sería más que suficiente para mí.*

—SUENA MUY BIEN, cariño. Qué envidia. ¡Qué glamuroso, una villa! Tu vida se ha vuelto muy glamurosa últimamente. ¿Tienes todo lo que necesitas para un viaje a Francia? ¿Hace calor? ¿Tendrás que llevarte el bañador? ¿Tienes alguno que esté en condiciones?

Mi madre... Dos segundos de conversación y ya se está preocupando por si tengo de todo. Cuando se lo conté a Laura, se puso a chillar y a dar saltos por la habitación canturreando: «¡Pero qué suerte tienes, suerte, suerte, *mucha* suerte!». Y por el contrario mi madre se ha puesto nerviosa por si hago el ridículo llevando un traje de baño con agujeros.

—No creo que vaya a tener mucho tiempo para ponerme en bañador, mamá. —Mientras hablamos voy sacando ropa de los cajones y el armario y colocándola sobre la cama, preguntándome qué voy a necesitar para pasar unos días en una villa del sur de Francia—. No voy de vacaciones. Voy a estar trabajando.

—Ponte la ropa más abrigada para el viaje en el avión, por si hace frío —me aconseja mi madre, que ya no me está escuchando—. Así no tendrás que meterla en la maleta. Con solo una maleta de mano, tienes que pensar muy bien lo que metes. Lleva dos jerséis si puedes. Al fin y al cabo estamos en octubre.

Me río otra vez cuando me imagino apareciendo con la mitad de mi armario encima, como un muñeco de Michelin compuesto de jerséis, pantalones y

faldas. Justo lo que necesito para impresionar a Mark y demostrarle que soy una verdadera mujer de mundo. No soy capaz de decirle a mi madre que no voy a volar a Niza en una compañía de bajo coste, sino en un avión privado que sale desde el aeropuerto de Londres. Si quisiera llevarme una maleta llena de los jerséis más gruesos que tengo, seguramente podría.

—¿Y cuántos días vas a estar fuera? —me pregunta mi madre, intentando fingir que se alegra por mí y que no se está preocupando (que estoy segura de que es lo que siente en este momento). Se quedó muy aliviada cuando decidí que no quería irme de viaje por el mundo de mochilera con Laura; no habría dormido ni un día de los que yo pasara lejos de casa.

—Solo unos días —le digo con aire tranquilizador—. Y te mantendré informada. Te llamaré para decirte dónde estoy.

—Muy bien. Pero pásatelo bien. No trabajes demasiado. —Mi madre solo tiene una idea algo vaga de mi trabajo, aunque le he explicado varias veces en qué consiste. Me parece que ni siquiera le parece un trabajo de verdad—. ¿Quieres hablar con tu padre?

Mientras hablo con mi padre saco un viejo biquini rojo de un cajón y, en un impulso, lo incorporo a la pila que hay sobre la cama. Seguro que hay piscina, y tal vez tenga oportunidad de usarla, ¿quién sabe? Tras despedirme y colgar, veo un destello de color donde antes estaba el biquini. Me quedo mirando un momento y después saco el suave aparato de silicona azul con una pequeña protuberancia que brota de su base. Es una de las pocas cosas que me traje del *boudoir*, aunque no lo he tocado desde la noche que Dominic lo usó conmigo con un efecto espectacular. Recuerdo cómo me ordenó que lo preparara, lubricándolo con cuidado hasta que se quedó brillante y prometedor y después, más tarde, cómo hizo que cobrase vida en mi interior enviándome a una órbita estelar de placer que desembocó en un clímax extraordinario. El recuerdo me hace dar un respingo involuntario y siento una punzada de excitación. Por primera vez desde esa noche me pregunto cómo sería dejar que ese aparato de apariencia inofensiva hiciera la tarea para la que lo diseñaron.

Intento sofocar la efervescencia que empieza a crecer en mi interior solo con pensarlo. Necesito centrarme en los preparativos del viaje y no distraerme con recuerdos eróticos de Dominic. Estoy intentando dejar esa puerta cerrada hasta que él vuelva.

Si es que vuelve, pienso tristemente.

Frunzo el ceño. No puedo perder la fe. Volverá, y si no lo hace, iré a buscarle y le obligaré a explicarme por qué.

Por eso este viaje me está provocando todas esas expectativas, porque hay una vocecilla en mi cabeza que me susurra: *Puede que allí descubras algo. Es posible que te enteres de dónde está.*

Capítulo 3

ESTE VIAJE en avión no se parece a ninguno que haya hecho antes.

Normalmente es un proceso muy largo y pesado: ir al aeropuerto, facturar, pasar por los controles de seguridad, esperar durante horas en el enorme centro comercial *duty-free*, después dirigirte con el resto de la multitud a la puerta y esperar de nuevo allí, el apelotonamiento del embarque... Y todo eso antes de «ir» realmente a ninguna parte.

Pero esta vez un coche oscuro y brillante nos recoge a Mark y a mí en su casa de Belgravia, un conductor con la cabeza afeitada y gafas de sol carga nuestro equipaje en el maletero y después atraviesa a toda velocidad el tráfico londinense como si tuviéramos alguna dispensa especial para ignorar el límite de velocidad, los semáforos en rojo y el carril bus. Parece que solo tardamos unos pocos minutos en llegar al aeropuerto. Mark me coge el pasaporte y en algún momento se lo da a alguien por la ventanilla del coche y luego nos ponemos de nuevo en marcha. Cuando salimos del coche, ya estamos, para mi asombro, junto al avión. No hemos pisado la terminal del aeropuerto siquiera.

—Vamos, Beth —dice Mark, sonriendo ante mi evidente perplejidad, aunque estoy intentando parecer elegante, sofisticada e imperturbable—. Subamos a bordo.

El interior del avión es inmaculado y lujoso: la iluminación es tenue y acogedora, una gruesa alfombra de color pálido cubre el suelo y los amplios asientos de cuero de color amarillento están situados uno frente al otro y entre ellos hay unas mesitas de color castaño empotradas en la pared. Una azafata muy elegante nos está esperando justo al cruzar la puerta y nos guía hasta nuestros asientos sonriendo. Hasta ahora me está encantando este viaje. *Me podría acostumbrar a esto fácilmente.*

—Despegaremos en cuanto estén listos —nos dice la azafata—. Volveré cuando ya hayamos alcanzado la altura necesaria para ver si necesitan algo. Que tengan un buen despegue. —Y se va para dirigirse a una puertecita al final del pasillo.

El asiento es increíblemente cómodo y me siento casi absorbida por la suavidad del cuero amarillento. Me relajo y me pongo el cinturón.

Mark se acerca a mí, jugueteando con sus gemelos de oro rosa como suele hacer. Está sonriendo y sus ojos tienen un brillo divertido.

—No dirás que no te muestro las mejores comodidades, ¿eh, Beth? Hoy especialmente...

—¡Siempre es así! —le respondo riendo. Y es cierto. Desde que empecé a trabajar para Mark, he podido ver destellos de un mundo cuya existencia antes solo intuía vagamente, aunque sabía que no estaba al alcance de nadie que llevara una vida como la mía. Y ahora aquí estoy, en un avión privado. Sacudo la cabeza—. Esto es una locura.

—Disfrútalo. —Mark se acomoda en su asiento y se abrocha el cinturón en el regazo—. La forma en que actúan los ricos es algo que merece la pena contemplar. Siempre y cuando no tengas la tentación de hacer lo mismo que ellos.

Unos minutos después el avión se dirige a la pista, traqueteando un poco al pasar sobre terreno irregular. Fuera, el día de octubre está cubierto y puedo sentir que la noche se está acercando aunque no es más que mediodía. El avión se sitúa y, después de una pausa en que solo se oye el ronroneo del motor, empieza el despegue, con la maquinaria rugiendo con toda su fuerza al adquirir velocidad. El morro se inclina, empieza a elevarse, y en un segundo estamos en el aire, avanzando poderosamente hacia el cielo mientras la tierra queda atrás debajo de nosotros. Un minuto antes estábamos a salvo sobre la tierra y ahora estamos tan arriba en el cielo que, si algo sale mal, acabaremos muertos. Qué distancia más corta entre la seguridad y el peligro. Ese pensamiento me produce una extraña oleada de entusiasmo. Estamos vivos y en el cielo. Siento una especie de temblores en el estómago que se parecen a la excitación. Qué raro; nunca antes el despegue de un avión me había provocado algo así.

Tal vez esta excitación peculiar es un extra de los viajes en avión privado.

Aparece la guapa azafata, con el maquillaje tan perfecto que parece que es parte de su cara y no algo pintado sobre ella, y nos pregunta con su tono amable si queremos algo de beber. Mark pide champán para los dos.

—Quiero que disfrutes de la experiencia integral —me dice cuando la azafata se va a buscar las bebidas—. Normalmente no te animaría a beber en horas de trabajo, pero haremos una excepción...

Poco después tenemos en la mano unas copas altas de champán, con las burbujas estallando suavemente contra el cristal, y la azafata nos sirve la comida: una deliciosa y ligera comida otoñal que consiste en faisán asado frío con ensalada de endivias, calabaza y pera y unos daditos de apio salteado y aromatizado con tomillo. Después nos trae una carlota de manzana con unas natillas al Sauterne y para terminar un plato de quesos curados y cremosos con galletitas crujientes. Mark y yo no dejamos de charlar mientras comemos y casi me puedo imaginar que estamos en un restaurante de lujo en vez de volando a 35.000 pies sobre el Canal de la Mancha y por encima de Francia.

Cuando nos acercamos al aeropuerto de Niza, recuerdo las palabras de advertencia de James sobre tener algo que ver con Dubrovski y me pregunto en qué me he metido. ¿Me voy a sentar a cenar con la mafia rusa esta noche? Me imagino a Dubrovski como un Al Capone ruso, con una tripa enorme tensando al máximo la tela de su chaleco y sentado a una mesa rodeada de hombres con trajes oscuros que mastican chicle, las culatas de las pistolas asomando junto a sus axilas y las gafas de sol ocultando miradas implacables, todos ellos listos para apretar el gatillo a la mínima y empezar un tiroteo solo porque alguien ha tosido a destiempo. Tal vez debería practicar un par de movimientos de *kick-boxing* cuando aterricemos, por si acaso. Sonrío para mí.

Estoy pensando como si estuviera en una película de James Bond... Será mejor que controle mi imaginación o me voy a provocar pesadillas.

Pero mi imaginación no está ocupada solo con esa escena mafiosa. Cuando empezamos a descender, me pongo seria conmigo misma y me digo que tengo que controlarme. *¡Todas las fantasías secretas están prohibidas! Dominic no va a estar aquí y es probable que ni siquiera oiga mencionar su nombre. De hecho, seguro que es un trabajo aburrido y pronto estaré deseando volver a casa. Tal vez la mejor parte haya sido el vuelo.*

Bostezo para demostrarme a mí misma lo realista que estoy siendo y lo bien plantados en la tierra que tengo los pies.

* * *

ES EVIDENTE QUE a Mark todo esto le resulta familiar. Cuando aterrizamos y el avión se detiene junto a la terminal, se suelta el cinturón tranquilamente y me dice que habrá un coche esperándonos al salir.

No sé cómo nos saltamos con tanta facilidad el procedimiento habitual de aduanas, seguridad y control de pasaportes, pero de nuevo un coche negro con los cristales tintados nos está esperando en la pista y unos minutos después ya vamos conduciendo por las carreteras francesas, alejándonos del aeropuerto. Mark me devuelve mi pasaporte. Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo se lo han entregado a él.

—Así funcionan las cosas cuando hay dinero de por medio —me dice al ver mi expresión. No puedo evitar pensar que con eso no hacen más que burlarse de las leyes que el resto del mundo tiene que cumplir. De esta forma podría haber metido cualquier cosa de contrabando en el país... Pero no digo nada. Las cosas van a ser así en este viaje.

El tiempo es más cálido y soleado que en Londres. El día de octubre aquí tiene un claro cielo azul con un sol bajo pero brillante. Los jerséis de cachemir que me he traído me parecen superfluos y el biquini rojo me resulta más adecuado.

—¿A qué distancia está la casa? —le pregunto a Mark.

—A una hora más o menos —me contesta—. Es un lugar precioso. Te va a encantar.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Dubrovski? —sigo preguntando con curiosidad.

—Unos cinco años. Desde que empezó a ganar mucho dinero. Es imposible tener sus gustos en cuanto a arte si no tienes esas cantidades. Quiere grandes maestros y nombres famosos. Pretende ser como Francisco I: tener la *Mona Lisa* colgada en su baño, un Rembrandt en el pasillo y un Tiziano en el armario de los abrigos. Para él es la forma más sofisticada de expresar su éxito. Y en eso le ayudo yo: siempre estoy buscando el tipo de obras que le gustan y me llama para que le dé mi opinión de experto cuando encuentra algo que le agrada. Es un buen acuerdo, porque yo comprendo sus gustos y él confía en mí plenamente. Me paga una buena suma para que esté a su total

disposición y por supuesto también una buena comisión en todo lo que compro para él. —Mark sonríe feliz—. Un buen acuerdo, como te digo.

Eso parece. ¿Es eso otra característica del mundo de los ricos?, me pregunto. ¿Grandes sumas de dinero que cambian de manos por lo que aparentemente es muy poco esfuerzo? Tal vez cuando tienes mucho, el dinero pierde su carácter y su valor y empiezas a pensar que esas grandes cantidades no son para tanto. Por eso la gente rica les da billetes de cien de propina a los camareros y paga comidas que valen miles.

—¿Te cae bien? —le pregunto sin pensar.

—Claro —responde Mark—. ¿Por qué no iba a caerme bien?

—He leído en alguna parte que tiene un pasado turbio. —Eso es lo que James insinuó al menos...

—Eso no es asunto mío y tampoco debería ser cosa tuya —dice Mark bastante serio—. Nosotros aceptamos a los clientes por sí mismos y por los negocios que hacen con nosotros. Conmigo él siempre ha hecho las cosas bien.

¿Y con Dominic? No puedo evitar hacerme esa pregunta en mi fuero interno. *¿Qué tipo de jefe será con él?* Nunca me ha contado mucho, solo que es un hombre muy rico y poderoso. Mark no sabe nada de mi conexión con Dominic, aunque sí que le conoce. James fue a casa de Mark por negocios y vio a Dominic allí. Sin duda Dominic estaba ocupándose de algún asunto que Dubrovski tenía con Mark y James oyó que Dominic le decía que se iba a Rusia esa noche. Cuando James me contó todo eso, supe que no me quedaba mucho tiempo para ver a Dominic una vez más y le dejé una nota para que fuera al *boudoir* esa tarde. Fue la última vez que nos vimos.

Durante un momento vuelvo a aquella tarde. Estamos haciendo el amor con la ternura y la pasión propias de cualquier pareja: el dolor y los malentendidos han quedado olvidados en el placer de su piel contra la mía, su cuerpo moviéndose en mi interior, nuestros besos y nuestros jadeos y el clímax que nos envuelve a ambos. Entonces es cuando me explica por qué tiene que irse.

Pero nunca he llegado a comprenderlo del todo. Sé que estaba muy consternado por su error de aquella noche en que llegó a hacerme daño. Pero le perdoné y él había cambiado. ¿Por qué tuvo que irse entonces?

No fue solo porque necesitara espacio. También fue por ese hombre, Dubrovski, que llamó a Dominic a su presencia. Y desde entonces no he sabido nada.

El coche se para ante unas enormes puertas enrejadas. Un guardia sale de una garita que hay detrás de las puertas y viene a hablar con el conductor, nos mira a través de la ventanilla y nos deja entrar. Ya hemos llegado, pienso. Y durante un segundo siento que la adrenalina empieza a correr por mis venas al pensar que tal vez Dominic esté esperándome al final del camino de entrada que se curva justo delante de nosotros.

El camino pasa entre arbustos elegantemente podados y arriates de flores perfectos y de repente aparece la casa: una enorme villa blanca con un tejado

gris y cuadrado, muy propio de la Francia del XIX, que acaba en remates de hierro forjado serpenteantes. Es preciosa, pero de alguna forma también es de lo más corriente y solo destaca por su tamaño. Unas rosas de florecimiento tardío trepan por un enrejado blanco, como si las hubiera colocado un artista, y hay plantas de lavanda formando hileras impecables; todo es muy bonito y perfecto.

Un mayordomo se acerca para abrir la puerta del coche y salimos a un camino de gravilla. Yo me quedo detrás de Mark mientras conversa con el mayordomo en un francés fluido. Por lo que recuerdo de mis clases de francés del colegio, le está preguntando si vamos a ver al señor Dubrovski inmediatamente.

—*Oui* —responde el mayordomo—. *Immediatement. Suivez-moi, s'il vous plaît.*

Siento que se me hace un nudo en el estómago y me doy cuenta de que me pone nerviosa conocer a Dubrovski. Está muy bien darle patadas con todas mis ganas a las almohadillas de Sid pensando en él, pero ahora que la realidad está tan cercana, parte de esa bravuconería está desapareciendo por momentos. ¿Cómo será? ¿Un gángster bajo y rechoncho con cara de malvado? ¿Consentido, egoísta y altivo? Viene de un mundo que no puedo ni imaginarme. Recuerdo de nuevo a James diciéndome que nadie llega a donde está él sin curtirse por el camino.

Sigo a Mark, que parece totalmente relajado. Cruzamos un enorme recibidor y seguimos por un pasillo. Está decorado con unos tonos melocotón y albaricoque muy discretos y hay muebles modernos y cómodos. Todo está elegido con muy buen gusto, pero no hay nada destacable. Supongo que estoy mal acostumbrada a causa de Mark: todo lo que él tiene expresa un cierto carácter y encanto, ingenio e inteligencia. Pero ahora veo que es perfectamente posible tener mucho dinero y que te guste que las cosas sean absolutamente anodinas.

Nos hemos detenido ante un par de puertas blancas con incrustaciones doradas. El mayordomo llama suavemente y pone la mano en el picaporte dorado para abrir la puerta. Entra y murmura: «*Monsieur Palliser est arrivé, monsieur*».

Y entramos nosotros en la habitación. La primera impresión es que está llena de luz. Hay unas ventanas muy altas con vistas al jardín por las que entra a raudales la luz líquida del sol. Esa claridad me pilla de sorpresa después de la penumbra del pasillo, así que tengo que parpadear. En las paredes hay manchas de colores que parecen suplicar mi atención. Cuando mi visión se aclara, me doy cuenta de que hay maravillosas obras de arte por todas partes, algunas famosas y otras no tanto, pero no hay duda de que han salido de unas manos inconfundibles.

¿Eso es un Renoir? ¿Y un Seurat? Oh, Dios mío...

Resisto el impulso de acercarme. Al momento siguiente lo que llama mi atención es el centro de la habitación, donde hay un núcleo de energía que no

puede ignorarse. Hay un hombre de pie allí, con una mano sujetando un teléfono móvil contra su oreja y la otra metida en el bolsillo de sus pantalones amplios de lino.

Es él. El jefe de Dominic. Tal vez sea Dominic el que está al otro lado de la línea... La posibilidad hace que me eche a temblar y se me aflojen las piernas. *Pero está hablando en ruso. Estoy segura de que con Dominic no habla en ese idioma.*

Dubrovski saluda a Mark con la mano y señala los sillones que hay diseminados por la habitación. Por lo que se ve, no se ha fijado en mí, así que aprovecho el momento para observar su apariencia. Es más alto de lo que pensaba, nada que ver con el jefe mafioso bajo y fornido que me había imaginado. En vez de un traje negro y gafas de sol, lleva una camisa blanca veraniega sobre unos pantalones amplios y un par de náuticos gastados. Y no es moreno, sino más bien rubio: el pelo, que una vez fue rubio, se le ha oscurecido hasta un castaño con reflejos dorados y unos mechones grises en las sienes. Mark se dirige a unos sillones y se sienta, y yo me acomodo a su lado. Dubrovski sigue hablando en ruso, con una voz que me parece muy persuasiva aunque no entiendo ni una palabra de lo que dice. Tiene la voz áspera con un tono grave, como si hubiera fumado un millón de cigarrillos o hubiera estado cantando tan alto durante tanto tiempo que se le hubiera quedado una especie de ronquera permanente. Una voz fuerte y dominante, la de alguien que está acostumbrado a que le obedezcan. Cuando habla, todo el mundo corre para hacer lo que dice. No es raro que haya amasado tal fortuna.

Acaba su conversación y se gira para mirarnos bien por primera vez. Tiene los ojos azules más intensos que he visto en mi vida: claros pero feroces. Apenas me fijo en la nariz prominente, la boca amplia y expresiva y la barbilla sobresaliente, porque no puedo apartar los ojos de esa mirada poderosa. Pero tan fría... No hay nada tierno ni alegre en esos ojos.

—¡Mark! —Se acerca a nosotros con la mano extendida, pero sigue sin sonreír. Mark se levanta de un salto y le coge la mano y los dos se las estrechan con energía. Habla nuestro idioma con un ligero acento que suena más americano que ruso. Había estado esperando la voz del villano de Bond y la verdad es que suena más bien como la del héroe—. Me alegro de verte. ¿Cómo estás?

—Muy bien, Andrei, y encantado de estar aquí.

Yo también me pongo de pie, hipnotizada por la increíble energía que emana ese hombre en las distancias cortas. Entonces esa brillante mirada azul se fija en mí y me siento tremendamente pequeña y sin importancia. Me recorre un escalofrío al sentir todo el hielo de esa mirada.

¿Es que no sonríe nunca?

—Mi nueva ayudante, Beth Villiers —me presenta Mark—. Es mi mano derecha.

Él deja escapar un gruñido, pero no se molesta en decirme nada. Devuelve inmediatamente su atención a Mark y yo me siento aliviada de que haya

apartado esa mirada tan intensa de mí.

—Me alegro de que hayas podido venir, Mark —le dice. Parece inquieto. Tal vez eso sea lo normal en él—. Tengo noticias interesantes, muy interesantes, y necesito tu ayuda. Inmediatamente.

—¿Ah, sí? —responde Mark tan tranquilo como siempre, con las cejas enarcadas. Me da la sensación de que sabe exactamente cómo manejar a Dubrovski y cómo representar su papel de cortesano en presencia de un rey todopoderoso.

Dubrovski se sienta en uno de los sillones de color pálido y nosotros inmediatamente volvemos a los que ocupábamos antes. Realmente parece que estuviéramos en presencia de la realeza. Nos ponemos de pie cuando él se levanta, nos sentamos a la vez que él, esperamos a que se dirija a nosotros... No sé si estoy muy cómoda con toda esta sumisión. ¿Qué le otorga esos privilegios, aparte de su dinero?

—Me ha llegado la noticia de un descubrimiento muy interesante —dice con ese tono grave—. Un representante de un monasterio de Croacia se acercó a mi gente. Dice que han descubierto que tienen un Fra Angélico totalmente desconocido hasta ahora. Es increíble, lo sé, pero insisten en que es genuino. Quieren vendérmelo a mí directamente, sin sacarlo al mercado público.

Mark ladea la cabeza, como si estuviera reflexionando.

—Suena muy sospechoso, la verdad —dice muy serio—. Y es prácticamente imposible que exista un Fra Angélico que no se conozca en la actualidad. Desde que aparecieron los paneles perdidos del retablo del convento de San Marcos hace unos años, creo que ya está todo registrado. ¿Qué es lo que aseguran tener?

—Es el panel central de un retablo —explica Dubrovski impaciente. Está inclinado hacia delante, con los codos sobre las rodillas y mirando fijamente a Mark—. Y si es lo que dicen, se trata de una oportunidad increíble. Quieren una fortuna por él, por supuesto, pero solo lo que imagino que pueden esperar conseguir en el mercado mundial.

La incertidumbre cruza el semblante de Mark, pero solo durante un segundo. No creo que Dubrovski se haya dado cuenta siquiera. El ruso sigue hablando sin apenas detenerse.

—Por eso quiero que vayamos juntos y evalúes el cuadro, ¿está bien? Quiero que lo veas cuanto antes.

Mark se convierte inmediatamente en un experto en arte consumado.

—Claro, Andrei. ¿Cuándo salimos?

—Iremos mañana a primera hora, nos quedaremos a pasar la noche en el monasterio y después volveremos. —Su mirada se dirige a mí un segundo—. Tú vendrás también. —Después vuelve a mirar a Mark—. Ese es mi plan.

—Excelente —responde Mark—. Estoy deseando verlo. Si lo que dicen es cierto, estamos ante algo muy emocionante.

Me quedo mirándole atónita. *¿Un viaje a Croacia? Menuda sorpresa, por decir algo...* Mark evita mi mirada por ahora.

El móvil de Dubrovski vuelve a sonar. Lo coge, lo mira, se pone de pie inmediatamente y contesta diciendo algo en ruso. Agita la mano en nuestra dirección; nos está despidiendo.

Mark se levanta y camina en silencio hacia la salida y yo le sigo para dejar a Dubrovski con su llamada. El mayordomo nos está esperando en el pasillo. Se acerca y nos habla, en nuestro idioma esta vez.

—Síganme y les enseñaré dónde están sus habitaciones.

—¿Qué tal ha ido? ¿Ha sido lo que esperabas? —me pregunta Mark entre dientes mientras nos guían por el pasillo, para después subir por una escalera curvada hasta la primera planta.

—No lo sé. Algo así. —No puedo explicar lo pálido e informe que parece el Dubrovski que me había imaginado al lado de la fuerza arrolladora del real. Pero todo ese poder rebosante, esa atención extraordinaria, son atrayentes, pero no resultan atractivos—. ¡Lo que no me esperaba sin duda era un viaje improvisado a Croacia!

Mark sonríe.

—Así es siempre con Andrei: nunca sabes lo que va a pasar. Cuando estemos instalados en las habitaciones, quiero que enciendas el portátil y me prepares un informe completo sobre Fra Angélico. Necesito refrescarme la memoria antes de mañana. Nadie sabe lo que nos vamos a encontrar cuando lleguemos allí. Él desea con todas sus fuerzas que sea auténtico, pero yo soy el que corre el riesgo si lo compra y después se demuestra que es una falsificación.

No me puedo creer que acabemos de llegar y ya estemos a punto de irnos otra vez. *¿Croacia? No suena tan glamuroso como el sur de Francia*. Pero, de todas formas... Mi imaginación se despierta ante la idea de un monasterio y una obra maestra perdida. Sería increíble poder decir que he sido una de las primeras personas en ver el cuadro tras su descubrimiento, siempre y cuando sea auténtico, claro. Estoy segura de que Mark tiene la experiencia suficiente para determinarlo.

El mayordomo ha abierto una puerta y me indica que esa es mi habitación, así que entro. Es como una habitación de hotel cómoda y lujosa, con todo perfecto pero sin ningún carácter. Mi maleta ya está allí; además, alguien la ha deshecho y lo ha ordenado todo. Me pregunto si la persona que la ha deshecho volverá a hacérmela por la mañana, teniendo en cuenta que nos vamos a ir de nuevo a primera hora. Siento una oleada de alivio cuando pienso que casi me traigo el vibrador, por si el *glamour* de la casa me despertaba el deseo dormido.

¡Menos mal que no me lo he traído! Imagínate qué vergüenza... Me estremezco. No tengo el desparpajo suficiente para llevar de acá para allá una cosa como esa.

—¿Por qué no te quedas aquí y cenas en la habitación? —me sugiere Mark —. Yo me ocuparé de Dubrovski en la cena. Seguro que estarás agotada.

—Es una buena idea —le digo agradecida. Ya he tenido bastantes

emociones por un día. No sé si podría soportar la feroz energía de Dubrovski durante un par de horas más, sobre todo cuando nos vamos a enfrentar a más aventuras mañana. Ahora que estoy aquí, mi tonta fantasía de que podría encontrarme a Dominic esperándome con los brazos abiertos se revela como exactamente lo que era. *Tengo que adaptarme a la realidad*—. Me pondré con la investigación e intentaré encontrar todo lo que pueda sobre Fra Angélicos perdidos.

—Excelente. Te veo por la mañana. Pon el despertador temprano. Dubrovski apenas duerme. Querrá ponerse en marcha muy pronto. —Mark me sonríe—. Que duermas bien.

—Tú también.

Cierro la puerta cuando sale. El mayordomo se va con él para llevarle a su habitación. Me apoyo contra la puerta y suspiro.

—Dominic, se me está acabando la paciencia —digo en voz alta—. Será mejor que cumplas tu promesa pronto o voy a tener que reconsiderar nuestra situación.

Suena raro dicho en voz alta, pero, en cuanto lo digo, me siento algo más alegre. Es la espera lo que me está matando. Bueno, ¿y si dejo de esperar?

Me parece una buena idea. Y tengo un montón de cosas más de las que ocuparme.

Saco el portátil y empiezo con mi tarea.

Capítulo 4

SI PENSABA que ayer fue un día que marcaba un antes y un después en mi vida y mis experiencias, he tenido que cambiar de idea.

Oh, Dios mío. Esto es increíble.

Estamos en un helicóptero, volando sobre Italia en dirección a Croacia. Es un aparato precioso, de color rojo cereza, redondo y llamativo como un pimiento. Estoy en la parte de atrás, sentada al lado de Mark, bien sujeta en mi asiento por un cinturón en forma de X y con un par de auriculares para bloquear el rugido del motor, por los que me llega la conversación que mantienen Dubrovski y Mark, y a veces también la voz del piloto. Hay un micrófono saliendo de mis auriculares, pero no creo que vaya a usarlo. Estoy demasiado embelesada absorbiendo todas las impresiones que estoy recibiendo. Es mi primer viaje en helicóptero y me está resultando asombroso. No es como estar en un avión, desde el que miras el mundo exterior a través de esas pequeñas ventanitas ovaladas, bien aislado del exterior por el grueso fuselaje. Creo que esta es la sensación más cercana a volar. El cristal curvado permite una vista que va desde encima de nuestras cabezas hasta debajo de nuestros pies y el mundo parece estar muy cerca. El aparato es muy ágil y responde al más mínimo movimiento, hundiéndose, girando o inclinándose hacia arriba o hacia abajo tanto que es casi como si alguien nos hubiera rociado con polvo de hadas y ahora todos estuviéramos volando como el mismo Peter Pan.

Mark, a mi lado, parece tan tranquilo como siempre. Todo esto debe de ser normal para él. Ha leído el informe que le mandé por correo electrónico ayer entrada ya la noche; en él afirmo que existe una posibilidad de que se descubra algún Fra Angélico desconocido. Mark ya sabe que solo unos años atrás se encontraron dos paneles que se consideraban perdidos; estaban colgados en una modesta casa de Oxford desde los sesenta, cuando el arte medieval, incluso las obras maestras del renacimiento florentino, no estaba de moda. Así que es posible que existan otros paneles o copias de retablos. Y como Croacia está tan cerca de Italia, el comercio y los vínculos religiosos creados a través de los siglos hacen que no sea algo tan improbable que aparezca algo así en esa zona. Después de todo, la República de Venecia gobernó esa parte del mundo durante trescientos años.

Anoche me pasé unas cuantas horas muy felices examinando catálogos de colecciones de arte de todo el mundo para familiarizarme con el arte religioso del siglo XV, que tenía un pie en la era gótica, plana y llena de dorado, y otro a principios del renacimiento, momento en el que empiezan a aparecer la perspectiva y el naturalismo. Me empapé de los azules, los bermellones, los verdes de arsénico, los rosas fuertes y los dorados brillantes de las gloriosas obras de Fra Angélico. Con ese talento que Dios le dio para crear un arte tan

bello, no me extraña que le acabaran conociendo como «el hermano angélico». Estoy deseando ver lo que han encontrado esos monjes.

Volamos por encima de las aguas azules y cristalinas del estrecho canal del mar Adriático. Se ven islas verdes y grises sobre las aguas y después aparece ante nosotros la tierra, el inicio de Europa oriental: Croacia delante, Serbia, Bosnia, Rumanía y Bulgaria más allá. No eran más que nombres para mí antes de este momento en que nos estamos acercando a ellos, ya convertidos en una realidad tangible: ciudades, colinas, bosques, montañas y carreteras.

—Eso es Split —anuncia el piloto con una voz que suena metálica a través de los auriculares.

Debajo de nosotros hay una maravillosa ciudad dorada junto a un muelle que hunde sus largos dedos en el mar.

—Casi hemos llegado. —La voz de Mark resuena en mis oídos.

—Sí. —Es la voz de Dubrovski, que se oye aún más ronca a través del micrófono.

Estoy sentada justo detrás de él y solo le veo la nuca y el cuello de la chaqueta azul oscuro que lleva. Me ha ignorado totalmente desde que salió al jardín por la mañana, cruzando el césped de camino adonde esperaba el helicóptero en su helipuerto. La verdad es que no me importa. Hoy se le ve algo tenso y serio, con expresión malhumorada. No puedo ni imaginarme los resultados que puede tener toda esa energía si la dirige a un objetivo malévolo.

—El monasterio está en las colinas. Llegaremos dentro de poco.

La luz que entra por el parabrisas es increíble y la ciudad que hay debajo brilla bajo el sol del otoño que se refleja en la piedra pálida. Mark me señala unas ruinas imponentes que hay en la ciudad.

—El palacio de Diocleciano —me dice—. La ciudad de Split se formó a su alrededor hace siglos.

Estoy sin aliento ante la impresionante vista y la belleza de esas piedras tan antiguas. Hay tantas cosas en el mundo que ver y que conocer... Cuando pasamos por encima de Split y lo dejamos atrás, siento la firme determinación de desplegar las alas y abrirme a la experiencia todo lo que pueda. La vida me ha brindado una oportunidad asombrosa y quiero aprovecharla al máximo. Pocos minutos después nos aproximamos a la escarpada cumbre de una colina que se cierne sobre un bosque verde oscuro que hay más abajo. Un impresionante edificio de piedra que es una mezcla entre una iglesia y un castillo la ocupa por completo y parece que forma parte intrínseca de la colina rocosa.

¿Dónde demonios vamos a aterrizar? No hay ni un centímetro de espacio al otro lado de esos muros.

Ascendemos por encima de las torretas y las almenas y veo que vamos a aterrizar en lo más alto de una de las cuatro torres que hay en las esquinas del monasterio. Tienen los tejados planos y alguien ha pintado una rudimentaria cruz blanca en una de ellas (un helipuerto). Me sigue pareciendo difícil de

creer que nuestro helicóptero pueda caber en ese pequeño espacio entre las almenas. Contengo la respiración cuando el piloto toma posición, volando alto por encima de ese tejado, y luego empieza a bajar lentamente, primero hundiendo el morro y después enderezándolo mientras vamos descendiendo. Estoy segura de que cuando bajemos, la hélice va a golpear una de las paredes, y casi puedo oír el fuerte chirrido del metal arañando la piedra, pero no se produce. El piloto ha ejecutado la maniobra perfectamente y ahora estamos posados en el helipuerto, sanos y salvos. La hélice reduce la velocidad y el ruido del motor empieza a amortiguarse.

¿Sanos y salvos? ¡Estamos en lo más alto de un monasterio encaramado en la cima de una montaña!

Al pensarlo, siento la tentación de echarme a reír, porque todo esto me parece una absoluta locura. Estar aquí me resulta estimulante y un poco sobrecogedor al mismo tiempo. Los demás se están quitando los cinturones y colgando los auriculares, así que yo hago lo mismo. Por el rabillo del ojo veo a un hombre con un hábito negro salir por una puerta en la torre. Dubrovski sale de un salto y va a saludarle. Ahora que nos hemos quitado los auriculares y podemos hablar sin que nos escuchen todos, Mark se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—¿Estás bien? ¿Qué tal ha ido?

—Fantástico —le digo devolviéndole la sonrisa.

—Bien. Ahora es cuando empieza nuestro trabajo. —Una expresión preocupada cruza su cara—. Dubrovski está de muy mal humor, pero no tengo ni idea de por qué. Eso no nos va a poner las cosas fáciles. Aquí arriba no tiene ninguna forma de liberar esa tensión, excepto pagarla con la gente que tiene más cerca. Pero si permanecemos tranquilos y centrados, creo que todo irá bien.

—Por lo que dices, parece realmente aterrador —le digo, preocupada por la evidente turbación de Mark—. ¿Le has visto alguna vez perder los nervios?

Mark parece incómodo y mira de reojo adonde está Dubrovski estrechándole la mano al hombre del hábito negro, con el pelo alborotado por el fuerte viento.

—Vamos —me dice sin responder a la pregunta—. Será mejor que nos demos prisa.

Fuera del helicóptero nos azota un viento tremendo. No oigo nada, pero sigo a Mark a través de una puerta de madera y hacia el interior de la torre. El silencio instantáneo que nos envuelve en cuanto entramos es desconcertante después de las horas que llevamos envueltos en el ruido ensordecedor del motor del helicóptero. Dentro está oscuro y la fría piedra está iluminada por unas pequeñas luces eléctricas integradas, unidas por cables negros y situadas justo debajo del techo a intervalos regulares. Nuestros pasos resuenan en el estrecho espacio al bajar por la escalera en espiral.

La verdad es que tiene carácter. Me siento como si acabara de entrar en una película de miedo. Noto que el frío me pone la piel de gallina a pesar de

la chaqueta que llevo. Los hombres bajan delante de mí hablando en mi idioma, aunque el fuerte eco no me permite entender lo que están diciendo. Bajamos y seguimos bajando y bajando, hasta que por fin el hombre que va el primero abre una puerta y salimos a la luz del día. Casi se me había olvidado que todavía era de día en el exterior tras la espeluznante sensación nocturna del interior de la torre. Salimos a un pasillo con el suelo enlosado y las paredes revocadas y pintadas de blanco. A ambos lados hay puertas de madera con picaportes de hierro y apliques del mismo material, y cada pocos centímetros iluminan las paredes bombillas eléctricas que imitan la forma de velas. Pero sigue habiendo algo extraño en el ambiente. Siento un hormigueo en la piel y parece que me cuesta un poco respirar.

Tal vez el aire aquí sea un poco más pobre. No tengo ni idea de a qué altura estamos.

Mark afloja el paso hasta que le alcanzo y entonces se inclina, sin dejar de caminar, para murmurarme:

—¿Te has fijado en que el monje lleva un hábito negro encima del blanco? Por eso se les conoce como «frailes negros» en Inglaterra. Son dominicos, que reciben ese nombre porque su orden la fundó santo Domingo.

Siento que se me acelera el corazón y no puedo evitar dejar escapar una exclamación. La palabra resuena en mi mente y sin que venga a cuento digo con un hilo de voz:

—¿Domingo es Dominic?

—Sí, fue un hombre que creía en la caridad, la abnegación y también —Mark sonríe un poco— en la mortificación de la carne. Era un fiel defensor de los beneficios de la incomodidad física de todo tipo, incluida la flagelación.

Aparece una imagen muy clara en mi mente. Es Dominic delante de mí, con la espalda descubierta y las manos agarrando el bastidor del asiento de cuero. Yo tengo un látigo en la mano, uno de nueve colas, con las tiras de cuero a punto de impactar contra su carne. Entonces, en contra de lo que siento, echo atrás el brazo y lo proyecto hacia delante con todas mis fuerzas, golpeando una y otra vez, haciendo que su piel se enrojezca primero, después supure y al fin sangre. Pero no quiero hacerlo. Quiero recorrerle todo el cuerpo con las manos, acariciarle, besarle y ser tierna con él, pero Dominic me dice que siga, que le fustigue más fuerte. Sé que es porque necesita la redención que le proporcionan mis golpes, a través de los que está purgando el pecado del que no puede escapar: el pecado de haberme hecho daño.

—¿Estás bien, Beth? —Mark me está mirando fijamente, perplejo.

No puedo hablar. Estoy mareada. Pero consigo asentir y Mark parece satisfecho con esa confirmación.

Tengo que recuperar el control. No puedo hundirme aquí, ahora no. Pero esa visión de Dominic, tan real, es a la vez maravillosa y terrible.

El monje que va delante abre otra puerta enorme. Dubrovski entra y Mark y yo le seguimos. Estamos en un enorme refectorio en el que hay varias mesas montadas sobre caballetes.

—Oh, genial —dice Mark con satisfacción—. Hora de comer.

* * *

PERO NO COMEMOS en el refectorio. Es obvio que nos están dando un trato muy especial, sin duda para hacerle la pelota a Dubrovski antes de enseñarle el cuadro. Creo que no se han dado cuenta de que no es un hombre que esté acostumbrado a que le hagan esperar. Le miro discretamente mientras nos sentamos a una mesa de madera brillante en una sala privada con el abad en la cabecera. Está claro que su impaciencia está creciendo por momentos. Está a punto de estallar por la energía contenida y le arden los ojos azules. Ahora que tengo la oportunidad, aprovecho para observarle bien sin que se dé cuenta. Me pregunto qué edad tendrá... ¿treinta y muchos o cuarenta y pocos? Es guapo, aunque no con un atractivo impecable como Dominic, sino más bien de una forma experimentada y maltratada. Tiene la piel morena y unas profundas arrugas junto a la boca y en la frente que le hacen parecer duro y curtido por los elementos. La boca es grande y no suele curvarla para sonreír y el labio inferior sobresale un poco dándole un aire obstinado. La nariz, aunque demasiado larga para proporcionarle una belleza clásica, armoniza con el resto de su cara, igual que la barbilla fuerte. Me parece una cara interesante, una que podrías quedarte mirando durante largo rato. Hoy lleva una camisa blanca y una chaqueta oscura que sus hombros anchos llenan sin dificultad y desprende una fuerza que parece a punto de estallar. Me hago una imagen mental de un joven Dubrovski en un callejón, luchando a puñetazo limpio con sus rivales en los negocios para ganarse la supremacía en su mundo. Solo con pensarlo me estremezco.

El abad habla con un tono monótono mientras dos monjes con hábitos negros van de acá para allá poniendo la mesa. Dubrovski está inquieto y es obvio que no está escuchando a nuestro anfitrión. Mark le observa atentamente, preparado para seguirle en lo que sea que quiera hacer. Al fin nos ponen delante unos platos de arroz y un guiso de carne especiado, pero, justo cuando estamos a punto de empezar a comer, el abad junta las manos y entona una larga oración en una lengua que no comprendo. Yo bajo la mirada educadamente, pero me doy cuenta de que Dubrovski no está esperando, sino engullendo el guiso con un apresuramiento casi indecente. El abad parece perplejo cuando abre los ojos y se da cuenta de que su invitado ya ha empezado a comer, pero solo dice: «Que le aproveche, señor».

Yo pruebo el guiso. Está delicioso, y de repente me doy cuenta de que estoy famélica. Como con ganas. Debe de ser el aire de la montaña lo que me ha estimulado el apetito así. Además tengo la sensación de que no vamos a tener mucho tiempo para comer.

Por eso no me sorprendo cuando unos momentos después Dubrovski aparta su plato medio vacío, se levanta y anuncia:

—¡Bien! Ya no voy a esperar más. Vamos a ver el cuadro.

Aunque nadie ha terminado, ni mucho menos (de hecho el abad acaba de

empezar), todos obedecemos: dejamos allí la comida y nos levantamos.

Cuando dice que hay que saltar, todos saltamos. Mark y yo intercambiamos una mirada. Casi ha llegado nuestro momento.

Nos guía el monje que ha ido a recibirnos al llegar. Salimos detrás de él de la sala privada, cruzamos un pasillo, abre otra puerta de madera y entramos en una pequeña capilla. Es un sitio precioso, con frescos en todas las paredes. Me gustaría pararme a examinarlos, pero sigo con los demás hasta un pequeño altar vacío en el que nos espera una tabla cubierta con un paño. Se me acelera la respiración y noto mariposas en el estómago. No sé si esperar que lo que tengo delante sea una obra maestra perdida o justo lo contrario.

El monje sonríe encantado y orgulloso al señalarnos su tesoro oculto. El abad mete las manos en las mangas y simplemente se queda mirando. Todos tenemos la vista fija en el paño y estamos tensos por la expectación, pero Dubrovski está a punto de estallar. Me parece que incluso está conteniendo la respiración. Es evidente que esto le importa mucho. Qué cosa más increíble tener una pasión así y poder abandonarse a ella, pienso. Entonces me doy cuenta de que le estoy observando a él en vez de al objeto que están a punto de revelarnos.

Tiene algo magnético.

Entonces él levanta la vista y me atraviesa con su poderosa mirada azul. Una fuerza como una corriente eléctrica me recorre. ¿Es miedo? ¿No debería mirarle? Durante un momento creo que me va a gritar, pero entonces, para mi desconcierto, su mirada se suaviza y su boca forma una sonrisa. El alivio que me embarga es algo casi dulce y, sin darme ni cuenta, le devuelvo la sonrisa. Durante un segundo es como si los dos compartiéramos una alianza conspiradora y privada de emoción por el cuadro. Es como si me estuviera diciendo: «vamos a fingir que no nos importa esto tanto». Entonces vuelve a mirar al altar y la conexión se rompe.

El monje coge el paño que cubre el cuadro y dice:

—Señor, me enorgullece poder mostrarle una obra maestra perdida del santo hermano de nuestra orden al que Dios le concedió un extraordinario talento. —Y aparta el paño como un mago que estuviera revelando su mejor truco.

Cuando el paño desaparece, yo suelto una exclamación ahogada. Ante nuestros ojos hay un panel de madera con la parte superior en forma de arco pintado con la extraordinaria imagen de una virgen con el niño, ambos rodeados de varios santos y monjes dominicos. La virgen, una belleza pálida de pelo dorado con una cara serena y preciosa, perfecta, está sentada en un trono, también dorado y muy ornamentado, con un bebé rechoncho en el regazo que levanta una pierna y mira al cielo con una mano dirigida a las alturas, como si estuviera intentando alcanzar a su padre celestial. El trono está en una arboleda, enmarcado entre árboles y flores, con una ciudad italiana destacando en el paisaje que hay en la lejanía. Los colores son vivos y espectaculares, pero a la vez maravillosamente sutiles, y los detalles son exquisitos, desde los pliegues del manto de la madona hasta las rosas y las

azucenas que la envuelven.

Todos nos quedamos mirando, sin habla. Aunque no sea un Fra Angélico, es una obra preciosa. Pero algo en esa técnica tan magistral me dice que es auténtico.

Dubrovski mira a Mark.

—¿Y bien? —dice con voz ronca.

—Una conversación sagrada —murmuro sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—¿Qué? —La mirada de Dubrovski vuelve a fijarse en mí, pero esta vez no hay ni un asomo de sonrisa en su cara—. ¿Qué has dicho?

—Una conversación sagrada —repito con más seguridad. Mark me mira con la sonrisa en los ojos, aunque tiene una expresión seria—. Eso es lo que están teniendo los monjes y los santos. ¿Lo ve? Parece que estén hablando entre sí de lo que tienen delante. Fra Angélico pintó algunos de los primeros ejemplos de estas escenas; en vez de hacer representaciones planas de personas que se limitan a rezar a la deidad, él dotaba de vida y animación a las figuras. Y fíjese en la forma en que están colocados: el artista ha usado una perspectiva lineal magistral, igual que hacía Fra Angélico.

—¿Eso significa que es auténtico? —pregunta perentoriamente Dubrovski, mirándome con el ceño fruncido.

—Indica que pertenece al período correcto y que lo pintó alguien de la escuela de Fra Angélico, si no el propio pintor. —De repente siento que me estoy mostrando demasiado segura de mí misma. Soy licenciada en historia del arte y he investigado la época, pero eso no me convierte en una experta—. ¿No te parece, Mark?

Mark asiente.

—Tienes toda la razón. Voy a necesitar tiempo para examinar el cuadro, pero mi primera impresión es muy favorable. —Se vuelve hacia el monje—. ¿Es eso posible?

—Por supuesto, puede tomarse el tiempo que necesite —responde el monje.

Dubrovski se vuelve hacia mí.

—Tú. Ven conmigo. Dejemos a Mark trabajar en paz.

Gira sobre sus talones y sale de la capilla, evidentemente esperando que vaya tras él. Miro a Mark, que asiente. Entonces me apresuro a seguir al ruso, que ya casi ha salido de la capilla.

En el pasillo se para y se gira hacia mí.

—O sea que tú eres la aprendiza de Mark. —Parece que se está fijando en mí por primera vez. Sus ojos me recorren la cara, evaluándome. Después bajan por mi cuerpo hasta los pies y vuelven a subir. Casi puedo sentir su mirada sobre la piel, como si fuera un rayo láser. Asiente—. Bien. Ven conmigo. —Se gira y empieza a caminar con energía, dejándome atrás y esperando que le siga.

Nunca he conocido a nadie tan maleducado. ¿Es demasiado pedir que tenga un poco de educación? ¡No para de dar órdenes! ¿Pero adónde vamos?

Tengo que caminar muy rápido para acomodarme al ritmo de sus zancadas. Parece saber con total seguridad adónde va, algo bastante raro. Mientras camina delante de mí, oigo el sonido de su teléfono y un segundo después lo tiene pegado a la oreja de nuevo.

—¿Sí? —contesta—. Parece prometedor. Muy prometedor. ¿Dónde estás? Excelente. Dame treinta segundos.

¿Qué demonios está pasando ahora?

Llegamos a la escalera y Dubrovski empieza a bajar a buen paso. Los tacones de mis zapatos repiquetean contra las piedras cuando corro detrás de él. No me habría puesto tacones si hubiera sabido todo lo que iba a tener que caminar y que el suelo iba a estar cubierto de losas de piedra. Cruza a toda velocidad otro pasillo y yo le sigo sin aliento hasta que por fin se para ante una gran puerta de madera con incrustaciones de hierro. Cuando llego a su lado, la abre y entra, y yo hago lo mismo.

Dentro hay dos personas, un hombre y una mujer. Están sentados muy cerca el uno del otro, con las cabezas casi tocándose, los dos mirando la pantalla de un portátil. Cuando entramos, levantan la vista. La mujer es muy guapa, con un pelo oscuro y brillante sujeto en una tensa cola de caballo, lo que resalta sus facciones. Cuando ve a Dubrovski, su expresión se vuelve dulce y aparece en su cara una sonrisa.

—Hola, cariño —le saluda con una voz profunda y con mucho acento.

Pero yo no me entero de lo que dice Dubrovski en respuesta, porque el mundo ha desaparecido a mi alrededor. Todo se ha desvanecido excepto la persona que tengo delante. Porque el hombre que hay junto a esa mujer y que me mira con expresión asombrada es Dominic.

Capítulo 5

OH, DIOS mío.

Yo le estoy mirando con la boca abierta y el corazón a mil por hora.

¡Está aquí! Me deleito mirando su preciosa cara y su piel olivácea, que está un poco más pálida que la última vez que le vi (ha perdido el bronceado del verano). El pelo está igual, oscuro y muy corto, y, claro, esos maravillosos ojos marrones, casi negros, siguen tan increíbles como los recordaba. Lleva un traje que le sienta muy bien a su físico perfecto. Veo una imagen mental de su pecho, amplio y salpicado de vello oscuro, y eso me provoca una oleada de excitación. El placer surge en mi interior y me siento arrastrada por un violento deseo de correr hacia él, apretarme contra su cuerpo y besarle, saborear su boca, oler su aroma y sentir su piel. Pero, a pesar de ese impulso salvaje que me ha poseído, no puedo moverme.

Dominic me mira perplejo, intentando asumir que de verdad estoy aquí. Un momento después la comprensión y la felicidad inundan su cara. Aparece una sonrisa en sus labios y creo que va a decir algo. Pero su expresión cambia repentinamente, oculta la sonrisa y le lanza una mirada rápida a su jefe. Después me mira a mí como en una advertencia y yo comprendo inmediatamente. No quiere que su jefe sepa lo nuestro. Aparto con dificultad la mirada de él y la dirijo a la mujer que hay a su lado, que sigue hablando.

—Como ves, las cosas están progresando adecuadamente —le está diciendo a Dubrovski con una sonrisa.

Me fijo en lo guapa que es: alta y delgada, con una piel perfecta, unos ojos verdes almendrados y labios carnosos. Cuando la miro, sus ojos se posan en mí.

—¿Quién es esta? —pregunta con una voz increíblemente melodiosa, que suena más dulce gracias a su acento ruso.

—Es Beth —le dice Dubrovski. Su voz suena más ronca de lo normal tras el tono suave de ella—. Es la ayudante de Mark Palliser y ha venido para asistirle en el examen del cuadro. Beth, estos son dos de mis empleados: Anna Poliakov y Dominic Stone.

Vuelvo a fijar la mirada en Dominic, no puedo evitarlo. ¿Dónde iba a mirar si no, teniendo delante a ese hombre que significa tanto para mí? El hombre del que he estado enamorada y, a pesar de mis intentos de liberarme de ese sentimiento y convertir mi amor en furia, al que todavía amo.

—Encantado de conocerte, Beth —dice Dominic.

—Sí —Anna sonríe—. Vendrá bien tener otra mujer en este sitio. Hay demasiada masculinidad por aquí, ¿no crees? Aparentemente, incluso los gatos son machos.

—Sí.

Miro a Dubrovski, que está mirando a Dominic con los ojos azules

entornados.

—Dominic, ¿por qué no te llevas a esta joven amiga a tomar un café? Pídeselo a alguno de los monjes. Tengo que hablar con Anna sobre el negocio.

—Claro.

Dominic se levanta con la expresión imperturbable. Veo claramente que se está esforzando por moverse despacio y con un control total sobre sí mismo. A mí me hormiguea todo el cuerpo cuando se acerca a mí.

—¿Te parece bien, Beth?

Asiento. No puedo hablar. Cuando se acerca aún más, siento como si me hubiera quedado sin aire.

—Cuídala bien —le dice Dubrovski—. Os veo en la sala de estar de los huéspedes dentro de treinta minutos.

AL SALIR AL PASILLO, Dominic no me mira, solo murmura entre dientes: «espera». Hay monjes caminando por el pasillo y no quiere que nadie nos vea. Mientras recorremos ese largo pasillo, me parece que estoy flotando de la pura felicidad que siento por estar a su lado. Según pasan los minutos me doy cada vez más cuenta de que de verdad estoy con Dominic y que mi mundo ha cambiado por completo en solo unos momentos.

Hay un montón de preguntas que quiero hacerle, pero estoy sin palabras. Entonces se para de repente delante de otra puerta, llama y la abre. La salita que hay al otro lado está vacía.

Se vuelve con los ojos ardientes y me coge la mano. Tira de mí para que cruce la puerta, la cierra y al instante siguiente su boca está sobre la mía y nos estamos devorando el uno al otro. Me besa con una avidez desesperada, como si nunca fuera suficiente, y sus fuertes brazos me rodean y me aprietan contra él. Oh, Dios, su tacto, su olor, su sabor... Es un milagro, algo divino. Estoy en las nubes y a la vez disfrutando de los fuegos artificiales que explotan en mi interior. Seguramente este es el mejor beso de mi vida porque significa recuperar algo que había temido que no iba a volver a sentir nunca. Subo las manos hasta su cabeza y entierro los dedos en su pelo grueso y oscuro, embelesada por la sensación de tocarle de nuevo. Él me acaricia la espalda y los brazos, como si no pudiera creer que de verdad estoy allí, junto a su cuerpo.

Nos besamos durante largo rato y la pasión entre nosotros crece hasta un nivel casi insoportable cada minuto que nuestras bocas están unidas saboreándose la una a la otra. Entonces se aparta y me mira. Veo el deseo brillando en sus ojos.

—Beth, ¿qué haces aquí? —me dice sin aliento—. ¿Qué demonios haces con Dubrovski?

—Yo también me alegro de verte —le respondo con una sonrisa.

—Claro, claro, estoy encantado de que estés aquí, pero... —me mira, desconcertado, como si todavía estuviera intentando creerse lo que ven sus propios ojos—. ¡Es que no entiendo por qué estás aquí!

—Es por lo que ha dicho Dubrovski —respondo, incapaz de apartar la mirada de su boca, que ya estoy echando de menos—. Trabajo para Mark Palliser. Y él me ha traído para analizar el cuadro que han encontrado los monjes.

Dominic parece preocupado.

—¿Qué pasa? ¿No te alegras de verme?

—Beth, ya te lo he dicho, es maravilloso. Estoy feliz por verte —dice con voz ronca—. ¿Es que no lo sientes?

Noto su deseo apretándose contra mí y me abruma la necesidad de desnudarle y sentirle dentro de mí otra vez. La urgencia es tan grande que suspiro y separo los labios.

—No me mires así o voy a perder el control —me advierte.

—Piérdelo —le susurro.

—No puedo —me dice con la voz ahogada—. Dios, ¿pero qué me estás haciendo...?

—Te he echado mucho de menos.

—Yo también.

Le miro acusadoramente, recordando todo lo que he sufrido por su culpa.

—¿Entonces por qué, Dominic? ¿Por qué me has abandonado tanto tiempo? ¿Tienes idea de lo difícil que ha sido no saber dónde estabas o qué estaba pasando? ¡No has dicho ni una palabra en seis semanas!

Él aparta la mirada por primera vez y la dirige al suelo.

—Es complicado —murmura, y vuelve a mirarme con una expresión de gran sinceridad—. Pero tienes que creerme cuando te digo que he estado pensando en ti todo el tiempo. Lo prometo. Te he echado mucho de menos.

—Me cuesta creerlo —le digo, y en mi voz se nota un enfado apenas contenido— teniendo en cuenta que no te has puesto en contacto conmigo ni una vez.

Me aprieta las manos.

—He estado trabajando. Andrei me ha tenido en el culo del mundo trabajando en un negocio. He estado en diferentes lugares pero aislado desde que dejé Londres.

—¿Sin correo electrónico? ¿Sin teléfono? —No puedo evitar sonar escéptica.

—Como ya te he dicho... es complicado. —Vuelve a mirar al suelo.

—¡Tienes suerte de que todavía te dirija la palabra!

—Lo sé. Créeme, Beth, yo también he estado sufriendo. Me he esforzado en arreglar las cosas que tenía en la cabeza. Y eso lleva tiempo.

Estaba a punto de ponerme furiosa con él, pero tengo que ceder. No puedo fingir que no estoy feliz por verle y no quiero estropearlo.

—Ya hablaremos de eso luego —digo, porque no quiero empañar la belleza del reencuentro. Quiero disfrutar de la pureza de nuestro placer al vernos de nuevo y el vértigo por el torrente de deseo—. No sabemos cuánto tiempo tenemos para estar juntos.

Me aprieta contra él otra vez.

—Dios, va a ser una tortura separarme de ti —dice con voz ronca.

—Nos vamos a quedar aquí esta noche —me apresuro a decirle.

—¿De verdad? —Su mirada se ilumina—. Anna y yo también.

—¿Podremos vernos?

—No lo sé. No creo que sea buena idea que se enteren de que hay algo entre nosotros. Solo crearía dificultades, y no quiero que te veas en una situación comprometida con Mark o con Andrei. Así que deberíamos ser discretos.

Se agacha y acerca su mejilla a la mía para acariciarla y siento la leve aspereza del principio de barba contra mi piel. El corazón se me acelera cuando su olor me llena la nariz. Su boca empieza a dirigirse hacia la mía, cubriendo de besos breves y ardientes mi mejilla.

—Pero ya veré lo que puedo hacer...

Inspiro hondo temblorosa cuando me abraza y empieza a acariciarme la espalda y el pelo. Su boca vuelve sobre la mía y abro los labios para dejar entrar su lengua. La ardiente pasión que sentimos es más lenta y más tierna ahora; el beso se hace más profundo y nos tomamos nuestro tiempo disfrutando del fuego del deseo que ha prendido entre nosotros. Meto las manos bajo su chaqueta para notar el calor de su piel a través del algodón de la camisa. Me aprieto contra su cuerpo y vuelvo a sentir la presión de su entrepierna. El calor surge en mi vientre y baja hasta donde el sexo se me hincha por la excitación que me provoca su cercanía. No he sentido algo así desde hace tanto tiempo que mi cuerpo responde con una necesidad feroz y desesperada, como si hubiera estado dormida las semanas que Dominic ha estado lejos de mí y ahora estuviera volviendo a una vida plena y estremecedora. Me siento como si no pudiera tener suficiente de él mientras exploro su boca, disfruto de su sabor y deseo que vuelva a ser parte de mí.

El deseo se está volviendo incontrolable. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a parar? Estamos sin aire. Noto las manos de Dominic por todo mi cuerpo y cada vez se vuelven más exigentes y atrevidas. Está a punto de sacarme la camisa de la cintura, lo noto, y no quiero pararle. Necesito sentir sus manos sobre mi piel, en mis pechos...

Los dos oímos el ruido y nos separamos a la vez, mirándonos llenos de pánico. La puerta se está abriendo. Tenemos un par de segundos antes de que quien sea que está en el umbral llegue a entrar, justo el tiempo necesario para recomponernos, aunque a los dos se nos ve aturdidos, desaliñados y culpables. Me giro para ver quién es y, para mi gran alivio, es Mark. Está leyendo un listado y frunce el ceño por la concentración. Cuando levanta la vista del papel, Dominic y yo hemos tenido algo de tiempo para recuperar la compostura.

—Ah, Beth —me saluda Mark—, me estaba preguntando dónde estarías. Oh, hola, Dominic, me alegro de verte otra vez. No sabía que estabas aquí. —Me mira a mí y después a Dominic—. ¿Os han presentado?

Asiento y Dominic responde tranquilamente:

—Sí, estábamos aprovechando para conocernos un poco mejor. ¿Qué tal estás, Mark?

—Oh, muy bien, muy bien. —Frunce el ceño de nuevo y me mira—. Le he echado un buen vistazo al cuadro y he hecho una investigación rápida. Aunque tengo que estudiar más, claro. Me gustaría hacerle unas cuantas fotos y completar el trabajo cuando volvamos a casa.

—Me ha parecido algo muy prometedor —me atrevo a decir.

—Oh, sí, sin duda podría ser un Fra Angélico. Pero tengo que investigar cuándo pudo haberlo pintado y por qué ha permanecido oculto tanto tiempo. Y necesito hablar con el abad para que me cuente exactamente cómo lo encontraron.

Dominic, que ahora parece totalmente relajado y sereno (aunque todavía me provoca ardientes oleadas de lujuria, incluso con Mark allí delante), interviene.

—Pero Andrei va a querer que tomes una decisión rápida, sin tiempo para todo eso.

—Es mi reputación profesional lo que está en juego —responde Mark muy serio—. No puedo arriesgarla. Lo entenderá. —Mira a su alrededor—. ¿No me ha dicho alguien que se iba a servir café aquí? ¿O es que lo he soñado?

* * *

EL RESTO DEL DÍA se convierte en una dulce agonía. Es una delicia y una tortura estar otra vez con Dominic. No puedo apartar los ojos de él a menos que me recuerde que se supone que somos casi desconocidos. Sé que Dominic no quiere que nadie sepa que tenemos una relación, así que hago todo lo que puedo para tener presente que debemos representar nuestro papel, pero no se me da nada bien.

Tomamos café en la salita. Anna se une a nosotros unos minutos después y se pone a conversar con Mark. Yo debería estar prestando atención, pero no puedo concentrarme en nada que no sea Dominic y no dejo de pensar en cómo y cuándo vamos a poder estar juntos. Cuando aparece un monje para mostrarnos a Mark y a mí las habitaciones en las que vamos a dormir, Dominic consigue acercarse lo bastante para murmurarme «confía en mí» con una sonrisa arrebatadora.

Tengo que obligarme a salir de la salita dejándole allí.

Mi habitación es una celda casi vacía, con las paredes pintadas de blanco y un ventanuco con rejas en la parte alta de una pared. Hay una cama, una silla y una mesa y un lavabo, y el baño compartido está en la puerta de al lado. Es muy sencilla y tan monástica como me esperaba. Me dejan sola para que descanse y después me cambie para la cena. En cuanto se van, me tiro sobre la cama con los puños apretados, casi temblando por la excitación y la felicidad contenidas que he estado sintiendo toda la tarde.

¡Gracias a Dios que hemos venido a Croacia! Y eso que no tenía muchas ganas de venir... ¿Y si me hubiera quedado allí y luego me hubiera enterado

de que Dominic estaba aquí? Saberlo me habría matado.

Pero... ¿qué está haciendo en el monasterio? Es raro que él y Anna estén aquí, ¿verdad? ¿Qué tienen ellos que ver con el cuadro? Pero ¿quién sabe cómo funciona la mente de Dubrovski? Supongo que es perfectamente capaz de hacer que la gente cruce el mundo entero porque quiere verlos durante veinte minutos...

Pienso en cómo vamos a conseguir vernos luego. No voy a poder soportarlo si no podemos; no podría dormir sabiendo que está tan cerca. Pero no hay nada que pueda hacer... Y quiero concentrarme en estar lo más guapa posible en la cena. Gracias a Dios que he traído un vestido, una prenda sedosa y fácil de llevar en una maleta, por si se presentaba alguna ocasión formal.

Me paso una hora arreglándome antes de la cena. Cuando me miro en el espejo, veo que he recuperado mi antigua chispa. Me brillan los ojos por la expectación y tengo las mejillas sonrosadas. De hecho, parece que resplandezco.

No puedo esperar a que acabe la cena para que Dominic y yo podamos estar solos.

PASAMOS UN RATO en la salita privada, con el abad de anfitrión. Dubrovski ya no está tan impaciente como antes. Ahora espera a que acabe la oración de agradecimiento antes de empezar a comer. Lo desconcertante es que se pasa todo el tiempo que dura la oración mirándome. Los otros han inclinado la cabeza o cerrado los ojos en señal de respeto (Anna, muy glamurosa con un vestido amplio sin mangas que deja al descubierto unos brazos morenos perfectos, parece concentrada en la oración), pero la mirada azul de Dubrovski está clavada en mí.

¿Qué pasa? ¿Es que llevo algo mal? ¿Me he puesto demasiado maquillaje? Me toco discretamente los labios por si me he pasado con el pintalabios, pero él no deja de mirarme.

Cuando empieza la comida, la conversación fluye. Anna parece muy sofisticada mientras habla tranquilamente con el abad y después con Mark con una charla fluida, divertida y culta. Me pregunto cuál es su relación con Dubrovski. Parece tener mucha intimidad con él: le sonríe coqueta, le llama «cariño» y a veces, cuando quiere llamar su atención, estira una mano con la manicura perfecta y la pone sobre su brazo, pero él no le responde de la misma forma. No entiendo cómo puede mostrarse tan poco receptivo ante una mujer hermosa que coquetea abiertamente con él. Tal vez esté acostumbrado. Me alegro de que todas esas atenciones estén dirigidas a Dubrovski y no a Dominic, que está sentado a su lado. Yo estoy entre el abad y Mark, así que no me ha tocado el lado sexy de la mesa, pero al menos desde aquí puedo mirar a Dominic, aunque debo tener cuidado de no centrarme totalmente en él, porque Dubrovski de vez en cuando vuelve a mirarme con esos ojos penetrantes.

—Bueno, Mark —dice de repente Dubrovski, cortando a Anna—. Ese cuadro... ¿Qué te parece?

—Debo investigar un poco, Andrei —le contesta Mark—, pero tengo muchas esperanzas puestas en él. Por lo que he podido ver, las pinceladas, la pintura y todo lo demás refuerzan la tesis de que pudiera ser auténtico. Pero tengo que saber más sobre la obra antes de afirmarlo con seguridad.

Dubrovski frunce el ceño y suspira impaciente.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Pero es mi principal prioridad, obviamente.

Todo el mundo se queda callado mientras Dubrovski deja el tenedor en su plato y se arrellana en el asiento con la expresión pétrea. Se queda mirando a Mark y después anuncia con una voz alarmantemente baja:

—Lo voy a comprar.

—Andrei, ¿crees que es sensato...? —empieza a pregunta Mark.

—Sí. Es mi decisión final. Creo que es auténtico y lo quiero.

El abad sonríe.

—Qué noticias más extraordinarias, señor, verdaderamente extraordinarias...

Dubrovski vuelve a interrumpir.

—Mark, ocúpate de las negociaciones y los detalles, ¿de acuerdo? Ahora discúlpenme. —Se levanta y tira la servilleta encima del plato—. Todavía tengo trabajo que hacer. Volveremos a casa mañana temprano, cuando todo esté arreglado.

Vuelve a fijar la mirada en mí y me observa durante un momento que parece durar una eternidad. Tengo la incómoda sensación de que sabe exactamente lo que estoy pensando y que es consciente de la montaña rusa de excitación y atormentada espera que he experimentado durante todo el día. *Tal vez incluso sepa que ahora mismo siento un cosquilleo en todo el cuerpo anticipando lo que es posible que pase más tarde.*

Entonces se levanta y se dirige a la puerta. En cuanto se va, el ambiente se relaja, excepto en lo que respeta a Mark. Parece preocupado.

—No me gusta este asunto —murmura casi para sí—. No me gusta nada.

No se queda mucho tiempo después de la cena. Se excusa y le dice al abad que le hará una oferta por el cuadro por la mañana. Eso nos deja a Dominic, a Anna y a mí en la mesa con el abad. Estoy impaciente porque Anna se vaya, como han hecho los demás, para que Dominic y yo podamos estar algo así como juntos, pero ella no muestra ni la más mínima intención de irse. No puedo soportar estar ahí sentada tan cerca de Dominic sin poder tocarle, así que poco después yo también me levanto.

—Creo que también me voy a acostar —dijo tranquilamente mirando a Dominic con toda la intensidad que puedo—. Estoy un poco cansada. Buenas noches.

—Buenas noches —responde Anna alegremente, casi como si se alegrara de que por fin hubiera decidido irme—. Que duermas bien.

Vuelvo hasta mi celda preguntándome cuánto tiempo puede pasar hasta que venga Dominic. Intento leer, pero no puedo concentrarme en el libro. No me desvisto; me tumbo en la cama y contemplo las manecillas del reloj que van

girando. El tiempo pasa terriblemente despacio. ¿Qué puede estar reteniéndole tanto tiempo? ¡Seguro que ya ha podido salir del comedor!

Pero no viene. Cuando han pasado dos horas y es casi la una de la madrugada, comprendo con una decepción amarga que no va a venir. Siento lágrimas de enfado y de decepción escapar de mis ojos, pero me las limpio bruscamente. No voy a derramar más lágrimas por las desilusiones por culpa de Dominic. Me pongo el camisón, me lavo la cara y los dientes y me voy a la cama. Y a pesar de mi agitación, estoy tan cansada que me duermo en unos minutos.

ME DESPIERTAN unos suaves golpes en la puerta y en un instante estoy totalmente despierta. *¿Será él?*

Salgo de la cama y voy hasta la puerta. Hay una mirilla y la abro para poder ver el pasillo. Fuera hay una figura cubierta con una capucha, con la cara oculta por las sombras.

—¿Dominic?

—Abre la puerta —oigo una respuesta en susurros.

¿Quién más puede ser? Quito el pestillo y abro la puerta. Inmediatamente me doy cuenta de que no es Dominic: es demasiado bajo. Dejo escapar un grito ahogado e intento volver a cerrar la puerta, pero mete un pie entre la puerta y el marco.

—No tengas miedo —me susurra—. Vengo para llevarte con Dominic.

Me quedo parada un momento, preguntándome si puedo confiar en ese extraño.

—Vamos.

Inspiro hondo y salgo al pasillo.

—Sígueme.

El hombre me hace un gesto y se pone a andar a buen paso por el pasillo. Han bajado todas las luces y caminamos en una fantasmagórica penumbra. Nuestros pasos resuenan menos de lo que yo habría imaginado, como si todo estuviera amortiguado por la oscuridad. Me parece que caminamos mucho tiempo, girando aquí y allá hasta que ya no tengo ni idea de por dónde hemos venido. Es como un laberinto. De repente deseo haber dejado un rastro de guijarros o haber ido desenrollando un hilo para después poder volver a encontrar el camino de vuelta si me dejan sola.

Entonces nos detenemos. La figura con la capucha agarra el picaporte y dice con un acento muy fuerte.

—Volveré luego para recogerte.

Abre la puerta y yo entro. La habitación está totalmente a oscuras y no veo nada después de la luz tenue del pasillo.

—¿Dominic? ¿Estás ahí?

Siento que el miedo me recorre cuando de repente pienso que esto puede ser una trampa. Estoy a oscuras en un lugar extraño en un país extranjero... ¿No salen esas cosas en las películas de miedo y en las pesadillas? Me embarga una desagradable sensación de pánico e inmediatamente extiendo las manos y

las muevo, tanteando la oscuridad, desesperada por sentir algo, cualquier cosa, que me devuelva al mundo real. El terror crece, es como si saliera de la oscuridad para hacerse conmigo, y no puedo evitar dar un respingo.

Entonces unas manos cálidas agarran las mías y una voz me dice:

—Beth.

Siento el alivio en todo mi cuerpo. *Dominic*. Le cojo las manos.

—No pasa nada. Estoy aquí. ¿Te ha asustado el hermano Giovanni?

—¿Quién, el monje encapuchado con la cara oculta que me ha ordenado que le siga por un monasterio a oscuras? Eh... sí, un poco. —Ahora puedo reírme porque el terror va desapareciendo. Pero sigo sin poder ver nada. Levanto las manos para tocarle la cara—. ¿De verdad eres tú? —digo sin creérmelo del todo.

Más que verla, siento su sonrisa.

—Sí, soy yo. Y tú estás conmigo de verdad. —Su susurro se vuelve ronco —. Es increíble volver a estar contigo...

Sus labios cálidos tocan los míos y nos besamos como lo hicimos antes, con esa profundidad que solo he conocido con él y que creo que no voy a experimentar con nadie más. ¿Cómo dos bocas pueden ser tan perfectas la una para la otra? Cuando nos tocamos los labios, las lenguas, acariciando y explorando, es como si nos dieran libertad para recorrer el interior del otro. La oscuridad es aterciopelada y nos envuelve y la sensación de rendición ante lo que mi cuerpo desea es algo delicioso. Todo lo que queremos hacer es ofrecernos el placer de nuestro cuerpo y recibir más placer a cambio: quiero sentir esos músculos duros, el vello áspero de su pecho, lamerle los dedos y las puntas de los pezones y él está deseando sentir mis pechos suaves y chupármelos, recorrerme la cintura y la cadera con las manos y después volver a subir. En este reencuentro, tan dulce porque ha tardado tanto en llegar, no necesitamos nada más que el uno al otro.

Me quita el camisón por la cabeza y me quedo delante de él desnuda, aunque solo puede verme a través del tacto. Gime cuando me cubre los pechos con las palmas y me frota los pezones, que ya están duros y sensibles, con los pulgares. Se agacha para meterse uno en la boca y después el otro, chupando y mordisqueando, haciendo que ambos se endurezcan. Pero yo no puedo soportar que separe la boca de mí durante mucho rato, así que acerco la cara a la suya para volver a besarnos. Se aprieta contra mí y suelto una exclamación. Está desnudo y su enorme erección, caliente y muy dura, sobresale de su cuerpo para hundirse en el mío. Bajo una mano hasta allí y le acarició la punta suave.

Interrumpe el beso.

—No puedo esperar mucho más para tenerte —me dice en voz baja, y me besa la oreja, chupándome el lóbulo, lo que envía oleadas calientes de deseo por todo mi cuerpo.

Siento su mano sobre el vientre y un momento después está sobre mi sexo, metiendo un dedo en lo más profundo de mí, que ya está mojado y

esperándole. Aprieta la base del pulgar sobre mis labios, lo que produce una deliciosa presión en el clítoris, a la vez que mete otro dedo en mi interior. Gimo y le aprieto más el miembro, que todavía tengo en la mano.

Incapaces de soportarlo más, nos soltamos y nos movemos sin necesidad de decir nada. Minutos después me está apretando contra una estrecha cama individual y yo abro los brazos para recibirle, desesperada por sentir su peso, esa maravillosa presión de su cuerpo contra el mío. Nuestras bocas vuelven a encontrarse, pero ya no podemos limitar los besos a esa parte; necesitamos todo el cuerpo del otro. Me besa los hombros, se detiene para darle unos deliciosos tirones a mis pezones otra vez y después baja por mi cuerpo.

Suelto una exclamación cuando llega a mi sexo y me acaricia con la nariz el vello de esa parte de mi cuerpo. Me preocupa que un solo roce de su lengua me haga perder el control. No quiero correrme todavía, pero la excitación y la desesperada urgencia de mi cuerpo ya me tienen muy cerca de la liberación. Me esfuerzo por controlarme, respiro hondo e intento cerrarle la puerta a ese clímax creciente que sé que me está esperando. La lengua de Dominic ya ha empezado a explorar mis profundidades, provocándome haciendo círculos alrededor del clítoris y tomándose su tiempo antes de llegar al centro de mi excitación, besándome y saboreándome hasta que estoy en un estado de total desesperación. Hundo los dedos en su grueso pelo oscuro, animándole a tocarme ese punto tan dulce. No veo nada, pero me lo imagino con toda claridad con la cabeza oscura entre mis piernas, prestándole esas atenciones deliciosas a mi sexo. Entonces lo toca y suelto un grito y arqueo la espalda cuando las sensaciones explotan en mi interior. Me dejo llevar por ellas, retorciéndome y revolviéndome cuando amenazan con dominarme, deseosa de sentirlas pero reticente a llegar al clímax demasiado pronto y que todo acabe. Tiro de él hacia mí y se acerca jadeando, sonriendo, con los labios cubiertos de mis fluidos.

—Sabes a néctar —me susurra—. Cuánto te he echado de menos...

—Te necesito ahora —le digo—. Por favor...

Tengo que sentirlo dentro de mí. Un segundo después está entre mis muslos, con la punta dura de su erección justo en mi entrada para por fin empujar para penetrar y llenarme. Tras todas estas semanas, tengo los músculos muy tensos y ha de empujar con más fuerza para vencer esa resistencia y hundirse en mi interior, lo que nos proporciona a los dos un exquisito placer. Cuando ya ha entrado del todo, nos paramos, jadeando, rindiéndonos a las sensaciones. Me besa profunda y salvajemente y empieza a moverse. Sé que no voy a aguantar mucho y no sé si luchar o rendirme al deseo de la liberación, pero pronto se hace evidente que no puedo elegir. Me está follando con todas sus fuerzas, enterrando hasta el fondo su polla dura y al mismo tiempo ejerciendo una fuerte presión sobre el clítoris. Abro los muslos cuanto puedo para que se hunda todo lo posible y le agarro el culo firme con las manos, apretándoselo y tirando de él para que empuje más fuerte y más profundo. Entonces noto que empieza a crecer el clímax. Parece que mi sexo se está fundiendo en un calor

líquido mientras las olas de placer se vuelven cada vez más fuertes.

—Eso es —dice Dominic con una especie de urgencia—. Oh, Dios, eso es, me voy a correr... no puedo... apriétame fuerte.

Hundo las uñas en su piel y muevo las caderas para ir a su encuentro.

—Sí —grito—. Así, oh, Dominic... —Y me rindo a la liberación en un torrente ardiente. Grito de nuevo cuando la sensación me supera y no puedo seguir en silencio.

El orgasmo me embarga y me vuelve el mundo patas arriba, dejándome sin aliento y vacía. El clímax de Dominic llega en ese momento y se pone tenso cuando recorre su cuerpo. Después de dos embestidas fuertes y lentas, se deja caer sobre mi pecho, perdida toda su fuerza por la potencia del orgasmo.

Nos quedamos tumbados juntos, recuperando el aliento y acariciándonos suavemente, dándonos besos suaves y cariñosos que se han vuelto más tiernos después de pasar por una experiencia tan intensa.

—Necesito preguntarte algo —le digo un momento después, y él solo emite un sonido somnoliento—. ¿Por qué has estado lejos tanto tiempo? ¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo?

Se produce una larga pausa y después me dice:

—Al principio sentía que tenía que poner mi cabeza en orden. Dejamos las cosas de una forma... Bueno, ya te acordarás.

Reina el silencio mientras los dos recordamos los sucesos sísmicos que ocurrieron en nuestras vidas. Cuando Dominic me dijo que sus deseos sexuales impedían que pudiéramos ser amantes a pesar de la atracción embriagadora que había entre nosotros, luché contra esa visión y le convencí de que estaba preparada y deseando probar eso de lo que él disfrutaba tanto. Acordamos que me introduciría, poco a poco y con mucho control, en el papel de sumisa y que yo le permitiría realizar sus deseos. Puse en él toda mi fe y confié en que sabría cuándo parar. Pero no supo. Me llevó más allá de mis límites a un lugar al que no quería ir y sus necesidades le hicieron abandonar su papel como mi guía y mi protector.

Incluso ahora los recuerdos de los latigazos que soporté en la mazmorra de El Manicomio vuelven a mí y me hacen temblar por el dolor y el miedo que han dejado grabados en mi memoria.

Entonces creí que el perdón y el amor que siento por Dominic lo arreglarían todo y nos llevarían a un nuevo nivel de confianza y comprensión donde pudiéramos disfrutar de los aspectos deliciosos de las preferencias de Dominic y desechar el resto. Pensé que podríamos experimentar con ese juego y turnarnos a la hora de tener el control. Pero la crisis de fe de Dominic no nos los permitió y entonces fue cuando desapareció de mi vida.

—Sí, me acuerdo. Y también recuerdo que me prometiste que estaríamos en contacto y que me llamarías pronto —le digo con voz tensa. No quiero estropear esta unión tan increíble, pero no puedo evitar pedirle respuestas para las preguntas que me han atormentado durante semanas.

—Me han cambiado el teléfono. Pasó de repente; es el tipo de cosas que

Andrei hace de vez en cuando, para evitar que los pirateen o que nos espíen. Hay que renovar todas las comunicaciones. Y no tenía tu número en el teléfono nuevo, así que no podía mandarte mensajes ni llamarte.

—¿Y el correo electrónico?

—Lo mismo. Eso si tuviera tu dirección de correo electrónico, que creo que no la he sabido nunca.

Me quedo pensando en eso un momento.

—Pero podrías haberte puesto en contacto conmigo si hubieras querido. ¿Y Celia? ¿Y James? O incluso Vanessa...

—No quería meter a nadie en esto —responde con un poco de impaciencia.

—¿Y preferías no volver a hablar conmigo? —estallo, dolida.

Dominic duda mientras me acaricia el pelo.

—Mira, sé que parece que ha sido mucho tiempo, pero he estado muy liado. Dubrovski tiene muchas cosas entre manos y yo estoy muy implicado en ellas. No he dejado de viajar de acá para allá. El tiempo ha pasado muy rápido, seguro que mucho más rápido de lo que ha pasado para ti. Y, además, quería estar seguro de que podía volver contigo. Tenía muchas cosas que pensar, ya lo sabes.

Me aprieto contra él; el calor de su cuerpo y el contacto de su piel contra la mía me tranquilizan. Quiero creer que simplemente ha estado muy ocupado para ponerse en contacto conmigo, incluso aunque en el fondo una vocecilla me diga que podría haberme llamado si hubiera querido. ¿Y por qué no lo ha hecho? Ignoro a esa voz. No quiero oírla.

—¿Y ahora lo estás? —le pregunto con voz suave.

—No tengo elección —me responde con voz ronca y rodeándome con los brazos—. La realidad de tenerte aquí es tan sobrecogedora que no podría volver a separarme de ti.

Suspiro larga y lentamente, abrazándole con fuerza.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Vas a volver a Londres?

Se produce una larga pausa mientras escucho la suave respiración de Dominic.

—No lo sé —dice por fin—. Todavía no. Pero tal vez pronto.

—¿Qué es lo que haces para Dubrovski?

—Negocios. Con materias primas. Hay uno en el futuro próximo con el que va a ganar mucho dinero. Y estoy hablando de miles de millones. Todos estamos centrados en eso ahora.

Frunzo el ceño en la oscuridad.

—¿Y cómo es que está tan interesado en el cuadro con algo como eso en plena ebullición?

—No tengo ni idea —confiesa Dominic—. Mira, Beth, más tarde o más temprano voy a volver a Londres. ¿Puedes esperar un poco más?

—Claro. Lo que me estaba matando era no saber nada. Pero puedo esperar todo lo que haga falta. Y ahora que estamos otra vez en contacto, podemos buscar formas de vernos.

—Claro que sí. —Me da un beso en la mejilla y después bosteza—. Dios, qué cansado estoy...

—Duérmete. —Le abrazo—. Tenemos que levantarnos dentro de un par de horas.

—El hermano Giovanni aparecerá en cualquier momento —me dice con voz somnolienta—. Esperaré despierto hasta entonces.

Pero segundos después noto por su respiración que se ha dormido. Siento una enorme ternura; mi querido Dominic, durmiendo en mis brazos. Esto es la felicidad absoluta: aquí tumbada con él, con los cuerpos apretados el uno junto al otro, los brazos entrelazados, las respiraciones acompasadas y los dos satisfechos.

Le acaricio el brazo. Se revuelve dormido y se pone de costado. Entonces le paso las manos por la espalda y lo noto, estoy segura. En la espalda tiene unas marcas que sobresalen, como los verdugones que recuerdo que tenía cuando me hizo azotarle para castigarle por haber perdido el control. Los recorro con los dedos. Sí, están ahí sin duda. Marcas cruzadas, casi curadas, por toda la espalda.

Contengo la respiración y los ojos casi se me salen de las órbitas en la oscuridad.

¿Cómo puede ser que Dominic tenga marcas de azotes en la espalda? Para eso alguien tendría que haberle azotado hace poco. Oh, Dios mío... ¿Quién? Y ¿por qué? Sus instintos son dominantes, no sumisos... o al menos así era antes.

Me recorre un estremecimiento. ¿Qué puede significar eso?

Oigo un golpe en la puerta de la celda.

—¿Estás despierta? —se oye murmurar a una voz—. Tienes que venir conmigo ya.

Me quedo helada, con la mente llena de pensamientos y teorías. Se vuelve a oír el golpe en la puerta.

—Voy —digo en voz alta, y empiezo a apartarme de Dominic. Él sigue completamente dormido, respirando tranquilo en la oscuridad.

No tiene sentido. Tengo que irme. No tengo elección.

Me pongo el camisón para poder volver a mi habitación, sola.

Capítulo 6

MARK ARROJA el periódico sobre su mesa con una expresión de irritación.

—¡Eso era exactamente lo que no quería! —gruñe.

Me acerco para mirar. Hay una foto del Fra Angélico recién descubierto bajo un titular que dice: «Obra maestra desconocida descubierta en un monasterio croata». Repaso el artículo rápidamente y veo el nombre de Mark. Le citan como el experto que ha verificado la autenticidad de la obra mientras que otro experto de Christie's expresa su satisfacción por el posible hallazgo, pero también sus reservas hasta que otros hayan tenido la oportunidad de examinar la obra. Al final del artículo se revela que el cuadro ha sido adquirido por un coleccionista privado que se cree que es Andrei Dubrovski, el millonario empresario ruso, por una cantidad que supera los dos millones de libras.

Mark se ha acercado a la ventana y mira por ella enfadado. Desde que volvimos, el tiempo se ha tornado claramente otoñal y las ramas de los árboles llenan el aire con un confeti de hojas tras cada ráfaga de viento. Encima de nuestras cabezas el cielo está gris; la noche llega cada vez más pronto. Se quita las gafas y se las limpia con la manga.

—No lo entiendo —murmura—. ¿Por qué me ha puesto Dubrovski en esta posición? ¿Por qué no ha esperado a que tuviera pruebas? Ahora ha puesto mi reputación en la palestra. Solo espero que sea auténtico...

—Obviamente es un hombre muy impulsivo.

Mark asiente.

—Un hombre que actúa por instinto y que tiene la costumbre de satisfacer todos sus deseos inmediatamente, sin duda.

—¿Le vas a decir algo?

Mark se vuelve hacia mí y suspira. Parece preocupado.

—No le puedo decir nada. Además, ya está hecho. Seguiré haciendo gestiones en secreto y espero encontrar algo que garantice que ese cuadro es lo que decimos que es. Pero en la cena de esta noche debemos estar como siempre. Optimistas y profesionales.

Asiento. Sigo sin entender por qué voy a ir a esa cena, pero Mark me ha dicho que Andrei Dubrovski ha pedido expresamente mi presencia. Además, según me ha explicado, es una especie de costumbre que Andrei cene con él siempre que viene a Londres y después pasa un tiempo examinando la colección de Mark para ver si le gusta algo.

—¿Se va a quedar un tiempo en Londres? —le pregunto cuando me cuenta eso.

—Aparentemente. Cuando es una visita relámpago se suele quedar en el Dorchester, pero me ha dicho que va a estar en su piso de Londres. Eso

significa que tiene intención de quedarse durante una semana o dos, diría yo. No es residente, así que no puede pasar aquí más de tres meses al año.

Esas noticias hacen que sienta un hormigueo por todo el cuerpo. Si Andrei está aquí durante unas semanas, tal vez eso signifique que Dominic estará también en la ciudad. De repente el regreso de Dubrovski adquiere una nueva dimensión y estoy encantada de oírlo.

No volví a tener otro momento a solas con Dominic después de dejarle aquella madrugada. Dubrovski estaba deseando irse y no hizo más que meterle prisa a Mark para que concluyera las negociaciones por el cuadro.

—¡Dales lo que quieran pero date prisa! —le ordenó.

Cuarenta minutos después el trato estaba terminado, y nosotros, de vuelta en el helicóptero rojo cereza, elevándonos desde la torre hacia el cielo antes de que el aparato hundiera el morro para dirigirse otra vez hacia Francia. Vi a Dominic en el desayuno, pero no pudimos hablar a solas y mucho menos darnos un beso de despedida. Me costó dejarlo, pero mientras sobrevolábamos la costa italiana el teléfono vibró en mi bolsillo y al sacarlo encontré un mensaje suyo.

Ha sido increíble. Gracias. Cuídate y nos vemos pronto, lo prometo. D.

Sonrío y le respondo con otro mensaje.

Me has hecho feliz. Vuelve a hacerlo muy pronto, por favor. B.

La respuesta llegó inmediatamente.

Intenta mantenerme alejado de ti si puedes. D.

Cuando aterrizamos en la villa, ya teníamos el equipaje hecho y esperándonos en el maletero del coche negro. Dubrovski no se quedó ni un minuto. Se despidió rápidamente de nosotros allí mismo, en el césped, todavía con la hélice del helicóptero girando.

—Gracias, Mark —le dijo con mechones de su pelo rubio oscuro revoloteando por todas partes por el torbellino de aire—, te lo agradezco mucho.

Entonces se volvió hacia mí con la mirada intensa y sin sonreír.

—Volveremos a vernos, estoy seguro —dijo con un tono que parecía más una orden que una frase educada. Y después añadió inexplicablemente—. Me alegro de que hayas disfrutado en Croacia. —Y sin esperar una respuesta por mi parte, se giró y se fue hacia la casa.

—Vamos —me dijo Mark—. Volvamos a casa. Han sido un par de días de lo más peculiar.

En el avión de camino a casa estuve muy callada, pensando en las horas deliciosas que habíamos pasado juntos Dominic y yo. Mark se puso a leer mientras yo miraba por la ventanilla a la oscuridad que reinaba fuera e intentaba que no se notara que estaba pensando en la polla suave y preciosa de Dominic empujando en mi interior y llevándome a esa cumbre vertiginosa de sensaciones intensas. Si Mark hubiera sabido algo, tal vez se habría dado cuenta de que tenía los labios separados, el pecho me subía y bajaba demasiado rápido y mi vista estaba desenfocada a causa del montón de

imágenes que se agolpaban en mi mente, como el recuerdo de la cabeza oscura de Dominic entre mis piernas y el suave contacto de su lengua y sus dientes en la punta de la parte más sensible de mi cuerpo. Pero no levantó la vista de su libro, así que no me vio cerrar los ojos y acomodarme en el asiento, devorada por la necesidad y atormentada por la felicidad de los recuerdos.

* * *

—¿QUÉ HA PASADO? —me pregunta Laura en cuanto me ve—. ¿Es que has conocido a alguien? Vamos, ha pasado algo, lo veo en tu cara.

No quería contárselo. Me lo iba a guardar para mí, pero me resulta imposible hacerlo ahora que me ha preguntado. Niego con la cabeza.

—No... No he conocido a nadie... nuevo. —Aparece una gran sonrisa en mi cara.

—¿Dominic? —me pregunta incrédula.

Asiento feliz y entonces las dos chillamos y damos saltitos. Laura me abraza.

—¿Entonces todo está bien entre vosotros dos? —me pregunta después de contarle lo que ha pasado—. ¿Habéis vuelto? Oh, Beth, ¡qué contenta estoy por ti!

—No lo ha dicho abiertamente —le respondo—. Es que Dominic no quiere que su jefe sepa que tenemos una relación.

—¿Por qué no?

—Supongo que es poco profesional. Ya sabes, se supone que tiene que tener la mente en el trabajo y no ocupada conmigo.

—No creo que tenga importancia siempre y cuando siga cumpliendo con su trabajo. Además, estabais juntos antes de que empezaras a trabajar para Mark.

—Ya, bueno...

Tengo una visión repentina de la cara de Dubrovski: la expresión seria sin asomo de sonrisa y los ojos heladores y penetrantes. No parece el tipo de hombre que se sienta emocionado por una historia de amor. Entiendo por qué Dominic no quiere que sepa nada de esa parte de su vida.

—Pero bueno, todavía tiene que trabajar en un negocio crucial y va a estar viajando durante no sé cuánto tiempo.

—Volverá antes de que te des ni cuenta —me asegura Laura, apretándome la mano—. Ahora que estáis en contacto no será tan difícil. Estoy muy contenta, Beth. Parece que el destino se ha propuesto volver a poneros a los dos donde se supone que teníais que estar.

Asiento encantada. Pero oigo un susurro en mi mente que me habla de algo que no quiero confiarle a Laura. Recuerdo las pequeñas protuberancias en la piel lisa de la espalda de Dominic. Y después intento olvidarlas.

ME VOY A QUEDAR en la habitación de invitados de la casa de Mark esta noche para poder prepararme para la cena con Dubrovski y luego no tener que preocuparme de que se me haga tarde para volver a casa cuando terminemos.

—No hace falta que te arregles excesivamente. No es algo formal, pero sí será elegante —me ha dicho Mark.

Así que me he ido de compras por King's Road en mi hora de comer y me he comprado un vestido hasta la rodilla de crepé rojo con mangas japonesas y un escote favorecedor y lo bastante bajo para ser sexy. El color es un poco más atrevido de lo que yo llevaría normalmente, pero el corte elegante hace que tenga estilo y no resulte demasiado llamativo. Delante del espejo de la habitación de invitados de Mark me recojo el pelo claro en un moño despeinado que deja a la vista el cuello y las perlas que llevo en las orejas y me pinto los labios de un rojo escarlata a juego con el vestido. *Muy bien*, pienso al mirarme. *Estoy muy sofisticada. O eso espero*. Intento que mis ojos azul verdoso resulten muy felinos con unas rayas de kohl negro y mucho rímel, pero ni así resultan tan atrayentes como los almendrados ojos verdes de Anna Poliakov. *Y yo nunca tendré unos pómulos como esos*, pienso mirando mi cara con forma de corazón. Pero me encantaría tener algo de su estilo, tan sexy, sofisticado y adulto. Tal vez hoy haya conseguido acercarme un poco a eso.

El dormitorio de invitados de Mark es precioso, como suponía. Las paredes están empapeladas con un diseño floral apagado muy bonito y las cortinas y la tela que cubre el bastidor tienen el mismo diseño, al igual que un grueso sofá con el respaldo adornado con botones situado bajo la ventana. La cama con cuatro postes está cubierta por una colcha con idéntico patrón floral, pero las sábanas blancas bordadas consiguen que el efecto no resulte excesivo. La habitación parece perfectamente conjuntada y muy cómoda, con su chimenea tradicional, la gruesa alfombra, grabados antiguos en las paredes y muebles delicadamente pulidos.

Podría acostumbrarme a vivir así. A veces, en esta nueva vida que llevo, me cuesta recordar que las casas en Belgravia y los aviones privados a Francia quedan muy lejos de lo que la mayoría de la gente puede experimentar. *Soy muy afortunada de tener la oportunidad de conocer estas cosas, aunque solo sea un poco. Cualquier día se acabará y volveré a la normalidad. O...* Aparece una imagen en mi mente. Somos Dominic y yo viviendo en un precioso piso en algún lugar glamuroso, disfrutando de nuestra vida juntos, complaciéndonos el uno al otro con todas las horas del día por delante para hacer el amor sin parar.

Me río de mí misma. Sueños románticos de niña. Me veo dentro de poco escribiendo mi nombre junto a su apellido para ver qué tal queda. Pero aun así... Tal vez podamos tener un futuro juntos. Solo con pensarlo quiero abrazarme de felicidad.

Veo la hora. *Tengo que darme prisa. Dubrovski aparecerá en quince minutos*. Me miro por última vez en el espejo y bajo para reunirme con Mark.

ESTAMOS EN EL saloncito y Mark me está señalando sus nuevas adquisiciones y contándome su procedencia cuando suena el timbre a la hora exacta. Un momento después aparece Dubrovski.

—Andrei, buenas noches, ¿qué tal estás? —Mark se acerca con una gran sonrisa y la mano tendida. Nadie diría que un poco antes ese mismo día estaba furioso con su jefe.

—Bien. —Dubrovski le estrecha la mano, aunque me está mirando a mí—. Y aquí está tu amiga...

—Beth —le ayuda Mark.

—Beth —repite Dubrovski cuando me acerco para estrecharle la mano. Me mira de arriba abajo con un movimiento rápido de los ojos—. Claro. Cómo podría olvidarlo.

—Me alegro de verle otra vez, señor —le digo sonriendo y esperando sonar profesional.

Enarca una ceja.

—Por favor, llámame Andrei.

—Oh, claro... muy bien... Andrei. —Me ruborizo un poco.

Había decidido que todo tenía que ser muy correcto y muy profesional esta noche y él ya ha echado por tierra mis intenciones al decirme que le llame por su nombre. Pero no puedo ignorar una petición tan directa. Tras volver de Francia, se me había olvidado lo poderosa que resulta su presencia. Cuando entra en una habitación es como una fuente de energía y determinación, así que no puedo resistirme a su voluntad. Si quiere que le llame Andrei, así le llamaré.

Mark le ofrece algo de beber y los dos se ponen a charlar mientras examinan las obras de las paredes. Más bien habla Mark y Dubrovski escucha, con algún gruñido ocasional o alguna pregunta destemplada. Les sigo quedándome cerca discretamente, escuchando y aparentando estar fascinada mientras me bebo mi *gin tonic*. Para mi sorpresa, cada vez que Mark le enseña un cuadro nuevo, Dubrovski se gira hacia mí y me pregunta:

—¿Y a ti qué te parece?

Yo digo algo que espero que esté bien pensado y que sea exacto mientras Andrei me escucha y asiente.

—Sí, sí —dice cuando termino, y después deja que Mark pase al siguiente cuadro, grabado o escultura.

La doncella de Mark, Gianna, anuncia que la cena está servida y los tres pasamos al comedor, otra estancia impresionante pintada de un gris delicado y con retratos del siglo XVIII en las paredes en marcos dorados de madera tallada: hermosas mujeres aristocráticas con fluidos vestidos de terciopelo escarlata o de satén dorado nos miran con la piel inmaculada brillante, los tirabuzones cayéndoles sobre los hombros y los ojos almendrados impasibles. En las ventanas hay cortinas de damasco plateado y marfil y la mesa de caoba redonda está puesta con servilletas almidonadas de color marfil, cubertería de plata y cristalería antigua de cristal tallado. Hay velas en unos candelabros de plata que brillan tenuemente proyectando una suavidad aterciopelada.

Durante el primer plato, vieiras a la plancha, Mark y Andrei hablan del cuadro. Yo escucho con atención y noto la casi imperceptible ansiedad que

transmite la voz de Mark cuando habla. Se encuentra en una posición difícil. El cuadro ya está comprado, y si ahora resulta ser falso, Andrei podría olvidar con facilidad que fue él quien decidió ignorar las objeciones de Mark y le obligó a comprarlo. Pero si Mark mantiene algo que es manifiestamente falso, estará comprometiendo su integridad profesional y su propia moralidad. Es evidente que está intentando conseguir más tiempo negándose a hacer ninguna afirmación categórica y optando más bien por decir cosas tranquilizadoras y reconfortantes.

Esperemos que resulte ser un verdadero hallazgo. No puedo evitar desear que cambien de tema y se pongan a hablar de ese gran negocio que está a punto de cerrar Dubrovski para enterarme de cuándo va a volver Dominic a Londres, pero no puedo preguntar sin que resulte sospechoso.

Cuando retiran los platos de los entrantes y sirven el plato principal (lenguado de Dover con mantequilla de limón), Andrei de repente se me queda mirando.

—Y tú —dice—, ¿disfrutaste del viaje al monasterio?

Me quedo un poco desconcertada de que quiera incluirme en la conversación de esa forma tan abrupta.

—Sí —le digo alegremente—, ha sido fascinante.

—Fue como si revivieras —me dice sin dejar de mirarme fijamente. Durante toda la comida, cada vez que he levantado la vista me he encontrado esos ojos fijos en mí, pero ahora me siento como si esa mirada fascinante me estuviera atravesando—. ¿Te ocurrió algo allí?

Me sonrojo. Noto mucho calor en las mejillas. Solo espero no estar tan roja como mi vestido.

—No... no, claro que no.

—Entonces habrá sido el aire de la montaña —dice con esa voz ronca—. Porque la verdad es que parecías transformada después de pasar la noche en el monasterio.

—Es un lugar muy inspirador —respondo, y siento que empieza a invadirme una especie de enfado. ¿Pero qué derecho tiene a interrogarme? ¿A él qué le importa mi vida privada?—. Y el cuadro es magnífico, me conmovió.

—Me alegro de que pienses así. —Está jugueteando con un trocito de pescado y después deja el tenedor—. Porque me gustaría que tú... Y tú también, Mark —añade mirando a mi jefe—, me hicierais un favor. Me gustó la forma en que respondiste ante el cuadro y lo que dijiste de él y se me ha ocurrido que tú podrías ocuparte de una tarea muy especial... Si Mark puede prescindir de ti, claro. Acaban de redecorar mi apartamento de Londres y quiero que alguien examine mi actual colección de arte para decidir si algo pega con el nuevo diseño, ocuparse de buscar nuevas obras para adquirir que puedan mejorar la decoración y organizar una disposición de las obras pertinentes para colgarlas en el apartamento. —Mira a Mark—. Normalmente te lo pediría a ti, Mark, pero estoy seguro de que tienes otras muchas cosas importantes que hacer con tu tiempo y quiero que se haga rápido y bien. No

creo que lleve más de unos pocos meses. Mark, seguro que puedes prescindir de Beth ese tiempo. —Mira a Mark sin darle importancia, como si todo estuviera ya decidido. Después me mira a mí—. Te pagaré bien, por supuesto, sin duda tan bien como Mark. Y será una experiencia interesante para ti.

Estoy sin habla. Miro a Mark. Parece una oportunidad interesante, pero mi jefe es Mark y él decide. Además, ¿de verdad quiero trabajar para Andrei Dubrovski, aunque sea solo durante unas pocas semanas? No sé...

—Oh, Andrei, no sé —responde Mark—. Seguro que hay mucha gente que puede ocuparse de esa tarea, pero yo solo tengo una Beth.

—Podrás estar sin ella un tiempo, ¿verdad? No será mucho. Además, probablemente necesitará ayuda y consejo en la tarea... Piensa en esto como una extensión de lo que ya hacéis los dos por mí en estos momentos.

—Bueno, supongo que podría —dice Mark despacio y después me mira—. Beth, la decisión es tuya. Estoy seguro de que supondría una experiencia excelente.

De repente me asalta un pensamiento. *Estaría más cerca de Dominic. Sabría dónde está en cada momento. Incluso tal vez podría verle más a menudo*. Y también me gusta la idea de desplegar un poco las alas y seguir mis propios gustos. Será un reto.

Le devuelvo la mirada a Mark.

—Si de verdad no te importa, Mark...

Me sonríe.

—No me importa en absoluto. Me gustaría hacerlo yo, pero, como dice Andrei, me costaría mucho encontrar tiempo para eso ahora mismo.

La mirada azul brillante de Dubrovski vuelve a posarse en mí desde el otro lado de la mesa mientras me lo pienso. Está esperando que decida. Y ya sé que no le gusta esperar.

—Andrei, me encantaría hacer ese trabajo para ti —digo por fin. La vocecilla de mi cabeza habla esta vez más alto y más firme: *es la forma que tengo de volver a conectar con Dominic*. Y otra vocecita me dice: *¿pero por qué Dubrovski está tan decidido a que lo hagas tú? Estás jugando con fuego...* Pero estoy dispuesta a ignorarla—. Y solo serán unas semanas, ¿no es así?

—Por supuesto. —Y por segunda vez desde que lo conozco, aparece una sonrisa en la cara de Dubrovski. El cambio es asombroso. *Debería sonreír más a menudo*—. Confía en mí. Y si quieres dejarlo por la razón que sea —apoya las manos en la mesa con las palmas hacia arriba—, no tienes más que decirlo.

Después se arrellana en la silla, con la cara parcialmente oculta por las sombras. Parece satisfecho.

—Bien —continúa—. Está decidido. Puedes empezar mañana por la mañana.

Capítulo 7

A LA MAÑANA siguiente Mark y yo lo hablamos en el desayuno y yo diría que, en general, le pareció bien.

—Andrei puede imponer un poco a veces —me dice—, pero estoy seguro de que cuidará bien de ti. No surgen a menudo oportunidades como esta. Y no olvides que puedes llamarme si ves que esto te supera y te ayudaré. Para eso me paga Andrei después de todo.

Me tranquiliza la idea de que Mark esté ahí para apoyarme si tengo algún problema. He aprendido mucho trabajando con él y viendo cómo utiliza su gusto y su buen ojo para que las obras de arte luzcan lo mejor posible y mejoren la habitación en la que están, pero todavía no soy tan experta como él.

—De esta forma puedo probar cómo es la vida ahí fuera, pero con una red de protección —le digo sonriendo—. Pero no voy a recurrir a ti a no ser que lo necesite de verdad.

—Al menos vas a empezar a finales de semana —apunta Mark—. Tendrás el fin de semana para recuperarte y decidir si de verdad estás bien o no.

Cuando terminamos de desayunar, Mark me desea suerte y me recuerda que le haga saber qué tal me va. Al salir de su casa, paro un taxi y le doy al conductor la dirección que me ha proporcionado Mark.

—Al Albany en Piccadilly, por favor.

A mí me suena extraña, pero el conductor parece haberlo entendido perfectamente y vuelve a la carretera. Durante el viaje, miro el teléfono para ver si tengo algún mensaje de Dominic. Ayer por la noche, antes de irme a dormir, le escribí:

¿A que no sabes qué me ha pasado? ¡Voy a trabajar para tu jefe! Solo durante unas semanas. Dime cuándo vas a volver o llámame y te cuento los detalles. B.

Me han estado llegando mensajes de buenas noches de Dominic durante toda la semana desde que volvimos de Croacia, pero hace dos noches me dijo que se iba otra vez de viaje, que iba a estar ocupado y que no podría mantener el contacto durante unos días. Y no he sabido nada desde entonces. Ahora tampoco tengo respuesta a lo que le he contado.

Espero que no desaparezcas de nuevo, Dominic. Solo pensarlo hace que se me hiele la sangre en las venas, pero aparto la idea rápidamente. *Todo va a ir bien. Volverá pronto.*

Tras un cuarto de hora de viaje en coche, abandonamos el tramo concurrido de Piccadilly junto a la Royal Academy y entramos en un patio que hay delante de una enorme casa del siglo XVIII.

—Ya hemos llegado —me dice el conductor al parar—. El Albany.

Observó el enorme edificio georgiano de ladrillo oscuro con grandes

ventanas de guillotina. Tiene al menos cuatro plantas y es gigantesco. ¿Esta es la casa de Andrei? Sin duda es lo bastante lujosa, pero ¿todo esto para un solo hombre? ¿Cuánto arte cabe en una casa de ese tamaño? Un plazo de un par de semanas de repente me parece demasiado ambicioso. Salgo, pago al conductor y subo por los escalones de piedra que hay ante la puerta principal, que está abierta. Me doy cuenta inmediatamente de que no puede ser una sola casa, porque al otro lado de la puerta hay un amplio vestíbulo que lleva a la parte de atrás del edificio, donde se ve un sendero. Cuando entro, un hombre con una chaqueta gris oscuro adornada con unas trenzas doradas sale de una pequeña habitación que hay a mi derecha.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —me pregunta muy amablemente.

—He venido a ver al señor Dubrovski —le respondo.

—¿Su nombre, por favor?

—Beth Villiers.

Vuelve a su oficina para consultar una hoja de papel y me dice:

—Ah, sí. La está esperando. Por aquí, por favor.

Cruzamos el vestíbulo embaldosado, dejando atrás paneles de madera brillante, enormes espejos y bustos de mármol (en uno de ellos está grabado el nombre de lord Byron). Una placa de mármol enumera los títulos de los hombres famosos que han vivido allí.

—¿Esto es un bloque de pisos? —le pregunto cuando salimos al sendero cubierto porque tengo curiosidad. El sendero tiene un pequeño jardín a cada lado, con un estanque y una fuente cantarina, y caminos que salen del trazado principal a intervalos regulares. Delante de nosotros, a cada lado del sendero, hay dos grandes alas del edificio pintadas de color claro.

—Por así decirlo —responde el portero—. Estamos en Albany House. Convirtieron la mansión en apartamentos para caballeros hace unos cuantos siglos.

—¿Para caballeros? —repito—. ¿No se permiten mujeres?

¿Qué pasa con Dubrovski y los lugares en los que solo se permiten hombres? Primero el monasterio y ahora esto...

—No se permite a las mujeres residir aquí —me explica el portero con una sonrisa—. Hay setenta y cuatro apartamentos, desde estudios diminutos hasta enormes pisos. Ahora va a ver uno de los mejores, que es donde vive el señor Dubrovski, al menos cuando está en la ciudad.

A medio camino nos apartamos del sendero principal y nos acercamos a una escalera con un tramo de peldaños que llevan al sótano y otro que conducen a las plantas superiores. Nos acercamos a una puerta principal muy grande detrás de la escalera.

—Ya hemos llegado —me dice el portero—, este es el piso del señor Dubrovski. ¿Podrá encontrar la salida de nuevo?

—Oh, sí.

—Entonces la dejo aquí. Que tenga un buen día, señorita. —Y con una leve inclinación de cabeza, se gira y vuelve al edificio principal.

Miro la puerta. Impresiona un poco con esos paneles de madera y un frontón clásico encima. El llamador es un enorme pez de cobre, pero también hay un timbre. Apoyo el dedo sobre el botón un momento sin llegar a llamar y siento la urgente necesidad de darme la vuelta y volver con Mark.

Sé valiente, me digo. *Todo va a ir bien*. Puedo cuidarme sola. Pulso el timbre y oigo el sonido que llega desde el interior. Ya está. La suerte está echada. Ahora tengo que hacerlo.

Un instante después oigo pasos que se acercan y se abre la puerta. Aparece en el umbral un hombre corpulento. La cabeza afeitada y el traje negro le dan la apariencia inconfundible de un guardaespaldas.

—Soy Beth Villiers. El señor Dubrovski me está esperando.

El hombretón asiente y se aparta para que pueda entrar. El apartamento está decorado con una madera rojiza muy brillante. Los suelos, las paredes y los techos lanzan destellos cuando la luz se refleja en sus superficies. En todas partes hay incrustaciones de marquetería de color negro, marrón oscuro o marrón claro: alrededor de las puertas, en el rodapié, formando patrones simétricos en el suelo. Todo muy clásico y masculino y sin duda terriblemente caro. Está claro que todo eso ha sido ideado por un diseñador de interiores que se ha ocupado hasta del más mínimo detalle. Tiene mucho más carácter que la villa de Francia, que era más o menos lo que me estaba esperando encontrarme.

El guardaespaldas me guía por el pasillo y me lleva a una salita decorada con el mismo estilo magnífico aunque un poco abrumador. Encima de un espejo espectacular colgado sobre más paneles de madera, un águila dorada despliega las alas con una rama de olivo en el pico. La chimenea tiene bustos de mármol negro de dioses y urnas clásicas de alabastro. En una pared hay colgado un óleo enorme de un retrato de Napoleón a caballo, examinando el campo de batalla tras un triunfo. Parece apropiado para el lugar. Miro a mi alrededor; no hay más cuadros, los paneles de madera están vacíos. Me parece que me miran con expectación. Esto va a ser un verdadero desafío.

—Siéntate —me gruñe el hombre, y yo obedientemente me acomodo en un largo sofá Chesterfield de cuero negro que hay ante la chimenea de mármol. La sala tiene unas enormes ventanas con vistas al sendero por el que hemos venido, que están parcialmente cubiertas por setos de tejo muy bien podados, pero la luz entra a raudales de todas formas, iluminando las perfectas proporciones del período Regencia de la habitación. El guardaespaldas sale y un momento después Dubrovski entra con grandes zancadas. Hoy lleva un atuendo informal consistente en vaqueros y jersey de cachemir azul. Me levanto inmediatamente.

—Bien, ya has llegado. —Consigue esbozar una leve sonrisa cuando me ve y se acerca. Me dispongo a extender la mano, pero, para mi sorpresa, se agacha y me roza la mejilla con los labios—. Bienvenida.

El saludo inesperado me hace dudar un momento, pero recupero la compostura rápidamente.

—Gracias. Qué piso más maravilloso.

Dubrovski mira a su alrededor y se encoge de hombros.

—Han hecho lo que les pedí. Me gusta.

—Parece un lugar muy especial para vivir.

—¿Albany? Sí. Es muy británico, está lleno de historia. Aquí han vivido primeros ministros y poetas, lo más granado de vuestra alta sociedad. Eso me resulta divertido. Y es muy tranquilo y privado. Eso también me gusta. Aquí hay todo tipo de gente: académicos, actores, hombres de negocios, aristócratas... Pero todos se ocupan exclusivamente de sus asuntos, y yo lo prefiero así.

—No tenía ni idea de que existía —le digo educadamente. Y después de una breve pausa, prosigo—. Bueno, ¿tiene algún contrato que quiere que firme?

—¿Un contrato? —Me mira sorprendido.

—Bueno, un documento con los términos del trabajo. Qué es lo que espera de mí, cuánto tiempo voy a estar empleada aquí, lo que me va a pagar... Esas cosas.

—Creo que un apretón de manos será suficiente en este caso. Así es como Mark y yo decidimos la mayoría de las cosas.

—Yo preferiría un contrato —insisto—. Aunque sea solo un acuerdo privado, si no le importa.

Aprieta los labios, pensativo.

—Sí, por supuesto. Tienes que tener la sensación de que se están haciendo las cosas de la forma adecuada. Ahora mismo haré que alguien se ocupe de ello.

—Gracias. —Siento que esto ha sido un triunfo, como si con eso hubiera conseguido una victoria sobre ese hombre poderoso—. Mientras, ¿quiere que empiece ya?

Se queda mirándome y entonces se ríe.

—Sí, claro. Ven. —Se gira y yo le sigo por el pasillo hasta otra habitación —. El despacho. Puedes utilizarlo si quieres.

Abre la puerta, se aparta y aparece una habitación forrada de madera, como el resto, pero con un par de mesas que se miran, cada una equipada con ordenadores y teléfonos. En una está sentada una señora de mediana edad con una cara agradable y mechones canosos en el pelo oscuro, que lleva peinado con un estilo más bien caprichoso y sujeto con horquillas. Levanta la vista, sonríe y noto que todo en su apariencia es poco convencional, desde su pintalabios de color coral hasta su traje verde. Dubrovski la saluda.

—Esta es mi ayudante, Marcia. Ella se ocupa de la parte de mi vida que se desarrolla en Londres, ¿verdad, Marcia?

—Sí, señor —contesta juguetona—, ¡y no sabe de cuántas tonterías tengo que ocuparme! —Ríe alegre.

Sin duda está cómoda con él. No sé si alguna vez conseguiré reírme así trabajando con este hombre.

—Marcia, esta es Beth. Va a trabajar con mi colección de arte y estará aquí

durante unas semanas. Que tenga todo lo que necesite, ¿de acuerdo? Y quiero que redactes un contrato que incluya los términos y condiciones del trabajo de Beth. Luego te hago una lista.

Marcia me mira con sus ojos marrón claro y aparecen todas las arrugas de su rostro cuando sonríe aún más que antes.

—¡Claro que sí, señor! Bienvenida, Beth. Aquí somos todos una gran familia feliz.

Dubrovski la mirada divertido.

Qué pareja más rara hacen. No parece en absoluto su tipo, pienso.

—Beth, te voy a enseñar el resto del apartamento —dice Dubrovski. Marcia, con las manos en el regazo, no deja de sonreír—. Ven conmigo.

Me lleva de una habitación a otra, señalándome todo lo necesario con esas maneras suyas tan secas. En un pequeño estudio hay un montón de cuadros en el suelo, colocados en pilas ordenadas.

—Eso es lo que tienes que examinar.

Me va a llevar un tiempo. Ya he visto la salita, el comedor, un dormitorio de invitados, este estudio y el despacho, aparte de los pasillos. Tengo mucho que hacer, está claro.

En la cocina, que está exquisitamente hecha a mano con la misma madera brillante que el resto de la casa, una señora filipina está llenando el lavavajillas con los cacharros del desayuno. Es diminuta, como un gorrión delicado, y tiene un bonito pelo oscuro.

—Esta es Sri —me dice Dubrovski—. Ella te preparará cualquier cosa que quieras. ¿Quieres un café o un té?

Sri espera impasible a que me decida, pero me da demasiada vergüenza que alguien del servicio me haga nada, mucho menos alguien tan frágil.

—Oh, no, gracias —digo—. Ya he desayunado.

—Bien. Solo nos queda una habitación: mi dormitorio. —Salimos de la cocina y él camina delante de mí por otro pasillo.

Bueno, esto es un poco raro. No creo que quiera ver su dormitorio. Un dormitorio es un espacio muy íntimo. Siento como si me estuviera invitando a acercarme a su vida personal más de lo que yo querría. Pero supongo que forma parte de mis obligaciones. No puedo decirle que me ocuparé de todas las demás habitaciones excepto de su dormitorio. Es ridículo. *No es más que otra habitación*, me digo cuando abre la puerta y entra.

No tendría que haberme preocupado. La habitación es extrañamente impersonal, muy bonita, pero con pocas señales íntimas de la persona que duerme ahí. No hay fotografías, casi no hay libros, y claro... *No hay cuadros. Porque ese es mi trabajo*. Miro a mi alrededor. *Tal vez como vive de acá para allá por todo el mundo, no se molesta en dejar su sello personal en todos estos lugares que no son su verdadera casa*. Es diferente al resto del apartamento porque aquí no hay paneles de madera. Me doy cuenta de que me siento aliviada. Es impresionante, pero tanta madera por todas partes resulta un poco intimidatoria. Es agradable estar en una habitación en la que las

paredes están pintadas con un relajante verde oscuro. Una enorme cama de cuatro postes sin dosel domina la habitación, con dos mesitas con forma de barril a ambos lados. Hay una pequeña mesa y una estantería casi vacía. Encima de la chimenea preside la habitación una enorme televisión de pantalla plana que parece un gran cuadro negro.

—Espero que sepas qué hacer aquí. Y quiero algo especial para el baño —me dice señalando el baño incorporado de mármol gris que hay a un lado del dormitorio—. Algo que me haga feliz al verlo cada mañana cuando salgo de la ducha. Solo un cuadro, pero uno perfecto.

Como Francisco I y la Mona Lisa, pienso recordando lo que me contó Mark.

—Haré lo que pueda —le digo intentando sonar competente y convencida.

Me atraviesa con una de esas miradas impasibles.

—Estoy seguro de que lo harás bien —me contesta con decisión, como si ahora que lo ha dicho él no hubiera duda de que eso es lo que va a pasar.

Abre otra puerta que lleva a un gran vestidor con trajes, camisas y zapatos alineados en un orden perfecto e hileras de cajones y de estantes para las demás cosas.

—No tienes que preocuparte por esto —me dice y sonríe un poco—. Volvamos. Yo tengo cosas de las que ocuparme y seguro que tú quieres ir empezando.

SOLO UNA HORA después, cuando estoy en el estudio concentrada en la tarea de examinar todas esas obras de arte, suena el teléfono. Lo miro perpleja, preguntándome qué hacer. Entonces pienso que seguramente debería contestar, así que lo cojo.

—¿Beth? Soy Marcia. ¿Podrías venir al despacho, por favor?

—Sí, por supuesto.

Cuelgo el teléfono y cruzo el pasillo hasta el despacho. Marcia ya tiene preparado el acuerdo y me lo da para que lo lea. Me siento y lo estudio. Es bastante sencillo y me alegro al comprobar que Dubrovski ha limitado mi trabajo a un máximo de cuatro semanas, que se podrían prorrogar si el trabajo no está terminado.

Pero lo estará. Sin duda.

No hay vacaciones previstas, es normal, y se estipula el horario es flexible. Entonces veo la cláusula en la que se establece la remuneración. Se me escapa una exclamación.

—¿Todo bien, querida? —me dice Marcia con los ojos muy abiertos por la preocupación—. ¿Algún problema?

—Es que... bueno... —No sé qué decir. No puedo protestar porque me paguen demasiado, ¿no? Pero la cantidad que pone en el acuerdo es casi lo que Mark me paga al año... Y por solo cuatro semanas de trabajo o menos, si termino antes de tiempo.

—Es por el dinero, ¿verdad? —me dice Marcia—. El señor Dubrovski es así. Se asegura de que todos sus empleados estén muy bien provistos. Así

nunca querrán irse a trabajar para otra persona.

Suena muy sensato, pero aun así...

—Fírmalo, querida —me dice Marcia en un susurro—. No lo lamentarás. Y firma también esta copia. Después se lo llevaré al señor Dubrovski para que lo firme también y te daré tu copia. Ah, y necesito que me des tus datos bancarios y tu número de la Seguridad Social, por favor.

NO VEO A Dubrovski durante el resto del día ni tampoco el siguiente, aunque no pienso mucho en él porque pronto me veo absorbida por la tarea. Marcia es muy agradable y habladora. No para de parlotear mientras me enseña cómo funciona el sistema informático y se asegura de que tengo toda la información que pueda necesitar. Pero me alego de escapar de ella cuando vuelvo al estudio y empiezo a clasificar los montones de obras de arte. Lo primero que hago es catalogarlo todo y asegurarme de que coincide con los registros que me ha dado Mark, anotando cualquier discrepancia para investigarla. Cuando termino con eso, me pongo a organizar las obras y a pensar cómo debería agruparlas y exponerlas. Me pregunto si habrá algún programa que me permita probar las ideas que tengo antes de colgar los cuadros. Si no lo hay, ya se me ocurrirá alguna forma.

A la hora de comer, Marcia y yo nos reunimos en la pequeña mesa de la cocina: sopa, ensalada y sándwiches, todo preparado por Sri. No hay señal del guardaespaldas, pero asumo que irá donde vaya Dubrovski. Marcia es una compañía agradable, pero no para de hablar, apenas espera a que le responda y a veces se contradice. Además, no puedo soportar la forma en que lleva el pintalabios siempre corrido por toda la boca y el pelo disparado en todas direcciones y sujeto con las horquillas sin la más mínima simetría. ¿Es que se arregla sin mirarse en un espejo? No parece el tipo de persona del que a Andrei Dubrovski le gustaría rodearse, con esa obvia tendencia que tiene al orden, pero pronto me doy cuenta de que, aunque Marcia pueda parecer un poco dispersa, su mente es un ordenador. Sabe qué es lo que está pasando en todo momento y organiza la agenda de Andrei en Londres con total facilidad, coordinándose con sus ayudantes en otras partes del mundo y claramente dirigiéndolas a todas.

Lo que no hace es decir nada sobre Dominic. De hecho, no cuenta mucho del trabajo de Andrei. Se puede pasar todo el día hablando de su gato, pero apenas menciona su trabajo. Al principio daba un respingo cada vez que ella cogía el teléfono, esperando oír el nombre de Dominic u obtener alguna pista sobre cuándo iba a volver, pero Marcia no desvela nada y muy a menudo habla en ruso o en francés, así que no puedo seguir la conversación. Y sigo sin tener noticias de Dominic.

Sé paciente, me digo. *Está ocupado. Espera.*

—¿PERO QUÉ demonios pasa contigo? ¡Apenas te he visto esta semana! —me dice Laura cuando llego a casa el viernes por la noche, agotada después de mis dos primeros días—. Cuéntamelo todo.

Le cuento lo fácil que me resulta perderme cuando trabajo con la preciosa

colección de arte de Andrei Dubrovski. Me he encontrado unos cuantos tesoros, entre ellos una bellísima colección de estampas de Hogarth enmarcadas que creo que quedarán preciosas formando conjunto, tal vez en el vestíbulo.

—¿Y cómo es él? —me pregunta Laura, que está sentada en el sofá, apretando las rodillas contra el pecho y con los ojos como platos—. ¡Qué increíble trabajar para alguien como él! Le he buscado en Google a la hora de la comida y he encontrado unas cuantas fotos muy sexis. Un tío duro, ¿no? Y siempre me han gustado los rubios. ¿De cerca también está bueno?

—¿Que si está bueno? —digo sorprendida.

Claro que me he fijado en su apariencia, pero no he pensado en él de esa forma. Desde que conocí a Dominic, no he encontrado a nadie que merezca la pena en comparación con él. Pero me imagino a Andrei y recuerdo la energía que irradia y el carisma que hace que todo el mundo en la habitación se fije en él. Aunque no es lo que se dice guapo, el poder y la experiencia de su cara le dotan de algo peculiar que hace que quieras mirarle. Y aunque esa nariz angulosa y la barbilla cuadrada y sobresaliente podrían resultar excesivas, esas facciones tan marcadas de alguna forma le favorecen, haciéndole parecer resuelto y decidido.

Laura pone los ojos en blanco.

—¡Vamos! Al ver esas fotos pensé: imagínatelo en la cama... ¡Seguro que es la bomba!

—No sabía que te gustaban así —bromeo—. Grandes, musculosos y de los que dan un poco de miedo. Siempre has salido con empollones...

Laura hace una mueca.

—Prefiero el cerebro a los músculos —responde, aunque después dice, soñadora—: pero no me importaría que me llevara a la cama un tío como ese.

Me quedo en silencio un momento, recordando la mirada penetrante de Andrei, la forma en que esos ojos que parecen láseres me recorrieron el cuerpo de un modo que hizo que casi los sintiera sobre la piel. Fue algo curiosamente perturbador, como si tuviéramos cierta intimidad sin haber hecho nada de nada.

—Oye, espero que no le estés siendo infiel a Dominic en tu mente... —Laura ríe con los ojos brillantes mientras observa mi expresión.

—¡Claro que no! —me apresuro a decir.

Me imagino los ojos oscuros de Dominic, líquidos por el deseo, y en un segundo se me hace un delicioso nudo de lujuria en el estómago. *Eso está bien*. Durante un segundo me he preocupado de que Laura hubiera despertado en mí algo por Andrei de lo que no había sido consciente. Pero sé con total seguridad que Dominic tiene todo lo que quiero en un hombre. Y no solo porque es guapo y mucho más que atractivo, también por todo lo demás: tiene inteligencia, encanto e ingenio. Adoro la forma en que se toma el café, cómo pone un brazo sobre el respaldo del sofá cuando lee el periódico o su manera de reírse. Me encanta que haya viajado por todo el mundo en su infancia y que

conozca gente y lugares que yo nunca he visitado. Y me fascina que él también me quiera, que sienta la misma intensa necesidad por mí que yo siento por él. Es un milagro que alguien tan increíble se sienta tan cautivado por mí como yo por él, pero lo he visto en sus ojos y lo he sentido cuando me abraza y cuando me hace el amor.

Pero también está su lado oscuro, claro. ¿Me gusta eso también?

La verdad es que no me puedo imaginar a Dominic sin su lado oscuro, aunque sé que es algo de él que está intentando reprimir, sobre todo después de lo que pasó entre nosotros. ¿Sería igual si eso no existiera? ¿Sería el sexo tan profundo, tan peligrosamente excitante, si supiera que él nunca va a intentar llevarme más allá de mis límites? La noche del monasterio fue increíble, y solo estábamos alimentados por un deseo muy intenso, pero sé que si volvemos a estar juntos, pronto tendremos que enfrentarnos a la realidad de las necesidades sexuales de Dominic.

¿Y las mías? ¿Qué es lo que quiero yo?

No puedo imaginarme una vida con Dominic que no incluya la poderosa fuerza de sus instintos. Y solo con pensarlo siento una desesperada necesidad de él.

Solo quiero que vuelva. Pronto.

Capítulo 8

LAURA Y YO pasamos juntas un fin de semana relajante, sobre todo viendo la tele en el sofá y haciéndonos una taza de té tras otra para recuperarnos de la semana de trabajo. Intento no obsesionarme con mi teléfono, que sigue obstinadamente en silencio. La única vez que suena es mi madre, que quiere saber las últimas noticias. Le cuento lo de mi nuevo trabajo y parece impresionada, aunque se alegra de que sea temporal. Creo que le parece mejor Mark que este ruso extraño que ha aparecido en mi vida.

El domingo por la noche decido que, si no sé nada de Dominic a finales de semana, voy a hacer algo drástico, aunque no sé muy bien qué. Después le aparto de mi mente y decido centrarme en mi nuevo trabajo.

Estoy en el estudio el lunes por la mañana, absorta en mi tarea, cuando entra Andrei. Dejo lo que estaba haciendo y me levanto inmediatamente.

—No, por favor, continúa —me dice Andrei—. Solo quiero observarte.

Sintiéndome un poco rara, sigo con la estampa que estaba mirando y después cojo otra.

—¿Qué te parece esa? —me pregunta.

—Es un buen exponente de su clase —le respondo con entusiasmo. Llevo toda la mañana pensando en estampas—. Y la hizo alrededor de 1870 un impresor muy famoso del siglo XIX. El marco es de la misma época, creo, y es parte de un grupo de cuatro con paisajes de Derbyshire.

—Mark me las consiguió —me dice examinándola.

—No me sorprende, son espléndidas.

Asiente como si estuviera satisfecho.

—¿Y has encontrado algo para mi baño ya?

—Todavía no. No he llegado a esa fase aún. Pero lo encontraré.

Andrei sonríe.

—Estoy deseando ver lo que descubras, pero por ahora quiero que hagas algo. Algo que está más allá de las capacidades de Marcia.

—¿Ah, sí?

—Quiero que encuentres un regalo para una amiga. Una amiga muy querida. Quiero regalarle una joya, algo hermoso, y quiero que la elijas tú por mí. —Se encoge de hombros—. No tengo tiempo para esas cosas. A veces los vendedores escogen por mí, otras veces me envían material. Pero ya que estás aquí, quiero aprovechar tu experiencia.

Parpadeo, atónita. No he visto por allí señales de que haya una esposa o una novia, y ese lugar es claramente un piso de soltero, así que había asumido que Andrei es uno de esos hombres obsesionados con su trabajo que no tiene tiempo para una relación. Pero no es raro que un hombre de negocios multimillonario tenga una amante. ¿Y por qué no? ¿Pero cómo se supone que voy a escogerle un regalo a quien quiera que sea ella?

—¿Lo harás? —me pregunta mirándome fijamente—. Te estaría muy agradecido.

—Bueno, sí, si eso es lo que quieres... —Algo en mi interior me dice que debería tener alguna objeción, pero no sé cuál podría ser. Al fin y al cabo me ha pedido que trabaje para él por mi gusto artístico. Esto parece ser solo una extensión del trabajo, en cierta manera.

Me sonríe.

—Bien. Quiero que selecciones dos cosas. Y no te preocupes por el precio. Algo que te llame la atención.

—Deberías contarme algo sobre la persona a la que le vas a hacer el regalo, para que me haga una idea de qué podría gustarle.

Parece sorprendido.

—Supongo que tienes razón —dice un momento después—. Muy bien. Es hermosa, naturalmente. Y tiene herencia aristocrática, ha tenido una educación refinada. Su familia consiguió sobrevivir a la revolución, pero sin el patrimonio ni el dinero de sus días de gloria, claro. Es bastante nostálgica sobre lo que su familia tuvo en su momento, aunque eso fuera mucho antes de que ella naciera. —Se ríe—. Me gusta eso. Hace un siglo habría sido una duquesa o una condesa, y yo, seguramente, su lacayo o su mayordomo. Ahora su familia vive en un destartalado apartamento de Moscú mientras yo me la tiro en mi villa de Francia, en mi dacha o donde me da la gana. Ahora me abre las piernas a mí, el pobre chico de los barrios bajos que empezó sin nada. Es una amante estupenda, pero saber que estoy beneficiándome a una hija de los antiguos privilegios confiere al asunto un extraordinario regusto de victoria.

Le miro espantada. Siempre he procurado mantener una distancia profesional con Andrei, pero ahora, con ese lenguaje, ha hecho surgir imágenes en mi mente. Le veo en la cama, desnudo, la ancha espalda y las piernas fuertes moviéndose mientras embiste a una belleza rusa de alta cuna. Ella está abierta para él, rendida, incapaz de resistir su poder. Su expresión es inescrutable, pero sus ojos azules arden de intensidad mientras la posee, satisfaciendo sus deseos furiosos, abrumándola mientras busca su placer y la lleva a ella al clímax.

Me está observando.

—¿Te sirve eso?

Asiento, intentando apartar las imágenes de mi mente. Con esas palabras se ha cruzado una línea entre nosotros. Siento como si me hubiera arrastrado a una intimidad con él de la que no puedo escapar.

—Bien. Luego me enseñas lo que has comprado. Pídele a Marcia una tarjeta de crédito.

Treinta minutos más tarde, armada con una tarjeta de crédito negra, cruzo el sendero cubierto en dirección a la entrada del Albany.

Esto es muy raro. Niego con la cabeza porque no me lo puedo creer. *¿Cómo he acabado haciendo esto?*

Salgo con la tarjeta-llave que me ha dado Marcia y aparezco en Savile Row,

una calle llena de sastrerías de caballeros. Bond Street está a mi izquierda y me dirijo hacia allí. Sé que en esa calle hay muchos escaparates que brillan gracias a los destellos de impresionantes piedras preciosas. Siempre me he preguntado si hay suficientes ricos en el mundo para mantener en funcionamiento todas esas joyerías. Debe de haberlos, porque las esmeraldas, los diamantes y los rubíes relucen en unos conjuntos que valen muchos miles de libras.

Paso por delante de unas cuantas y miro los cojines de satén rojo que exponen sus tesoros detrás del cristal blindado. Su brillo atrae todas las miradas, pero yo no me siento cautivada por ninguno. Un poco más allá veo un lugar diferente, con los escaparates llenos de joyas antiguas de todo tipo, desde gruesos collares de perlas de color cremoso hasta tiaras de diamantes. También hay sellos, gemelos, marcos de plata ornamentados y mucho más. Es como la cueva de Aladino o la bodega de un barco español que albergara un tesoro. Me acerco al escaparate para mirar mejor. Ahí las joyas reposan sobre cojines azul oscuro o en cajitas antiguas forradas de satén color crema. Este sitio es más del tipo que me gusta a mí.

Y Andrei me lo ha encargado porque admira mi gusto...

Hay un guardia uniformado en la puerta. Me la abre cuando me acerco, tal vez preguntándose si realmente soy el tipo de persona que comprará algo en la tienda, aunque su cara no revela nada. Me acerco al mostrador más cercano, donde un hombre con un frac negro, que parece un poco aburrido, está organizando unos anillos de diamantes.

—¿Puedo ayudarla, señora? —me dice con un poco de desdén en la voz.

—Tal vez. Estoy buscando algo para el señor Andrei Dubrovski...

El cambio es inmediato y notable. El dependiente se muestra alerta instantáneamente y parece deseoso de ayudarme.

—Oh, claro, señora, por aquí, por favor. Siéntese aquí y le traerán alguna pieza que podría interesarle...

En pocos minutos hay dependientes por todas partes que me traen solícitamente bandejas de joyas para que examine. Me lo estoy pasando en grande. Estoy rodeada de una verdadera fortuna, la más bonita que he visto en mi vida: collares, pendientes, broches, camafeos, piezas *vintage* de Tiffany y de Cartier, conjuntos victorianos y delicadas tiaras Regencia. Todo es espectacular.

Lo miro bien todo, acerco algunos de esos objetos brillantes a la luz o los pongo sobre mi piel para ver el efecto. *¿Qué demonios querrá Andrei que compre?*

Estoy pensando si será mejor un anillo o unos pendientes cuando uno de los dependientes más mayores me trae una gastada caja de terciopelo rojo. La pone delante de mí y me dice con reverencia:

—Tal vez al señor Dubrovski le guste esto.

Abre la caja y dentro hay una preciosa pulsera esmaltada con unos diminutos diamantes incrustados que desprenden un brillo helador bajo las

luces eléctricas. El interior es de oro bruñido. La pulsera es claramente antigua, pero el esmalte, de color crema y turquesa, rosado y azul oscuro, todavía brilla. Es una pieza espléndida y me quedo embelesada instantáneamente.

—¡Es preciosa!

—Es muy valiosa, además —dice el dependiente mayor, muy serio—, porque perteneció a la gran duquesa Olga, la hermana del zar Nicolás II. Consiguió llevársela cuando ella y su madre escaparon tras la Revolución para refugiarse en Dinamarca. Como sabrá, su hermano y su familia no tuvieron tanta suerte.

Me quedo sin aliento. Esa pulsera perteneció a la familia real rusa, los Romanov, que gobernaron durante más de mil años hasta que una carnicería acabó con su dinastía. Veo fugazmente una imagen de Andrei, el rufián de los callejones de Moscú, poseyendo a su condesa rusa. Ella gime de placer. Ahora lleva puesta la pulsera que le ha regalado. Le rodea con los brazos, tirando de él para que la penetre más profundamente, y la pulsera se clava en su ancha espalda con los diamantes dejándole marcas en la piel...

—Sí. Esto es lo que busco. Me la llevo. —Se me ocurre algo de repente—. ¿Cuánto vale?

El dependiente me dice la cantidad. Intento no dar un respingo porque es mucho más de lo que yo gano en un año. Pero creo que Dubrovski ni siquiera pestañearía al oírla. Entonces recuerdo que me ha dicho que compre dos cosas. Me llaman la atención un par de pendientes con unos rubíes oscuros engarzados en oro blanco. Hay algo en su profundidad y brillo que hace que no pueda dejar de mirarlos. También son antiguos, tal vez victorianos, y preciosos.

—Me llevo esos también. —Le doy la tarjeta de crédito negra y le digo que los entreguen en la casa. No quiero caminar por las calles de Londres llevando conmigo unos objetos de un valor tan alto.

¡Misión cumplida!

MÁS TARDE, ya de vuelta en el estudio, entra Andrei. Levanto la vista sorprendida.

—Acabo de ver el paquete que han traído de la joyería. —Se me queda mirando y por un momento creo que me va a gritar por haber elegido mal o por haber gastado demasiado. Pero entonces dice—. Muy bien. Es lo que esperaba de ti.

—La pulsera perteneció a los Romanov —le explico, absurdamente encantada de que esté contento—. Me pareció... apropiado.

Los ojos le brillan divertidos y me recuerdan unas aguamarinas que he visto esta mañana.

—Es perfecto. —Se gira para irse—. Por cierto, hay algo para ti en tu mesa del despacho.

Se va antes de que me dé tiempo a preguntar qué es o quién lo envía. Tengo curiosidad, así que me levanto y voy al despacho. La mesa de Marcia está

vacía. De hecho está ordenada y con todo archivado, como si ya hubiera acabado por hoy. En la mesa de enfrente hay un paquete envuelto en un papel verde oscuro y atado con una cinta verde de seda. Lleva una tarjetita con un monograma con una A metida bajo el lazo de seda. La saco y leo: «Gracias».

Perpleja, desato el lazo, que cae suavemente, y levanto la tapa de la caja. Dentro hay una cajita y el corazón se me acelera al sacarla y abrir el cierre de la tapa. Ya sé lo que voy a encontrar dentro.

Los pendientes de rubíes brillan ante mis ojos, oscuros y profundos como un oporto de buena añada.

Oh, Dios mío... Me siento mareada. Sé cuánto han costado. No puedo aceptarlos. *Pero son preciosos*, me susurra una vocecilla en mi cabeza. *Te encantan.*

Reprimo rápidamente esa vocecita perversa. *Aunque las cosas sean preciosas, eso no significa que puedas quedártelas. Todo lo que tiene Andrei es caro y la mayoría de las cosas son preciosas. Pero nada de todo eso es mío.*

Me alegro de que Marcia no esté aquí para ver este regalo tan caro. Salgo del despacho en busca de Andrei, con la cajita en la mano para devolvérsela, pero no lo encuentro por ninguna parte.

—El jefe ha salido —me dice Sri cuando me la encuentro en la salita—. No volverá hasta la noche.

—¿Y dónde está Marcia? —le pregunto. Parece que ha desaparecido todo el mundo menos Sri y yo.

Sri se encoge de hombros y vuelve a su tarea de limpiar el polvo.

Me meto los pendientes en el bolsillo y vuelvo al estudio.

LAURA PONE los ojos como platos cuando esa noche le enseño lo que hay dentro de la cajita.

—¿Te ha regalado eso? —me pregunta sin poder creérselo.

Asiento.

—Oh-oh... —Parece preocupada—. Nadie hace un regalo como ese sin esperar algo a cambio.

Suspiro y no sé qué decir. Si fuera otra persona, estaría de acuerdo con ella. Regalar una joya cara normalmente es una señal inequívoca, pero en el mundo de Andrei... Bueno, no puedo estar segura. Puede que para sus estándares esos pendientes no sean caros... Pero no puedo correr el riesgo.

—Lo sé. Se los voy a devolver.

—¿Te ha hecho alguna proposición? —Laura ahora ya no parece preocupada, sino más bien enfadada—. Porque si es uno de esos jefes que creen que se pueden propasar después de comprarte un par de baratijas, bueno...

—Ahí está el problema. —Me acomodo en el sofá, confundida—. No creo que sea eso. Además, me ha pedido que le compre un regalo a su amante o su novia o lo que sea. Así que está claro que tiene una relación... Esto es un misterio. —Miro a mi amiga, que está claramente ofuscada y se siente

protectora—. Oye, no te preocupes. Puedo cuidarme sola, de verdad. Y se los voy a devolver.

Laura asiente.

—Creo que es lo mejor. Y mantén las distancias. Si te parece que te está acosando, por Dios díselo a Mark o a alguien. ¿Qué le parece a Dominic todo esto? Estará furioso.

—Ha vuelto a desaparecer. No tengo ni idea de dónde está o si voy a verle otra vez.

—Deberías decirle que tiene que volver inmediatamente. Y asegúrate de que Dubrovski se entera de que tienes un compromiso para que no se haga una idea equivocada.

Asiento otra vez. Laura tiene razón, por supuesto. Los rubíes brillan en su cajita.

Mañana los voy a devolver.

POR LA MAÑANA llego lista para soltarle mi discurso a Andrei. Lo he preparado en mi mente de camino al trabajo. Tengo la cajita en el bolsillo.

El guardaespaldas me abre la puerta, así que sé que Andrei está en casa. Y queda confirmado cuando sale como una tromba del comedor.

—Ah, Beth, ya has llegado.

—Andrei —empiezo a decir—, necesito hablar contigo del regalo que me dejaste en la mesa. Me halaga mucho que hayas hecho algo así...

Dejo de hablar porque no me ha hecho ni caso; se ha ido directo al despacho y me ha dejado hablando sola. Voy detrás de él con la cajita en la mano.

—Andrei, tengo que hablar contigo de...

—Marcia no ha venido. —Me interrumpe como si nada—. Su madre está enferma y ha ido a cuidarla. Necesito que me hagas un favor. ¿Puedes quedarte aquí buscando información sobre las obras de arte para que puedas contestar a los teléfonos? No te pediría algo así normalmente, pero estoy esperando llamadas importantes que tengo que contestar. ¿Podrías hacerlo?

Ni siquiera espera a que le responda, así que yo olvido mi discurso y me meto la cajita en el bolsillo. Tendré que esperar a más tarde. Andrei está agachado sobre un cuaderno escribiendo unos cuantos nombres.

—Estas son las personas con las que necesito hablar. Si llaman, interrúmpeme pase lo que pase. —Arranca el papel y me lo da—. Gracias, Beth. Ahora tengo que hacer unas llamadas. Estaré en el estudio, así que de todas formas no podrás trabajar allí hoy.

Y, diciendo eso, sale del despacho y me deja allí con la boca abierta. Solo cuando Sri entra para preguntarme si quiero un café, miro la lista y empiezan a temblarme las manos. El primer nombre de la lista es el de Dominic.

* * *

DESPUÉS YA NO consigo dar pie con bola. No puedo concentrarme. No soy capaz más que de esperar a que suene el teléfono de Marcia mientras finjo que investigo sobre unas obras de arte. Cuando por fin suena, doy un salto y

corro para cogerlo antes de que deje de oírse el primer tono.

—¿Sí? —respondo sin aliento.

—¿Marcia? ¿Eres tú? —Al otro lado de la línea se oye una voz de mujer muy pija.

Siento una enorme decepción. Me he puesto tan nerviosa que he creído que en cuanto sonara el teléfono iba a ser Dominic. Odio que la mujer que hay al otro lado de la línea no sea él.

—No, Marcia no está. Yo estoy al cargo ahora mismo. ¿Me podría decir quién es usted? —Busco el papel que tiene los nombres escritos.

—Soy Kitty Gould. ¿Puedo hablar con Andrei?

Leo la lista. Ese nombre no está en ella.

—Me temo que está ocupado ahora mismo. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—Dile que le he enviado por email todos los detalles de la fiesta. Ya debe de tenerlos. Y que estoy deseando verle allí.

—La fiesta. Muy bien.

—Gracias. —Y Kitty Gould cuelga.

Me quedo mirando al teléfono y mi corazón recupera su ritmo normal.

A este ritmo estoy segura de que la mañana va a estar llena de adrenalina...

* * *

A LO LARGO DE toda la mañana el teléfono ha sonado varias veces y he tenido que ir al estudio para decirle a Andrei que llamaban algunas de las personas con las que quería hablar, pero ninguna de ellas era Dominic.

De repente me siento frustrada. ¿Es que se cree que puede tratarme así? ¿Volver a la vida y después desaparecer de nuevo? Creía que quería estar conmigo, estar cerca, y ahora lleva días sin dar señales de vida. ¿A qué está jugando? ¿De verdad está tan ocupado como para no poder mandar un mensaje?

A mediodía como con Andrei en el comedor, aunque se pasa la mayor parte del tiempo al teléfono, dando bocados entre frases y a veces incluso con la frase a medias. Cuando por fin cuelga el móvil, recuerdo la primera llamada de la mañana.

—¿Te ha llegado un correo de una mujer que se llama Kitty Gould? —le pregunto—. Aparentemente es algo sobre una fiesta. Dice que te ha enviado en el email los detalles que necesitas.

Andrei se queda helado un momento y después me mira.

—La fiesta...

—Sí. ¿Sabes a qué se refería?

—Oh, sí. La fiesta es esta noche.

—¿Esta noche? —Levanto ambas cejas. Parece muy precipitado mandar los detalles de un evento el mismo día.

Él vuelve a mirarme.

—Tal vez te apetecería venir conmigo.

—Oh. —Me ha sorprendido otra vez. ¿Alguna vez dejará de hacer eso? —

Bueno...

—Será mejor que lo diga de otra manera. Me gustaría que me hicieras el honor de acompañarme. Creo que te lo pasarás bien. Será algo grandioso y merecerá la pena verlo. —Su expresión es impasible—. Y tendrás ocasión de ponerte los pendientes.

Me ruborizo violentamente. Se me ha olvidado por completo lo de los rubíes y ahora me parece que he sido una maleducada por no decir nada.

—Yo... Gracias, Andrei, es muy generoso por tu parte, pero no puedo aceptarlos.

—¿Por qué no? —pregunta frunciendo el ceño.

—Porque son demasiado... Demasiado caros... Y apenas te conozco...

Él agita una mano para quitarle importancia.

—Claro que puedes aceptarlos, no seas tonta. Si estás pensando en devolvérmelos, más vale que se te quite esa idea de la cabeza.

—Tienes que aceptar que te los devuelva —digo con más rotundidad—. Se los puedes regalar a tu amante, seguro que le gustan. —Vuelve a mi mente esa imagen traicionera de él en la cama, pero esta vez la chica rusa de Andrei tiene unas joyas de un rojo profundo brillando en los lóbulos de sus orejas cuando echa atrás la cabeza por el éxtasis.

—¿Mi amante? —Sus ojos brillan con un destello peligroso—. Qué anticuado suena eso. No quiero volver a oír hablar de esos pendientes. Regálaselos a alguien si no los quieres. —Se acomoda en la silla como para indicar que la discusión sobre los rubíes ha acabado—. Y bien, ¿vas a venir a la fiesta conmigo? No creo que sea el tipo de fiesta a la que podría llevarte Mark. Y deberías aprovechar todas las oportunidades que se te presenten.

Todavía estoy intentando encajar la idea de que no le importe que regale por ahí unos rubíes que valen miles de libras. *Los dejaré aquí cuando me vaya. Así las cosas estarán como deben estar.*

Su teléfono suena y responde.

—¿Sí? Ah, Dominic, por fin.

Mi estómago da un vuelco violento y la sangre abandona mi cara (al menos eso creo). No sé si me he puesto pálida, pero así es como me siento. Bajo la mesa tengo los puños apretados. *¡Dominic está al otro lado de la línea!* Me siento herida: es obvio que puede utilizar el teléfono cuando lo necesita.

Andrei escucha con atención lo que está diciendo Dominic. Yo lo estoy pasando fatal porque no puede adivinar de qué están hablando, ni siquiera oír el eco lejano de su voz.

—Ya veo. Sí. ¿Vas a venir a la fiesta luego? Ajá. Bueno, puedes llamar a Harvey para que vaya con el coche si lo necesitas. ¿Y Anna? —Se produce una pausa mientras escucha y después se ríe. Nunca le había oído reír: es una risa áspera, un sonido seco de su voz ronca, y suena como si fuera algo que no hace normalmente—. Sí, ella es así. Espero que esté como loca esta noche. Siempre se pone así cuando ganamos mucho dinero. —Sonríe mientras habla. Siempre me resulta raro ver esa boca amplia con el labio inferior prominente

estirarse para formar una sonrisa—. Bien. Luego te veo entonces. —Cuelga y me mira sin dejar de sonreír. Cuando ve mi expresión, dice—: ¿Qué ocurre?

—Nada —respondo con rapidez—. Nada en absoluto. —Hago una breve pausa y entonces digo con toda la naturalidad que puedo reunir—. ¿Era Dominic Stone? ¿El hombre que conocí en el monasterio?

Andrei asiente.

—Me llamaba para darme muy buenas noticias sobre una mina de mineral de hierro que tengo en Siberia. Los chinos han comprado todo el mineral que vamos a producir en los próximos dos años. Estoy muy contento. Dominic lleva una temporada congelándose el culo allí, en medio de la nada. —Ríe otra vez—. Pero recibirá una buena recompensa. Y bien, ¿vas a venir a la fiesta?

La idea de que Dominic estará allí me llena de excitación, pero intento parecer un poco indiferente.

—¿Sabes, Andrei? Tienes razón. Puede ser divertido. Me gustaría ir.

Me examina con otra de sus miradas inescrutables.

—Bien. Necesitarás algo que ponerte. Llama a Harrods y diles que te manden una selección de vestidos de noche de tu talla. Y pide que sean negros, creo que eso es lo que mejor te va sentar. Nada demasiado ostentoso porque no es un baile, pero sí algo sofisticado.

Y tras decir eso se levanta de la mesa y sale del comedor. Yo solo puedo quedarme mirando mientras se va. La vida con Andrei Dubrovski es totalmente impredecible. Pero también es emocionante; esta noche voy a tener la oportunidad de ver a Dominic por primera vez desde lo de Croacia.

No puedo desaprovecharla. Tengo que ir.

Capítulo 9

CUATRO HORAS después, para mi asombro, estoy sentada al lado de Andrei en un hermoso Bentley gris descapotable, admirando el salpicadero de madera y sintiendo el ronroneo del motor debajo de mí. Llevo un vestido de noche impresionante, uno de los muchos que llegaron desde Harrods en un furgoneta verde en cajas con papel de seda, junto con zapatos y bolsos a juego. Me he pasado una hora muy feliz en la habitación de invitados desenvolviendo y probándome todos los tesoros que había en las cajas: diseños increíbles de seda, tul, organza, satén y muchas otras telas lujosas que resplandecían con brillos, lentejuelas o abalorios. Otros estaban adornados con volantes o encajes y algunos eran elegantemente sencillos. Nunca había visto trajes de diseño de cerca y son espectaculares. Parecen muy ligeros, pero por dentro están muy bien estructurados para mejorar la silueta y favorecer la figura; los materiales son suntuosos, los bordados, exquisitos, y el trabajo de costura, magnífico. No me extraña que cuesten miles de dólares con esos adornos cosidos a mano y tanta atención puesta hasta en el más mínimo detalle. Me gustaron todos, aunque me pareció que algunos, con enormes faldas o muchos volantes en los hombros, eran demasiado para mí.

Pero en cuanto me puse este, me enamoré. Es de seda negra, como sugirió Andrei, deliciosamente apropiado y a la vez sexy, con una capa interior corta y ceñida y un sobrevestido vaporoso que flota sobre los brazos y alrededor de los muslos. Venía con un par de zapatos de seda negra con tacones peligrosamente altos que son el complemento perfecto para lograr un efecto de sutil seducción. Rodeada de satenes rígidos con ballenas, corpiños armados y lentejuelas, me quedé mirando mi reflejo y supe que ese era el que me iba a poner.

Ahora, mientras recorremos en coche las calles de Londres en dirección oeste escuchando a Rachmaninov, unos rubíes rojo profundo brillan en mis orejas.

Esto es exactamente lo que él quería, pienso mirando a Andrei. *¿Lo habría planeado desde el principio?* He creído que me daba la posibilidad de elegir (si aceptaba los pendientes, si iba o no a la fiesta), pero seguramente no era más que un espejismo y él sabía ya lo que iba a hacer. Andrei está imponente con un esmoquin negro y pajarita de seda y conduce con una soltura fruto de la práctica. Me recuerdo que no hay hombre que no esté espectacular con un traje formal hecho a medida, y si además el hombre en cuestión tiene un físico poderoso y un carisma magnético, el resultado es todavía mejor.

Una vez que dejamos atrás el tráfico de Londres y entramos en la autopista, Andrei pisa el acelerador y pronto vamos a buena velocidad adelantando a todos los coches. A nuestro alrededor cae la noche, aterciopelada y de un azul oscuro, iluminada por una dorada luna de otoño.

Si él fuera Dominic, esto sería increíblemente romántico. Pero recuerdo con un delicioso estremecimiento de anticipación que seguramente va a estar en la fiesta. Y esa es la verdadera razón por la que estoy yo aquí.

Andrei no dice nada hasta que, después de una hora de viaje rápido e increíblemente fácil, salimos de la autopista y unos minutos después paramos ante una maravillosa mansión antigua de los Cotswold, hecha de una piedra que adquiere un brillo dorado a la luz de los focos.

—¿Aquí es la fiesta? —le pregunto.

—No —me dice bruscamente, apaga el motor y sale—. Aquí vamos a cenar.

Rodea el coche para acercarse a mi lado, me abre la puerta y me ayuda a salir. Cuando ya estoy de pie sobre la gravilla, me coge el brazo y lo entrelaza con el suyo, le tira las llaves a un aparcacoches que está esperando y entramos.

Evidentemente es un restaurante muy caro, y nos llevan a una mesa con un mantel almidonado y cubertería brillante. Andrei pide para los dos sin siquiera echarle un vistazo a la carta y unos minutos después estoy bebiendo una copa de Pouilly-Fumé frío, mirándole desde el otro lado de la mesa y preguntándome cómo he acabado yo allí exactamente.

—Quiero decirte algo —me dice Andrei inclinándose hacia mí. Su mirada es seria e intensa—. Estás preciosa esta noche.

—Gracias —le respondo sintiéndome un poco rara. Me doy cuenta de que no sé a qué atenerme en esta cena. No me ha pedido una cita, y, si lo hubiera hecho, le habría dicho que no, sin duda. Pero ahora parecemos una pareja celebrando algún aniversario íntimo o a punto de embarcarnos en una aventura romántica. *Pero solo quiere ser educado, ¿no?*

—Y estabas preciosa la noche que cenamos en casa de Mark también. —Le da un sorbo al vino mientras parece rememorar ese día—. Me gustó especialmente ese vestido rojo. Pero la verdad es que estabas muy hermosa también sentada en el suelo de mi estudio, rodeada de mis obras de arte, frunciendo el ceño de esa forma tan curiosa y peinándote con los dedos como sueles hacer cuando estás muy concentrada. Me gusta mirarte cuando no sabes que te estoy observando. —Se acerca un poco—. Pero nunca has estado más arrebatadora que aquella mañana en el monasterio, cuando prácticamente vibrabas de vida y sensualidad. Entonces fue cuando decidí que quería conocerte mejor, mucho mejor.

Me quedo mirándole, sintiendo en mi interior una espiral de horror mezclado con algo que se parece dolorosamente al placer. *¿Soy preciosa? ¿Cree que soy preciosa?* Pero entonces me asalta otro pensamiento: *¡Oh, no, quiere algo de mí! Quiere... Oh, Dios mío, ¿dónde me he metido? Estoy sentada aquí, con el vestido que me ha comprado y las joyas que me ha regalado... ¡como una especie de cortesana! Ahora mismo parece que podría llegar a verle de esa manera y planteármelo. Oh, mierda... ¿cómo voy a salir de esta?*

Intento permanecer tranquila y mantener la compostura. *Voy a tener que*

enfrentarme a un tipo duro ruso. No me da miedo. Al menos no mucho.

—Andrei —le digo con aplomo—, me halaga mucho que creas que soy preciosa, pero debes saber que nuestra relación es estrictamente profesional. Además, tienes una novia o una... amiga, y yo tengo pareja.

Eleva ambas cejas y exhibe esa mirada penetrante que parece poder leerme la mente.

—¿Que tienes pareja? No me lo creo.

—Es cierto.

—¿Cómo se llama?

Me quedo helada, dudo y comprendo que no puedo darle el nombre de Dominic, pero no se me ocurre otro inmediatamente.

—Él... se llama... John.

—¡Ja! —Su risa seca parece más bien un grito—. Es obvio que estás mintiendo. No tienes novio. Además, ¿y qué importa? No sé por qué dos personas que se atraen no pueden actuar siguiendo sus impulsos. Tú no estás casada y yo tampoco.

—Pero yo no me siento atraída por ti —le digo, y mis palabras suenan un poco remilgadas.

Una sonrisa pícara e infantil aparece en su cara y se acerca aún más a mí con aire conspirador.

—Oh, claro que sí. Puede que creas que no, pero sí que te atraigo. Y créeme... —Tiene los ojos fijos en los míos y su voz se convierte en un susurro—. Cuando hagamos el amor, va a ser explosivo.

Se me ha secado la boca y me siento un poco mareada. La imagen de Andrei desnudo vuelve a mi mente, pero ahora la mujer que hay en la cama dejando caer la cabeza por el éxtasis y con rubíes en las orejas soy yo. Horrorizada, aparto esa visión instantáneamente y me repongo.

—Lo siento, Andrei, pero eso no va a pasar. Si no puedes aceptarlo, me temo que no voy a poder quedarme aquí ni ir a esa fiesta contigo. Esos son mis términos.

—Te gusta eso de los términos, ¿no? Los contratos y los acuerdos. Todo establecido. Estás intentando controlarme, construir muros para contenerme. Pues te advierto que no va a funcionar. Nadie puede hacer eso. —Se ríe de nuevo, coge un trozo de pan de la cesta que hay en la mesa y lo parte—. ¿Y qué vas a hacer, Beth? ¿Volver andando por la autopista? ¿Con esos zapatos? Estamos un poco lejos de Londres.

—Puedo llamar a un taxi. O... —Miro a mi alrededor. Cuando hemos entrado, me he fijado en que había una recepción—. Puedo quedarme aquí. Este lugar también es un hotel, ¿no?

—Bien observado. Sí, es un hotel, y uno muy bueno, por cierto. —Parece ceder—. Bueno, si no quieres venir a la fiesta conmigo, te instalaré aquí e iré solo. Puedo pedir otra habitación para cuando vuelva y llevarte a casa por la mañana.

Estoy desconcertada. No sé qué decir. Quiero ir a la fiesta para ver a

Dominic, pero no puedo decírselo a Andrei.

—Iré —digo momentos después—. Pero solo si aceptas que no va a pasar nada entre nosotros.

Sus labios se curvan de nuevo como respondiendo a algo que le divierte secretamente.

—Está bien. Lo acepto. No va a pasar nada entre nosotros. En la fiesta no. Tal vez ni siquiera esta noche. Pero algún día pasará. Y no solo porque lo quiera yo, sino porque lo querrás tú también.

—No lo creo, señor Dubrovski —digo con una voz muy decidida—. Me temo que va a estar esperando eternamente a que llegue ese día.

—Andrei, por favor. —Parece molesto al recordármelo—. No volvamos atrás. Somos amigos, ¿no?

Antes de que pueda responder, llega el camarero con los entrantes y el momento pasa.

* * *

AUNQUE NO ME lo esperaba, disfruto mucho de la cena. El encanto de Andrei, que es considerable cuando quiere, me hace olvidar pronto el incómodo comienzo. Pero, a pesar de la conversación agradable, que trata sobre todo de arte, el recuerdo de los cumplidos que me ha hecho me persigue. Me recuerdo a mí misma que no me interesa lo más mínimo.

—¿No vamos a llegar tarde a la fiesta? —le pregunto cuando me doy cuenta de que son más de las once y todavía estamos tomando el café.

—No, no. Acabará de empezar —dice Andrei, pero pide la cuenta, y mientras paga, yo voy al lavabo. Me retoco y me tomo unos momentos para examinar mi reflejo. Estoy arrebatadora esta noche: los ojos azules me brillan gracias al efecto de una cena maravillosa y unas cuantas copas de vino y el vestido es más bonito de lo que recordaba. Los preciosos zapatos me alargan las piernas y hacen que parezca más alta y esbelta de lo que soy. El pelo rubio me cae sobre los hombros y tengo las mejillas sonrosadas por la expectación.

—Ya no falta mucho —me digo en un susurro—. Dentro de poco estaré con Dominic otra vez.

Vuelvo a reunirme con Andrei, que me está esperando en el vestíbulo. Unos minutos después estamos en el coche de nuevo, esta vez conduciendo hacia la oscuridad del campo. Andrei parece saber adónde vamos, así que me relajo en el asiento de cuero mientras miro embelesada los setos oscuros y envueltos en sombras que pasan a toda velocidad junto a la ventanilla.

Cuando el coche vuelve a detenerse, me parece que solo han pasado unos pocos minutos. Estamos rodeados de una oscuridad absoluta en lo que parece un bosque. Los faros del coche solo iluminan árboles y una densa maleza.

—¿Aquí es la fiesta? —le digo mirando a la oscuridad del exterior. De repente me entra el pánico. Por aquí no parece haber nada. ¿Y si me ha traído hasta aquí, en medio de la nada, donde estamos completamente solos, por alguna razón terrible? Y de repente me doy cuenta con un escalofrío de que

nadie sabe dónde estoy.

Andrei se inclina hacia mí y yo estoy a punto de soltar un grito, pero solo pretendía abrir la guantera. Saca dos máscaras: una sencilla y negra que cubre la mitad de la cara, desde la frente hasta justo por encima de la boca, y la otra adornada con lentejuelas y unas plumas negras elegantes, diseñada para ocultar los ojos y cubrir las mejillas a la vez que las plumas sirven para velar un poco más las facciones. Me da la que tiene plumas.

—Póntela. Yo me voy a poner la otra.

—¿Y por qué tenemos que llevar esto?

—Es una fiesta de máscaras, por supuesto. Algo muy glamuroso.

Por lo menos hay una fiesta. Aunque no tengo ni idea de dónde es. Cojo la delicada máscara y me la pongo sobre la cara.

—Muy bien —dice Andrei suavemente, y se pone la suya. De repente se convierte en alguien completamente anónimo. En esa oscuridad solo se ven sus brillantes ojos azules. Únicamente le distingue su labio inferior prominente—. Vamos —dice, y su voz suena más ronca que nunca—. Entremos.

Da la vuelta una vez más para ayudarme a salir del coche y nos quedamos de pie un momento en el círculo de luz que se filtra desde el interior del coche mirándonos, convertidos repentinamente en unos extraños con las máscaras puestas. Cierra la puerta del coche y nos hundimos en la oscuridad. Cuando me pregunto cómo vamos a encontrar el camino hasta esa misteriosa fiesta, aparece una luz. Andrei tiene una linterna para iluminar el camino. Ahora necesito cogerle del brazo para caminar con los tacones por el sendero en sombras sin tener ni idea de adónde voy. Me parece que caminamos sobre piedrecitas o gravilla y supongo que estamos cruzando un aparcamiento o algún tipo de entrada. Al poco veo una luz dorada y me doy cuenta de que nos dirigimos hacia ella. Es un umbral, pero más allá no parece haber una casa ni un edificio; solo un pasillo iluminado que desaparece en la nada.

Llegamos al umbral, donde hay personal de servicio, también enmascarado, esperando para acompañarnos. Le murmuran algo a Andrei y su respuesta es evidentemente satisfactoria porque nos llevan a través de un pasadizo con techos bajos y paredes que parecen excavadas en la roca.

—¿Dónde estamos? —pregunto mirando hacia delante sin detenerme. El terreno tiene cierta inclinación hacia abajo. Estamos descendiendo.

—En una cueva —me responde Andrei, cubriéndome la mano que tengo en su brazo con la suya—. Nos dirigimos a unas catacumbas.

Y en ese momento empiezo a oír ruido: música con un ritmo atronador y el ruido de una gran multitud. Empezamos a esquivar gente que está de pie en el pasadizo con copas en la mano, glamurosa y extraña con sus máscaras. Mientras bajamos por el pasadizo, veo otros túneles que llevan a pequeñas cuevas iluminadas por unas velas colocadas en apliques. No veo lo que pasa en esas cuevas, pero sí distingo movimiento.

¿Estarán bailando?, me pregunto, pero seguimos avanzando antes de que

pueda averiguar qué pasa ahí. De repente el pasadizo se abre y llegamos a una cámara amplia con un gigantesco techo abovedado. Me recuerda a una colmena o un avispero, porque hay diferentes niveles según se asciende hasta llegar a una especie de cúpula. Hombres con corbata negra y mujeres con vestidos impresionantes, todos con diferentes tipos de máscaras, beben, hablan y bailan. No puedo dejar de mirar a todos lados: algunos llevan preciosas máscaras venecianas llenas de adornos, y otros, sencillos antifaces de encaje o seda. Algunos lucen máscaras de cuero con tachuelas o cadenas. Unos cuantos hombres se cubren la cabeza con máscaras de animales (leones o lobos). Una mujer con un espectacular vestido blanco de seda lleva una careta de conejo con pelo blanco y unas suaves orejas que apuntan hacia el techo. Andrei se acerca y me murmura al oído:

—Cuando nadie sabe quién eres, puedes hacer lo que te apetezca. Vamos a por unas bebidas.

Me guía hacia un nicho en la pared donde hay camareros de pie tras una barra de cinc bruñida agitando cocteleras para las personas que están al otro lado. A pesar de que hay mucha gente, aparece un camarero inmediatamente para atender a Andrei, y un momento después me pasa un martini de vodka con una espiral de cáscara de limón flotando en la bebida. Coge uno para él también y me aparta de la barra. Estoy demasiado atónita mirando todas las cosas fascinantes que hay a mi alrededor como para fijarme en que tengo una copa en una mano y con la otra sigo sujetando el brazo de Andrei. Pero la verdad es que le necesito. El suelo es irregular y tengo miedo de tropezarme con esos zapatos tan altos.

Entonces se me ocurre algo. *¿Cómo demonios voy a reconocer a Dominic? Todo el mundo lleva máscaras. Y todos los hombres parecen iguales con sus esmóquines*. Siento una gran decepción. Las posibilidades de encontrármelo en este sitio tan extraño, con todas esas cuevas y pasadizos llenos de gente, me parecen remotas. Aunque él llegara a saber que estoy aquí, no llevo el móvil. Mi única esperanza es que Andrei sepa dónde encontrar a su gente. Además, él sí lleva el teléfono. Salimos de la sala principal y recorremos uno de los túneles hasta una cueva que está cerrada con una cuerda. Hay una mujer de pie en la entrada que lleva un vestido largo de noche y una máscara negra muy sencilla que solo le cubre los ojos. Tiene el pelo muy rubio, casi blanco, que le cae sobre la espalda y los hombros y unos labios carnosos pintados de un color muy llamativo.

Cuando nos acercamos, nos mira con curiosidad. Andrei le murmura una sola palabra: «Dubrovski».

Ella suelta un gritito.

—¡Andrei! —le saluda—. No te había reconocido. Estás fantástico. —Se inclina y cuando sus mejillas se rozan, hace el sonido que harían unos besos de verdad—. Qué alegría verte.

—Gracias. ¿Qué tal estás, Kitty?

—¡Muy bien, gracias! ¿Y la fiesta no es espectacular? Nos lo vamos a pasar

en grande. Si quieres que alguien te enseñe el lugar, dímelo. Hay muchas distracciones. Y lugares muy privados, en caso de que necesites uno. No tienes más que decírmelo, si quieres. Y más tarde habrá un espectáculo de cabaré.

Cabaré... Aparece una imagen en mi mente. Estoy sentada en El Manicomio, el club privado que ha acabado teniendo un papel tan fundamental en mi vida. Me acompaña James y estamos viendo un espectáculo de cabaré, pero no uno al uso. Es una representación de *burlesque* erótico que acaba con una sesión de azotes con un látigo y viéndolo hay gente que está disfrutando de todo tipo de actividades. Y después los clientes alquilan habitaciones privadas para dejarse llevar por la lujuria que les ha despertado lo que ocurría en el escenario.

Me doy cuenta de repente y con total seguridad de que estamos en una fiesta donde cabe todo. Gente rica, el extraño anonimato que proporcionan las máscaras, alcohol y música... sin duda estoy en un lugar donde nadie está dispuesto a parar cuando le surja cualquier deseo.

Oh, Dios mío, ¿qué he hecho? ¿En qué he dejado que me metan? ¿Se va a acabar convirtiendo esto en una orgía? ¿Por eso Andrei ha querido que venga con él?

Esos pensamientos son los que ocupan mi mente cuando Kitty aparta la cuerda de terciopelo y nos permite el paso a la cueva que hay más allá. Está amueblada con bancos de terciopelo, que tienen la anchura suficiente para poder tumbarse en ellos, y unas pequeñas mesitas iluminadas por faroles que parecen marroquíes. No hay nadie más allí. Entramos y nos sentamos. Le doy un sorbo a la bebida, temblando. Todo ha cambiado.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Andrei, observándome con atención.

No le respondo. Siento que la furia está creciendo en mi interior. ¿Cómo se atreve a traerme a un sitio como este sin avisarme, sin prepararme de ninguna forma?

Como si pudiera leerme la mente, me dice:

—Aquí no vas a ver ni a hacer nada que no quieras. Aunque estas fiestas son muy liberales, se organizan con un gusto exquisito. Kitty se asegura de eso. Solo los que quieren cruzar ciertos límites lo hacen.

—¿Y eso es lo que quieres hacer tú? —pregunto con la voz tensa.

—Yo hago lo que quiero. Y tú deberías hacer lo mismo. —Se acerca un poco a mí—. A vosotras, las chicas británicas, os resulta un poco difícil complacer y dejaros llevar por vuestros deseos más profundos. A veces sois de lo más reprimido. Deberías dejarte llevar.

—No sabes nada de mí. —Casi le escupo esas palabras. Estoy furiosa porque se atreve a hablarme así sobre una parte de mi vida que solo me pertenece a mí. *Solo porque tenga dinero no significa que pueda comprar a la gente y verle el alma*—. Nada en absoluto. ¿Cómo eres capaz de asumir algo sobre mí o sobre mi vida de esa forma?

Andrei parece sorprendido y muestra un destello de furia en sus ojos. Pero

un segundo después su expresión se suaviza y parece casi arrepentido.

—Tienes razón. Lo siento. Ha sido de mala educación. Algo imperdonable. He cometido un error. No debería haberte traído. Acábate la copa y nos iremos.

—Seguramente será lo mejor —le respondo con frialdad. No quiero ver a Dominic aquí, en esta situación. No es lo que quiero. Le doy otro sorbo a la bebida. Está fuerte, con toque cítrico, y me quema un poco la garganta al deslizarse por ella.

—Esto te parece sórdido —continúa—. Pero si así fuera, yo tampoco lo aceptaría. No lo toleraría. A mí me gusta la belleza, ya lo sabes. Estamos aquí porque es una experiencia fantástica y liberadora en la que todos somos anónimos y podemos evadirnos de nosotros mismos para bailar, beber y olvidar todo lo demás durante unas horas. No debería haber dicho nada sobre ti a nivel personal. Solo estaba pensando en mí y en mi deseo de relajarme en un sitio seguro.

Me calmo un poco y veo las cosas desde su punto de vista: es un hombre famoso, rico, que no puede confiar en nadie. Aquí, enmascarado, es alguien desconocido, alguien cualquiera, al que nadie va a juzgar, que no tiene que estar mirando siempre por encima del hombro ni preocuparse de que le graben a escondidas o de que murmuren sobre él. De repente me doy cuenta de lo atractivo que debe resultar eso para él. *Esto es ridículo... ¡Ahora siento pena por él! No debería haberme dicho eso, pero...*

Me quedo mirando la copa, pensativa, y cuando levanto la vista encuentro sus ojos azules observándome.

—Podemos quedarnos un rato —acepto—. No hace falta que nos vayamos corriendo por mí. No quiero estropearte la noche. Acabamos de llegar, después de todo.

Antes de que me pueda responder, hay movimiento fuera y dos personas entran en la cueva, un hombre y una mujer, ambos con máscaras. En cuanto entran, la mujer dice «Andreiiii» con un ronroneo. La reconozco inmediatamente: es Anna Poliakov. Cuando miro al hombre que está a su lado, de repente es como si me ardieran los pulmones. No se le distinguen los profundos ojos oscuros tras la máscara negra, pero brillan de una forma que conozco bien y reconozco al momento la forma elegante de su nariz, los labios carnosos con ese aire de pirata y los hombros anchos. Le miro las manos. No hay duda: es Dominic.

El corazón empieza a latirme como loco y se me acelera la respiración, que se vuelve breve y ardiente. No puedo apartar la vista de él, pero él apenas me mira. ¿Por qué? No sabe que estoy aquí. Anna, que se sienta junto a Andrei y se acerca para darle un beso que es poco más que un roce en la mejilla con sus labios escarlata, acapara toda su atención. Está seductora y voluptuosa, con un vestido negro sin tirantes que le eleva los pechos de color marfil y se le ciñe a todas las curvas. Dominic la observa mientras se aprieta contra Andrei, que también la saluda con un beso.

Es tan hermosa... ¿Es que Andrei no lo ve ni lo nota? Me sorprende que algún hombre pueda resistirse a ella.

En mi mente surge una idea horrible. Las dos últimas veces que he visto a Dominic estaba con Anna. Obviamente están pasando mucho tiempo juntos y ahora, sentado cerca de Andrei, no deja de mirarla con la cara seria y los ojos brillantes. Parece que no puede apartar los ojos de ella y es como si le devorara por dentro verla con Dubrovski.

Unos celos feroces se apoderan de mí. Ella es guapísima y Dominic es muy apasionado. ¿Habrá podido resistirse? ¿O le habrá conquistado Anna con esa apariencia exótica y su obvia sensualidad? Me horroriza la idea, pero no puedo apartarla de mi mente y se está apoderando de mi imaginación.

Andrei mira a Dominic.

—Hola. Has conseguido llegar.

—Buenas noches, Andrei —le responde, educado pero sin la más mínima emoción—. Me alegro mucho de haber vuelto. Siberia no es mi lugar favorito del mundo.

—Te hace falta una copa —le dice Andrei con una sonrisa. Levanta una campanilla dorada que hay en la mesa y la hace sonar. Aparece inmediatamente una chica vestida con un mono ceñido negro y una máscara del mismo color sobre los ojos—. Champán —le pide—. Muy frío. —Cuando ella desaparece para traerlo, me mira—. Oh, casi se me olvida. He traído acompañante esta noche. Es el miembro más reciente de mi equipo. ¿Os acordáis de Beth Villiers, la experta en arte que estuvo con nosotros en Croacia?

—Por supuesto —responde Anna—. Qué agradable coincidencia. Estás preciosa, Beth. No te había reconocido con esa máscara tan espectacular. Y qué vestido más bonito.

Pero yo estoy mirando a Dominic. Al oír las palabras de Andrei, se ha puesto tenso y me mira con los labios un poco separados por el asombro. Es obvio que se está esforzando por controlarse.

¿Por qué, Dominic? Siento que se me hiela la sangre. *¿Por qué no quieres que esté aquí, porque te estropeo los planes con Anna? ¿O es que ya estáis juntos y te está torturando verla apretarse contra Andrei?*

No dejes que tu imaginación vaya demasiado lejos, me dice una voz en mi cabeza, pero ya estoy más allá de todo control, viendo pasar a toda velocidad por mi mente imágenes de Dominic y Anna juntos.

—Sí, claro que me acuerdo de Beth —dice Dominic muy despacio. Veo que tiene los puños apretados y los nudillos blancos—. Me alegra volver a verte.

Bueno, pues aquí estamos. No creo que sea lo que tú querías, ¿eh, Dominic? Tú prefieres mantenerme alejada de Andrei y de Anna. Vaya con tu secretito...

—A mí también —digo en voz baja.

—¿Pero dónde está ese champán? —exige Andrei justo cuando la chica con el mono entra con una bandeja en la que hay una cubitera con una botella de

champán y cuatro copas. Se demora un momento dejando las copas y abriendo la botella. La pausa me permite recuperar el control y Dominic logra parecer un poco más relajado.

—Cariño, ¡qué bien nos lo hemos pasado! —dice Anna apartándose el pelo largo y oscuro—. Las negociaciones han sido las más largas a las que he asistido. Pero al final te hemos conseguido todo lo que querías. ¿Estás contento?

—Muy contento —confirma Andrei pasando las copas llenas del líquido burbujeante—. Vamos a brindar por el éxito. —Levanta la copa y todos hacemos lo mismo—. Por el mineral de hierro y las minas Dubrovski, para que sigan dándonos muchas alegrías.

Todos levantamos las copas y probamos el champán. Me cosquillea en la lengua. Estoy un poco mareada (lo que no es sorprendente dado que me acabo de beber un martini), pero también me siento valiente y poderosa a pesar del gran dolor. Esto no era lo que quería, pero así son las cosas. Que Dominic dé el siguiente paso.

Anna está charlando con Andrei, contándole cómo fue todo con los chinos. Dominic se acerca y se sienta a mi lado. Los dos fingimos estar escuchando a Anna, pero está tan cerca que su muslo fuerte se aprieta contra el mío y siento el calor que irradia.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —me pregunta al oído, y todo mi cuerpo se despierta en respuesta.

—¿Te estoy estropeando la fiesta? —le respondo como si no me importara lo más mínimo—. Perdona si me estoy metiendo en medio.

—¿Pero de qué estás hablando? —me pregunta sin dejar de susurrar—. ¿Por qué te ha traído Andrei aquí?

No digo nada porque me preocupa que nos oigan.

—Dime algo, maldita sea. ¿Por qué has venido aquí con él? —continúa entre dientes. Anna deja de hablar y le mira con curiosidad. Andrei se gira también.

Pero Dominic no pierde el control.

—Me temo que Beth se aburre cuando nos ponemos a hablar de negocios. Será mejor que la acompañe a dar una vuelta por la fiesta mientras vosotros os ponéis al día. La traeré de vuelta sana y salva, no te preocupes.

Me agarra el brazo con la mano con una fuerza desproporcionada y tira de mí para que me ponga de pie. Solo yo me doy cuenta de lo brusco que está siendo, pero reprimo la exclamación de dolor.

Antes de que los otros puedan decir nada, me ha hecho cruzar la cueva y los dos salimos al túnel de acceso. Cuando lo dejamos atrás, deja de fingir y se pone prácticamente a arrastrarme a la fuerza. Hay un grupo de gente bloqueando el camino y él se abre paso bruscamente sin pedir disculpas y sigue tirando de mí hacia la zona donde están las cuevas más privadas.

—Me haces daño —protesto. Sigue agarrándome el brazo muy fuerte, hundiéndome los dedos en la piel—. ¡Suéltame!

—Vas a venir conmigo —me dice con expresión tensa. Un momento después nos detenemos delante de una cortina que oculta una zona que hay junto al pasadizo principal. Una chica con otro mono ceñido y una máscara, como la camarera, está de pie junto a la cortina—. Vamos a entrar —le dice —. Quiero privacidad. Que no entre nadie más, ¿entendido?

La chica asiente y abre la cortina. Dominic entra y tira de mí para que entre con él. Estamos en una cueva espaciosa, amueblada con una cama enorme, lo bastante grande para media docena de personas. Por todas partes hay espejos que reflejan el amplio interior y alrededor hay otros muebles para sentarse o reclinarse, cubiertos de cojines. Lo miro todo un poco espantada. Obviamente ahí se hacen orgías y hay lugar para los que toman parte y para los que miran. Pero no nos quedamos ahí. Dominic me hace atravesar la habitación hasta una puerta que hay en el lado opuesto. La abre y entramos. Ahora estamos en una cueva más pequeña, adornada con sedas azules que cuelgan por todas partes. Unas luces eléctricas que parecen estrellas brillan en el techo. Allí hay juguetes de un cierto tipo que ya he visto antes: látigos y plumeros, azotadores y palas, todos ellos en estantes o colgando de ganchos. El mobiliario en este lugar es diferente: no hay una cama blanda y cómoda, sino duros asientos de cuero con estribos y esposas. Contra una pared hay unas barras y un armario lleno de instrumentos de dolor y placer. No puedo evitar el estremecimiento que me recorre al verlos. Me recuerda mucho a las noches de exploración que pasé con Dominic.

Me giro para mirarle.

—¿Por qué hemos venido aquí?

—Necesitábamos estar solos —me explica. Se arranca la máscara, se acerca y me quita la mía, dejándolas caer al suelo. Tiene los ojos ardiendo de furia y creo que los míos sueltan chispas en respuesta mientras nos miramos con hostilidad—. Ahora dime qué demonios estás haciendo aquí con él.

—¿Qué demonios estás haciendo *tú* aquí con *ella*?

—¿Qué?

—¡He visto cómo la miras! ¿Ya sois amantes o todavía estás esperando que ocurra algo? —Sé que sueno un poco histérica, pero no me importa. Tengo un montón de sentimientos encontrados: furia, la decepción de una fantasía hecha pedazos, la tristeza de que no se lleguen a cumplir mis sueños con Dominic, la felicidad de verle, la amargura de los celos y el miedo a perderle. Todo hierve en mi interior y está a punto de salir en un torrente al exterior—. ¡Es obvio que la deseas!

—¿Pero de qué estás hablando? —me dice Dominic con los ojos en llamas —. ¿Te refieres a Anna?

—Claro que me refiero a Anna. ¿A quién si no? ¿O es que tengo que preocuparme por alguna otra?

—Debería azotarte por eso —me amenaza con los dientes apretados—. Puede que sea muchas cosas, pero no soy un mentiroso ni un infiel.

—Eso es lo que tú dices —respondo—. Pero como no has podido apartar los

ojos de ella, perdóname si no te creo. —Estoy a punto de dejarme llevar por la histeria. Es demasiado raro estar allí, en esa especie de mazmorra que me recuerda a las noches que pasamos en el *boudoir*, en las que Dominic me hizo aquellas cosas tan deliciosas. Sé que no estoy pensando con claridad, pero no puedo evitarlo.

Me mira fijamente y cierra los puños.

Tal vez estoy un poco más borracha de lo que creo, pero tengo ganas de provocarle, de presionarle hasta que acabe en el mismo punto emocional en el que estoy yo ahora mismo. Le doy la espalda, meto las manos bajo la sobrefalda de gasa del vestido y me levanto la capa interior hasta que se me queda el culo al aire. No llevo ropa interior porque me he cambiado en casa de Andrei y allí no tenía nada adecuado para ponerme con ese vestido, así que dejo caer la gasa del sobrevestido para que las nalgas queden al menos levemente cubiertas.

—Hazlo entonces —le digo mirándole por encima del hombro. No aparta los ojos de mi culo y tiene los labios un poco abiertos—. ¿No es eso lo que quieres, azotarme? ¿Ella te deja hacérselo? ¿Es que ahora solo se lo puedes hacer a otras mujeres?

Me agarra bruscamente, me obliga a girarme y tira de mí para acercarme a él. Con una mano me agarra el culo, apretándomelo con la misma fuerza con que antes me sujetaba el brazo. Con la otra mano me levanta la cabeza para que la cara me quede cerca de la suya. Le miro desafiante, con la respiración acelerada.

—No sé a qué estás jugando, pero me estás forzando demasiado —me dice con voz ronca. Y sin previo aviso me levanta la sobrefalda con una mano y, con un movimiento rápido, deja caer la otra sobre mis nalgas desnudas, lo que provoca que me estremezca contra su cuerpo y que dé un respingo cuando empieza a escocerme la piel. Antes de que tenga tiempo de pensar cualquier cosa, me da otro golpe, que escuece tanto como el anterior, y después otro. Me arde el trasero, y esa sensación me saca bruscamente de mi estado cercano a la histeria y me despierta un deseo extraordinario y desesperado por él. Siento una caliente lujuria que me llena el cuerpo, y saber que Dominic está disfrutando del tacto de mi culo contra su palma me excita aún más.

Abro la boca, deseando que me bese. Estoy desesperada por sentir su lengua y sus labios, pero se aparta, aunque veo perfectamente que le brilla el deseo en los ojos.

—Oh, no, todavía no, señorita rebelde. ¿Cómo se ha metido esa idea en tu cabecita, eh? ¿Qué te ha hecho pensar que yo tengo algo con Anna?

—No te has puesto en contacto conmigo —le digo sin aliento. Me cuesta pensar teniéndolo tan seductoramente cerca. Para mi sorpresa, mi culo está pidiendo a gritos otro de esos azotes. Duelen, pero de una forma que me produce una excitación deliciosa—. No sabía qué pensar. Entonces me he dado cuenta de que os he visto juntos dos veces y me he fijado en la forma en que la mirabas...

—Eso es ridículo. Tienes que aprender a confiar en mí un poco más —murmura—. Anna es una mujer preciosa, pero creo recordar que nosotros tenemos un acuerdo muy sólido, ¿no es así? Tú eres la mujer para mí y tengo intención de enseñártelo como es debido y para mi gran placer muy pronto. —Me mira a la cara fijamente—. Oye, ¿y tú?

—¿Yo?

Su palma vuelve a caer sobre mi nalga de improviso y me empuja para apretarme contra su cuerpo. Puedo sentir su excitación a través de la lana oscura de su traje. *Oh, Dios mío*. Siento nudos de una lujuria caliente y deliciosa por todo el vientre. El escozor de mi trasero hace que el sexo se me hinche por la necesidad.

—¡Oh! —Suelto un gritito y me aferro a sus brazos. Me fallan las piernas.

Dominic está firme como una roca y no tiene intención de parar.

—Respóndeme. ¿Por qué has venido aquí con Andrei? No me parece algo inocente, la verdad. Me he quedado de piedra cuando te he visto aquí con él vestida así.

No me va a dar lo que quiero por ahora, está claro. Intento ordenar mis pensamientos erráticos, pero las sensaciones que me recorren el cuerpo son abrumadoras.

—Me pidió que viniera y yo le dije que sí porque pensé que tú estarías aquí.

—¿Ha intentado algo? —pregunta Dominic tenso.

Niego con la cabeza. La estúpida conversación de la cena no ha sido más que palabras, un coqueteo inapropiado que yo he frenado en seco. No quiero que Dominic se preocupe por eso.

—No me ha puesto ni un dedo encima, ni tampoco lo hará. No se lo permitiría. —Me dejo caer contra él—. Oh, Dios, Dominic, te necesito tanto...

—Yo te necesito más —me responde, y oigo la urgencia que hay en su voz —. Pero no tenemos mucho tiempo. Vendrán a buscarnos si tardamos en volver.

—No creo que pueda esperar —le digo casi en un gemido. Como si quisiera comprobar la veracidad de lo que digo, Dominic aparta la mano de mi culo, me acaricia con ella el vello púbico mojado e introduce los dedos entre mis labios. Me roza el clítoris y entra en el calor húmedo que hay más allá y yo dejo escapar un grito ahogado.

—Estás más que preparada para mí —me dice sonriendo—. Creo que nunca te he visto tan preparada. —Mueve los dedos como si estuviera explorando lo excitada que estoy y a mí me parece que todo mi cuerpo queda de repente a merced de esos dedos juguetones—. Pero no sé... —Me frota el clítoris con fuerza y me estremezco cuando las sensaciones arden en mi interior—. Tal vez sí recuerdo otras veces en que estabas así...

Sin previo aviso, pongo una mano sobre la suya para que interrumpa ese jugueteo.

—No, para —jadeo. No puedo creer lo que estoy diciendo—. Aquí no. Ahora no.

—¿No quieres? —me pregunta.

—Claro que sí —le digo necesitada—, pero aquí no. Podría entrar cualquiera, incluso esa chica de la puerta. No estoy cómoda.

—Puede que no tengamos otra oportunidad. —Me sonríe—. Pero te entiendo. —Acerca sus labios, nos damos un beso largo y aparta la mano. Gimo porque ya me estoy arrepintiendo de mi decisión, preguntándome si deberíamos ignorar esas reservas y satisfacer esa necesidad que tenemos, pero Dominic ya me está bajando la falda para taparme el culo de nuevo. Recoge nuestras máscaras y un momento después estamos saliendo de esa cueva llena de juguetes y cruzando el dormitorio que hay al lado.

—¿Cuándo crees que podremos estar juntos? —le digo respirando con dificultad mientras salimos apresuradamente de la zona privada dejando atrás a la chica del mono negro, que continúa guardando la puerta.

—Luego. Volvamos donde está Andrei. Una de las razones por las que no me he puesto en contacto es que tengo la sensación de que están vigilando mis llamadas y mis correos electrónicos. En cuanto me enteré de que trabajabas para él, no quise correr riesgos. Créeme, es mejor que no sepa lo nuestro. —Nos detenemos en un túnel, ajenos a los asistentes con máscaras que pasan a nuestro lado empujándonos. Dominic me mira fijamente a los ojos—. Hay un negocio muy importante en el horizonte. El de Siberia es una minucia en comparación. Lo estoy gestionando yo y la prima que voy a cobrar cuando finalice me va a comprar la posibilidad de independizarme de Andrei. Me voy a establecer por mi cuenta y entonces los dos podremos librarnos de él.

—¿Pero por qué iba a importarle que tú y yo estemos juntos? ¿O que quieras dejar de trabajar para él? Estoy segura de que se va gente de su organización todos los días. —Recuerdo las palabras de Marcia sobre que Andrei paga muy bien para que sus empleados nunca tengan ganas de dejar su servicio.

Dominic me coge la mano.

—Tú solo has visto el lado encantador de Andrei. Pero hay otro lado, créeme. Territorial. Temerario. Irracional. Se toma las negativas, *cualquier* negativa, incluso la de alguien que no está enamorado de él o la de una persona que decide cambiar de trabajo, como una traición. Podría incluso mostrarse celoso de nuestra relación si supiera que existe. Le gusta ser el centro del universo; no puede evitarlo. —Se lleva mi mano a los labios y me da un beso suave en los nudillos—. Podría hacerte daño. Y yo no podría soportar que corrieras ese riesgo.

—¿Hacerme daño? —repito—. No sería capaz.

—Sí, aunque de una manera sutil. Podría ponerte las cosas difíciles. Le he visto hacerlo, lo sé. Tienes que confiar en mí. Por eso quiero que todo quede al margen de él. Solo durante unas cuantas semanas más, te lo prometo.

—¿Y nosotros? —le pregunto en voz baja—. ¿Estamos bien?

Se acerca y me dice con voz ronca.

—Si me estás preguntando si te soy fiel, la respuesta es sí.

—Pero ¿y las otras cosas? Lo de querer hacerme daño, lo de sentir que has traicionado mi confianza... ¿Has aclarado tu mente? —Le examino la cara buscando algo que me tranquilice.

—Beth... —Me suelta la mano y se frota la cara—. Estar contigo es lo que más deseo en el mundo. Necesitamos tiempo y espacio para hablar bien las cosas. Pero no aquí, en este sitio. Aunque tengo buenas noticias: vuelvo a Londres mientras se ultiman los detalles del negocio.

—¿De verdad? —Siento que me inunda la felicidad—. ¿Vas a volver?

Asiente, sonriendo.

—Iba a darte una sorpresa, pero has sido tú quien me ha dado una sorpresa que no me podía ni imaginar.

Le abrazo y le aprieto contra mí.

—Oh, Dominic, eso es genial. Me encanta. Qué feliz soy.

—Y yo también. Durante estas semanas solo he querido estar de vuelta en Londres contigo. Es la primera vez que me he sentido deprimido por tener que estar viajando. Tienes un efecto muy extraño en mí, Beth Villiers. Me estás convirtiendo en una persona muy hogareña. —Se ríe. Es el sonido más feliz y más delicioso que he oído en mucho tiempo. Entonces nos besamos, un beso profundo, fuerte y apasionado, pero a la vez tierno. *Oh, estos besos son increíbles*, pienso, y mis entrañas entran en una espiral que envía un cosquilleo de placer por todo mi cuerpo. *Están llenos de promesas y de cariño...* También adoro la vorágine de la pasión, pero estos besos dulces son como bálsamos para las heridas que proporcionan una curación deliciosa que nos restaura a los dos y lo que significamos el uno para el otro.

De repente se aparta con la mirada llena de preocupación.

—No llevamos las máscaras. Cualquiera puede vernos.

Me pasa mi máscara y me la pongo. Un segundo después somos tan anónimos como los demás asistentes y Dominic me coge de la mano mientras volvemos a la cueva privada. Cuando llegamos, hay mucha gente allí, pero no están ni Anna ni Andrei. Volvemos a salir y vamos a la cueva principal. Nos quedamos de pie en el extremo de lo que ahora se ha convertido en una pista de baile gigante. La música resuena a nuestro alrededor.

—Mira —me dice Dominic mientras señala a una pareja que está bailando.

Reconozco a Anna por el precioso pelo oscuro que le cae por la espalda y el vestido sin tirantes. Está bailando muy pegada a un hombre que estoy segura de que es Andrei. Le rodea con los brazos y le acerca a ella. Las manos de él están apoyadas en la parte baja de su espalda mientras la mira a la cara enmascarada.

—¿Ves? —me dice Dominic hablando muy alto para que pueda oírle por encima de la música—. Anna tiene los ojos puestos en otra persona.

—¿Va detrás de Andrei? —le pregunto—. He visto que coqueteaba con él y me he llegado a preguntar si tenían una relación.

—Sí, algo así. Una de esas relaciones poco definidas y nunca reconocidas. Una mujer hermosa y un hombre poderoso que trabajan juntos, los dos sin

compromiso... Se acuestan de vez en cuando. No sé si Anna quiere algo más o eso es más que suficiente para ella.

—¿Y Andrei? —Estoy pensando en lo que me ha dicho en la cena. Ahora mismo me parece que hace una eternidad de eso—. ¿Qué es lo que quiere él?

Dominic se encoge de hombros.

—Nadie lo sabe. Pero no sé si hay sitio para alguien en ese corazón que tiene. Todavía no he conocido a ninguna mujer que haya conseguido que la ame a ella más de lo que se ama a sí mismo.

—Pobre hombre.

Dominic me aprieta la mano y me sonríe.

—Eso es lo que me encanta de ti, Beth. Solo tú podrías mirar a un multimillonario tan duro como Andrei Dubrovski, que seguramente es el hombre más egoísta del planeta, y sentir pena por él.

—Todos necesitamos amor —afirmo—, no importa lo ricos o pobres que seamos.

—Claro. Pero algunas personas son sus peores enemigos.

Y justo entonces Andrei se gira y sus ojos azules se posan en nosotros, como si hubiera sabido todo el tiempo que estábamos ahí. Levanta una mano y nos hace un gesto para que nos acerquemos.

—Vamos —dice Dominic—. Y que no se te olvide: nada de tocarme ni de ponerme esas miradas. Apenas nos conocemos.

—Está bien. —Cuadro los hombros y me preparo mentalmente para el desafío.

No puedo esperar a que se acabe todo esto para que Dominic y yo podamos estar juntos como tiene que ser.

—Dominic, ven y baila con Anna un rato. Yo me estoy cansando —ordena Andrei.

Dominic me aprieta imperceptiblemente el antebrazo y dice:

—Un placer, Anna. ¿Te apetece hacer un poco de ejercicio en la pista conmigo?

—Sí, claro —dice Anna. Parece un poco borracha o al menos absorbida por el ritmo de la fiesta. La música ha cambiado de unas ensordecedoras canciones de baile a algo más hipnótico. El ritmo es sordo y repetitivo, y ya no se trata de música alegre de fiesta, sino de algo que busca que los cuerpos que no paran de contorsionarse se acerquen. Hay luces de colores parpadeando en las paredes y los techos, algunas dibujando patrones psicodélicos, otras de forma aleatoria. Me doy cuenta de que están proyectando una película antigua en blanco y negro en una pared (es *La dolce vita*, creo). La acción se reproduce muda, extrañamente acompañada por la música rítmica. Me fijo en que en otras partes de la cúpula circular están proyectando otras películas, o más bien son imágenes que aparecen y desaparecen con patrones caprichosos y solo veo destellos de muslos, una nalga, brazos rodeando una espalda desnuda, caras con los labios abiertos y húmedos. El hecho de que se trate de destellos hace que las imágenes sean

más bellas y eróticas que si se tratara de una película subida de tono reproducida de principio a fin. La fiesta obviamente está pasando de ser un elegante baile de máscaras a algo más libertino y licencioso.

Miro a Anna con envidia cuando empieza a bailar con Dominic. *¡Al infierno con todo este secretismo!*, pienso enfadada. *Yo sé lo que quiero y no sé por qué tenemos que bailar al son que marca Dubrovski.*

Y en ese momento el propio Dubrovski se acerca y me habla al oído muy alto para que pueda oírle por encima del ruido.

—Vamos, Beth. Tomemos otra copa.

No necesito tomarme otra copa, pero ya no me siento tan mareada como un rato antes; de hecho estoy bastante sobria, así que supongo que tampoco me vendrá mal. Cruzamos entre los que bailan y observo parejas que ya se están abrazando con una pasión que normalmente no se ve en una pista de baile. La mujer vestida de conejo blanco en la que me fijé antes tiene el cuerpo apretado contra un hombre enmascarado que le está besando el pecho, justo por encima del escote bajo de su vestido. Mientras les miro, él le baja la seda blanca un centímetro y le recorre el pecho y el pezón con la lengua.

—Tal vez deberíamos irnos ya —le digo a Andrei cuando nos acercamos a la barra, aunque no puedo soportar la idea de dejar a Dominic en este sitio lleno de posibilidades sexuales.

—Sí —responde Andrei. Le hace una seña al camarero—. El especial de la casa, por favor. —Se vuelve hacia mí—. Después de esta copa nos vamos. Nos quedaremos en el hotel esta noche. He pedido que un chófer nos lleve hasta allí.

El camarero nos pone dos copas con un líquido rosa pálido y unos cubitos de hielo. No tengo ni idea de lo que es. Andrei me da una de las copas y acerca la suya en un brindis.

—A tu salud —dice.

—Y a la tuya. —Le doy un sorbo. Es afrutado y dulce, casi como un zumo, pero estoy segura de que es más potente de lo que parece. *No voy a beber mucho. Nos iremos pronto.*

Anna aparece entre la multitud con las mejillas muy rojas y los ojos brillantes.

—¡Tengo sed! —anuncia—. Camarero, un vaso de agua, por favor.

Miro sobre su hombro para ver si Dominic viene detrás, pero no hay señal de él. El camarero le sirve a Anna con rapidez y ella se bebe el agua de un trago. Entonces me rodea el hombro con un brazo.

—¿Estás disfrutando, Beth? ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí —le respondo—. Es interesante.

Ella echa atrás la cabeza y se ríe mostrando sus dientes perfectos y dejando caer el cabello aún más por su espalda.

—¿Interesante? Tal vez. Deberías bailar. Pero te aviso, la pista es un barrizal. ¡Mira mis zapatos! —Se recoge la falda y levanta una de las pantorrillas torneadas para enseñarnos a Andrei y a mí que su zapato de satén

está cubierto de un barro amarillento. Con el pie levantado, pierde el equilibrio y cae hacia mí, así que tengo que tenderle los brazos para sujetarla. Se agarra a mí, riendo.

—¡Oh! Lo siento, Beth. Casi te tiro la copa. Tiene buena pinta. Déjame probarla. —Me coge la copa y le da un sorbo.

—Si quieres una, ahora te traigo otra copa para ti —le dice Andrei. La está observando impasible, ni divertido ni irritado por su evidente estado de ebriedad.

—No te molestes. ¿Dónde está Dominic? ¡Quiero bailar! ¿Le veis?

Miramos hacia la pista de baile, pero es una mar de cuerpos y caras enmascaradas. No le veo por ninguna parte. *¿Qué está haciendo? ¿Bailar con otra persona?* Me lo imagino en los brazos de otra mujer, tal vez la chica vestida de conejo con su provocativo vestido blanco. Es una imagen horrible pero irresistible. *Tengo que dominar estos celos... es algo ridículo.*

Anna me devuelve la copa, se coge la falda y se la sujeta alrededor de los muslos, agitándola como una bailaora de flamenco mientras vuelve a la pista.

—Se lo está pasando bien —me dice Andrei—. Tal vez demasiado bien.

La veo desaparecer entre la multitud y desearía sentirme tan liberada como ella. Me encantaría estar allí bailando con Dominic, con los cuerpos apretados y las bocas unidas... Es frustrante saber que está tan cerca y que no puedo estar con él.

El efecto de las luces y la música es hipnótico. Han subido el volumen hasta que está tan alto que casi resulta imposible hablar, así que Andrei y yo nos quedamos junto a la barra bebiendo y observando a la multitud. Las luces parpadeantes y los retazos de la película en blanco y negro que se reproduce en las paredes atraen mi mirada, y cuando intento ver a Dominic entre la muchedumbre de bailarines no consigo distinguirle. Algunas personas se han quitado las máscaras, pero la mayoría todavía las llevan y me encuentro extasiada por la visión de tantas figuras anónimas que se mueven al ritmo de la música. Ahora me parecen extrañas, y sus máscaras, estrafalarias; todo me resulta estrambótico. Me vuelvo hacia Andrei, pero no lo encuentro ahí. Estoy rodeada de gente y todos los hombres podrían ser él, con sus trajes y sus máscaras, pero estoy segura de que no es ninguno de ellos. Reconocería esos ojos azules y el labio inferior prominente en cualquier parte, pero no los veo. Empiezo a abrirme paso a empujones entre la gente que hay en la barra, buscándole. *Estaba aquí, justo a mi lado hace un momento. Se habrá alejado solo unos metros. No tardaré en encontrarlo.*

Recorro la barra estirando el cuello para mirar por encima de las espaldas amplias de los hombres o los hombros menudos de las mujeres, pero no lo veo por ninguna parte. Ahora hace calor. Veo que las paredes brillan por la humedad y por ellas caen gruesas gotas que son como lágrimas gigantes. Los suelos están embarrados y resbaladizos. El calor generado por los cuerpos de todos los bailarines se está condensando dentro de las antiguas catacumbas. De repente necesito salir de ese calor húmedo y respirar aire fresco para

librarme del mareo que siento. *Pero tengo que encontrar a Andrei, ¿dónde está?* Decido volver a la cueva donde estuvimos al principio. Tal vez ha vuelto allí para estar sentado y tranquilo un momento. Tomo la dirección por la que recuerdo que hemos venido, pero pronto me doy cuenta de que he debido de coger el túnel incorrecto. Estoy caminando a trompicones por un pasadizo poco iluminado y con el techo bajo, pasando junto a gente que está perdida en unos abrazos apasionados, algunos apoyados contra las paredes ajenos a la humedad o al polvo blanco que se está pegando a su ropa y a su piel. Paso junto a rincones y hendiduras donde se ve más actividad: siluetas unidas en penumbra que se mueven siguiendo un ritmo, unas de pie y otras tumbadas con los cuerpos entrelazados en el suelo lleno de cojines. Su piel brilla, blanca u oscura, cuando la luz se refleja sobre ella; las manos buscan los cuerpos, los dedos acarician, las lenguas lamen, chupan o recorren con lentitud. Sigo andando sin saber adónde voy, pero con la sensación de que no puedo parar por si me veo arrastrada hacia el interior de alguno de esos lugares oscuros y me convierto en un cuerpo como los demás, atraído por unas manos anónimas y unido a la vorágine, aunque la posibilidad de rendirme a eso, de ser un simple cuerpo solo dedicado al placer, me resulta casi tentadora. Podría cerrar los ojos y dejar que las manos y la lengua fueran donde quisieran...

No. No lo hagas. Tengo la horrible sensación de que me perdería para siempre si entrara en una de esas cuevas.

El corazón me late con fuerza y empieza a embargarme el pánico. Estoy perdida. Tengo que encontrar... Ya no me importa Andrei; tengo que encontrar a Dominic. Si le encuentro, estaré a salvo. *Pero está detrás de mí, en la caverna grande, bailando... Tengo que volver allí*. Giro en la oscuridad y empiezo a andar con dificultad para volver por donde he venido, sintiendo un calor fétido que sube desde el suelo como si me estuviera acercando a un horno. Llego a una bifurcación en el camino y no recuerdo por dónde he venido; ni siquiera recuerdo haber visto una bifurcación antes. Escojo el camino más probable y sigo, dejando atrás en el túnel parejas besándose y acariciándose.

¡Oh, no, creo que he escogido el camino equivocado!

Voy en una dirección que no es la que buscaba, alejándome del centro de las catacumbas y hacia un lugar más tranquilo y frío. Noto un sollozo de pánico atenazarme la garganta. No puedo pensar con claridad ni sé qué hacer. ¿Y si no consigo encontrar la salida? ¿Y si estoy condenada a vagar perdida por esas cuevas hasta que, por fin, desaparezca en la oscuridad que hay aquí, sola? Se me acelera la respiración aún más. No puedo seguir así. Tengo que parar, volver. Intentar encontrar el camino de vuelta a la caverna central.

Vuelvo sobre mis pasos. Ojalá el estruendo no resonara en las paredes y engañara a mis oídos, confundiéndome y haciéndome tomar el camino que no es. Ahora de repente estoy en un túnel muy silencioso y oscuro. Sigo adelante y extiendo las manos. Toco una pared húmeda, fría y dura. No tiene salida.

Estoy totalmente sola.

Dejo escapar un grito ahogado. ¿Cómo he llegado aquí? No lo entiendo... Es como si se me olvidaran determinados lapsos de tiempo. Oigo un ruido detrás de mí y me vuelvo. Por donde he venido se ve a contraluz una silueta alta, oscura y fuerte. Es un hombre.

Me quedo mirándole con los ojos como platos, incapaz de emitir ni el más mínimo sonido. Estoy atrapada en una extraña pesadilla sobre la que no tengo ningún control. Solo un poco antes (o al menos eso me parece a mí) estaba en la fiesta, que se encontraba en su momento álgido. *¿Cómo he llegado hasta aquí?*

—¿Beth? —La palabra no es más que un susurro, pero es la mejor que he oído en mi vida.

¡Dominic!

—¡Me has encontrado! —digo con voz temblorosa—. Gracias a Dios que me has encontrado. —Y me lanzo a sus brazos levantando las manos para agarrarle la cabeza y acercar su cara a la mía—. Soy una tonta, me he perdido y pensaba que nunca me encontrarías. Cómo me alegro de que estés aquí. —Y le doy un beso ardiente con toda la pasión fruto del alivio y la felicidad por verle. Me quita la máscara y la tira al suelo.

Me abraza con fuerza y me devuelve el beso con una gran intensidad. Cierro los ojos y me rindo a su lengua. Me siento como si mis pies ya no tocaran el suelo y estuviera flotando en el aire, como si estuviéramos girando mágicamente en el espacio o como si todo el universo formara una espiral a nuestro alrededor y nosotros fuéramos lo único que estuviera inmóvil en su interior. Es una sensación maravillosa, pero muy extraña, y el beso es increíble pero no se parece a ninguno de los besos que nos hemos dado antes, porque tiene un poder fantástico que me hace sentir diferente.

Estoy desesperada por tenerle. No puedo resistirlo ni un minuto más: aprieto la mano contra su entrepierna y siento su erección fuerte y dura bajo la ropa.

—¿Quieres hacer esto? —me susurra.

—Sí, oh, sí, por favor...

—Antes no querías. ¿Estás segura de que ahora sí?

—Lo quiero, ahora mismo.

—Se acabaron los juegos —murmura y me agarra por la cintura.

Me siento volar cuando me levanta y me hace girar para dejarme de nuevo en el suelo de espaldas a él. Me coge los brazos y los levanta, apoyándome las manos contra la pared. Las rocas que hay bajo mis palmas están frías y duras, pero yo apenas lo siento. Estoy demasiado centrada en lo que está ocurriendo fuera de mí, porque Dominic me está bajando la parte alta del vestido con una mano y subiéndome la falda con la otra. Se me quedan los pechos al aire, expuestos, porque como el vestido tenía unas copas incorporadas, no me he puesto sujetador. Me coge un pecho con brusquedad con una mano y oigo un gruñido ronco de placer cuando me acaricia el culo desnudo con la otra. Después me rodea el cuerpo con el brazo y me acaricia suavemente con los

dedos.

Es eléctrico, y con cada contacto me está despertando un frenesí que provoca una avalancha de estrellas de colores cayendo a mi alrededor. Mi cuerpo responde con entusiasmo, casi servil. No hay nada que pueda hacer para detener esta necesidad enfebrecida que tengo de que me folle. Antes, en la cueva de los juguetes, sus caricias solo han sido una preparación para esto. Ahora es como si fuera un motor ya caliente, a punto de cobrar vida y alcanzar la máxima velocidad. Todo en mí ronronea bajo sus manos y los dedos ásperos y necesitados que me recorren, me endurecen los pezones y dibujan un sendero ardiente por mi vientre, en ese lugar sensible en el que empieza la suave mata de vello que hay debajo, un momento antes de seguir bajando para acercarse a mis lugares más secretos.

Sé que él también está más que preparado. Me aprieta y me acaricia los pechos, me besa la espalda a la altura de la base del cuello, pero sé que no vamos a poder jugar durante mucho tiempo porque nuestro deseo es demasiado urgente. Me coge el culo, tira hacia él para apretarlo contra su entrepierna y gime, disfrutando de la sensación. Entonces con una mano me rodea la cintura y me abre las piernas con la otra. Un instante después noto el calor y la firmeza de su miembro entre mis nalgas y dejo escapar un gemido grave de necesidad. Está tan cerca que me atormenta. No puedo pensar más que en que quiero su dureza de hierro en mi interior ahora, en este mismo instante.

—Por favor —le digo con una nota de súplica en la voz—. Por favor, llevo tanto tiempo esperando...

—Todo tuyo —responde en un susurro con la voz ronca—. Solo para ti.

Me abre aún más las piernas y yo me inclino hacia delante. Mis pechos entran en contacto con la piedra antigua de la pared y los pezones rozan la superficie irregular. Están tan sensibles por la excitación que la roca los araña y arden con un dolor delicioso. Echo atrás la cabeza sabiendo que ahora estoy lista y abierta, esperando ese contacto que necesito con desesperación.

Se aparta un poco y entonces lo siento: está empujando contra mi carne, justo en mi entrada, provocándome con la punta caliente y aterciopelada de su erección. Cuando creo que ya no lo voy a soportar más, embiste y su miembro entra, deslizándose con facilidad porque estoy muy mojada y provocándome la sensación más maravillosa de plenitud. Mis manos se tensan contra la pared de roca y echo atrás la cabeza por la satisfacción de tenerle dentro de mí. Quiero rendirlo todo, llevarle tan lejos como pueda ir. Está muy adentro, con el pecho apretado contra mi espalda, una mano al final de mi vientre, acariciando mi humedad, y la otra en la cadera. Acerca la cabeza y me muerde el cuello y los hombros hasta que gimo por la necesidad de que empiece a follarme ya, *ahora*. Entonces se aparta solo un poco y empuja con fuerza. Grito porque me parece que ha llegado a lo más profundo de mi vientre. *Oh, Dios, sí... Tan dentro y tan fuerte como puedas.*

Es como si me leyera la mente. Empuja una vez más y después otra,

tirándome de la cadera para que su polla dura entre aún más. Mis pechos golpean la roca dura con la fuerza de su empuje, pero me encanta el calor y la presión de su cuerpo sobre mi espalda y la sensación de la piedra fría por delante. Ahora ha encontrado un ritmo, entrando y saliendo, y cada embestida me hace gritar involuntariamente. Se me cierran los ojos y ahora soy todo sensación, recibiéndole con ansia una y otra vez y deseando más. El placer está empezando a poseerme y ya no puedo pensar en otra cosa que en el incremento del éxtasis que crece en mi interior y que me eleva hasta ese lugar donde estoy justo al borde del orgasmo.

Él jadea con fuerza junto a mi oído, un sonido gutural que vibra contra mi cuerpo provocando aún más fuegos artificiales. Entonces me presiona el clítoris con dos dedos y empieza a acariciarme fuerte y rápido, frotando, excitándome más de lo que puedo soportar. Eso es todo lo que necesito para perder el control. Oigo un sonido agudo, un «oh» lastimero, y sé que es mi voz cuando me veo arrastrada por el torrente del orgasmo. Y eso es todo lo que necesita él para correrse también, embistiéndome todavía con más fuerza pero más lentamente mientras me agarra desesperadamente la cintura. Su peso sobre mi espalda me proyecta hacia delante cuando se ve poseído por la fuerza de su clímax. Cuando pierde intensidad, los dos nos quedamos ahí jadeando. Noto su miembro todavía duro y grueso en mi interior y mis músculos lo retienen ahí, apretándole como si no quisieran soltar ese juguete tan maravilloso.

—Mi niña dulce, ¿te ha gustado? —susurra rodeándome firmemente la cintura con un brazo, lo que nos sirve de apoyo a los dos. Su boca se hunde en mi pelo y me da un beso suave.

Asiento, incapaz de hablar.

—¿Lo deseabas?

Asiento otra vez.

—¿Lo necesitabas?

—Sí... —susurro con una vocecilla consecuencia de la debilidad posterior al orgasmo.

Sale de mí con suavidad y yo suspiro cuando se aparta, deseando que pudiéramos permanecer unidos así siempre. Un momento después noto una tela suave; ha cogido un pañuelo y me está limpiando con ternura para asegurarse de que su semen no me resbala por el interior de los muslos.

—Así está mejor —dice.

Y de repente me siento muy cansada. No es solo fatiga, sino un agotamiento negro y total que me arrastra. Cuando Dominic me vuelve a poner la falda en su sitio y yo me recoloco el escote, siento que ese cansancio puede conmigo. Me fallan las piernas y me siento muy débil.

Él me coge cuando empiezo a caer.

—¿Agotada, cariño? —me dice, pero su voz me llega lejana y un poco distorsionada.

Gracias a Dios que está aquí, pienso. Y ese es mi último pensamiento

consciente antes de apagarme como una luz y que todo a mi alrededor se vuelva oscuridad.

Capítulo 10

CUANDO ME despierto por la mañana, no tengo ni idea de dónde estoy. Solo sé que me late la cabeza y que me muero de sed. Me duelen los ojos cuando la luz de la mañana me atraviesa los párpados y pasa un rato antes de que pueda abrirlos y mirar lo que me rodea. Estoy desnuda en la cama de una habitación de hotel, una muy lujosa por lo que veo desde aquí y porque estoy en una enorme cama doble cubierta por un dosel de *toile de Jouy*. Pero estoy sola.

Gruño por el latido de la cabeza, pero consigo salir de la cama y entrar en el baño que hay al lado para coger un vaso de agua. Mi reflejo revela un verdadero desastre: tengo el pelo alborotado, los ojos inyectados en sangre y la piel pálida y seca en los lugares donde no está enrojecida y llena de marcas.

—Oh, Dios mío —digo horrorizada—. ¿Qué demonios me ha pasado?

Intento recordar la noche anterior. Lo veo todo bastante claro hasta que Dominic empezó a bailar con Anna. Después de eso tengo que ir completándolo todo pieza por pieza a partir de retazos de recuerdos que van volviendo gradualmente. Recuerdo que me sentía muy rara, volátil y desconectada. El pánico horrible por estar sola en esos túneles. El extraño movimiento en los suelos de las cuevas que veía al pasar, como si los cuerpos que había allí estuvieran cubiertos de serpientes que se deslizaran unas sobre las otras. *Y después... claro...* En el espejo veo cómo mi cuerpo responde al recuerdo: abro mucho los ojos e inhalo bruscamente. Me encontré con Dominic en el túnel. Él me encontró. Me rescató. ¿Y dónde está ahora? ¿Y quién demonios me metió en la cama?

Necesito varios vasos de agua, un baño y una taza de té muy dulce para revivir (un poco al menos). El dolor de la cabeza pasa a ser un zumbido sordo. *Esto es muy raro. No tengo más ropa que el vestido de anoche. Ni siquiera tengo un cepillo para el pelo ni mi móvil. Espero que Laura no esté preocupada por mí; le dije que volvería a casa, aunque fuera tarde. Y no tengo ni idea de dónde estoy ni dónde están los demás.*

Supongo que estoy en el hotel donde Andrei y yo cenamos anoche. Estoy mirando fijamente al teléfono y pensando en llamar a recepción para preguntar por la habitación del señor Dubrovski cuando oigo que llaman a la puerta. Me cierro un poco más el albornoz del hotel que llevo puesto y voy a abrir.

Fuera hay un botones con una enorme bandeja de desayuno.

—Servicio de habitaciones —me dice, y yo me aparto para dejarle entrar.

Coloca la bandeja en una mesita plegable que hay junto a un sillón blanco y levanta las tapas plateadas de los platos para revelar unos huevos revueltos muy esponjosos sobre unos trozos de tostada, que además tienen plegadas a su lado unas lonchas de salmón ahumado de un apetecible rosa oscuro.

Completan el desayuno una cafetera llena de café, un vaso de zumo y una cestita con pastelitos franceses. Cuando huelo el café, me doy cuenta de que estoy muerta de hambre.

Cuando el camarero se prepara para irse, me dice:

—El señor Dubrovski le manda sus saludos, señorita. Y ha dicho que alguien vendrá a recogerla dentro de una hora.

—Gracias —respondo.

Bueno, ya se ha resuelto parte del misterio. *El resto tendrá que esperar a que termine de desayunar.*

RECUPERADA TRAS el delicioso desayuno, me pongo el vestido de noche, que estaba cuidadosamente colgado sobre una silla (*¿Quién lo puso ahí? No creo que fuera yo*), y me seco el pelo con el secador del hotel utilizando los dedos como peine. Estoy lista cuando llaman a la puerta una hora después.

Es raro que anoche este vestido fuera la prenda más bonita del mundo y ahora por la mañana parezca lo peor. Es como una marca de la vergüenza, como si hubiera tenido un rollo de una noche y ahora todo el mundo se fuera a enterar por culpa de mi vestido.

Abro la puerta esperando encontrarme a Dubrovski de pie en el umbral, pero quien aparece es Anna, riendo y con los ojos verdes almendrados brillantes.

—Oh, vaya —dice sin dejar de reír—. Qué mala pinta tienes.

—Pues no se puede decir lo mismo de ti —le digo con total sinceridad. Está lozana y preciosa con una camisa blanca, una falda lápiz negra y una rebeca de un azul eléctrico atada con un cinturón. Lleva el maquillaje perfecto y el pelo oscuro le cae en ondas brillantes sobre los hombros.

—Tener equipaje ayuda mucho —dice comprensiva—. Toma. —Me tiende una gabardina negra. Yo se la cojo agradecida.

—No me esperaba acabar el día en una fiesta —le confieso mientras me pongo la gabardina. Me queda un poco grande porque Anna es más alta que yo, pero servirá—. Y mucho menos quedarme a pasar la noche fuera. No tengo ni siquiera un chal.

—No te preocupes, solo vamos hasta el coche. Estarás de vuelta en casa en un abrir y cerrar de ojos —me asegura Anna alegremente, y empezamos a caminar juntas por el pasillo del hotel.

Me siento un poco rara y le digo a Anna un tanto dubitativa:

—Anna, sé que esto suena fatal, pero no recuerdo bien lo que pasó ayer por la noche, sobre todo el final...

—Lo sé —me contesta cuando ya estamos junto al ascensor. Pulsa el botón para llamarlo—. Estaba claro que no te estabas enterando de nada cuando Andrei te sacó de la cueva.

—¿Andrei me sacó? —Frunzo el ceño. Eso no es lo que yo pensaba.

Anna asiente mientras observa la pantallita que señala que el ascensor se acerca.

—Sí. Dominic y yo te estábamos esperando en la entrada de las catacumbas

y Andrei te trajo consigo. Bueno, más bien te sacó en brazos. Estabas completamente dormida o desmayada o lo que fuera. Después el chófer que Andrei pidió nos trajo hasta aquí en el Bentley. Vinimos un poco apretados, pero tampoco supuso un gran problema. —Me observa con sus ojos verdes cuando el ascensor pita y las puertas se abren. Entramos y continúa—. Y fui yo la que te metió en la cama, por si te lo estabas preguntando. Todo muy decente, sin hombres.

Es un alivio, aunque no puedo evitar ruborizarme un poco cuando me imagino a la preciosa Anna luchando con mi cuerpo inconsciente para conseguir quitarme el vestido de noche y entonces descubriendo que no llevaba ropa interior debajo. Sin duda no fue nada apropiado.

—Debiste de beber mucho —me dice mientras baja el ascensor—. O tal vez es que no estás acostumbrada, ¿no? A Andrei se le olvida a veces que no todo el mundo fue criado con leche reforzada con un buen chorro de vodka.

—Pues es curioso —confieso frunciendo el ceño—. Tomé un poco de vino con la cena, un martini y una copa de champán, pero todo eso a lo largo de muchas horas, y me sentía bien hasta que...

Justo entonces se abren las puertas del ascensor y salimos al vestíbulo del hotel. Lo reconozco de anoche. De pie delante de la puerta principal están Andrei, todavía con el esmoquin pero sin la pajarita, y Dominic, con un traje oscuro de raya diplomática y un portatrajes colgando sobre su brazo. Ambos se giran para mirarnos. Los tacones de Anna repiquetean con fuerza sobre las baldosas del suelo cuando nos acercamos.

—Buenos días —dice Andrei con efusividad—. ¿Qué tal estás? ¿Mejor? ¿Recuperada? —Da unos pasos para acercarse y me coge la mano—. Tengo que pedirte disculpas. Ha sido todo culpa mía. Estuvimos mucho tiempo en la fiesta e hice que mezclaras bebidas. No me extraña que acabaras con esa somnolencia. Perdóname, por favor.

—Por supuesto que te perdono —le digo un poco incómoda por la vergüenza—. Espero no haber hecho ninguna tontería. —Dirijo la mirada involuntariamente adonde está Dominic. Me está mirando fijamente con la expresión impasible, aunque hay una leve luz de ternura y ánimo, e incluso un poco de preocupación, que estoy segura de que solo yo puedo ver—. Buenos días —saludo. Ojalá pudiéramos abrazarnos y darnos un beso. Necesito el consuelo que siento al tocar la suavidad de su piel recién afeitada y aspirar el aroma cálido a limón de su colonia. Mierda, ojalá hubiéramos podido dormir juntos y abrazados toda la noche. *Esta situación es una locura.*

—Buenos días —responde—. ¿Has dormido bien?

Su voz suena perfectamente normal, pero me parece que hay un leve tono de intimidad que espero que nadie más pueda detectar.

—Sí, gracias.

Andrei me da una palmadita en el hombro.

—¿Ya podemos irnos? Vamos a casa. El coche está esperando delante.

Los cuatro salimos al patio delantero cubierto de gravilla. El hotel transmite

una sensación bastante diferente a la de anoche, cuando estaba inundado por la luz dorada de los focos. En la mañana gris de otoño parece algo más frío, pero todavía es un sitio precioso. El Bentley nos está esperando con las ruedas delanteras ya dirigidas hacia la puerta. Subimos: Andrei y Dominic delante y Anna y yo detrás. Cuando Andrei enciende el motor y sale por la puerta principal con una lluvia de gravilla, me arrellano en el asiento de cuero y vuelve la sensación de desconcierto que sentí antes como si fuera el recuerdo de un mal sueño.

¿Qué es lo que me hace sentir así?

Aparte de tener que fingir que apenas conozco a mi novio...

Aparte del hecho de que anoche me desmayé y me tuvo que coger mi jefe en brazos...

Eso es, me doy cuenta con un escalofrío. Anna me ha dicho que ella y Dominic estaban fuera esperándome y que fue Andrei quien me sacó. Pero yo lo último que recuerdo es estar con Dominic y haber perdido a Andrei.

Miro por la ventanilla sin llegar a ver nada.

¿Qué me está pasando? ¿Cómo puedo tener una laguna así en la memoria? Me pregunto si Dominic me dejó en algún momento y envió sutilmente a Dubrovski a buscarme.

¿Y me dejó sola, desmayada en un túnel? Él no sería capaz. Tal vez no estaba desmayada. Estaría consciente, pero no lo recuerdo.

Recuerdo haberle oído decir a Dominic anoche, mientras le miraba a los ojos, que tengo que aprender a confiar en él un poco más. Seguro que lo ha hecho todo como había que hacerlo, seguro que sabía qué era lo mejor. ¿Qué otra explicación puede haber? No puedo confiar en esa imaginación demasiado activa que tengo, porque siempre está deseando cobrar vida y hacer que sus imágenes sean tan reales que a veces me cuesta recordar que son solo producto de mi mente.

Ahora estamos en la autopista, acelerando y adelantando a toda velocidad a los demás coches. Volvemos a Londres.

Pero esta vez, recuerdo con alivio, *Dominic va a estar allí. Al fin estaremos juntos.*

Sonrío por primera vez y me concentro en eso.

ANDREI DECIDE que me da el resto del día libre.

Cuando volvemos al Albany, Dominic y Anna no entran con nosotros, sino que se van con sus equipajes. Le veo irse y me siento muy rara y muy mal porque se marcha con Anna y me deja allí con Andrei. En el dormitorio de invitados me pongo la ropa del día anterior y dejo el hermoso vestido nuevo sobre la cama (no es mío después de todo) y los pendientes en su cajita sobre el tocador. Todos los adornos prestados se quedan en el lugar al que pertenecen. Mi teléfono se quedó sin batería anoche. Ahora tiene la pantalla negra y no responde; se niega a despertar hasta que lo cargue.

Cuando acabo de vestirme, salgo de la habitación en silencio, esperando no encontrarme con nadie. Oigo una voz que no me es familiar en el despacho al

pasar junto a la puerta. Debe de ser quien va a sustituir a Marcia. Nadie me ve salir por la puerta principal y bajar las escaleras hacia el sendero cubierto. Me alegro de tener el día libre. Hoy no podría concentrarme en el arte.

No estoy tan cansada como esperaba y no me apetece volver a mi piso vacío para dormir durante el día. Además, me siento extraña, aunque no sé por qué. Entonces se me ocurre una idea. Voy a ir a visitar a James. Hace tiempo que no le veo y le echo de menos.

Solo hay un corto paseo hasta la galería de James. Subo por Savile Row, cruzo Hanover Square hasta Oxford Street y después sigo por Regent Street hasta los callejones traseros, estrechos y serpenteantes que llevan directamente a la Riding House Gallery. Ha sido como aquel día de principios del verano en que me topé con ella por casualidad. Me parece que ha pasado una eternidad desde entonces. El anuncio en el escaparte para buscar un ayudante de galería temporal cambió mi vida, porque James decidió darle una oportunidad a una chica que entró sin más y se ofreció para cubrir el puesto. La única diferencia que hay ahora es que en el escaparate está expuesto un artista diferente y hay nuevas obras adornando las sencillas paredes blancas del interior. A través del cristal veo en su mesa al ayudante de James, Salim, mirando algo en el ordenador, pero no hay señales de James.

—Hola, Salim —le saludo al entrar—. ¿Qué tal estás?

—Hola, Beth. —Salim me sonríe. Hemos coincidido un par de veces desde que volvió a su puesto—. Me alegro de verte. ¿Has venido a ver a James?

Asiento.

—¿Está por aquí?

—Abajo, cabreado con su propio sistema de archivo. He intentado enseñarle una forma mejor de hacerlo, pero no hay manera.

—Gracias.

Bajo por las estrechas escaleras y el sonido de una sarta de tacos y murmullos enfadados me guía hasta donde está James, confinado entre cajas de cartón y buscando entre pilas de papel amarillento.

—No te preocupes, seguro que está en el último sitio donde busques —le digo sonriendo al entrar en el pequeño almacén.

James levanta la vista sorprendido y entonces en su cara aparece una sonrisa.

—Eso no me ayuda mucho. —Se pone una mano en la cadera y suspira. Tiene las gafas llenas de polvo y una mancha gris en una mejilla—. Malditos papeles, no sabes cuánto los odio. El que los inventó era un desalmado.

—¿Algo importante?

—Oh, tengo que demostrar la procedencia de algo y sé que tengo los documentos en alguna parte. Pero solo Dios sabe dónde exactamente.

—Deberías dejar de conservarlo todo en cajas con la vaga idea de que en otro momento lo vas a ordenar. Nunca lo haces.

James me lanza una mirada.

—Ya, gracias. Cuando necesite alguien que me diga una obviedad, ya sé a

quién acudir. Eres igual que Salim. Pero... —Su expresión se ilumina—. Ya que has venido, puedo dejar de buscar y olvidar esto durante cinco minutos. ¿Es que Mark te ha dado el día libre?

—Mark no —le digo—. La verdad es que ahora estoy trabajando para Andrei Dubrovski.

Disfruto al ver la sorpresa aparecer en su cara. Se frota las manos en los pantalones y dice:

—Creo que eso requiere un café. Ahora mismo. Vamos.

DIEZ MINUTOS después estamos en una cafetería cercana con dos capuchinos con mucha espuma delante. Le hago a James un resumen rápido de todo lo que ha pasado hasta ahora. No deja de parpadear detrás de sus pequeñas gafas redondas. Tiene la cara delgada, los pómulos altos y unas hendiduras justo debajo; parece un profesor o un anticuado caballero inglés que se dedicara a asuntos literarios. Pero sé que hay mucho más de lo que parece a simple vista: ha visto mucho, sabe muchas cosas y es muy difícil sorprenderle. Aun así, se ve que está asombrado por mis revelaciones.

—Te metes en unos líos insólitos, Beth —me dice revolviendo el café—. Y este es uno extraordinario hasta para ti. ¿Un encuentro secreto en un monasterio de Croacia? ¿Un amor del que no puedes hablar por si tu jefe la toma contigo, con Dominic o con los dos? —Niega con la cabeza—. No puedo esperar para enterarme del próximo capítulo.

—Pues hay más, ahora que lo dices —confieso, e intento no parecer culpable—. La verdad es que anoche no dormí en mi casa.

James eleva ambas cejas.

—¿Algún lío sucio? ¿Pero *qué* has estado haciendo? La verdad es que sí parece que llevas la ropa arrugada y las bragas del día anterior. —Está haciendo bromitas tontas, pero de repente su expresión cambia—. Un momento, Beth. No... ¿no habrás estado con *Dubrovski*? —Ahora se ha puesto muy serio y hay preocupación en sus amables ojos grises—. Seguro que no...

—¡Claro que no! —le digo ofendida.

James exhala con un silbido.

—Gracias a Dios. Yo te aconsejaría encarecidamente que no te acercaras a ese hombre más de lo necesario. Como recordarás, a mí ni siquiera me gustó la idea de que fueras a conocerle. ¡Y ahora estás trabajando para él! Pero mientras sea por poco tiempo y mantengas las distancias, no tendría por qué haber problemas.

Me ruborizo y bajo la vista. *Nunca voy a poder ocultarle nada a James. Pero la verdad es que tampoco quiero hacerlo. Necesito su consejo.*

Deja de revolver su café y se queda muy quieto.

—Beth... —me dice con un tono de advertencia—. ¿Qué pasa? Cuéntamelo inmediatamente. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Es tan complicado! —suelto por fin—. ¡Y no sé por qué! ¡Yo no quería eso! Andrei me invitó a una fiesta y solo dije que sí porque pensé que Dominic estaría allí. No sabía que iba a acabar siendo algo parecido a una cita

con Andrei, nunca me había dado ninguna señal de algo así. Pero de repente allí estaba, vestida con un Dior y con unos rubíes en las orejas, cenando con él en un hotel y me decía... —Titubeo.

—¿Sí?

—Me decía que soy preciosa...

James gruñe.

—Oh, no. —Se cubre la cara con una mano y parece desesperado.

—Y que estaba todavía más preciosa en Croacia... ¡Y no podía explicarle que entonces estaba radiante porque acababa de acostarme con Dominic!

James se quita las gafas y se frota la frente.

—¿Hay más?

—Me dijo... me dijo... —Me cuesta repetirlo, así que lo suelto todo atropelladamente—. Me dijo que estaba seguro de que un día haríamos el amor y que yo lo querría.

—Oh, Beth. —James me mira con el semblante realmente preocupado—. Eso es malo. ¿Y qué le dijiste?

—¡Le dije que no, claro! —le respondo indignada porque se le ocurra siquiera pensar que le he podido decir alguna otra cosa—. Le dije que nuestra relación solo podía ser estrictamente profesional. Y que tenía novio.

—Oh, y seguro que se conformó con eso —dice James con sarcasmo—. Sí, eso habrá sido suficiente. Así es como llegó adonde está hoy, ¿sabes? Retrocediendo al primer obstáculo y no persiguiendo lo que quiere con una obstinada obcecación. ¿Y cómo acabaste pasando la noche fuera de casa?

Le cuento lo de la fiesta y mis descripciones de la orgía le hacen gruñir aún más, pero cuando le explico, sin darle muchos detalles, lo de mi encuentro con Dominic y le desvelo que Andrei y Anna se acuestan juntos, parece un poco más animado.

—Bueno, algo es algo, supongo. —Frunce el ceño—. ¿Pero no recuerdas nada entre ese encuentro con Dominic en el túnel y el momento de despertarte esta mañana?

Niego con la cabeza.

—Es una laguna total. Anna dice que Andrei me sacó en brazos de las catacumbas, inconsciente.

—Vuelve a decirme lo que bebiste...

Cuando se lo repito, parece aún más sorprendido.

—Eso podría haberte emborrachado. Incluso podría haberte hecho sentir mal o darte mucho sueño, pero no te habría dejado en estado comatoso... Al menos no lo creo. ¿Qué era lo último que bebiste?

—No lo sé. Andrei lo pidió. El «especial de la casa», dijo. Era un cóctel rosa pálido, afrutado y muy dulce.

—Oh, Dios mío. —James está más serio que nunca. De hecho se ha puesto un poco pálido—. ¿Y empezaste a sentirte rara justo después?

Lo pienso y me acuerdo de estar bebiendo el líquido rosa y pronto empezar a sentirme diferente. Nos recuerdo a Andrei y a mí de pie uno al lado del otro

y a Anna, rodeándome con el brazo, echando atrás la cabeza para reírse, y sus zapatos llenos de barro. Y un poco después todo cambió. Yo diría que fueron las luces y la música, que me hacían sentir ajena y extraña, y el tiempo se aceleraba, después se detenía y a veces se desvanecía del todo. Entonces fue cuando Andrei desapareció y yo empecé a dar vueltas sin poder encontrar el camino a ninguna parte.

—Sí —confieso despacio—. Bueno, muy poco después.

James se pone las gafas y reflexiona durante un momento mientras contempla su café. Entonces levanta la vista para mirarme a los ojos y dice:

—Beth, te echaron algo en la bebida.

Me lo quedo mirando, sin habla.

—Te drogaron. Solo Dios sabe con qué. ¿Speed? O algo parecido, supongo.

Intento procesarlo.

—¿Crees que Andrei me drogó? —le pregunto horrorizada.

—Yo no llegaría a esa conclusión tan rápidamente. Era el especial de la casa, como tú has dicho. Tengo la sensación de que la mayoría de los asistentes a la fiesta debían saber que el especial de la casa llevaba alucinógenos o el camarero estaría allí para avisarles si parecían no saberlo.

—Así que... ¿Andrei sabía que me estaba dando una bebida drogada? —Un horror frío me inunda y siento como si la sangre abandonara mi cuerpo.

—Seamos caritativos y digamos que no lo sabía, pero que parecía tan sofisticado que el camarero asumió que conocía el sistema. Pero es posible que sí lo supiera.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

Me siento fatal al enterarme de que he tomado drogas sin saberlo siquiera. Nunca antes las había tocado ni había tenido ganas de hacerlo. Había un grupito en el colegio que fardaba de tomar drogas y algunos chicos desconectados de la realidad que fumaban mucha hierba. También en la universidad unos cuantos, a los que les gustaba mucho la fiesta, sabían donde conseguir cocaína, éxtasis y todo lo demás, y no consideraban que se estaban divirtiendo hasta que esnifaban, fumaban o se tomaban algo prohibido. Pero yo nunca quise. Me gustaba el subidón de beber demasiadas cervezas y bailar toda la noche, pero tampoco muy a menudo y nunca excediéndome demasiado. Las resacas eran demasiado terribles. Para mí las drogas siempre fueron un callejón sin salida: si te hacían más feliz, no podrías estar sin ellas, ¿entonces por qué ibas a querer dejarlas? Mejor no meterse en ese mundo.

—Tal vez pensó que te integrarías mejor en el ambiente de la fiesta si tomabas algo para desinhibirte —dice James. Me mira, pero ninguno de los dos dice lo que ambos estamos pensando: que creyó que me rendiría más fácilmente si estaba colocada.

—Pero no pasó nada —le aseguro—. No volví a verle esa noche... Al menos no en el tiempo que recuerdo.

—Eso es una suerte. —Hace otra pausa y después dice—: No tienes ninguna duda de que era Dominic el que estuvo en la cueva contigo, ¿verdad?

Tengo un recuerdo muy vivo de su silueta oscura contra la luz tenue del túnel. Recuerdo su contacto y lo que me dijo. Su voz... Bueno, no era más que un susurro difícil de identificar, pero lo que me dijo tenía sentido. Era Dominic.

—Sí —le digo con seguridad—. Sin duda era él.

—Bien. —El alivio de James es obvio—. Pero parece que Andrei no es el corderito inofensivo que tú creías. Alegrémonos de que no pasara nada peor que un poco de confusión y un dolor de cabeza por la mañana. Y qué suerte que Dominic estuviera allí también. No quiero ni pensar... ¿Ahora me vas a hacer caso y mantendrás las distancias?

Asiento. Siento una furia helada hacia Andrei. Y pensar que anoche casi me dio pena... Me convenció de que me quedara en la fiesta con esa historia lacrimógena sobre que nunca puede relajarse, para poder darme una bebida drogada y probar suerte. Gracias a Dios que no funcionó.

—Sí. Tienes razón, he estado muy equivocada con él. Pero ahora estoy sobre aviso y ya sabes lo que se suele decir: el conocimiento es poder. Me mantendré en guardia de ahora en adelante.

—Creo que deberías dejar ese trabajo ahora mismo —me aconseja James con decisión—. Sal de ahí tan pronto como puedas.

—No, no puedo hacer eso. Por lo que me ha dicho Dominic, esa no es la mejor forma de tratar con Dubrovski. Hay que estar dispuesto a seguirle el juego o te hará pedazos. No tengo miedo por mí, pero no querría que Mark o Dominic sufrieran si de repente se pone en mi contra. Todo irá bien. Este encargo no se va a prolongar mucho tiempo. Además, el negocio que tiene entre manos se terminará, se irá de Londres y se olvidará de mí. Y Dominic también dejará de trabajar para él, así que los dos estaremos libres y podremos ser sinceros en cuanto a nuestra relación.

—Solo prométeme que tendrás mucho cuidado —me pide James.

—Claro que lo haré —le digo con una sonrisa de oreja a oreja, aunque no siento tanta confianza como aparento. *Esto va a ser como intentar salir de la guarida del león sin que la fiera note que has estado allí. Algo muy complicado.*

NO PUEDO cargar mi teléfono hasta que llego a casa por la tarde. Cuando lo enchufo, me llegan mensajes atrasados de voz y de texto de Dominic, en los que me pregunta dónde estoy y qué estoy haciendo. No los recibí porque no llevaba el móvil, pero aunque lo hubiera tenido, tal vez nuestros teléfonos no funcionaran bajo tierra de todas formas. Los mensajes cesaron a las dos de la madrugada, que debió de ser cuando fue a buscarme y me encontró, pero tampoco me fío de las horas que indican los mensajes teniendo en cuenta que no los recibí en su momento.

Hay un mensaje de Dominic enviado hoy desde su cuenta del trabajo. Solo dice:

Hola Beth:

Me alegré de verte anoche. Espero que disfrutaras de la fiesta y que hoy te

encuentres mejor. ¡Qué bien que ahora formes parte del equipo de Dubrovski!

Hasta pronto,

Dominic.

Lo leo unas cuantas veces, preguntándome si habrá alguna señal oculta entre toda esa vaguedad, pero no logro ver nada. Estoy empezando a sentirme frustrada cuando llega otro mensaje, este enviado desde una cuenta de correo que no reconozco.

Hola, preciosa:

Ahora que estoy de vuelta he conseguido un portátil que no está vigilado por los del trabajo. Dios, no puedo esperar a que los dos nos libremos de Dubrovski. Tengo la sensación de que nos vigila todo el tiempo. Fue genial encontrarte en la fiesta anoche, aunque las circunstancias no eran las mejores. Podríamos haber pasado un rato mucho más divertido si hubiéramos estado los dos solos... No puedo esperar a verte otra vez. ¿Quieres que quedemos esta noche? ¿En el boudoir?

Te quiero.

D.

Sonrío al leerlo. Al fin llega lo que tanto he estado esperando. Comunicación real y cariñosa, lo que cualquiera se puede esperar de su novio. Mis miedos y mis celos se evaporan. Le escribo rápidamente una respuesta.

Gracias por ese mensaje tan bonito, cariño. No se me ocurre nada mejor que vernos en el boudoir otra vez. Pero la verdad es que estoy agotada después de lo de anoche y necesito irme a dormir pronto si quiero valer para algo mañana. Tengo que volver al trabajo; cuanto antes lo haga, antes acabaré. ¿Podemos vernos mañana por la noche en vez de hoy? El boudoir me parece perfecto. Di que sí, por favor.

B.

La respuesta llega casi inmediatamente.

Entendido. Yo también estoy cansado después de trasnochar. ¿Pero estás bien? Me preocupé por ti anoche. Cuando te dejé con Andrei parecías estar bien, pero después apareciste inconsciente. Mañana cuando nos veamos me cuentas qué te pasó. Que duermas bien y que tengas dulces sueños esta noche, preciosa. Ya quedaremos para vernos mañana.

D.

Me quedo mirando el mensaje durante un rato y noto una sensación desagradable en el estómago mientras lo leo una y otra vez. Estaba bien cuando me dejó con Andrei. ¿De cuándo está hablando? No recuerdo que me dejara con Andrei después de nuestro apasionado encuentro en la cueva. Pero entonces ya no me enteraba de nada, sin duda por los efectos de la droga. ¿Se refiere a cuando Andrei y yo le dejamos bailando con Anna? Unas náuseas horribles me embargan y agarro con fuerza el teléfono. Eso significaría que no volvió a verme hasta después de la fiesta...

Me levanto con el corazón acelerado y sintiéndome más enferma que nunca. El cerebro me va a mil por hora.

En ese caso no habría sido él el hombre del túnel. *Oh, Dios. Si no era Dominic, entonces debió de ser...*

Me giro y me veo en el espejo del salón. Estoy pálida y aterrada. La única conclusión, la más obvia, es que si el hombre del túnel no era Dominic, tuvo que ser Andrei. Me llamó por mi nombre. Solo Dominic y Andrei me habrían llamado así. *No. No me lo creo. ¡No puede ser! Solo estoy confusa, eso es todo. Lo hablaré con Dominic cuando nos veamos.*

Pero entonces me doy cuenta de la trampa en la que he caído. Si le pregunto si me hizo el amor apasionadamente en la cueva y me dice que no, sabrá que lo hice con otra persona. Solo con pensarlo la cabeza me da vueltas por el horror. Aunque crea que yo estaba convencida de que era él, ¿eso no lo cambiaría todo entre nosotros?

Estaba tan celosa cuando pensé, aunque solo fuera durante un momento, que podía sentirse atraído por Anna... ¿Qué pensaría él si supiera que he tenido sexo con otro hombre?

Me estremezco. ¿Y yo? ¿De verdad me ha seducido un hombre que no sabía quién era? Recuerdo la forma en que recibí cada contacto, cada beso y cada caricia, cuánto necesitaba ese sexo duro y satisfactorio. Me preguntó si quería, si estaba segura... y le dije que sí. Me dijo «se acabaron los juegos» y yo creía que era Dominic, refiriéndose a nuestro encuentro en la cueva que parecía una mazmorra un rato antes. Me abrí de buena gana a él e incluso se lo supliqué.

¿Pero sabía él que yo creía que era Dominic? ¿Pronuncié su nombre?

No recuerdo si dije el hombre de Dominic en voz alta o no. Pensarlo me pone aún más enferma. Si era Andrei el que estaba conmigo en el túnel anoche y dije el otro nombre, ahora sabrá con total seguridad cuáles son mis sentimientos por Dominic.

Me dejo caer al suelo gimiendo. *Por favor, que no sea cierto. Por favor. ¿De verdad tuve sexo con Andrei? ¿Y de verdad me gustó tanto como recuerdo?*

Capítulo 11

DOMINIC ESTÁ furioso conmigo. Tiene los ojos negros por la ira y la cara lívida.

—¿Que has hecho *qué*? —me pregunta con una voz que no presagia nada bueno y que le tiembla por la rabia contenida.

Estoy tumbada boca abajo en la cama del *boudoir* y solo llevo un arnés de cuero que se cruza sobre los pechos, por arriba me rodea el cuello y por abajo se ciñe a la cintura, dejando al aire la parte alta de la espalda y las nalgas. Tengo las manos atadas a la cama por encima de la cabeza y esposadas al travesaño superior del cabecero y las piernas muy separadas con los tobillos encadenados a los postes, lo que me deja totalmente expuesta. Quiero encogerme hasta hacerme una bola, pero así me resulta imposible.

—¿Que te lo follaste? —Levanta la voz hasta que casi está gritando—. ¿Te follaste a Dubrovski? ¿Sabiendo lo que siento por ti... y lo que pienso de él? ¿Cómo has podido, Beth? —Su voz vuelve a cambiar y ahora es baja y cortante como un cuchillo—. ¿Y te gustó? ¿Te gustó cómo frotaba su polla dentro de ti? Seguro que te gustó.

Estoy sollozando.

—No, por favor, créeme... Pensaba que eras tú, ¡creía que tú eras el que estaba en aquella cueva conmigo! No él. No tenía ni idea de que era él, lo prometo.

—Nadie se creería esa historia, Beth. No insultes mi inteligencia.

—Estaba drogada, alucinando, ¡y estaba muy oscuro!

—Te lo follaste. Y te encantó. —Su voz es gélida.

—No, no... —No puedo creer que me esté pasando esto. No consigo que me crea. Me quedo sin voz cuando los sollozos me inundan el pecho y la garganta. Ya no puedo explicarme.

Oigo a Dominic moviéndose por la habitación y un momento después está de pie a mi lado.

—Me has traicionado, Beth —me dice en voz baja—. Después de todo lo que hemos pasado y todo lo que he hecho por ti, me has engañado. Pues ahora tú vas a hacer algo por mí.

—¿Qué? —consigo preguntar entre sollozos—. Haría lo que fuera por ti, ya lo sabes.

—¿De verdad? Pues demuéstramelo soportando lo que te espera.

Estoy esperando a que me diga qué puedo hacer para convencerle cuando noto el golpe. El látigo de nueve colas, ese instrumento de dolor que tiene cientos de dientes afilados, cae con fuerza sobre mi espalda. Me preparo para el dolor y las heridas que me dejará su contacto en la piel. Sé que normalmente se utiliza el látigo después de otros instrumentos más suaves y menos duros que preparan la piel... Esta vez Dominic está decidido a hacerme

sufrir el castigo más extremo. Pero no siento el agudo dolor que estaba esperando. En vez de eso el contacto del látigo es más como una caricia caliente que provoca relámpagos por toda mi espalda. Doy un respingo.

Lo descarga de nuevo y sé por el ruido que hace al cortar el aire que esta vez el golpe es más fuerte y más rápido. Dominic le está imprimiendo toda su fuerza. Pero de nuevo, en vez de provocarme una agonía terrible, el golpe despierta deliciosamente mis sentidos. Siento que mi cuerpo revive al notar su fuerza y el estallido ardiente hace que mi sexo se llene de necesidad.

—Te estoy viendo —me dice Dominic—. Estoy viendo cómo te mojas con el castigo. ¿Estás pensando en Dubrovski?

—No —gimo, pero no lo bastante alto para que Dominic lo oiga. No importa, porque de todas formas está concentrado en el siguiente golpe. Las colas caen sobre mí como una lluvia ardiente, haciendo que me funda por dentro y que mi entrepierna arda, y siento una necesidad desesperada de que me lleve al punto más extremo de ese dolor teñido de placer.

—Este es tu castigo —ruge—. ¿Lo sientes?

—Sí, lo siento, lo siento... —Consigo decir mientras el látigo no deja de golpear sin control mi espalda caliente, la parte superior de los muslos y las suaves curvas de mis nalgas.

—¿Que lo sientes y qué más?

—Lo siento, señor. ¡Lo siento!

—Suplícame que te perdone y así tal vez no te haga pedazos.

El látigo me rasga la piel de nuevo y un par de colas se estrellan sobre mi sexo expuesto y excitado y lo lamen como si fueran afiladas lenguas de cuero. Chillo. *¿Hay límites aquí? ¿Qué hemos acordado?* No lo recuerdo.

—Suplícamelo —repite entre dientes.

—Te suplico que me perdones, señor.

—¿Estás disfrutando de los azotes, esclava?

—No, señor, no... Quiero decir, sí... Oh, Dios.

Vuelvo a chillar cuando el látigo recorre mis nalgas y deja a su paso un repentino escozor. El sexo me late por la urgencia.

Los golpes paran de repente y gimo. Todavía no he llegado al clímax; estoy en un lugar enloquecedor en el que mi cuerpo lo necesita tanto que casi no puedo soportarlo. Siento un peso en la cama. Está detrás de mí, de rodillas entre mis muslos abiertos. Me agarra por las caderas, me levanta el culo e introduce en mi interior resbaladizo su polla caliente y dura sin detenerse a saborear el momento, empujando con una intensidad feroz, follándome sin pensar lo más mínimo en mí, sino solo en su propio placer. Es insoportablemente excitante. No quiero ser otra cosa que un instrumento para su placer. Noto en la espalda los efectos de los latigazos y me duele el culo, pero me encanta notar cómo se estrellan su pubis y sus testículos justo ahí. Me está follando con todas sus fuerzas, concentrado solo en meterla y sacarla.

Se inclina sobre mi espalda.

—¿Te gusta? —me susurra.

Me estremezco y me tenso. Mi cuerpo funciona por su cuenta, independiente de mi mente. Tiembla y está ya a punto de liberar mi clímax alrededor de esa polla caliente que no deja de entrar y salir de mí.

Una voz junto a mi oído me dice:

—Vamos, córrete para mí, Beth. Sé que te encanta, como te encantó en la cueva.

Dejo escapar una exclamación y chillo por la intensidad del orgasmo. Y mientras entro en una espiral de sensaciones intoxicantes, me doy cuenta de que no es Dominic quien me está follando, sino Andrei Dubrovski.

ME DESPIERTO EXCITADA y confusa. Estoy en la cama de mi casa y no en el *boudoir*. Pero ha sido tan terriblemente real, tan intensamente físico... Me siento vacía y al mismo tiempo agitada e insatisfecha.

¿He tenido un orgasmo en sueños? ¿Y quién creía que me estaba follando? Me da vergüenza solo pensar que he tenido fantasías inconscientes con Andrei. *Quieres a Dominic*, me digo con dureza. Y sé con total seguridad y sin duda alguna que no quiero tener sexo con Andrei.

Los sueños son trucos de la mente, no revelaciones. No cuentan la historia como es.

Me dejo caer sobre las almohadas, me subo el edredón hasta la barbilla y me envuelvo en él cuando recuerdo el látigo de mi sueño. Desde que sentí las marcas en la espalda desnuda de Dominic, he estado soñando con látigos, pero nunca como hoy. Nunca con esta intensidad. *O más bien placer.*

Me estremezco al recordarlo. Pero los látigos no solo producen un escozor placentero, lo sé perfectamente. Hacen daño y cortan la piel, la laceran y hacen que sangre, que le salgan verdugones y después cicatrices. Ya sentí el poder de un sesión extrema de latigazos y no me gustó nada. ¿Y por qué me gusta tanto en los sueños?

Quizás tengo la imaginación demasiado activa porque voy a ver a Dominic esta noche en el *boudoir*, donde me inició en esas prácticas sexuales más aventureras.

Y tal vez también estoy preocupada por lo que puedo descubrir. Siento alivio al pensar que Dominic no tiene ni idea de mis miedos acerca de lo que pasó en la cueva. En el fondo de mi corazón estoy segura de que fue Dominic el que me hizo el amor allí. Pero es posible que sea solo lo que quiero pensar.

CUANDO LLEGO a trabajar, estoy nerviosa.

Laura se ha dado cuenta en el desayuno de que ocurre algo, porque no he querido hablarle demasiado de lo que ha pasado desde la última vez que nos vimos.

—¿Me estás diciendo que Dominic ha vuelto? —me pregunta revolviendo su leche con muesli, con una toalla envolviéndole el pelo mojado—. ¿Y que tu multimillonario jefe te llevó a un baile de máscaras y después pasasteis la noche en un hotel de lujo? Y quién no estaría deprimida después de eso...

Le sonrío.

—No estoy deprimida. Estoy muy contenta de que Dominic esté en casa de

nuevo. Eso me levanta el ánimo. Pero es que...

—¿Qué?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Creo que no estoy en mi mejor momento.

Laura chasquea la lengua.

—Con algunas es que no hay forma... Bueno, si te has cansado de ese ruso sexy, mándamelo a mí.

Si tú supieras, pienso al cruzar la entrada del Albany y saludar con la cabeza al portero, que está en su pequeño cubículo. *Pero no se lo puedo decir a nadie. Ni siquiera a James. Tiene que ser un secreto mío y solo mío.*

Sri sale a abrir la puerta, no el guardaespaldas, así que Andrei debe estar fuera.

—Ha ido a trabajar —confirma Sri con su vocecilla cuando le pregunto.

Oigo el repiqueteo de las teclas en el despacho y cuando entro me encuentro a un hombre joven que no he visto nunca, con un traje color crema y el pelo claro muy bien peinado. Me mira inquisitivamente.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta.

—Soy Beth. Estoy trabajando con la colección de arte del señor Dubrovski para la decoración del piso.

Asiente.

—Oh, sí, me lo han dicho. Yo soy Edward. Estoy sustituyendo a Marcia mientras está fuera.

—¿Se sabe algo de su madre? —pregunto.

—Aparentemente se está recuperando. Ha tenido algo en el pecho, polaris o algo así.

—¿Polaris? —repito—. ¿Eso no es un tipo de misil?

Edward frunce el ceño.

—Tienes razón, no puede ser polaris...

—¿Neumonía? —intento ayudar.

Parece un poco ofendido.

—Creo que me acordaría del nombre de la enfermedad si fuera neumonía. Eso es muy fácil de recordar, ¿no crees?

—Bueno... eh...

—Estoy seguro de que empieza por «p» —murmura mirando su teclado.

—¿Polio? —sugiero.

Me atraviesa con una mirada un poco torva.

—Si te vas a poner a decir tonterías...

—¿Psoriasis? —me atrevo a decir bromeando.

—Eso no empieza por «p» —responde—. Da igual. Está mejorando. No estaré aquí mucho tiempo, solo un par de días, y no te molestaré. —Se acerca a mí, de repente mostrándose muy amistoso y conspirador—. Menudo carácter tiene tu jefe, ¿eh? Me recuerda a He-Man. Y por lo que parece, ha conseguido arrastrar a una She-Ra a su guarida para practicar el combate cuerpo a cuerpo, ya sabes...

Frunzo el ceño y recuerdo a mis hermanos viendo esos dibujos durante el verano cuando yo era muy pequeña.

—He-Man y She-Ra eran hermanos, ¿no?

—¿Ah, sí? —Se encoge de hombros—. Son dibujos de antes de mi época. De todas formas, por lo que he oído es obviamente un conquistador. —Señala con el pulgar por encima de su hombro en dirección al pasillo—. Supongo que te acabarás dando cuenta. Será mejor que siga con lo mío. La agenda de este hombre es más complicada que el crucigrama críptico de *The Times*.

Me parece que ya no necesita más lecciones sobre dibujos animados, así que me voy al estudio. Han pasado tantas cosas desde que estuve aquí mismo dos días atrás... Me doy cuenta de que el montón de obras que tengo que revisar se ha reducido y que pronto podré empezar a pensar en cómo colgar los cuadros. Aquí hay más que suficiente para crear una colección increíble. Pero no hay nada adecuado para ocupar el lugar especial del baño, como me pidió Andrei.

Me alegro de que Andrei no esté aquí. No sé cómo voy a tratar con él ahora. Tal vez James tenga razón y debería decirle que se meta este estúpido trabajo por... *Pero, ¿y si no era él sino Dominic? Entonces todo está bien...* Y si no lo era y *sí* que era Andrei... *¿Sabe que yo pensaba que era Dominic? ¿O creyó que lo deseaba a él?* «Se acabaron los juegos.» Eso fue lo que le oí decir. ¿Podría referirse a nuestra conversación en la cena, cuando coqueteó conmigo y yo le rechacé?

También me preocupa que si era él, es posible que me oyera llamarle por el nombre equivocado y de esa forma ha podido enterarse de mis sentimientos por Dominic.

Es un lío tremendo, pero me recuerdo que voy a ver a Dominic más tarde. Entonces conseguiré averiguarlo de una forma u otra, aunque tenga que preguntarle directamente qué ocurrió allí.

Siento que necesito un café antes de empezar, así que salgo en dirección a la cocina esperando encontrar a Sri allí. Tal vez pueda incluso enseñarme a hacerlo. Estoy tan absorta en mis pensamientos que casi choco con una persona alta con una bata de seda roja.

—¿Soñando despierta? —me dice una voz juguetona, y cuando levanto la vista me encuentro los ojos verdes de Anna. Está de pie en el pasillo y se la ve muy glamurosa aunque no lleva maquillaje y tiene el pelo despeinado.

—Hola, Anna —le digo ruborizándome. Es obvio que acaba de salir del dormitorio de Andrei.

—Hola. —Su voz profunda siempre suena como si estuviera a punto de echarse a reír—. ¿Ya te has recuperado de tu aventurilla de la otra noche?

—Sí, gracias —le digo un poco tensa. No quiero hablar de eso con ella y espero que coja la indirecta.

Se despereza un poco y bosteza.

—Bien. Necesito un café. ¿Quieres tomártelo conmigo?

Sin esperar mi respuesta, se gira y se dirige a la cocina. La bata de seda rojo oscuro ondea alrededor de sus piernas al andar. No parece que la situación le

resulte incómoda aunque acaba de salir del dormitorio de Andrei después de haber pasado claramente la noche con él.

—Sri, tu mejor café de Colombia, por favor. Todo lo fuerte que puedas sin que acabe desintegrando la cucharilla —pide en voz alta cuando entra en la cocina—. Siempre haces un café excelente, el mejor del mundo. —Sri obedece y se pone a preparar cosas mientras nosotras nos sentamos a la mesa de la cocina.

Anna me atraviesa con una mirada directa.

—Supongo que te estarás preguntando qué hago yo en el dormitorio de Andrei.

—No, en absoluto —le respondo con educación.

Ríe.

—¡Pero qué británica eres! ¡Qué gracia! —Entonces adopta un acento exagerado y dice con una voz burlona—. Ennn absssoluto.

—Bueno —le respondo un poco más relajada—, es obvio, ¿no? Creo que Andrei y tú habéis estado echando una partida de *Hundir la flota* que se ha alargado mucho.

Echa atrás la cabeza y se ríe con ganas, mostrando su garganta blanca y elegante.

—¡Sí, eso es! *Hundir la flota*. Es una buena forma de llamarlo. Ya me contarás algún día de qué va ese juego. Parece divertido.

Sri trae una cafetera de café humeante, una jarra de leche y dos tazas que nos pone delante en la mesa.

—Gracias, Sri —dice Anna mientras coge la cafetera y empieza a servir el café—. Habrás adivinado que, aunque eso de *Hundir la flota* parece una forma muy divertida de pasar la noche, no es lo que Andrei y yo hemos estado haciendo. Somos amantes. Ocasionales, pero eso no afecta a la pasión.

Cojo la taza que me ofrece y le echo un poco de leche. *¿Por qué me está contando esto?* No digo nada y ella continúa.

—Supongo que habrás notado que Andrei tiene una naturaleza apasionada, muy apasionada la verdad. Es un héroe romántico, en cierta forma: fuerte, poderoso... dominante. —Me mira con esa mirada líquida y me observa como si estuviera evaluando cuidadosamente mi reacción. Sigo en silencio y ella vuelve a hablar—. Se me ocurrió eso cuando os vi salir a ambos de las catacumbas después de la fiesta. Te cargaba sin esfuerzo en sus brazos, como si no pesaras nada. A ti se te veía muy dramática, como si te hubieras desmayado: la cabeza apoyada en su hombro, los brazos rodeándole el cuello y ese vestido tan bonito flotando por todas partes. Me alegró saber que estabas bien. Dominic y yo estábamos bastante preocupados por ti.

Se me hace un nudo de nervios en el estómago.

—¿Ah, sí?

¿Podrá contarme ella algo más sobre esa noche, darme alguna pista? ¿Sabrá algo?

Asiente. Antes de responder, le da un sorbo a su café muy negro.

—Temíamos que te hubieras perdido. Fuimos todos a buscarte y cada uno tomó una ruta diferente para salir a la superficie con la esperanza de que alguno te encontrara. Y fue Andrei quien lo hizo.

No puedo evitar hacer la pregunta.

—¿No fue Dominic? —Hay un tono de súplica en mi voz. Espero que no lo haya notado.

—Oh, no. Él y yo nos encontramos en la superficie poco después de separarnos. —Se ríe de nuevo—. Si fuera una mujer celosa, Beth, estaría celosa de ti. —Me señala con un dedo y lo agita en el aire como si me estuviera reprendiendo—. Verte en brazos de mi amante, tan indefensa como un gatito perdido... Podrías haber despertado algo en él, un afán protector, tal vez incluso... amoroso.

—No tienes de qué tener miedo —le digo con la voz demasiado alta. Me siento paralizada y casi horrorizada. *¿Es cierto? ¿Fue Andrei quien me encontró y no Dominic?*—. No hay nada entre Andrei y yo. Además, esto que estamos hablando pasó hace dos noches y ha estado contigo hoy. Creo que no tienes nada que temer.

Suspira contenta, casi satisfecha, como si estuviera recordando una experiencia voluptuosa y placentera.

—Tienes razón. Así ha sido.

Se acerca las manos a la cara y apoya la barbilla en los puños. Las mangas de seda se le deslizan por los brazos y sus muñecas quedan al descubierto. Me llama la atención inmediatamente un círculo de colores brillantes que le rodea la muñeca derecha. Es una preciosa pulsera esmaltada rodeada de diminutos diamantes que brillan a la luz de los focos del techo; le queda perfecta. Se da cuenta de lo que estoy mirando.

—Oh... Veo que te has fijado en esto —dice sin darle importancia—. ¿Te gusta? —Acerca la mano y hace girar la pulsera alrededor de su muñeca para mostrarme el diseño del esmalte—. Es preciosa, ¿a que sí? Andrei me la ha regalado. Perteneció a una princesa rusa que de hecho era antepasada mía. La compró especialmente para mí cuando se enteró de la conexión. ¿No es un encanto? Con todo lo que tiene que hacer, se ha molestado en encontrar esto para mí. —Me sonríe—. La voy a guardar siempre como un tesoro.

—Es una preciosidad —comento dudando si decirle el nombre de la princesa rusa en cuestión o simplemente alegrarme secretamente de que el regalo que yo compré haya tenido tanto éxito. No puedo evitar mirarle los lóbulos de las orejas por si Andrei ha cogido los pendientes que dejé en su caja en la habitación de invitados y también se los ha regalado a Anna. Pero no lleva nada en las orejas—. Tu relación con Andrei debe de ser muy seria.

—Hummm. —Sonríe de nuevo—. Eso creo. Pero el tiempo dirá. Por ahora no tengo prisa por atarme. ¿Y tú qué, Beth? Una chica guapa como tú debe de tener a alguien importante en su vida...

—Sí, tengo novio. Es maravilloso y lo nuestro va muy bien.

Se inclina para acercarse y me llega su perfume a la nariz: algo poderoso y

oscuro.

—¿Y cómo es? Cuéntame cosas sobre él.

—Yo... No me gusta hablar de él. Prefiero mantener esas cosas en privado.

—¿Lo sabe Andrei?

Me preguntó por qué querrá saberlo, pero le respondo.

—Sí. Se lo he dicho. —*Por si acaso los dos os ponéis a haceros confidencias en la cama. Así coincidirán ambas historias*. Me bebo el café de un trago—. Gracias por la charla, Anna. Tengo que volver al trabajo. ¿Te veo luego?

—Tal vez —responde acomodándose en la silla y jugueteando con la pulsera otra vez—. O en otro momento. Cuídate, Beth.

Me levanto, le doy las gracias a Sri por el delicioso café y vuelvo al estudio. De nuevo en la seguridad de mi espacio cierro la puerta, me apoyo contra ella y dejo escapar un profundo suspiro. Este lugar cada vez me resulta más extraño: la estrafalaria Marcia reemplazada por este Edward aún más extraño, Anna dando vueltas por ahí como en una nube de satisfacción sexual y marcando su territorio mientras su amante se dedica a hacerme proposiciones a mí...

Y tal vez incluso algo más...

Cierro los ojos intentando mantener la calma. Si Anna dice la verdad sobre lo que pasó después de la fiesta, cada vez parece más probable que haya cometido un error terrible en aquellas catacumbas. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago por el arrepentimiento y el miedo a las consecuencias.

Vuelvo al trabajo intentando apartar todo eso de mi mente. Necesito acabar para salir de aquí cuanto antes. Así estaré un paso más cerca de tener una vida normal con el hombre que amo.

Si no lo he estropeado del todo ya, claro...

Capítulo 12

LOS PENSAMIENTOS que no dejan de dar vueltas una y otra vez en mi cabeza están a punto de volverme loca. Lo único que puedo hacer es bloquearlos del todo y centrarme únicamente en la tarea que tengo entre manos. Por la tarde termino de revisar la colección en el estudio y eso mejora un poco mi humor.

Voy al despacho para terminar el registro de mi trabajo e ignoro a Edward, que está cotilleando por teléfono con sus amigos. Supongo que este trabajo no le importa mucho, ya que solo va a estar aquí hasta que Marcia vuelva.

Entra un email en mi bandeja de entrada y lo abro. Es de Dominic, enviado desde su cuenta privada.

Hola, preciosa:

Estoy impaciente por verte esta noche. ¿Quedamos en el boudoir, digamos, a las 8? Creo que deberíamos cenar en casa hoy, ¿te parece? Avísame si no te viene bien. Si no hay problema, nos vemos allí.

Un beso.

D.

Unos días atrás un correo como este me habría enviado a la estratosfera de alegría y expectación. Ahora al leerlo me siento culpable y triste. No importa que yo en el fondo sea inocente... Si técnicamente he hecho algo tan terrible, ¿cómo voy a explicárselo a Dominic para que lo entienda?

¿Cómo puedo vivir así? Y si fue Andrei, seguro que me dice algo al respecto, ¿y qué le voy a decir entonces?

Salgo del Albany a las cinco en punto y camino sin rumbo por Piccadilly y después por Jermyn Street, mirando escaparates para apartar mi mente de las preocupaciones. Giro para entrar en una calle en la que hay varias galerías que exhiben magníficas obras de arte en sus escaparates y utilizan la suave iluminación de los focos para sacarles el mayor partido. Me llama la atención un cuadro de una chica leyendo. Está de perfil, sentada en un sofá o un asiento de ventana y apoyada en un mullido cojín de seda, con la cabeza inclinada para leer el libro que tiene en la mano mientras deja descansar cómodamente el otro brazo en el reposabrazos del asiento. Es una muchacha joven con las mejillas sonrosadas y la frente lisa, los ojos fijos en la página que está leyendo y el pelo recogido en un moño alto atado con una cinta rosa. Parece moderna, pero lleva un traje del siglo XVIII con un aire muy francés: un vestido amarillo pálido, con corpiño ajustado, mangas largas con puños de encaje y una cinta rosa adornando el escote. Lleva una gorguera blanca (creo que en francés se dice *fichu*) alrededor del cuello, atada por detrás con otra cinta rosa; es evidente que le gustaba mucho la cinta de ese color. Se muestra serena y bella y el cuadro representa tan bien a la muchacha que parece que la vas a ver en cualquier momento subir y bajar el pecho al respirar o acercar los dedos

para pasar la página.

Me doy cuenta de que el dueño de la galería va a cerrar. Está a punto de bajar unas persianas metálicas con un grueso enrejado para proteger los escaparates. Si tiene una obra como la que estoy viendo dentro, esa precaución es comprensible.

Obedeciendo a un impulso, entro corriendo. El dueño se está quedando calvo, pero todavía luce algo de pelo blanco ralo que le cae sobre el cuello. Tiene la cara enrojecida y las mejillas caídas.

—Estamos cerrando, disculpe —me dice muy educado.

—El cuadro del escaparate, esa bella representación de la chica leyendo, ¿cuánto cuesta?

El hombre parpadea y se queda con la boca abierta.

—Ese cuadro, muchachita, vale mucho más de lo que tú puedes pagar, diría yo.

Le miro con una ceja levantada.

—Eso está por ver. ¿De quién es?

—Es de Jean-Honoré Fragonard.

Ahora soy yo la que se sorprende.

—Fragonard... ¿*Ese* Fragonard?

—Bueno, hay varios Fragonard, entre ellos la esposa de Jean-Honoré, Marie-Anne, y también su hijo y su nieto. Pero si te refieres al Fragonard rococó que inspiró la caja de bombones, sí, ese cuadro es suyo.

No me lo puedo creer. Las obras más famosas de Fragonard son muy teatrales: vestidos cuajados de volantes y puntillas, cinturas y extremidades increíblemente delgadas y mejillas de porcelana pintadas de rosa. Es romance italianizante con estilo francés: reuniones sociales aristocráticas en grutas, llenas de vestidos de seda y enormes sombreros con plumas, en las que mozos suspirantes les roban besos a las chicas de la buena sociedad. Recuerdo cuando visité la colección Wallace a principios del verano. Allí está su famoso cuadro *El columpio*: una belleza barroca sentada en un columpio, agitando en el aire unas piernas anatómicamente imposibles, cuando una diminuta zapatilla rosa sale volando y deja al aire un pie pequeñísimo y enfundado en una media blanca, y debajo un guapo mozo sonriente consigue mirar fugazmente bajo sus faldas mientras ella se balancea sobre su cabeza. Esos volantes y lazos rosas seguro que han inspirado cientos de retratos de princesas de cuento y han hecho que muchas niñas sueñen con un vestido justo como ese. Esa obra es preciosa y el artista es claramente un maestro, pero no tiene nada que ver con el cuadro del escaparate, con sus pinceladas decididas y amplias y ese uso del color para plasmar el efecto de la luz sobre la piel y la tela. La cara y el pelo de la chica son una imagen naturalista, con tonos de azul y lavanda, y las proporciones son realistas; por eso parece más un retrato de finales del siglo XIX o incluso de principios del XX. El único detalle que evidencia que puede tratarse de un Fragonard es la leve curvatura del dedo meñique. Pero, aparte de eso, nunca habría logrado adivinarlo.

El propietario de la galería me ha estado observando digerir la información.

—Sí, no es del estilo por el que es más conocido. Porque estarás pensando, sin duda, en sus obras más elaboradas. Pero puede que no conozcas bien su producción de retratos, que tuvo mucha influencia en los impresionistas, entre ellos en Renoir. Sí, este cuadro es obra suya. —El galerista se ha animado y está disfrutando de mi asombro—. Hay algo similar en la galería de Washington D.C. Compruébalo si no me crees.

—¿Y cuánto cuesta?

Me mira con una expresión casi lastimera antes de decir:

—Mucho más de lo que tú te puedes permitir. Y ahora, si no te importa, tengo que cerrar.

Dejo que me saque a toda prisa de la galería mientras mi mente se pone a funcionar a mil por hora. ¿Podría esta obra ser la *Mona Lisa* del baño de Andrei? ¡Ese cuadro estaría perfecto allí! La chica con su vestido amarillo, la seda rosa y la piel sonrosada sobre el mármol gris... Pero ¿no sería una pena ponerla allí, donde nadie más que Andrei podría verla? Debería estar en el salón, tal vez justo enfrente de Napoleón, con su tranquila paz contrastando con la jactanciosa ambición de poder, su lectura serena enfrentada al rugido y el clamor de la batalla.

La miro una última vez antes de alejarme. Le preguntaré a Mark, él sabrá qué hacer. Tengo que ir a verle pronto.

A LAS OCHO menos cuarto llegó a Randolph Gardens. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que estuve en el *boudoir* que quiero volver y absorber su atmósfera antes de que Dominic y yo volvamos a vernos. En el vestíbulo del edificio de apartamentos me acuerdo de que debo girar a la izquierda en vez de a la derecha, que era la dirección que tomaba cuando iba al apartamento de Celia. El pequeño ascensor me lleva al séptimo y mientras subo recuerdo las otras veces que he ido a ese piso antes, nerviosa ante lo que me esperaba en el *boudoir* pero también muy excitada y segura de que iba a ser una experiencia inolvidable. Siempre lo fue. Y lo he echado de menos.

Aquí estoy otra vez, pienso, y la felicidad explota en mi interior. *Voy a estar con Dominic. Siento que ahora es nuestro verdadero reencuentro.*

Entro. El lugar parece desierto y abandonado. Recorro las habitaciones, que ahora están llenas de polvo y frías. Ha sido una locura dejar vacío este sitio, pero no quería vivir aquí sola, no habría podido soportarlo. Pensé que Dominic y yo lo utilizaríamos como nuestro escondite, pero se fue y ha estado vacío desde entonces, esperando a que volviera. *Igual que yo.*

Dejo el dormitorio para lo último. Después de que se fuera Dominic limpié la habitación y lo dejé todo ordenado y listo otra vez, por si volvía inesperadamente. Si hubiera sabido entonces cuánto tendría que esperar, habría llorado. Pero ahora ya se ha terminado la espera.

La cama está igual, con sus postes rígidos y el cabecero de hierro tan útil para sujetar esposas o atar ligaduras. Enfrente está el armarito que contiene algunos de los instrumentos que a Dominic le gustaba tanto usar conmigo. Me

estremezco cuando recuerdo alguno de los viajes eróticos en los que me ha guiado. Al otro lado, en un rincón de la habitación, está el asiento de cuero blanco, largo, estrecho e inclinado y con ligaduras para las manos y los pies, pensado para que el cuerpo quede expuesto a la mordedura de una vara o un látigo. En el armario que está al otro lado de la habitación hay una colección de ropa interior de seda o de cuero y los collares que me ponía para demostrar mi obediencia. Me dirijo a él y lo abro. En un estante está el collar que llevé la primera noche: un trozo de PVC de apariencia inofensiva que tiene un diseño de agujeritos con un lazo delante. Lo toco y siento la imperiosa necesidad de cogerlo y ponérmelo. Dominic antes me daba instrucciones sobre cómo vestirme (o más bien desvestirme) y cómo debía esperarle. La necesidad que siento me hace querer hacerlo de nuevo para demostrarle mi amor y necesidad. Quiero que me encuentre lista y a la espera, deseosa de hacer realidad todos sus deseos.

Puedo soportar cualquier cosa si eso significa que podemos estar juntos.

Recuerdo los latigazos en la mazmorra de El Manicomio. Eso fue demasiado para mí, tengo que admitirlo. Pero soporté prácticamente lo mismo en esa habitación, y aunque algunas de las cosas que Dominic deseaba hacerme iban mucho más allá de lo que yo quería en realidad, nunca me arrepentí de cómo me hacían sentir. Y ahora sé que quiero volver a sentirme así.

El sonido de una llave en la puerta principal me sobresalta y cierro rápidamente el armario. Al moverme me doy cuenta de que ya estoy excitada por los recuerdos de lo que pasó entre nosotros y anticipando el placer que está por venir.

—Dominic, ¿eres tú?

—Claro —me dice con una sonrisa cuando salgo al pasillo para recibirlo—. Espero que no estuvieras esperando a nadie más.

Me río, pero en mi interior siento una punzada de culpa. La dejo a un lado por ahora. Quiero disfrutar de este momento sin preocupaciones. *Después de todo, si no estuvo en el túnel conmigo, no puede saber lo que pasó.*

Dominic está delante de mí, muy guapo con un traje oscuro, una corbata de seda verde lima y los brazos abiertos para mí. Sus ojos marrones podrían derretir el hielo y su preciosa boca está curvada en una sonrisa tierna.

—Ven aquí, Beth. He estado esperando mucho tiempo a que llegara este momento. Los dos solos, en nuestro sitio.

Me siento llena de felicidad y me lanzo a sus brazos, disfrutando de la sensación de que me rodeen con fuerza y apretando la cara contra su pecho.

—¡Yo también he esperado tanto tiempo...!

La emoción me embarga. Dominic ha estado muy lejos y era imposible contactar con él; mis mensajes y mis correos parecían caer en un agujero negro. No importa lo que me esforzara en intentarlo, no podía traerlo de vuelta. Pero ahora, al fin, ha vuelto a mí. Me tiembla el labio y me aprieto más contra él, con las manos recorriéndole la ancha espalda. Su olor cálido,

masculino, delicioso y tan hermosamente familiar hace que sienta una especie de presión en el pecho y me doy cuenta de que se me están llenando los ojos de lágrimas. Una escapa y cae por la mejilla. Sorbo por la nariz.

—¿Beth? —Se aparta y me mira. Con el pulgar me enjuga esa lágrima errante—. Beth, cielo, ¿qué ocurre?

—Nada. —Le sonrío, aunque ahora me caen las lágrimas sin parar—. Me alegro mucho de verte, eso es todo.

Su mirada se vuelve más dulce. Esos ojos, rodeados de largas pestañas y de un marrón que se vuelve más oscuro en momentos de gran emoción (los he visto ponerse negros de furia y también de lujuria), son increíblemente hermosos.

—Yo también me alegro de verte. —Me acaricia la mejilla con el pulgar, como si quisiera recoger todas esas lágrimas con él—. Pero no llores. Esta noche es un momento feliz, ¿no?

Asiento y parpadeo para apartar las lágrimas.

—Creo que verte ha sido demasiado para mí. ¡Estoy feliz, te lo prometo!

—Bien.

Inclina la cabeza hacia la mía y siento la calidez suave de sus labios rozar mi boca. Oh, ese beso... Cierro los ojos y echo atrás la cabeza para recibirlo, pero entonces siento su pulgar sobre mis labios.

—Todavía no —murmura—. Vamos a cenar primero. Luego serás mi postre... Y yo el tuyo.

—Eso suena delicioso —le susurro. Pero de repente me siento decepcionada —. ¡Pero no he traído nada de comer! Se me ha olvidado por completo. —He perdido el apetito por la emoción de ver a Dominic.

—No te preocupes —me responde con una sonrisa—. Yo sí.

Es una cena sencilla, pero perfecta para los dos: Dominic ha traído chuletas de cordero, ya marinadas con romero y ajo, unas verduras y una botella de un buen vino tinto.

—Rápido y muy fácil —me dice cuando pone a precalentar el horno—. Vamos a ver qué encontramos en los armarios.

El apartamento no está preparado para entrar a vivir, pero consigo encontrar unos platos, cubiertos y unas tazas para el vino. Le quitamos el corcho con un viejo sacacorchos que había en el fondo de un cajón y lo sirvo en las tazas. Un delicioso aroma a cordero al horno llena la cocina y me doy cuenta de que estoy muerta de hambre. Diez minutos después, cuando Dominic me pone el plato delante, ya estoy más que lista para cenar.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto cuando me abalanzo sobre la comida.

—No ha estado mal, teniendo en cuenta todo el tiempo que llevo fuera de la ciudad. Un par de problemillas técnicos y algún que otro dolor de cabeza, pero en general estamos haciendo progresos en el gran negocio. Dentro de una semana más o menos estará ya ultimado, si todo va según lo previsto. Y después... —Me mira y sonríe—. ¡Más vale que tengas cuidado, Dubrovski!

—¿Qué quieres decir?

—Voy a dimitir y a montar mi propia empresa para gestionar mi dinero y empezar a invertir. Sé qué es lo que quiero hacer y cómo hacerlo. Hasta el momento Andrei se ha estado beneficiando de mi experiencia mientras yo aprendía de él todo lo que necesitaba saber, pero ahora voy a tomar las riendas y a hacerlo a mi manera.

—Qué sorpresa —le digo en broma—. ¿Tú, tomando el control? ¿Haciendo las cosas a tu manera? No sé si ese es el Dominic que conozco y quiero.

Parece que le da un poco de vergüenza, pero dice:

—No soy un buen empleado. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no decirle a Dubrovski que se vaya a paseo cuando no estoy de acuerdo con lo que quiere hacer. Estaré mejor siendo mi propio jefe, seguro.

Le observo mientras comemos. Sé que tiene razón. Es obvio que Dominic quiere y necesita gobernar su propio barco. Plegarse a los deseos de Andrei y hacer su trabajo según los dictados de otro ha tenido que ser una dura prueba para su carácter. Pero ¿cómo le va a sentar a Andrei que el que fue su empleado se convierta en un rival? Es un hombre acostumbrado a ser el rey. Seguro que él considera que quien fue su protegido nunca podrá ser un verdadero oponente. De repente lo veo como un lobo viejo que pierde su estatus ante otro macho de la manada más fuerte y más joven, que una vez fue su lugarteniente de confianza pero que ahora ha percibido la debilidad del líder y está dispuesto a arriesgarse a librar una batalla a muerte. *Pero Andrei no ha llegado a ese punto aún. No es viejo ni mucho menos débil. Y estoy segura de que podría destrozar a cualquiera que intentara llevarse lo que él cree que le pertenece.*

—¿Y tú qué tal? —me pregunta Dominic, ajeno a mis pensamientos—. ¿Un buen día?

—Un día raro. —Levanto la vista para mirarle—. Anna estaba en casa de Andrei hoy. Obviamente ha pasado allí la noche. —Le observo detenidamente en busca de un cambio en su expresión. *Aunque estoy segura de que no hay nada entre ellos, no puedo evitar preocuparme un poco...* Pero no reacciona —. Parece que Andrei y ella están juntos otra vez.

—Por ahora —dice encogiéndose de hombros—. No sé lo que sienten el uno por el otro en realidad, pero les gusta acostarse juntos. Que lo disfruten.

—Pero no está bien, ¿no? Un jefe acostándose con alguien que trabaja para él...

—Si fuera otra persona y no Anna, me preocuparía. Pero ella sabe cuidarse sola. De hecho, si alguien debe tener cuidado es Andrei. —Dominic me mira con una amplia sonrisa—. Créeme, Anna es dura.

Dura, lista, triunfadora, guapísima, sexy... ¿Qué más podría querer un hombre?

No te dejes guiar por esas ideas, me digo con firmeza. Ya sabes que solo llevan a los celos y los malentendidos. Pienso en mis propios malentendidos. Durante todo el día he reproducido en mi mente lo que pasó en las catacumbas una y otra vez, pero mi memoria siempre me dice lo mismo: un encuentro

apasionado con Dominic, seguido de una laguna total. Los detalles que me han contado después son lo único que ha hecho crecer esa terrible sospecha en mi cabeza. Y las palabras de Anna esta mañana me han hecho dudar todavía más de la versión que creía. *Tengo que preguntárselo. No sé si voy a poder entregarme completamente a él si temo haberle sido infiel*. Pero de nuevo veo la trampa que encierra todo esto: no puedo preguntarle sin que se entere de lo que he hecho. *Tendré que sonsacarle de una forma sutil.*

—¿Te lo pasaste bien bailando con Anna en la fiesta? —le dejo caer de repente.

Me atraviesa con una mirada penetrante y su sonrisa desaparece en un instante.

—No empieces con eso otra vez. Creo que ya te lo he dejado perfectamente claro, Beth. No tienes nada de que preocuparte.

—Lo sé, lo sé —me apresuro a decir—. No quería decir eso... Quería decir... Que nos lo pasamos mejor cuando estuvimos juntos, ¿verdad?

—Claro que sí. —Su expresión vuelve a relajarse—. Ya lo sabes. Solo estar cerca de ti ya fue increíble, sobre todo porque fue algo inesperado. Estabas tan guapa... Eras la mujer más impresionante de la fiesta.

Le sonrío, conmovida y feliz por el halago.

—Quería estar perfecta para ti. Tú eras la única razón por la que estaba allí. Por eso estar juntos a solas significó tanto para mí.

—Lo sé —me dice bajito con los ojos líquidos—. Fue genial tocarte así... sentirte otra vez. Te necesitaba tanto... De verdad, Beth, a veces, cuando estaba en una choza de hojalata en lo más profundo de Siberia, con una estufa para calentarme y solo unos cuantos mineros como compañía, me imaginaba que estaba contigo, al lado de tu cuerpo hermoso de curvas impresionantes, y eso me daba fuerzas para seguir, porque sabía que me estabas esperando, como me prometiste, y que llegaría el día en que podría abrazarte de nuevo como en esa fiesta.

—Yo también te he necesitado mucho —le digo con voz ronca—. Quería que volviéramos a hacer el amor... Por eso me resultó tan... dulce cuando lo hicimos. No podía resistirme, no me importaba dónde estuviéramos.

—También fue increíble para mí —responde.

Siento que me embarga el alivio. *Eso era lo que necesitaba saber. Era Dominic el del túnel, no Andrei. ¡Oh, gracias a Dios! Ya me siento libre de esa culpa horrible.*

—¿Qué te divierte tanto? —me pregunta riendo—. ¡Estás sonriendo de oreja a oreja!

—Nada, nada... ¡Es que estoy tan feliz! —Me levanto de un salto y rodeo la mesa para darle un gran abrazo—. No me puedo creer que estemos juntos otra vez y que todo esté bien.

—Hummm... ¿Y si acabamos de comer luego? —Dominic me coge una mano y se la lleva a los labios, me da un leve mordisco y añade—. Es que se me ha ocurrido algo que estoy seguro de que vamos a disfrutar mucho, mucho

más...

Empezamos a besarnos profundamente, explorándonos las bocas. Es tan adictivo y placentero que no puedo apartarme de él ni para salir al pasillo y de ahí al dormitorio, pero no sé cómo lo conseguimos, dejando ropa tirada por todo el camino. Ya solo llevo la ropa interior y Dominic me besa con fuerza mientras me desabrocha el sujetador y me libera los pechos. Suelta un gemido de apreciación cuando los pezones rosas, ya erectos, aparecen ante su vista. Me acaricia los suaves pechos y los cubre con sus manos.

—Eres tan guapa... He soñado con estas bellezas, con saborearlas y chuparlas... —Agacha la cabeza, se mete un pezón en la boca y tira un poco de él. Entonces lo suelta y me dedica una sonrisa perezosa—. Y con saborearte por aquí también... —Mete un dedo bajo las bragas de seda y me roza con él. Me estremezco porque deja un sendero ardiente en mi piel a su paso. Un momento después las bragas, negras y brillantes, acaban tiradas en el suelo y me quedo completamente desnuda ante él. Es evidente por la respuesta que veo en sus bóxer que le gusta lo que ve. Meto la mano por la abertura y le rodeo la erección con los dedos. Gime bajito.

De repente me coge y me levanta para tumbarme boca arriba en la cama. Le miro mientras se baja los calzoncillos y se los quita. No puedo apartar los ojos de su enorme erección. Llevo mucho tiempo sin verla; nuestros encuentros desde que se fue han sido en la oscuridad, así que solo he podido sentirla. Ahora verla hace que mi sexo lata e incluso llegue a dolerme por la necesidad, pero intento controlarme. Esta noche tenemos todo el tiempo del mundo.

Se tumba a mi lado y tira de mí para que nuestros cuerpos queden apretados el uno contra el otro y me acaricia las caderas, la espalda y el culo mientras yo disfruto de la sensación de su dureza contra mi vientre y la firmeza de sus brazos musculosos. Nos besamos otra vez, unos besos lentos y tiernos que se van haciendo más apasionados hasta que ya no puedo soportarlo más y tengo que tocarle. Rompo el beso y le aparto un poco para poder coger su miembro caliente con la mano: es liso y suave al tacto y cuesta creer lo exigente que puede resultar.

—¿Recuerdas cuando era tu esclava? —le digo con voz ronca—. Te gustaba que te sirviera.

—Ajá —me dice—. Y todavía me gusta.

Siento un escalofrío de placer.

—¿Todavía quieres eso? ¿Dominarme?

—Sí... Pero esta vez con reglas. Y límites. La última vez confiaste en mí. —Sonríe tristemente—. Y te decepcioné. Un amo le debe protección a su esclava. La esclava pone su fe en el amo, en que él le exigirá obediencia y obtendrá placer y a cambio ella conseguirá disfrutar de las mismas ventajas. El dolor, del tipo que sea, solo puede ser el que ella quiera y sea capaz de aceptar.

—¿Quieres poner límites? —le digo sujetando su polla dura en la mano y frotándole la piel. Oigo que el aire se le queda atravesado en la garganta. Subo

la mano hasta su punta aterciopelada, la rodeo y vuelvo a bajar—. No los necesitamos. Confío en ti. Sé que no quieres hacerme cosas para las que no estoy preparada, como...

—¿Como qué? —pregunta. Bajo la mano hasta sus suaves testículos y sigo hasta ese lugar tan sensible que hay más allá para acariciarlo suavemente con el dedo.

—Como... por aquí.

—¿Te refieres al sexo anal?

Asiento.

Se me queda mirando y dice:

—Está bien. Si retomamos ese viaje alguna vez, solo será con tu total consentimiento. Pero aunque no quieras que te penetre del todo, puede que haya otras cosas que te parezcan aceptables. Los instrumentos pequeños pueden producir una sensación increíble: un dedo, un consolador delgado, un tapón especialmente diseñado para encajar bien en el culo... Todo eso te haría sentir aún más llena cuando te folle.

Suelto un gritito al oír sus palabras. Aunque no estoy segura de cómo me hace sentir cualquier cosa que tenga que ver con el ano, la idea me resulta estimulante y su forma de contármelo me está provocando relámpagos de excitación. Me acaricia el culo y mete un dedo entre mis nalgas, no muy adentro pero lo suficiente para que un lugar que no me esperaba me cosquillee de una forma extraña. No me imagino deseando que me metan alguna cosa por detrás cuando podría estar ocupando un lugar que siente una verdadera necesidad de que lo llenen.

—No sé —le digo—. No puedo acceder explícitamente, pero confío en que tú sabrás cuándo estoy preparada para probar algo como eso.

—No, no. —Para mi sorpresa Dominic niega con la cabeza, aunque no ha dejado de sonreírme—. Tienes que decirlo en voz alta. No voy a hacerte nada que no me pidas.

—¿Y así debe actuar un amo? —le pregunto, apretándole el miembro otra vez. Estoy deseando saborearlo. De hecho creo que no puedo esperar más.

—No puedo controlar a los demás si no puedo controlarme a mí mismo —responde Dominic—. Eso es algo que he aprendido después de lo que nos pasó. —Se le ve serio durante un momento y baja la mano para detenerme—. Lo digo en serio, Beth. Las cosas han cambiado desde la última vez que estuvimos juntos. Claro que nunca voy a dejar de querer ser tu amo y que te rindas a mí y a todo lo que le quiero hacer a ese cuerpo impresionante. Pero los efectos de lo que hice cuando perdí la cabeza se han mantenido presentes de una forma que no puedo explicar. Al menos no en este momento. Y eso significa que ahora necesitamos tener límites. Algunos tuyos y otros míos. Si quieres que siga mis deseos y haga uso de tu culo cuando me parezca, vas a tener que decírmelo. O no va a pasar, cariño. Lo digo totalmente en serio.

Me suelta la mano y yo le aprieto el miembro con más fuerza.

—Bueno —le digo—. Déjame pensarlo... Necesito un poco de tiempo, si

puede ser... señor.

Me mira con media sonrisa y su voz adquiere el tono autoritario de mi amo.

—Puedes disponer de ese tiempo para lo que quieras. Ya te diré cuándo se te ha acabado.

—Gracias, señor.

Deslizo la mano por su cuerpo y le recorro el vientre dejando que mis dedos sigan la línea de vello oscuro que le rodea el ombligo y bajen hasta la entrepierna. Le beso la piel olivácea y suave, maravillada por su estómago firme y los músculos que noto moverse debajo. Dominic me apoya una mano en la cabeza, acariciándome el pelo suavemente, y su respiración se hace más profunda. Ruedo para ponerme boca abajo y quedar entre sus piernas. Uso las rodillas para separarle los muslos y hacerme un poco de sitio para poder agacharme en el hueco que he creado, como si fuera a adorarle. Y en cierta forma es lo que voy a hacer: tengo intención de rendir pleitesía a una parte de Dominic que me provoca mucho placer. Agarro su erección con la mano y parece ponerse más dura anticipando lo que pretendo hacer. Pero no le voy a dar una plena satisfacción todavía. Primero le soplo y saco la lengua para tocarle muy suavemente y darle un anticipo breve de lo que está por venir. Bajo hasta sus testículos cubiertos de pelo oscuro y vuelvo a soplar, se los cojo con la mano y los aprieto un poco antes de empezar a besarlos y lamerlos.

Gime mientras yo continúo con las manos y la lengua. Ahora ha metido las dos manos entre mi pelo y los dedos se tensan sobre mi cabeza en respuesta a las deliciosas sensaciones que le estoy provocando. Con un dedo recorro sus testículos de adelante atrás y después deslizo lentamente la boca abierta por toda la longitud de su polla desde la base. Su miembro late bajo mis labios húmedos y los movimientos provocadores de mi lengua según me voy acercando a la punta. Juego con ella con la lengua, le froto la piel que la rodea y le rozo suavemente con las uñas hasta que siento que está deseando más.

—Chúpamela —me dice con voz ronca—. Métetela en la boca. Toda.

Yo estoy más que encantada de obedecer. Ahora tengo muchas ganas de él, de envolverlo del todo en la suavidad caliente y húmeda de mi boca, aunque sé que es difícil. Todavía de rodillas, me inclino hacia delante y pongo la cabeza en una posición que me permite introducírmela muy profundamente. Cierro los ojos y me la meto en la boca, acompañando el contacto de los labios con movimientos de la lengua. Es enorme y no estoy segura de poder metérmela entera, pero él empuja y yo me concentro en relajarme para que pueda entrar todo lo que quiera. Justo cuando creo que no me cabe ni un milímetro más, se aparta y la punta roza con mis dientes. Tengo un segundo para recuperarme antes de que empuje de nuevo, con las manos apoyadas en la parte de atrás de mi cabeza.

—Te estoy follando la boca —me dice en voz baja—. Quiero follarte así hasta que me corra, ¿me entiendes?

Asiento y sigo dejándole entrar y salir de mi boca, acariciándole con la

lengua cuando se retira y después recibiéndola con la garganta abierta. Empieza a follarme un poco más fuerte y yo muevo la cabeza adelante y atrás de forma que cuando entra, yo me aparto lo justo para que no se estrelle con el fondo de mi garganta, pero sin interferir con su placer ni la sensación que tiene de estar introduciendo todo su miembro en mi boca.

—Para —me ordena de repente, y permito que salga de mi boca. Deja el pene delante de mis ojos, brillante por la saliva. Me encanta verlo y mi necesidad crece. Pero si Dominic ha decidido no correrse todavía, estoy segura de que es porque tiene algo interesante preparado para mí.

—Quiero verte jugar sola para mí. Pero —me advierte— no te corras.

Oh, Dios. Eso va a ser muy difícil. Estoy muy caliente, excitada y preparada para hacer todo lo que quiera. Nunca me he sentido así antes. La última vez que estuve en el *boudoir* había límites a los que tenía que enfrentarme, además del miedo y la inquietud que sentía por lo que podía pasarme. Pero ahora he aprendido que los límites de mi cuerpo están mucho más lejos de lo que yo creía. Sé que el placer viene del abandono, no de la represión o del juego dentro de unos límites seguros. Fuera del dormitorio no quiero ser una esclava ni una posesión, pero dentro sé que puedo encontrar una satisfacción deliciosa al ser dominaba por mi amante autoritario, voluptuoso, lujurioso y exigente. Mi cuerpo está ahí para su uso, porque sé que él lo usará, además de para su propio placer, para llevarme a un estado de éxtasis.

Quiero obedecer sus órdenes. Me pongo boca arriba y meto los dedos entre las piernas. Estoy empapada.

—Así no. No veo nada. Arrodíllate y mantente así para que pueda mirar.

Y hago lo que dice, girándome para quedar frente a él de rodillas y levantándome para que mi entrepierna quede casi al nivel de su cara cuando se acuesta sobre las almohadas. Tiene una mano descansando perezosamente en su erección mientras dirige la mirada oscura y llena de lujuria a mi sexo.

—Vamos. Hazlo.

Bajo lentamente el índice por mi estómago hasta la mata de vello púbico y después recorro con él los labios y el clítoris, que siento emerger endurecido en la parte superior de mi sexo. Dominic se humedece los labios en un gesto rápido y estoy segura de que se está imaginando cómo sería acercarse y chuparlo, metérselo en la boca y mordisquearlo con los dientes. Pensarlo hace que me moje aún más y el clítoris se estremece para que le preste atención. Con su mirada ardiente sobre mi cuerpo, coloco el dedo corazón en ese lugar tan dulce y le doy una caricia rápida que hace que me tiemblen los muslos por las sensaciones eléctricas que me recorren. Antes me habría resultado imposible hacer esto delante de alguien. Ahora me preocupa correrme demasiado rápido. Pero tengo que obedecer, así que rodeo el clítoris con el dedo y empiezo a acariciarlo, gimiendo un poco mientras mi cuerpo responde mandando oleadas de electricidad por todas partes. Casi sin darme cuenta me cojo un pecho con la otra mano y me pellizco y me froto el pezón, lo que aumenta aún más mi excitación.

Dominic me mira fijamente con la mano todavía en su erección, pero sin moverla.

—Métete los dedos —me ordena.

Meto las puntas de los dedos en mi abertura húmeda y después los empujo hacia el interior caliente y resbaladizo. Siento los dedos ahí dentro y empiezo a subir y bajar sobre ellos, follándome. Dominic inspira hondo y la mano se le estremece sobre la polla. Sé que le estoy llevando casi al límite con esta provocación.

—Bien —dice con la voz baja y pastosa por la lujuria—. Muy bien. Me gusta. Quiero follarte antes de que te dejes llevar por ese orgasmo que estás deseando. Pero primero...

Se baja de la cama y va hasta el armarito. Le observo sin dejar de acercar una y otra vez los dedos al clítoris hinchado. Abre el armarito y saca una cuerda. La trae a la cama y me dice:

—Bájate y junta los brazos por encima de la cabeza.

Hago lo que me dice, apretando las manos. Coge la cuerda y la ata con rapidez desde justo por encima de los codos hasta las muñecas, dejando un extremo largo junto a mis manos.

—Súbete a la cama de espaldas al cabecero. Arrodíllate con las piernas separadas.

Obedezco de nuevo. Tira de la cuerda y la ata el travesaño del cabecero, lo que me obliga a inclinarme hacia atrás. Ahora tengo los brazos sujetos con fuerza al travesaño, los muslos estirados y el cuerpo abierto y expuesto, con el sexo proyectado hacia delante. Me doy cuenta de que si intento inclinarme hacia delante me duelen los brazos, pero si me echo atrás para aliviar el dolor de los brazos, empiezan a protestar mis muslos. Solo hay una posición entre los dos extremos en la que encuentro alivio, así que la adopto mientras Dominic se sube a la cama y me mira durante un rato, evidentemente disfrutando de mi forma de retorcerme para encontrar una postura cómoda.

—Quiero lamerte toda la miel de tu cuerpo —me dice con voz profunda—. Pero guárdate tu placer para después, ¿me has entendido?

Asiento, humedeciéndome los labios con la lengua.

—Cierra los ojos. Y no los abras.

Los cierro y de repente todo queda concentrado en mi sexo. Lo único que sé es que en algún momento me va a brindar el delicioso contacto de su lengua experta. Y lo deseo tanto que estoy a punto de gemir solo con pensarlo. Mientras espero, me revuelvo para aliviar la tensión primero de los brazos y después de las piernas. *Esto es insoportable.*

Quiero abrir los ojos, pero temo que si lo hago Dominic me castigue atándome más fuerte o esperando más tiempo para lamerme, y no puedo esperar para notar su lengua sobre mí. Eso es lo único que puede calmar la urgencia que siento en esa parte de mi cuerpo.

Espero y entonces, por fin, siento su respiración rozar mi vello, haciéndome unas cosquillas deliciosas, y el placer me hace temblar y tirar de mis

ligaduras. Abro más los muslos para tentarle a acercarse, pero pasa un largo momento antes de sentir otra vez su respiración excitante sobre mi sexo. Dejo escapar un sonido que es como un lamento.

—Dominic, por favor...

Un azote suave en el culo es la única respuesta que recibo. Aprieto los párpados para que no se me olvide que no puedo abrirlos a pesar de la anticipación, que me deja sin aliento.

Intento ser paciente. *Sé humilde y sumisa y tu amo te dará lo que quieres*. Pero mientras espero durante lo me parecen horas, apenas puedo controlar mi necesidad, que se intensifica porque no puedo dejar de moverme para aliviar la tensión en mis piernas por la cuerda. Si pudiera quedarme quieta, sería paciente, pero ese movimiento constante mantiene mi sexo caliente y a punto de explotar.

Entonces noto un contacto muy leve: la punta de la lengua en la parte superior del clítoris. Después un poco más de presión. Dejo escapar una exclamación de placer ardiente y pienso, feliz, que mi espera ha terminado. La lengua me recorre un momento y después vuelve al centro del clítoris y me da un lengüetazo endemoniado antes de abandonarlo y descender, lamiendo lentamente por todas partes como si estuviera saboreando con placer mi néctar. Cuando llega a mi entrada, deja que la lengua juegue en esa zona como para hacerme cosquillas, lamiendo y mordiendo suavemente mis labios antes de meter la lengua en mi interior con fuerza y tantear por dentro con ella. Me retuerzo por las sensaciones abrumadoras que provienen no solo de las deliciosas actividades que está llevando a cabo la lengua de Dominic, sino también por la tensión de las ligaduras y el dolor que siento en los brazos y los muslos cuando me olvido de todo y me relajo. Ahora no me cuesta mantener los ojos cerrados; me viene bien la oscuridad que me permite centrarme en las sensaciones que la lengua aterciopelada y resbaladiza de Dominic está creando en mi interior.

Entonces de repente su lengua desaparece y son sus dedos los que empujan con fuerza en mi interior necesitado mientras se mete el clítoris en la boca, lo chupa y lo roza con los dientes tirando de él, como si le estuviera proporcionando alguna especie de ambrosía. Empieza a latir y a vibrar por la presión y noto que mis caderas se mueven al ritmo que marcan sus dedos en mi interior. Estoy muy cerca, y el efecto de la cuerda y el cansancio de los músculos hacen que todavía tenga más necesidad de esa liberación.

—Déjame correrme —le suplico—. ¡Lo necesito!

—¿Correrte? —Su voz es imperiosa y casi seductora—. Eres una de esas chicas ansiosas que quieren que las toqueteen, ¿eh? Que no dejen de tocarte hasta que lo empapes todo. Todavía no. Te voy a follar primero.

Inspiro temblorosa. No sé cuanto tiempo más podré soportar el dolor en los músculos ni ese tormento erótico. Mantengo los párpados apretados esperando poder aguantar un poco más antes de suplicar la liberación (la sexual y la de las ataduras). Ahora está entre mis muslos, su cuerpo grande, fuerte y caliente

abriéndome las piernas aún más. Se inclina sobre mi torso estirado y supongo que se agarra al travesaño del cabecero a ambos lados de mis manos atadas. Su erección durísima está apretada contra mí y sus testículos me hacen cosquillas en el sexo proyectado hacia delante. Se mete el lóbulo de mi oreja izquierda en la boca, tira de él y lo muerde un poco.

—No te dejes llevar —me dice—. Lo mejor está por venir.

Su polla empuja junto a mi entrada, pero no tiene intención de ayudarla a introducirse. Él tiene las manos agarradas con fuerza al cabecero y las mías están atadas. Me está atormentando un poco más rozando mi entrada con la punta, deslizándose por mi humedad pero sin entrar.

—Por favor —le ruego—, por favor.

Muevo las caderas para obligarle a entrar, pero no deja de resbalarse hasta que estoy a punto de gritar por la necesidad y la frustración. Entonces me toca ese lugar tan dulce y mis músculos se abren con facilidad para permitirle el acceso. Suspiro cuando me llena hasta el fondo y su pubis roza el mío. Siento una oleada de vigor renovado, la sangre se me calienta otra vez y empiezo a moverme para ir al encuentro de sus embestidas. Ahora las ataduras me proporcionan una especie de resistencia que me permite elevarme y a él entrar aún más. Su hueso púbico golpea con fuerza el clítoris, provocándome una especie de frenesí. Él sigue follándome agarrado al cabecero para equilibrarse y permitiéndome que eleve los músculos cansados para ir a su encuentro. Empiezo a gritar con cada embestida y siento que el clímax se aproxima por fin.

—¿Me puedo correr? —digo entre jadeos.

—¿Qué?

—¿Me puedo correr... por favor?

—¿Qué?

Ahora lo digo con un grito.

—¿Me puedo correr, por favor, señor?

—Abre los ojos.

Le obedezco. Me está mirando fijamente, observando mi estado de indefensión, mi excitación, el placer, que hace que tenga los ojos desenfocados y desesperados.

Se inclina hacia delante y me besa, metiendo la lengua en mi boca tanto como la polla en mi interior. Entonces se aparta y me dice:

—Córrete para mí. Hazlo por mí ahora.

Y como si obedeciera de una forma perfecta, mi clímax explota como un volcán de lava fundida y dorada, produciéndome un placer caliente y casi insoportable. Todo el dolor que sentía en las extremidades desaparece transformado en un placer intenso que estremece todo mi cuerpo. Cuando las sensaciones me abandonan, siento que Dominic aumenta el ritmo y me coge del culo con una mano para poder hundir más su polla antes de derramarse dentro de mí en un orgasmo ardiente.

Caigo inerte y ahora siento de verdad el efecto de la cuerda. Tengo los

músculos tensos y me duelen. Ahora que se ha acabado el placer, el dolor es intenso y gimo bajito.

—Será mejor que te suelte —dice Dominic con una sonrisa. Su expresión está llena de satisfacción.

—Sí, por favor —le pido y me suelta. Caigo en la cama con un alivio maravilloso.

Se tumba a mi lado y me rodea con sus brazos. Me acaricia el cuello con la nariz y me besa suavemente.

—Ha sido increíble —me dice.

—Sí —le respondo en un susurro abrazándole—. Ha merecido la pena la espera. —Disfruto un momento de la cercanía de nuestros cuerpos y de los rescoldos de nuestros respectivos orgasmos. Después digo—: Nunca antes habías usado cuerdas así conmigo.

—¿Ah, no?

—No.

—Oh. ¿Y no te ha gustado?

—Sí. Resulta raro estar atada y con los movimientos restringidos que intensifican todas las sensaciones.

—Esa es la idea. Y me ha dado la impresión de que ha sido muy efectivo a juzgar por tus chillidos.

Le hago una caricia con la nariz.

—¡No he chillado! Yo... he... exteriorizado lo que sentía.

—Pues has exteriorizado todo de aquí a Tombuctú —me responde riendo.

—Todavía quieres controlarme, ¿no? Quiero decir que todavía quieres ser el dominante en el sexo, ¿es así?

Me acaricia el brazo con la mano, como si disfrutara del tacto suave de mi piel.

—Supongo que sí. No sé si alguna vez cambiará eso, Beth. ¿Podrías soportarlo si no cambiara?

—Oh, sí —respondo rápidamente—. Puedo soportarlo, no hay problema. Solo me pregunto cómo vamos a explorar eso, supongo...

Su voz se vuelve seria.

—No te preocupes, Beth. He pensado mucho mientras estábamos separados y ahora sé algo. No voy a usar ninguno de esos instrumentos contigo nunca más. Ni látigos, ni palas, ni azotadores. No podría hacerlo de nuevo. —Me da un beso en el hombro—. Y sé que te alegrará oírlo.

—Sí... sí, claro. Yo solo quiero lo que te haga feliz a ti, ya lo sabes.

—Gracias, cariño, eso significa mucho para mí. Significa todo en realidad. Después de lo que pasó, no podría arriesgarme otra vez. Como ya te he dicho, ahora tengo límites. Y ese es uno de ellos.

Sé que los efectos de lo que Dominic me hizo con el látigo casi nos separaron para siempre. Y que le provocaron a Dominic una caída en picado cuando se dio cuenta de lo que había hecho. Pero...

Debería estar contenta de que no quiera azotarme nunca más. Pero creía

que era yo la que ponía los límites.

Mientras nos vamos dejando llevar poco a poco por el sueño, me pregunto por qué demonios estoy tan inquieta.

Capítulo 13

CUANDO LLEGO al Albany a la mañana siguiente el guardaespaldas me abre la puerta con una expresión totalmente impasible, como si no estuvieran resonando por todo el piso unos gritos salvajes. Nunca me ha dicho ni una palabra, así que no hay razón para que empiece ahora, pero, aun así, es raro que los dos estemos fingiendo que no oímos esos chillidos femeninos y después las palabras: «¡Andrei! ¡Oh, Andrei!» pronunciadas con un fuerte acento ruso.

Me siento aliviada al oírlos, como si todo en el mundo hubiera vuelto a su lugar ahora que estoy segura de que fue Dominic y no Andrei quien estuvo conmigo en el túnel esa noche. Y Andrei obviamente está muy involucrado con su princesa rusa, o lo que sea Anna, y así es como tiene que ser. Por lo que a mí respecta, que ambos lo disfruten mucho. Yo estoy encantada de tener la conciencia tranquila. En cuanto a por qué fue tan lejos y me drogó la bebida... Bueno, prefiero no pensarlo ahora mismo. No mientras continúe en este trabajo al menos. Ahora mismo solo quiero acabar y salir de aquí.

Camino detrás del guardaespaldas como si yo también fuera ajena al torrente de palabras en ruso que se oye en el dormitorio de Andrei a pesar de las gruesas paredes de madera.

No hace falta ser un genio para averiguar lo que está pasando ahí dentro.

Están jugando a Hundir la flota, *claro*, me responde una vocecilla interior.

Entro en el despacho y me encuentro a Edward con el iPod encendido y los auriculares puestos, siguiendo el ritmo de la música con el cuerpo mientras teclea en el ordenador. Cuando ve que estoy dejando mi bolso en la silla que hay enfrente, de repente me grita:

—¡Pleuresía!

Doy un salto, sobresaltada por su volumen inesperado.

—¿Qué?

—Perdona —dice en un tono más normal quitándose un auricular—. Estoy escuchando algo alegre y animado, en consonancia con el ambiente general: el *Réquiem* de Mozart. Y he dicho «pleuresía». Eso es lo que tiene la madre de Marcia. Es un problema de los pulmones. Pero aparentemente está mejorando y Marcia va a volver el lunes. Así que... —Edward mira al cielo y después ladea la cabeza hacia la puerta—. Me voy a librar de todo ese estruendo, gracias a Dios. Llevan así desde que llegué. —Hace una mueca—. Esa chica tiene unos buenos pulmones. Sin duda ella no tiene pleuresía.

Marcia vuelve el lunes. Hoy es viernes. Llega el fin de semana. He perdido la noción del tiempo con esa fiesta en mitad de la semana. Y he avanzado tanto con la colección que ya puedo empezar a pensar en cómo ir colgando las obras. Eso significa que puedo acabar con este trabajo más rápido de lo que pensaba. La imagen del cuadro de la chica leyendo vuelve a mi mente,

flotando con toda su pureza y serenidad. *Tengo que preguntarle a Mark. Iré a verlo hoy.*

—¿No te molesta? —me pregunta Edward, y yo le miro sin comprender—. La señora gritona de ahí, chillando a pleno pulmón como si estuviera ensayando para algún congreso anual de mujeres con una buena garganta...

—Eh... no. —No voy a entablar una conversación sobre Andrei y Anna con este tío.

—Oh, bueno —dice Edward volviéndose a poner los auriculares—. Vuelvo a mi fiesta desenfrenada del *Réquiem*. Y esperemos que esos dos hayan llegado al final de su propio canto de gloria cuando se termine el mío.

Dejo a Edward con su Mozart y me concentro en el ordenador. Entro en mi correo para enviarle un mensaje a Mark y preguntarle si puedo pasarme para hablar con él. Recibo un email de respuesta casi al momento en el que me dice que puedo ir cuando quiera, que está en casa y que por qué no voy a comer con él. De hecho, comenta, él tenía pensado llamarme para decirme que me pasara por allí pronto si no estaba muy ocupada con lo de Andrei.

Estoy ridículamente encantada porque voy a ir a ver a Mark. Le echo de menos. Le respondo confirmándole que estaré allí y me doy cuenta de que el sexo escandaloso parece haber terminado. Una imagen aparece en mi mente: Andrei está hecho un ovillo en los brazos de Anna, ambos respirando profundamente en plena languidez postcoital. Ella le acaricia la cabeza, revolviéndole el pelo rubio oscuro, y sus ojos azules se han suavizado hasta parecer del color del aciano oscuro. Es como si alguien estuviera acariciando a un león. *Un animal salvaje nunca se domestica del todo. El animal simplemente decide no atacarte. Por ahora.*

Me llega un correo de Dominic:

Anoche fue todo lo que esperaba que fuera. Eres tan preciosa que no puedo pensar en ti porque entonces no consigo trabajar. Pero tenemos toda la semana para jugar si no te ata nada...

No quiero encadenarte con planes, pero espero que estés libre para mí.

Un beso.

Dominic.

Sus juegos de palabras me traen el recuerdo de cómo me ató a la cama anoche y eso hace que me recorra el cuerpo un delicioso temblor. La repentina necesidad me sorprende. Le respondo:

Tengo un nudo en el estómago solo de pensar en ti. Mi tiempo es tuyo, todo mi ser es tuyo...

Besos

B.

Aparto los recuerdos de la noche que he pasado con Dominic porque me están distrayendo y me pongo a investigar sobre Fragonard, pero me cuesta concentrarme. Tras unos minutos, decido ir a la cocina a por un café y me ofrezco a traerle uno a Edward. Espero que Sri no esté por ahí. Ahora ya sé más o menos dónde están las cosas necesarias para hacer café y no me hace

sentir bien que ella tenga que estar haciéndomelo cuando seguro que tiene muchas otras cosas en las que ocuparse. Me alegro de ver que la cocina está vacía y me pongo a preparar la cafetera como he visto que lo hace Sri. Estoy de espaldas a la puerta, así que solo me doy cuenta de que hay alguien detrás de mí cuando oigo una voz.

—¿Hay suficiente para dos tazas más?

Me vuelvo y veo a Andrei en el umbral, con una bata de cachemir azul oscuro que hace que sus ojos parezcan turquesas.

—Claro —le respondo con educación—. He hecho una cafetera entera por si quería alguien más. Estará listo dentro de un momento.

Se acerca y sus pies descalzos no hacen ruido sobre el suelo de madera. Me doy cuenta de que no le he visto desde que volvimos al Albany la mañana después de la fiesta... ni desde que descubrí que seguramente me había drogado y que tal vez había tenido con él un sexo inducido por los efectos de esa droga. *No es de extrañar que me sienta un poco incómoda*. Aunque no estoy segura de que no tuviera sexo con él, todavía me siento muy suspicaz y resentida porque me diera esa bebida drogada.

—¿Qué tal vas con el trabajo? —me pregunta sonriendo—. Estoy deseando que me lo cuentes todo. No te he visto últimamente y lo he echado de menos.

—Va muy bien —le respondo algo rígida y sin sonreírle—. Nada que reseñar.

—Ah. —Es evidente que se ha dado cuenta de mi actitud porque su mirada se enfría y la sonrisa desaparece—. De todas formas quiero un informe. A primera hora del lunes.

—Muy bien. —Me giro hacia la cafetera, que ya está llena, y saco dos tazas de café del armario.

—No es necesario, ¿sabes? —me dice en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—No es necesario que te pongas celosa. De Anna. Es una buena amiga y me ayuda a liberar tensiones de vez en cuando, pero no es nada serio.

Inspiro bruscamente. *¡De verdad se cree que estoy celosa! ¿Cómo demonios ha llegado a hacer esa conexión?*

—Anna tiene una naturaleza apasionada... —continúa Andrei—, como seguramente has podido oír. No reprime nada. Siento que te haya hecho sentir incómoda. No volveré a traerla aquí. —Estira el brazo y pone una mano sobre la encimera, cerca de la mía, y añade en voz aún más baja—. Si tú y yo alguna vez... estamos juntos... ella será historia. Anna lo entiende, no se sentirá mal. Y quiero que tú lo sepas.

Sus palabras provocan un arrebato de furia en mi interior. Me giro bruscamente.

—Andrei, sé que a la gente le inspiras demasiado miedo para decirte lo que piensa de verdad, pero tengo que avisarte de que si te crees que estoy aquí muerta de amor por ti y llorando porque te he oído en la cama con Anna, estás muy equivocado. No te quiero, no te deseo y nunca lo haré, así que no tiene

sentido que eches a Anna de tu cama por mí.

Percibo un destello en sus ojos mientras digiere mis palabras.

—Ya veo —dice con voz queda y fría—. Tal vez he entendido mal la situación. Tenía la impresión que nos habíamos... acercado... después de la fiesta. Pero obviamente estaba equivocado.

—Claro que sí. Te lo dije, tengo novio... Y además, una cena amistosa y pasar un rato en un lugar con un ambiente liberal no nos convierten en una pareja.

—Vamos, no esperarás que me crea a ese novio cuyo nombre ni siquiera recuerdas... Y nuestra conexión fue algo más que eso...

Sigo a lo mío sin hacerle caso. Me estoy enfadando. He sufrido durante los últimos dos días por lo que me hizo y por la culpa y el miedo que eso me ha originado. Y ahora está aflorando todo.

—Pues eso es todo lo que hay, Andrei, porque... —La furia me embarga y siento que estoy perdiendo el control— intentar drogarme no es algo que me vaya a acercar mucho a ti, la verdad. ¿Tienes idea de lo peligroso que fue? ¡Aparte de que es ilegal!

Sus ojos brillan y se queda muy quieto.

—¿Qué?

—¡Ya me has oído! Sé lo que hiciste en la fiesta... Tú me diste esa bebida, el cóctel. El que estaba «aderezado» con drogas para aquellos que querían ver las estrellas, con alucinaciones y pérdida de memoria de regalo.

Andrei se me queda mirando con la cara impasible.

—Será mejor que te lo pienses muy bien antes de lanzar una acusación como esa —dice en voz baja y dura como el acero.

—¿Es que pretendes negarlo? —le respondo temeraria. Ya me he enfrentado a él, no hay vuelta atrás. La idea de que mi jefe, alguien que tiene una posición de confianza, haya hecho algo tan terrible hace que me sienta traicionada y dolida. Andrei ha tenido suerte de que las consecuencias no hayan sido peores, pero podrían haberlo sido—. Digamos que no fuiste tú el que echó algo en mi bebida... ¿De verdad crees que me voy a creer que no sabías que el cóctel de la casa es una mezcla muy espectacular, preparada especialmente para la ocasión? Kitty Gould y tú obviamente sois viejos amigos y eres un habitual en sus reuniones. Tenías que saber cómo iba aquello.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —me dice. Ahora parece enfadado, con los ojos gélidos y los labios apretados—. El cóctel de la casa no está drogado. De hecho ni siquiera tiene alcohol. Es un Brisa Marina sin aditivos. Por eso te lo di. Me di cuenta de que ya habías bebido suficiente esa noche.

Me quedo helada y durante un momento solo puedo mirarle con la boca abierta, hasta que consigo balbucear:

—¿Qué es lo que has dicho?

—Ya me has oído. Puedes llamar a Kitty Gould tú misma si quieres y

preguntarle. Ella te confirmará que no tiene alcohol y que, sin duda, no lleva drogas.

Mi mente se ha convertido en un torbellino de confusión. Recuerdo el sabor dulce e inocuo de la bebida. Tal vez es cierto y solo era zumo de frutas. ¿He cometido un error horrible y espantoso? *Oh, Dios, ¿qué he hecho y dicho?* Tengo miedo. Le he juzgado mal... ¿o no? *Pero yo estaba drogada, estoy segura. Nunca me he sentido así antes, nunca. Y si la bebida estaba limpia al servirla, eso significa que Andrei me está mintiendo. Él tuvo que ser quien la drogó.*

Se ha acercado unos pasos y huelo el olor almizclado de su colonia mezclado con el calor de su cuerpo tras el sexo. Tiene un efecto extrañamente embriagador sobre mí, pero lo ignoro. Su mirada está examinando mi cara.

—Veo que no me crees. No sé qué te hace pensar que estabas drogada... Creo que confundes eso con los efectos del champán mezclado con un martini de vodka muy fuerte después de tomar bastante vino en la cena. Estabas borracha, Beth. Eso no es tan malo y yo me siento profundamente herido de que hayas pensado que yo abusaría de tu confianza de esa forma. —Me está mirando fijamente a los ojos, con esa mirada penetrante azul marino que tiene una intensidad casi hipnótica—. ¿Y bien?

Es muy persuasivo y convincente. Una parte de mí me dice que no confíe en él y otra está totalmente convencida por sus palabras. *No es de extrañar que este hombre haya triunfado en la vida. Tiene un poder increíble.*

—Está claro que no te acabas de convencer de que yo no te haría nada malo —murmura acercándose. Saber que solo una fina capa de cachemir me separa del cuerpo desnudo de Andrei me hace dar vueltas la cabeza. Es muy alto y muy fuerte y está demasiado cerca. Su olor me llena la nariz y el calor de su piel parece acariciar la mía—. Fíate de tu juicio —dice despacio—. Sabes que todo lo que pasa es por tu propia voluntad, libremente, y nada más... no lo niegues. No te resistas a lo que sabes en el fondo de tu corazón. Lo siento. Y sé que tú también...

Ahora está muy cerca. Tengo el corazón acelerado y siento que mi pecho sube y baja muy rápido. Estoy respondiendo a su proximidad sin quererlo, es algo casi automático. Me está obnubilando con la fuerza de su masculinidad y su poderosa voluntad. Empieza a inclinar la cabeza hasta que su cara casi toca la mía y sé que está a punto de besarme. Respiro entrecortadamente. Quiero resistirme, pero estoy paralizada. Al menos creo que quiero resistirme... No hay nada en mi mente aparte de su cercanía y la forma en que me hormiguea todo el cuerpo en respuesta.

—Andrei, ¿y ese café? ¡Estás tardando muchísimo!

La profunda voz rusa rompe el encantamiento y yo sacudo la cabeza como si despertara de un sueño. Mientras intento saber qué es lo que acaba de pasar, Andrei se gira hacia la puerta, donde Anna está de pie con su bata roja de seda, las cejas levantadas en un gesto altanero y una mirada de sospecha.

Andrei le habla con una autoridad tranquila.

—Ahora te lo llevo, Anna. Vuelve al dormitorio.

Ella permanece allí un momento mirándome a mí y después a Andrei, obviamente sin ganas de dejarnos a solas, pero no se atreve a desobedecer. Con un aspaviento, se gira y se va.

No sabe cuánto se lo agradezco. La interrupción me ha dado la oportunidad de recuperar el control de mí misma. Estoy horrorizada porque casi he sucumbido, pero también estoy espantada por Andrei. *¿Pero de qué va este hombre? Su arrogancia no tiene fin. Aunque acabo de acusarle de drogarme la bebida, sigue pensando que iré corriendo adonde él quiera*. Pero casi le ha funcionado. Si sus labios hubieran tocado los míos, no sé lo que habría hecho, y eso me hace sentir vergüenza de mí misma. ¿Pero dónde está mi autocontrol?

Nunca he querido traicionar a Dominic ni lo que tenemos. Nunca. Igual que él nunca me traicionaría.

Mi enfado conmigo misma provoca que me ruborice mucho y me aparto rápidamente.

—No me importa lo que ella piense —me dice Andrei con tono urgente—. Y a ti tampoco debería.

Me giro para mirarle y digo con voz dura:

—No lo entiendes, ¿no? No me interesas. Acuéstate con Anna... ¡por mí te puedes hasta casar con ella! Déjame en paz. Nuestra relación es estrictamente profesional, ¿me entiendes? Cuando acabe este trabajo, me iré de aquí. Y estoy deseando que llegue ese día. —Me vuelvo y sirvo el café en una taza tan bruscamente que salpica toda la encimera—. Siento haberte acusado injustamente, pero solo que llegara a pensar que podía ser cierto ya lo deja todo bastante claro. Ahora, si me disculpas, me vuelvo al trabajo.

Le empujo para pasar a su lado, ignorando su expresión furibunda, y salgo sintiendo su mirada que me traspasa mientras cruzo la puerta.

Cuando vuelvo al estudio, estoy temblando por el subidón de adrenalina. Estoy eufórica por haberle dicho lo que pienso, pero también asustada. Acabo de hablarle a Andrei Dubrovski de una forma en que no le habla nadie. Al menos nadie que valore esos lujos de la vida que son unos brazos y unas piernas intactos, por no mencionar su trabajo.

Que me despida. No me importa. No voy a permitir que me trate así.

Una voz me susurra: *¿Que te trate así? ¡Pero si casi le dejas besarte!*

No me gusta esa voz. Ni un pelo. Me niego a escucharla. Andrei es el malo aquí; es un mentiroso y un explotador y un hombre que se acuesta con una mujer mientras le hace proposiciones a otra, una que, además de no estar en absoluto interesada, es su empleada. A mí todo eso me parece muy poco honesto.

Es un alivio cuando llega la hora de comer y escapo del Albany. Fuera el aire es fresco, y el día, luminoso. Brilla el sol de esa forma sosegada en que lo hace en otoño, bañándolo todo con su luz, pero la brisa es fresca y vigorizante. Mientras cruzo Piccadilly, me doy cuenta de que los árboles de

Green Park están empezando a volverse de color bronce y se ven montones de hojas. En la parte superior de los autobuses turísticos, los turistas están muy bien abrigados con anoraks de plumas y bufandas. Dejo atrás Park Lane, rodeo Hyde Park Corner y bajo hacia Belgrave Square. Ahí las casas son grandiosos palacetes blancos con pilares, balcones e impresionantes puertas principales. Muchas tienen banderas para demostrar que ahora se han convertido en embajadas y los coches aparcados por allí parecen del cuerpo diplomático. Inspiro hondo mientras camino, intentando encontrar un poco de calma entre mi confusión emocional. Justo cuando mi relación con Dominic ha vuelto a su cauce, comienza a fraguarse este drama. Estoy segura de que en cuanto me libre de Dubrovski todo va a ir bien.

Pero... Sé que a pesar del sexo increíble de ayer, me preocupa lo que está pasando con Dominic. No quiero darle muchas vueltas y me digo que el fin de semana conseguiremos aclarar las cuestiones pendientes. Hemos estado mucho tiempo separados después de la crisis de nuestra relación. No es raro que nos lleve un poco de tiempo encarrilar las cosas para que vuelvan a ir como la seda. Lo importante es que nos queremos y que estamos comprometidos con la relación.

Aparto decidida el recuerdo de mi cuerpo traicionero respondiendo ante Andrei. Por lo que a mí respecta, eso no ha pasado. Tal vez nunca sabré la verdad sobre si me drogó o no, pero ya no importa. El del túnel era Dominic. Y me aferro a eso como a un bote salvavidas.

COMER CON MARK es como volver a la civilización después de haber estado en un campo de batalla. Su casa es un remanso de paz y gusto y él es el sereno corazón de toda ella.

Tomamos una comida sencilla que se limita a una ensalada *niçoise* con unas copas de un Sancerre muy frío y le cuento cómo me va mi trabajo. No le cuento las intimidades que están ocurriendo en el Albany ni le menciono la fiesta ni la presencia de Anna, pero le hablo de las obras que he encontrado en la colección y las ideas que tengo para ellas. Mark me escucha y hace comentarios. Tiene una gran memoria y se acuerda de casi todo lo que ha comprado para Andrei.

Mientras tomamos un sorbete de limón servido con diminutas lenguas de gato, le cuento lo del Fragonard del que me he enamorado. A veces, cuando veo algún objeto hermoso o saboreo comida deliciosa, pienso en lo radicalmente que ha cambiado mi vida en los últimos cuatro meses. A principios de ese año era camarera en una cafetería en mi pueblo y no tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida. Pasaba todo mi tiempo libre con mi novio, a quien creía que quería pero que, en realidad, era un idiota que no me valoraba. Me quedé destrozada cuando Adam me engañó, pero ahora se lo agradezco. Si no hubiera hecho lo que hizo, ¿estaría hoy sentada en una preciosa casa de Belgravia hablando de un Fragonard con un importante experto en arte? ¿Tendría el trabajo de mis sueños y un hombre en mi vida al que amo de verdad? Es muy poco probable. Seguramente seguiría sirviendo

sándwiches de gambas y tazas de té y cocinando comida frita para Adam. *¡Menudo desperdicio!* Mi vida ha dado unos cuantos giros afortunados y lo agradezco profundamente.

Cuando termino de contarle mi hallazgo y de compartir mi entusiasmo por la lectora, Mark asiente.

—Sí —me dice—. Conozco la obra. Creo que es una elección excelente y que le gustará mucho a Andrei. Tiene una predilección especial por Francia, sin duda por la historia de su país. La aristocracia rusa se enorgullecía de su estilo y sus maneras afrancesadas, igual que hoy en día las esposas de los oligarcas muestran sus riquezas y su gusto llevando Chanel y Givenchy.

—Ojalá pudiéramos quedarnos nosotros con el cuadro —le digo—. Quedaría fantástico en tu salón.

—Hay muchas obras de arte preciosas por ahí, gracias a Dios, y sé lo difícil que es separarse de algo que te encanta. Pero los marchantes tenemos que aprender a dejar escapar algunas cosas. Creo que a Andrei le gustará lo que has elegido. —Mark me sonríe otra vez. ¿Es mi imaginación o está más delgado? Tal vez un poco, se le nota en la cara. Aparte de eso, está como siempre, aunque se le ve un poco cansado—. Estoy deseando que vuelvas, Beth.

—Y yo me muero por volver —le digo sinceramente.

—¿No te lo estás pasando bien?

—El trabajo es genial, pero estar allí es como vivir en una enorme sabana. Nunca sé si me voy a convertir en cualquier momento en la comida de alguien.

Ríe.

—No tendrás problemas. Te las arreglas muy bien. Y eres lo bastante fuerte para soportarlo todo, aunque no lo sepas.

Yo también me río y pienso: *Espero que tenga razón. Algo me dice que voy a necesitar toda la fuerza que pueda reunir.*

Capítulo 14

ESTOY TAN contenta de que sea viernes por la noche que casi no me importa que Dominic me mande un mensaje para decirme que esta noche está ocupado. Tenemos todo el fin de semana para estar juntos y hoy estoy agotada por todo el ajetreo de la semana. Cuando Laura me sugiere una noche tranquila con cena tailandesa a domicilio y una peli, me parece un plan irresistible.

Es un alivio cerrar mi mente a las posibles repercusiones de lo que ha pasado con Andrei y el resto de asuntos que me preocupa. Desconecto de todo y me lo paso bien en casa con Laura; dos chicas con los pantalones del pijama y jerséis cómodos, comiendo fideos y riéndonos estrepitosamente de la película que hemos descargado. Cuando me pregunta qué tal van las cosas, no entro en detalles, solo le digo para tranquilizarla que estoy feliz ahora que ha vuelto Dominic y la aviso de que voy a estar fuera prácticamente todo el fin de semana.

—¿Y ese trabajo que estás haciendo con la colección de arte se acaba ya la semana que viene? —me pregunta.

Asiento.

—Sí. Y lo estoy deseando. Ya he visto bastante cómo viven los millonarios para saber que no quiero tener nada más que ver con ellos.

—Vamos —bromea—, cuando Dominic te pida que os fuguéis juntos, vas a acabar cubierta de diamantes y bañándote en leche de burra.

—¡No, gracias! —le respondo, y le tiro un cojín, que ella logra esquivar—. Eso no tiene nada que ver conmigo. Una casa en el campo, un jardín y una felicidad de lo más convencional es todo lo que quiero.

—No me lo creo —responde Laura—. Eres ambiciosa y quieres dejar tu marca en el mundo. Puede que creas que quieres un estilo de vida cómodo y la felicidad doméstica, pero acabarás odiando eso muy pronto. Estás hecha para la aventura, Beth. ¿Te acuerdas cuando volviste de Croacia? Estabas emocionada y deseando viajar más. Perdona, pero ese sueño del retiro en el campo no me convence.

—Tal vez, pero todos necesitamos tener una fantasía en la que refugiarnos, así que yo voy a mantener la mía del tejado de ramitas y la valla blanca por ahora. —Me lo pienso un segundo—. De hecho, como es una fantasía, quiero una casita de campo preciosa y un piso en Londres, otro en París y otro en Nueva York también.

—¡Nueva York! —suspira Laura—. Mi sueño es ir allí. El Empire State, Central Park, la Quinta Avenida, el metro, los taxis amarillos...

—El Met, el Frick, el MOMA —digo soñadora—. Hay tanto arte maravilloso que visitar... Y quiero tomarme un cóctel en uno de esos hoteles tan chic que salen en las revistas.

Laura levanta los palillos cuando le llega una inspiración repentina.

—Oye, deberíamos ir. ¡Vámonos juntas a Nueva York! —Le brillan los ojos por la emoción—. Puedo conocer a un tío superguapo con un *loft* en el Village o cualquier sitio que esté de moda e irme a vivir con él. Y abriremos una revista, algo puntero y que cree tendencia, y dejaré la consultoría de gestión por una vida glamurosa como parte de la escena literaria neoyorquina.

Le sonrío.

—Eso suena fantástico. Nunca he entendido por qué no estudiaste periodismo, que es lo que siempre quisiste hacer.

Laura se queda perdida en su fantasía un momento, después vuelve al presente y se encoge de hombros mientras rebusca en una bandeja de *phad thai*.

—Mi asesor formativo me dijo que el mundo del periodismo está muerto y que iba a ser solo una periodista más en la cola del paro. Mi padre me dijo que la consultoría de gestión me pagaría los créditos para los estudios con razonable rapidez y me proporcionaría el dinero necesario para poder comprarme mi primera casa. Así que eso es lo que hice. —Me mira como felicitándome y con un poco de envidia—. Así que ahora eres tú la que tiene un trabajo glamuroso.

Me entristece ver que, si nadie te anima, todos tus sueños se pueden convertir en humo. Me acerco a ella.

—Hagámoslo. Vámonos a Nueva York juntas. Mejor antes de Navidad, porque así podremos ver los escaparates de Bloomingdale's ya decorados. Un fin de semana de chicas. ¿Qué te parece?

Laura se anima.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro que sí! Andrei me ha pagado muy bien por el trabajo. Gastémoslo en un viaje y un hotel muy bueno en el centro.

—¡Oh, me encantaría! —Me sonríe de oreja a oreja—. Trato hecho, señorita Villiers.

—Genial. ¿Quieres más fideos!

* * *

EL DÍA ES FRÍO y gris. El sol que calentaba y los cielos azules han desaparecido. Ha llegado la hora de sacar la ropa más abrigada y me decido por un jersey de *jacquard* gris claro encima de una camiseta de tirantes, una minifalda gris oscuro, medias y botas. Le añado un poco de color con un pañuelo verde y un sombrero borsalino de fieltro morado y salgo para ver a Dominic.

Desde nuestro piso en el este de Londres no hay una distancia muy larga hasta el mercado del Borough, así que voy caminando. Cuando cruzo el Puente de la Torre, veo todo el Támesis. Ahí está la Torre de Londres, con casi mil años de historia, blanca, cuadrada y que parece hecha de piezas de lego, y también la enorme cúpula de la catedral de san Pablo coronada por una

cruz dorada brillante, la chimenea de la Tate Modern, la noria London Eye y el puente de Blackfriars, que me recuerda al monasterio de Croacia. Parece que hace una eternidad de aquello.

Desde el Puente de la Torre camino por la orilla del río, dejando atrás el ayuntamiento, hasta el Puente de Londres, donde me espera Dominic junto a la catedral Southwark. Está más guapo que nunca con un jersey de rayas verde oscuro, vaqueros, botas y una bufanda de cachemir azul marino atada al cuello. Los colores hacen destacar los tonos avellana de sus ojos, que normalmente no se distinguen entre el marrón, y los reflejos castaños de su pelo oscuro.

Desde el otro lado de la calle tengo unos momentos para admirarle mientras me espera, todavía ajeno a mi presencia. Entonces cambia el semáforo y voy hacia él. Me ve y en un segundo una enorme sonrisa le ilumina la cara y abre los brazos para recibirme.

—Hola, preciosa —me dice abrazándome con fuerza—. Estás tan buena que me dan ganas de comerte. —Da un paso atrás y me mira de arriba abajo—. Hum, el otoño te sienta aún mejor que el verano. Soy un fanático de las minifaldas con botas. Ojalá hubiera sido joven en los sesenta.

—Entonces habría entre nosotros una diferencia de... ¿cincuenta años o así? —Le doy un beso, feliz. Sabe a café y a pasta de dientes—. ¿Qué planes tenemos hoy?

—He pensado que podríamos visitar este sitio. —Señala la catedral que tenemos detrás—. Y después comprar comida en el mercado que hay detrás. —Desde ahí veo algunos puestos y huelo cosas deliciosas—. Es famoso por los puestos de comida —continúa Dominic—. Así que podemos buscar algo para luego. Y por último se me ocurre dar un paseo y ver dónde nos apetece ir antes de volver a casa.

—Suena genial. —Le sonrío y le cojo la mano. *Esto es una delicia. Una pareja como otra cualquiera pasando un maravilloso sábado juntos, solos los dos. Pero, claro, ninguna otra pareja es tan feliz como nosotros.*

Cogidos de la mano vamos desde el puente hasta los jardines de la catedral, donde hay gente sentada tomando café y con niños jugando, brincando sobre los muros bajos y corriendo por todas partes. Dentro de la catedral damos una vuelta sin rumbo, contemplándolo todo y empapándonos. Hay tumbas famosas en el interior (John Gower, el poeta inglés está enterrado aquí) y una vidriera adornada con personajes de Shakespeare, cuyas obras se representaban cerca de aquí; sin duda el autor escuchó alguna que otra misa en ese lugar. Siento un gran respeto al pensarlo e intento imaginarme al gran dramaturgo sentado aquí, mirando las mismas piedras, arcadas y ventanas que yo. Dominic y yo intentamos identificar a todos los personajes, aunque no lo conseguimos. Después salimos, cruzamos los jardines y entramos en el mercado lleno de gente que hay al otro lado. Este lugar es una fiesta para los sentidos. Mire donde mire, me encuentro algo que me hace la boca agua: pilas de quesos blancos y amarillos, barriles de aceitunas, carnes, frutas, verduras,

pan, pasteles, dulces, frutos secos y manjares de todo el mundo. Hay puestos de chocolate, otros llenos de pescado y crustáceos, algunos con pollos colgando o que ofrecen trozos de ternera, cordero o la caza de temporada. En otros se vende vino en botellas o en barriles, en ciertos sitios lo sirven caliente en tazas de papel, aunque también te puedes decantar por una sidra con especias, aromatizada con canela y clavo y endulzada miel. Y no pueden faltar los de café, de rosquillas y de crepes; otros están especializados en pasteles sin gluten o en huevos orgánicos. Y también hay por todas partes puestos de comida que se puede tomar en la calle: hamburguesas y beicon chisporroteando sobre planchas calientes, listos para meterlos en un bollo de pan y acompañarlos con *ketchup*. Hay paella, ese arroz tan aromático acompañado de cosas deliciosas, falafel con pan de pita, albóndigas con una salsa sabrosa servidas con espaguetis y sopa espesa y nutritiva. Y cómo no, pescado con patatas, además de carne de venado envuelta en pan integral y con una guarnición con un punto ácido o rollitos de pollo asado, rúcula y mayonesa envueltos en tortillas mexicanas. En el apartado dulce vemos tortitas, helados y churros para mojar en el chocolate. Y todo se puede comer allí con una cuchara o un tenedor de plástico o con los dedos grasientos, pegajosos o cubiertos de sal.

Vamos buscando a nuestro antojo y nos paramos para degustar quesos, panes, aceites de oliva... todo lo que nos ofrecen hasta que ya estamos casi llenos, pero no podemos resistirnos a un cochinillo que están asando y compramos unos bollos de pan esponjoso con unas lonchas de cerdo que casi se derriten en la boca acompañadas de salsa de manzana. Cargados con bolsas de comida deliciosa que hemos comprado para cocinar esta noche, volvemos a los jardines de la catedral para comer.

—Esto es precioso —le digo a Dominic mientras comemos sentados en un muro bajo disfrutando del sol del otoño, con la compra descansando a nuestros pies. El cerdo está dulce y exquisito.

—Sí, es verdad —me responde con una expresión feliz mientras el viento le revuelve el pelo oscuro—. En días como este prefiero Londres a cualquier otro sitio del mundo. Estoy feliz de estar de vuelta aquí... contigo. —Se acerca para verme mejor—. Por cierto, tienes salsa de manzana en la barbilla. Ven... deja que te la quite. —Me la limpia con un dedo y después me da un beso.

—No creo que se pueda ser más feliz —le digo—. Vamos a quedarnos siempre así.

Me mira muy serio durante un momento.

—¿Sabes qué, Beth? La verdad es que nunca he sido más feliz. Ahora lo sé. Me sorprendió mucho, fue demasiado para mí, darme cuenta de cómo me hacías sentir, porque nadie antes lo había conseguido. Creo que ese ha sido mi problema: que nunca he querido a nadie realmente. De ahí toda esa confusión de mi mente en cuanto a cómo funciona el sexo y lo que significa. Antes normalmente no era una forma de demostrarle amor a otra persona, al menos no como contigo.

—Oh —le digo sintiéndome sobrecogida y encantada al mismo tiempo—. Yo... me alegro de hacerte sentir así.

Las palabras no parecen las adecuadas, pero Dominic parece entender que son totalmente sinceras y que estoy un poco abrumada por lo que me acaba de decir.

—¿De verdad te alegras? —Me coge la mano—. No quiero perder esto. Nunca.

Nos miramos a los ojos y vemos en ellos la promesa de lo que nos espera esta noche y, si todo va bien, todas las noches. Parece que a los dos se nos ocurre al mismo tiempo que tenemos el resto de nuestras vidas para sentirnos así de felices. Y a pesar de los bocadillos, los dedos grasientos y las gotitas de salsa, no podemos evitar el impulso de abrazarnos y reír de felicidad.

Esto es amor. Y normalidad. Creo que ya hemos pasado lo peor. Ahora solo puede ir a mejor.

ESTOY DE RODILLAS en el suelo del *boudoir*. Tengo las manos atadas a la espalda y si tiro un poco para probar la fuerza de las ligaduras, percibo que están firmes. No puedo mover las muñecas ni un centímetro. Esto es diferente a estar atada al cabecero; aunque estoy menos expuesta, me siento más vulnerable. Siento una oleada de miedo e intento calmarme respirando despacio y pensando: *no me va a hacer daño. Solo quiere que le demuestre obediencia.*

Eso me reconforta, porque quiero a Dominic, mi amo, y quiero ofrecerle mi cuerpo para que haga lo que quiera con él. Así le demuestro mi amor y él me recompensará con un placer delicioso.

No veo nada porque llevo una venda de seda atada sobre los ojos. También me ha hecho una especie de arnés de cuerda que me rodea el torso por debajo y por encima de los pechos y me los levanta. Dominic me ha atado con tal rapidez y habilidad que me ha cogido casi por sorpresa. Ahora estoy aquí sentada esperando, sin saber lo que tiene en mente para mí ni cuándo va a hacerlo. Todo lo que sé es que le ha proporcionado placer prepararme para este momento: me acariciaba suavemente, me pasaba la cuerda por la piel animándome a tocarla, lamerla y besarla. Cuando empezó a atarme, me pellizcó suavemente los pezones y los rozó con la cuerda para estimular sus delicadas terminaciones nerviosas con esa aspereza agradable. Y casi por accidente también la pasó por el sexo, metiendo la cuerda entre mis piernas para que pudiera sentirla deslizándose sobre mí como una implacable serpiente. Ese serpenteo hizo que empezara a crecer el deseo a la vez que mi sangre se calentaba en respuesta a esos movimientos mientras Dominic me mordisqueaba el cuello y los hombros haciendo que me estremeciera por la excitación. Cuando terminó con el arnés, me ató las manos y me dijo:

—Estás un poco diferente. Más tonificada y atlética.

—He estado haciendo *kick-boxing*.

—Bien. Eso te habrá fortalecido y así podrás aguantar mejor algunas cosas que quiero que experimentes.

Ahora estoy de rodillas esperando, ansiosa y notando un cosquilleo en la vagina cada vez que pienso que me está mirando, planeando lo que me va a hacer y disfrutando al ver la cuerda clavándose un poco en mi piel.

Siento algo nuevo. Está entrelazando otra cuerda con el arnés de mi pecho y siento de nuevo cómo la aprieta, aunque esta vez no me rodea con ella. Me coge y tira de mí para que me ponga de pie.

—Vamos a hacer un viajecito —me dice Dominic con la voz seria pero cariñosa—. No vamos lejos.

Camino detrás de él confiando en que me guíe, dando pasos vacilantes pero sin quedarme atrás por si eso le parece una muestra de desobediencia. La alfombra que hay bajo mis pies desaparece y la sustituye algo liso y frío. Estamos en el pasillo. Me coloca en la posición que él quiere.

—Algo para que tengas la mente ocupada —me dice.

Siento una pinza que me aprieta un pezón y doy un respingo. Inmediatamente siento otra en el otro pezón. Duele, pero no mucho, es soportable. Pero tiene razón, hace que me cueste pensar en otra cosa que no sea la presión ardiente en los pezones delicados y cómo eso está haciendo que me moje aún más.

Ya estoy como él quiere, así que gruñe satisfecho. Entonces me empuja hacia abajo para que me ponga de rodillas en el suelo otra vez. Siento su pene junto a mis labios, su suave punta caliente e insistente me roza la boca. La abro obediente y él lo mete dentro. Lo lamo y lo chupo mientras lo introduce, esperando que eso sea lo que quiere que haga. Da tres embestidas rápidas y se retira muy despacio. Ahora toda su longitud está húmeda por mi saliva; lo noto en mis labios cuando se aparta.

Me levanta otra vez y me empuja para que me siente en un asiento de cuero largo y estrecho que tiene una leve inclinación. Ya conozco este asiento. Lo hemos utilizado en el pasado y suspiro y tiemblo expectante cuando siento su cuero fresco y liso contra mi espalda. Aprieta otra cuerda en alguna parte y sé que me ha atado al asiento. Me pregunto cómo me verá y la imagen que aparece en mi mente me excita: una chica desnuda tumbada sobre el cuero blanco con los brazos atados a la espalda y un corsé de cuerdas que le eleva los pechos. Me separa las piernas para que queden a ambos lados del asiento. Sé que mi sexo brilla como un rubí por la excitación, abierto y preparado para él. Me pregunto cuánto querrá hacerme esperar antes de ponerse a jugar por ahí. Solo pasan unos segundos y lo noto junto a mi abertura, deseando entrar. Empuja hacia delante y se desliza en mi interior, liberando mi tensión con un movimiento delicioso y llenándome con toda su envergadura. No me está tocando ninguna otra parte del cuerpo, así que solo siento esa columna de carne caliente dentro de mí. Empieza a moverse: se retira casi por completo y se queda quieto un momento. Su pene permanece dentro de mí gracias al círculo de músculos de mi entrada. Después vuelve a empujar con mucha fuerza y yo suelto un grito por el impacto, pero es tan deliciosa la sensación al expandirme a su alrededor que estoy deseando que lo haga de nuevo. Y no

tengo que esperar mucho: entra con fuerza en mí una y otra vez, como si fuera una ola que se retira sobre la playa antes de romper de nuevo con mayor potencia que antes. Mientras continúa entrando y saliendo sin parar, todavía sin tocar ninguna otra parte de mi cuerpo, me doy cuenta de lo abierta que estoy a él, lo vulnerable. Mi cuerpo, atado y amarrado a un asiento de cuero, está indefenso. Solo puedo aceptar lo que mi amo decida darme. La idea me resulta más emocionante que nunca, aunque sigo sintiendo cierto miedo y nervios ante lo que Dominic elija hacerme. Ahora entiendo que ese miedo es parte esencial del proceso y que a él le excita mucho ver mi coraje a la hora de entregarme a él y confiar plenamente. Le encanta ver mi cuerpo aceptándolo a él y todo lo que quiera hacerme y me quiere aún más cuando recibo todo lo que me da sin quejarme.

Me está follando sin parar, empujando cada vez más fuerte. Debe de estar agarrándose a algo para apoyarse y poder empujar con tanta fuerza. De repente las pinzas de los pezones desaparecen y la sensación de alivio de la presión es muy agradable. Envía una fuerte oleada de placer renovado a mi vientre, donde el pene de Dominic ejerce una posesión total sobre mí. De vez en cuando me golpea el clítoris con el pubis y yo tenso y elevo las nalgas para que vuelva a tocarme ese lugar tan sensible, porque cada presión provoca unas deliciosas sacudidas en mis extremidades, pero está claro que no le está prestando una atención especial a esa parte. Está concentrado en penetrarme cada vez más fuerte hasta que estoy empapada y noto un orgasmo creciendo en mí y enviando mensajes de placer desde la coronilla hasta los dedos de los pies. Entonces de repente saca la polla y se aleja de mi lado.

Me quedó en la oscuridad carmesí que hay detrás de mis párpados, jadeando, vacía. ¿Dónde...? ¿Por qué...? Casi no puedo pensar. Siento que me mueve, que tira de mí encima del asiento hasta que me sitúa casi al borde, con las piernas todavía abiertas. Afloja una cuerda en alguna parte y tira del arnés desde el torso para que quede sentada. Estoy un poco mareada por los efectos desorientadores de la fuerte penetración y la interrupción repentina. Ahora está aquí de nuevo, junto a mi boca, pero esta vez está húmedo y noto el olor fuerte de mis fluidos. Abro la boca obedientemente y él entra muy despacio para que pueda saborear cada centímetro. Es un sabor dulce y penetrante, profundo y vivo, y yo lo lamo y lo chupo sabiendo lo excitante que le resulta el movimiento de mi lengua. Me cosquillean los pezones tras la presión de las pinzas, y seguramente por esa razón me sigue latiendo el sexo hinchado, que todavía disfruta de los efectos de la polla de Dominic aunque ya no está ahí. No... Está en mi boca, con las manos en la parte de atrás de mi cabeza para mantenerme quieta y obligarme a aceptar el movimiento de su miembro. Me concentro en relajar la boca y la garganta para no verme traicionada por las arcadas, pero la mandíbula me empieza a doler casi inmediatamente al tener que aceptar su enorme envergadura, probablemente más hinchada aún por la penetración de hace unos momentos. Va saliendo y entrando, pero siento que no me va a obligar a aceptar más de lo que puedo recibir, así que me relajo

para saborearle y darle todo el placer que puedo, haciéndole cosquillas con la lengua cuando sale y rodeándole la punta aterciopelada y lamiéndole cuando vuelve a entrar. Sus embestidas se vuelven más fuertes, pero se está conteniendo para no llegar al fondo de mi garganta. Sigue, a veces dejándome mover un poco la cabeza para que pueda relajar la mandíbula y otras sujetándome para que mantenga la postura a pesar de la incomodidad. Y lo extraño es que la excitación que me produce saber que está disfrutando tanto de mi boca es equivalente a la necesidad que siento de cerrarla y poder aliviar los músculos. Me parece que pasa una eternidad antes de que empiece a coger velocidad y a hacer presión sobre mi cabeza, empujando más fuerte y más rápido e hinchándose cada vez más.

—Me voy a correr —me grita con voz ahogada—. Trágatelo, trágatelo todo...

Y noto la explosión de una humedad salada y penetrante en la boca. Llega en varias erupciones largas y toda su polla se estremece en mi boca mientras él gruñe por la intensidad del orgasmo. Dejo que me llene la boca, sorprendida por el calor repentino, trago y todo baja por mi garganta, dejando una estela ardiente a su paso.

Cuando por fin sale, no para de jadear. Yo estoy sin aliento y sigo sin ver nada, pero es como si pudiera ver su cara de felicidad por la satisfacción del clímax. Y yo estoy exultante por haberle proporcionado esa liberación tan estremecedora.

—Lo has hecho muy bien —me dice, y todo mi cuerpo responde al tono suave de su voz—. Estoy muy contento contigo. Me has regalado una experiencia deliciosa y quiero que tengas tu recompensa.

Se acerca y noto que su cuerpo irradia calor. Estoy desesperada por notar el contacto de su piel sobre la mía y mi sexo está ansioso por alcanzar su propia satisfacción. Su cercanía es muy excitante, pero solo me permite rozarle ligeramente. Me desata los brazos, que dejo caer una vez liberados; me duelen por el largo rato que han estado sometidos a las ligaduras. Pero me parece que no tiene intención de soltarme todavía. Un momento después se tumba sobre mí encima del asiento de cuero y vuelve a atarme, esta vez uniéndome las muñecas bajo el asiento pero sin apretarlas.

—Preciosa —dice con admiración cuando se aparta un poco. Percibo que está de pie, mirándome, y el sexo me late porque sé que está viendo que estoy muy mojada por la necesidad—. Tus pechos están exquisitos con ese arnés. No puedo resistirme. —Siento que me toca el pecho izquierdo con la boca y empieza a chupar y morderme el pezón, todavía dolorido por la pinza, y me pellizca y me aprieta el otro con dos dedos. Deja los pezones para besarme y después me cubre los pechos con las manos mientras dice—: Estas bellezas mejoran gracias a las cuerdas. Veo las marcas rosas que te dejan en la piel y eso me excita...

Estoy gimiendo un poco, preguntándome si es posible correrse solo con esas caricias en los pechos. Las sensaciones crecientes de mi interior me dicen que

sí que lo es.

—Y ahora por ser tan obediente...

Se levanta y me deja sola un momento. Oigo unos ruidos: la puerta del armarito abriéndose, objetos moviéndose... Y entonces vuelve. Siento una presión en mi entrada, pero no es la punta caliente de su erección, sino la calidez lisa de la silicona cubierta de lubricante. La punta del juguete es pequeña y entra con facilidad, pero pronto se ensancha al hundirse en mí, llenándome completamente.

—Ahora vas a tener tu recompensa —me dice Dominic con una sonrisa en la voz.

Siento el juguete dentro de mí, profundamente, curvándose hacia arriba, pero también por fuera hay un suave y largo dedo de látex que se curva desde la entrada hasta el centro mismo del clítoris. Estoy tan necesitada de esa liberación que empiezo a retorcerme, a mover las caderas y a empujar un poco para que esa cosa que tengo dentro se mueva y me estimule el clítoris.

—¡Para! —Su voz es firme e imperiosa—. Ni un movimiento. Quieta. Espera.

Me quedo helada ahí tumbada, intentando controlar mi respiración y la ansiedad que amenaza con estallar en mi interior si no consigo pronto lo que mi cuerpo pide a gritos.

No sé dónde está Dominic ni lo que está haciendo, pero después de lo que me parece mucho rato, oigo un zumbido bajo y lo que tengo dentro empieza a vibrar. Es una sensación deliciosa que el cuerpo grueso que tengo en el interior y el dedo del exterior se pongan a vibrar a la vez, estimulando las profundidades de mi vagina y ese punto tan sensible al mismo tiempo. De repente y sin aparente intervención externa, el vibrador aumenta de velocidad y empieza a zumbar y a latir más rápido, empeorando aún más mi necesidad con su vibración implacable. *Oh, cómo me aprieta el clítoris y late dentro de mí... Es genial, es insoportable...* Saber que Dominic lo está viendo todo, controlando las sensaciones que el aparato me está proporcionando, me resulta aún más excitante. Ahora estoy jadeando, perdida en la oscuridad, con los párpados apretados debajo del antifaz mientras mi cuerpo responde a esa estimulación que no cesa. El aparato cambia de marcha, zumba aún más rápido, y siento que se me arquea la espalda, que echo atrás la cabeza y que se me mueven los hombros. Está despertando una espiral de sensaciones desde las profundidades más secretas. Abro todavía más los muslos y me dejo llevar por el voluptuoso placer que me procura este nuevo amigo. Suelto un respingo y mis piernas se estremecen involuntariamente. El movimiento del aparato ha cambiado. Ya no solo vibra: ahora el motor está describiendo un trazado más delicioso y travieso, girando dentro de mí, y de repente una oleada de movimiento me llega a través del dedo que tengo sobre el clítoris y noto aún más presión en ese punto. *Oh, es increíble, oh... No puedo soportarlo*. Gimo mientras la máquina continúa con su ritmo delicioso, vibrando y ejerciendo esa presión divina sobre el clítoris. Ahora es como si esa zona de placer se

estuviera expandiendo, caliente y líquida, y siento que el orgasmo crece exquisitamente en mi interior. *Oh, Dios mío, no me falta mucho... no puedo resistirlo...*

El juguete vuelve a cambiar de marcha de nuevo y ahora el dedo de silicona tiene un movimiento diferente, más fuerte, más insistente, más rítmico, y dentro de mí el cuerpo late y vibra al mismo ritmo. *Ah, ah, ah...* Con cada delicioso latido voy perdiendo el control. Ese aparato no para, Dominic no va a permitir que pare, sino que lo hará trabajar más y más, forzando el motor hasta que me vuelva loca de placer mientras contempla con una excitación lasciva cómo me provoca un clímax muy potente que nace de lo más profundo de mí.

Sé que estoy a punto. *Latido, latido, presión, presión...* Mi sexo entra en un estado de frenesí y por fin llega, cada vez mayor, un orgasmo profundo y estremecedor que hace que las extremidades se me tensen y que tiemble de pies a cabeza por unas sensaciones deliciosas que rompen sobre mí como grandes olas. Grito por lo maravilloso de la sensación justo antes de que me abandone, dejándome jadeando y agotada. El motor sigue funcionando dentro de mí mientras el orgasmo va perdiendo intensidad. Después su velocidad se reduce y por fin se para. Ya no es mi amigo que vibra y late, sino una columna lisa de silicona empapada en mis fluidos. Siento que se desliza hacia fuera y después desaparece.

Mientras me estoy recuperando de la increíble potencia del orgasmo, Dominic me desata y me levanta. Suelta el arnés que me rodea el torso y las cuerdas caen por mi cuerpo. Entonces noto sus manos en la parte de atrás de la cabeza y me quita el antifaz. Parpadeo. Necesito un momento para acostumbrarme y lograr ver de nuevo. Estamos en el dormitorio del *boudoir* y la lámpara despide una luz tenue. Miro la cara de Dominic. Me está observando con mucha ternura.

—Lo has hecho maravillosamente bien —murmura; me coge la mano y me la coloca sobre su erección, que sobresale de su cuerpo, enorme e hinchada—. Mira lo que me has hecho.

—Ha sido... impresionante —le digo débilmente, pero no puedo evitar que un estremecimiento me recorra la espalda al ver la prueba de su deseo.

—Te ha encantado, ¿verdad?

Asiento.

Me lleva a la cama, me tumba boca arriba y me abre los muslos para poder verme el sexo, muy mojado y enrojecido a consecuencia de las atenciones del vibrador implacable.

—Oh, eres tan hermosa. Deliciosa. Quiero hacerte el amor.

Se me derrite el corazón al oírlo. En el pasado Dominic no permitía las muestras de cariño en el *boudoir* (ni por mi parte ni por la suya). Eso fue lo que más me dolió entonces, la ausencia de amor. Me encanta la forma en que me hace alcanzar el éxtasis con sus juegos, pero los mejores momentos son cuando me demuestra el amor que siente por mí.

Está entre mis piernas. Me besa la piel, me chupa las puntas de los dedos y me acaricia los pechos. Mete la lengua en mi boca y al mismo tiempo me penetra con mucho cuidado, lo que lo hace aún más exquisito. Mi sexo caliente y aún excitado lo acepta como un bálsamo calmante. Pensaba que sentiría dolor teniendo en cuenta la intensa actividad que he soportado, primero con su miembro y después con el vibrador, pero es una sensación extraordinaria, como si el mejor sexo llegara después de los episodios más salvajes. Suspiro y le rodeo con los brazos. Me encanta tocarle y lo disfruto mucho más porque no he podido hacerlo desde que empezamos a jugar. Tiene la piel caliente y suave, absolutamente deliciosa. Huelo el calor dulce de sus axilas, la base de su cuello, su pelo, y gimo otra vez de felicidad. Le recorro el culo firme y musculoso con las manos y se lo aprieto, maravillándome de lo duro que está, y abro aún más los muslos para recibirle. Disfruto cuando su pecho amplio se apoya contra mis pechos. Nos damos un beso largo y profundo y se mueve dentro de mí. Tengo el clítoris muy excitado y las vibraciones que envía ahora son menos eléctricas y más profundas, como si se hubiera fundido con mi vagina y trabajara más lento para provocarme algo que no es el estremecimiento chisporroteante del primer orgasmo, sino más bien las contracciones profundas del último y el mejor.

Le abro el corazón y hacemos el amor, esta vez sin juguetes ni cuerdas ni ninguna otra cosa, en una postura tan vieja como el mundo y siguiendo el ritmo ancestral: él mueve las caderas para entrar en mí y yo me elevo para ir a su encuentro. No sé cuánto tiempo estamos así; solo sé que todo lo que hay fuera, todo lo que no sea nosotros dos, se ha desvanecido por completo. Estamos calientes, sudorosos y perdidos en una pasión creciente cuando nuestros cuerpos por fin se dejan llevar por esa montaña rusa increíble y llegamos al orgasmo a la vez. Ambos gritamos cuando el clímax que llevábamos tiempo esperando nos envuelve con una intensidad increíble.

—Te quiero, Beth —me dice después, cuando estamos tumbados juntos y él tiene un brazo cruzado sobre mi pecho.

—Yo también te quiero —respondo.

Esto, sin duda, es felicidad.

Capítulo 15

AL DÍA siguiente nos quedamos durmiendo hasta tarde y hacemos el amor de una forma suave y maravillosa antes de ducharnos y salir a desayunar. Dominic me lleva a una cafetería que parece un restaurante de carretera y allí comemos huevos revueltos con gruesas tostadas de pan integral y tortitas con sirope de arce, acompañado todo con grandes cantidades de café fuerte con mucha leche. Nos relajamos con los periódicos del domingo y después damos un largo paseo por el parque, disfrutando de los últimos rayos del sol del otoño sin dejar de charlar y de reír. Más tarde compramos tazas de té en un puesto callejero, nos sentamos en un banco, nos acurrucamos para darnos calor ante el viento que se ha levantado y nos ponemos a contemplar cómo la luz empieza a desaparecer.

—No me puedo creer que ya casi se haya acabado el día —le digo apretando la mejilla contra su chaqueta de pana de color oliva—. Es como si nos acabáramos de levantar.

—Lo sé. Es una de las cosas que me resultaron más raras cuando vine a vivir a Gran Bretaña. ¿Cómo se puede vivir aquí cuando oscurece tan pronto en invierno?

Dominic se crio en el sureste de Asia, donde su padre era diplomático, así que me imagino que los patrones estacionales del norte de Europa le resultaron bastante sorprendentes. Le doy un sorbo a mi té caliente y contemplo a las familias poniéndose los abrigos y preparándose para volver a casa antes de que oscurezca demasiado.

—Y mañana me espera una cantidad de trabajo espectacular —dice Dominic—. Así que seguramente no pueda verte durante la semana. El negocio está a punto de cerrarse. Pero después, si todo va bien... —me mira y yo admiro la riqueza del color chocolate de sus ojos—. Tomaré el camino de la libertad y el éxito por mi cuenta. —Ríe—. No puedo esperar para ver la cara de Andrei. Primero brindaremos por el negocio y después, con mi dinero en el bolsillo, le daré la noticia de que me voy para establecerme por mi cuenta. —Se le ve tan ilusionado y emocionado que no quiero decirle que lo que yo siento instintivamente es preocupación. *¡No deberías restregárselo por la cara a Andrei, esa no es la mejor forma de tratar con él!* Pero no le digo nada por ahora. Intentaré darle esos consejos cuando llegue el momento. Le diré que se muestre humilde con Andrei y que le diga que es el mejor y que nadie le va a igualar nunca; esa es la mejor forma de independizarse de él.

Pero no sé si soy la persona adecuada para decirlo. Recuerdo las cosas que le dije a mi jefe el viernes y un estremecimiento frío que no tiene nada que ver con el viento del otoño me recorre la espalda.

—¿Y tú qué? ¿Ya tienes prácticamente terminado el proyecto de Andrei? —me pregunta.

Asiento. *Aunque tal vez el lunes ya no tenga trabajo. Habrá que ver.*

—Sí, para finales de semana estará acabado.

—No dejes que te convenza para continuar —me dice, y un leve ceño aparece entre sus cejas—. Conozco a Andrei. Le gusta coleccionar personas y obviamente está encaprichado contigo. Ten cuidado, ¿vale?

—Créeme, nada de lo que me pueda decir conseguirá que me quede —le digo sinceramente.

—¿Por qué? —Ahora Dominic me está observando la cara—. ¿Ha pasado algo? ¿Te has sentido amenazada por él?

—No, no —me apresuro a responder—. Claro que no. Todo está bien, de verdad. Es que no me gusta el ambiente de esa casa, ni que Anna esté siempre por allí. Está decidida a demostrarme cuánto disfrutan del sexo ella y Andrei... Como si a mí me importara... —Sé que estoy cambiando de tema para no hablar más de Andrei, pero no sé cómo explicarle a Dominic las tensiones entre Andrei y yo. ¿Le ayudaría en algo saber que su jefe se me ha insinuado? ¿O la loca idea de que es posible que tuviera sexo con él «por error»? ¿Y que todavía está por ver si yo estaba drogada o no el día de las catacumbas? No, no le ayudaría en nada. Dominic necesita tener la cabeza fría esta semana y cualquiera de esas cosas le pondría furioso y no podría tratar racionalmente con Andrei—. ¿Qué piensas de ella?

—¿De Anna? —Dominic se encoge de hombros. Aparta la vista durante un momento y después vuelve a mirarme con los ojos oscuros y francos—. Es una mujer interesante, con mucho talento y muy buena en su trabajo. Le encanta implicarse al máximo en la vida, ¿sabes? Enséñale un reto y se lanzará a por él. Dile que no puede bajar esquiando esa pendiente y la verás en la cumbre en un abrir y cerrar de ojos. Márcale un desafío y ella lo aceptará. Lo hace todo al máximo, así que no me sorprende que quiera que todo el mundo repare en su presencia cuando está con Andrei.

—Si me dijeras que desarrolla otra carrera paralela como cantante de ópera, no me sorprendería después de haber oído de lo que son capaces sus pulmones —apunto con sequedad, y Dominic se ríe.

—Haría cualquier cosa —comenta, y después continúa más reflexivo—. A veces me pregunto si eso es lo que le atrae a Andrei de ella. No es solo su belleza... Hay cientos de mujeres hermosas que se acostarían con él. Es más bien que Anna no tiene ningún miedo. Ella hará todo lo que él quiera. Y además lo disfrutará.

Sus palabras me llenan de una especie de terror. ¿Me está contando esto porque quiere que yo sea así? ¿Desearía que yo no tuviera límites o lugares en los que no quiero entrar? Tal vez Anna es la mujer perfecta porque no tiene esos límites. ¿Pero es sumisa? ¿Podría quedarse tumbada y recibir lo que otra persona quiera darle y además llegar a desearlo de verdad? Lo cierto es que a mí no me ha parecido de ese tipo. Me la imagino con tacones de aguja y un corsé blandiendo los instrumentos más que permitiendo que otra persona los utilice con ella. Pero quién sabe... Nadie tiene ni idea de lo que pasa en un

dormitorio a menos que esté allí.

—¿Estás contento... con lo nuestro? —me atrevo a preguntar con una vocecilla.

Me mira desconcertado.

—Claro que sí. ¿Es que no lo parece?

—Sí... me refiero a nuestra vida sexual.

Me coge la mano libre, se la lleva a los labios y la besa.

—Sí —me responde sin dudar—. Muy contento.

—Me gusta el punto en el que estamos —le digo ahora que me siento un poco más valiente—. Y lo que me haces.

Él se acerca y me susurra al oído:

—Lo sé. Te he visto correrte, ¿sabes?

Me río.

—Solo me pregunto si... bueno... —No sé cómo decirlo, pero la apertura y la confianza van a ser muy importantes de ahora en adelante, así que no tiene sentido mostrarse tímida—. ¿Vamos a usar cuerdas solamente de ahora en adelante?

Me mira directamente a los ojos. Yo no puedo dejar de mirarle la cara: es tan guapo que casi no me creo que sea mío.

—¿Eso sería un problema?

—No... no. Me gusta, pero me preguntaba si... iba a ser así todo el tiempo. Antes usábamos también otras cosas.

—¿Tienes algo en mente?

—Bueno... —Siento la necesidad de retorcerme. Me da vergüenza decirlo, teniendo en cuenta cómo acabó la cosa la primera vez, pero debo ser capaz de hablar de mis necesidades y mis deseos—. Ya sabes... a veces me gustaba que me pegaras en el culo con algunas cosas. Nunca me gustó demasiado fuerte, pero un poco de estimulación de ese tipo me ponía. ¿Te acuerdas de ese azotador pequeño, el que tiene las colas de ante suave? Recuerdo que lo usabas al principio de una forma que resultaba tan suave como una pluma y después gradualmente iba escociendo un poco más. Eso me gustaba.

Dominic aparta la vista y entrelaza los dedos con los míos, como si estuviera pensándolo detenidamente. Cuando vuelve a mirarme, está muy serio.

—Beth, ya te lo he dicho. Hice el voto de no volver a utilizar esas cosas contigo.

—¿Nunca?

—Eso es. Por lo que pasó.

—No puedes confiar en ti mismo entonces...

Pasa un rato antes de que me conteste, pero por fin suspira profundamente y después me dice:

—Hay una parte de mí que es como una extremidad enferma de la que quiero deshacerme, porque está gangrenada y puede infectarme el resto del cuerpo. Así que le estoy cortando el suministro de sangre y esperando que se

caiga sola y ya no me moleste más. ¿Tiene sentido lo que estoy diciendo?

—Más o menos. Sí, supongo que sí —le digo. Es verdad, tiene cierto sentido. Pero sigo sintiendo que queda algo sin responder—. Pero tú... ¿tú eres igual que antes?

—Eh... Creo que sí. —Suena divertido—. ¿Parezco diferente?

—Bueno... sigues siendo un amante dominante, ¿no?

—Me temo que sí —murmura—. Nunca he dejado de excitarme al ver cómo te rindes a mis deseos y te dejas llevar a extremos de placer...

Noto que las entrañas se me tensan deliciosamente al oír sus palabras. Pero tengo la sensación de que se me olvida algo, que tengo que preguntarle alguna cosa. Pero está en algún extremo de mi mente y no consigo atraparla y traerla al primer plano para poder identificarla.

Decido olvidarlo y me acurruco contra él.

—Acábate el té —me ordena—. Quiero llevarte a casa y hacerte el amor como un loco, si tú quieres.

—Sí, señor —le respondo en un susurro.

DURANTE TODO el camino de vuelta por el parque jugamos a un juego tonto pero excitante en el que yo ya soy su esclava y hago su voluntad, obedeciendo sus órdenes. Cuando hago algo mal o no cumplo una orden, Dominic me impone pequeños castigos.

Me ordena que le deje a mi amo cruzar la calle, pero cuando el semáforo no cambia inmediatamente para que podamos cruzar, la culpa es mía por no haber organizado mejor las cosas. Mi castigo es que Dominic me mete la mano, helada por el efecto del viento, por debajo del jersey y me toca con ella la piel caliente, lo que me hace soltar un gritito que intento contener.

Es una bobada, pero resulta provocativo, y cuando llegamos a las calles de Mayfair ya ha ido tomando un cariz más serio. Camino delante de él obedientemente, dejando que me mire y esperando a que me dé otra orden. Nos envuelve la oscuridad y la ciudad está iluminada por el naranja de las farolas. Cuando nos acercamos a Randolph Gardens, de repente me ordena que cambie de dirección y que me dirija a Grosvenor Square. Obedezco preguntándome qué tendrá en mente. En la plaza, un lado está dominado por el enorme edificio moderno que alberga la embajada estadounidense, con sus fortificaciones de hormigón y los guardias armados patrullando delante. Esos guardias con sus armas siempre me han dado escalofríos cuando paso por delante, porque me hacen pensar en bombas, terroristas y atentados, esas cosas terribles que espero que nunca más vuelvan a alterar la paz de esta ciudad maravillosa, aunque sean todavía una realidad innegable.

—Para. —Dominic me ordena.

Me detengo inmediatamente. Estamos en un extremo de la plaza, cerca de los jardines. A su alrededor hay bancos que miran hacia ellos, donde durante el día la gente suele sentarse pero que ahora, nada más que sombras en la oscuridad, están todos desiertos excepto uno que hay al otro lado de la plaza en el que un mendigo está prácticamente dormido.

Dominic pasa delante de mí, se dirige al banco más cercano y se sienta.

—Ven aquí —dice—. Pero mira solo al jardín. No me mires a mí. Ven y ponte justo delante, dándome la espalda.

Hago lo que me dice mirando solamente hacia las sombras oscuras del jardín más allá de la extraña zona gris anaranjado que proyecta la luz de la farola. Cuando estoy de pie justo delante de él, vuelve a hablar.

—Levántate la falda por detrás, por encima del culo.

Llevo una minifalda negra de lana con tablas, gruesas medias negras y zapatos bajos de cuero negro. ¿Pero en qué está pensando? ¿Es que quiere darme un azote? ¿He hecho algo mal sin darme cuenta? Hago lo que dice y me subo la falda muy arriba. Siento el aire frío en el culo a pesar de las medias. Espero que no me vea nadie.

—Bien. Ahora bájate las bragas y las medias. Solo la parte de atrás, si puedes. Enséñame el culo.

Inspiro entrecortadamente al oírlo, pero tengo que obedecer. Es difícil, pero consigo bajarme las medias y las bragas dejando al aire el culo y la parte superior de los muslos, pero manteniendo subida la parte de delante. Espero que los guardias que hay al otro lado de la plaza no puedan distinguir mi culo blanco en la oscuridad.

—Excelente. Ahora siéntate en mi regazo. Muy atrás, todo lo que puedas. Y baja despacio, proyectando el culo hacia fuera.

Recuerdo las sentadillas que hacíamos en las clases de gimnasia y saco el culo. El aire es cada vez más frío y se me pone la piel de gallina. Empiezo a bajar hacia él. Me parece que sé lo que viene después, pero me sorprende sentir la punta dura de su pene apretándose contra mi culo, justo en el centro.

—Hummm... delicioso —murmura—, pero no tengo intención de desflorarte esta parte aquí. Necesita más suavidad de la que puedo conseguir en este momento. Saca un poco más el culo. —Me pone una mano en la cadera para guiarme. Ahora la punta de su polla está justo en mi entrada—. Ahí. Muy bien. Ahora vete bajando. Siéntate encima de mí.

Es una sensación curiosa bajar así sobre su miembro. Estoy mojada por la excitación que me han provocado nuestros juegos previos, aunque no tanto para que pueda entrar con facilidad. Pero parece gustarle así y oigo que se le acelera la respiración mientras yo sigo bajando lentamente, levantándome un poco para poder bajar más con el siguiente impulso. Es delicioso apretar hacia abajo e ir metiéndomelo; cada centímetro me produce una mayor sensación de plenitud. Cuando por fin estoy sentada en su regazo, su polla queda totalmente dentro de mí. Entonces me coloca la falda en su sitio por delante para que todo parezca de lo más normal.

—Bien —dice otra vez, y oigo aprobación en su voz ronca—. Ahora quédate muy quieta, ¿entendido? Escucha, viene alguien.

No puedo pensar en nada más que en la increíble sensación de él llenándome y latiendo caliente en mi interior.

Se oyen unos pasos rápidos y un hombre con un abrigo oscuro se acerca

apresuradamente hacia nosotros. Nos mira un segundo y aparta la mirada sin mostrar ningún interés. Debemos parecer simplemente una pareja joven tomando el aire, con la chica sentada en las rodillas de su novio. Nada en nuestra postura da la sensación de que él me está penetrando hasta el fondo. El hombre desaparece y sus pasos dejan de oírse. Dominic desliza la mano hasta la parte delantera de la falda, tapándose con mi chaqueta para que no se le vea el brazo, y sus dedos se cuelan bajo la cinturilla de las bragas y más abajo. No tarda en encontrar el clítoris hinchado y empieza a jugar con él.

—No te muevas —me susurra—. Si te mueves, pararé.

No quiero que pare ese cosquilleo que me excita mientras su pene dentro de mí hace que los músculos se vayan ensanchando y produciéndome sensaciones exquisitas. Me quedo muy quieta a pesar de que siento el reflejo de subir y bajar para que su polla dura me proporcione placer. Mientras, ese dedo no deja de frotarme el clítoris cada vez más fuerte... El corazón se me acelera y mi respiración se convierte en unos jadeos cortos y rápidos. No voy a aguantar mucho si sigue así. Todo esto es excitante: el aire de la noche, la gente caminando por la plaza, los guardias armados ajenos a lo que está sucediendo tan cerca... Otras dos personas pasan a nuestro lado.

—Buenas noches —dice Dominic para que nos miren.

—Buenas noches —responde uno educadamente y nos saluda con la cabeza. En ese momento Dominic me toca justo en el centro del placer y yo suelto una exclamación.

—Sí —me apresuro a decir con una voz curiosamente aguda y jadeante—, hace... una noche... muy buena.

Esas personas siguen adelante aparentemente sin notar nada.

—Oh, Dios, Dominic —dijo entre jadeos por mi excitación creciente—. Vas a hacer que me corra... oh, es genial...

—Creo que no deberíamos demorarnos más en los entrantes —me dice en voz baja—. O no tendremos hambre cuando llegue el plato principal. —Y, diciendo eso, empieza a darme unos golpecitos fuertes en el clítoris a la vez que desplaza las caderas para que su enorme erección se mueva y me masajee el interior. El efecto combinado es increíble y sé que no lo voy a soportar mucho tiempo sin dejarme llevar por el placer que está creciendo dentro de mí.

—Sí —le digo suplicante—, justo así... sí, Dominic... oh, sí... oh, por favor, sí... no pares...

Los dedos empiezan a hacer unos movimientos circulares sobre el clítoris con la presión justa para que ese lugar tan dulce entre en una espiral de excitación y de repente llega el orgasmo. Echo atrás la cabeza y suelto una exclamación cuando las extremidades se me tensan y siento una oleada de líquido saliendo de mi interior. Me estremezco y aprieto la polla de Dominic. Le oigo jadear al sentir que me tenso a su alrededor por la fuerza del orgasmo. Entonces me quedo inerte y se me vence la cabeza mientras me recupero del clímax. Las últimas oleadas de placer van perdiendo fuerza.

—¿Todo bien, señorita? —me pregunta una voz profunda.

Levanto la vista y veo a un policía de pie cerca, mirándonos suspicaz bajo la luz de la farola.

—Oh... —recupero la compostura y sonrío—. Oh, sí, muy bien, no se preocupe.

—La estoy cuidando yo, agente —añade Dominic muy serio. Ha sacado la mano de debajo de mi falda y ahora la tiene inocentemente apoyada en el banco.

Nos mira un momento más.

—¿Seguro, señorita?

—Sí, seguro. Gracias.

Tras una pausa, se despide con un gesto de la cabeza y se aleja despacio.

—Vamos —digo riendo. Todavía noto la erección de Dominic dentro de mí —. Volvamos a casa antes de que perdamos el control y nos acaben arrestando por exhibicionismo.

CUANDO LLEGAMOS al *boudoir*, apenas hemos cruzado la puerta cuando Dominic da rienda suelta a su pasión. Empieza a besarme con fuerza, con la lengua recorriéndome la boca mientras me quita la ropa, capa tras capa. Yo hago lo mismo con él. Momentos después estamos en ropa interior y veo la fuerza de su deseo en una erección que amenaza con romper los calzoncillos para liberarse. Me besa el cuello y los hombros y se acerca a mis pechos, dos suaves montículos que sobresalen de las copas del sujetador.

—Me vuelves loco —me susurra entre besos—. Creo que nunca me voy a cansar de ti, Beth.

—Yo siento lo mismo —le digo. Mi respiración es ahora profunda por el deseo que ha despertado con sus besos—. Me muero por ti, por tu cuerpo espectacular y por... —Meto la mano por la abertura de los bóxer y le toco el pene duro— esto. —Se estremece en respuesta a mi contacto. Lo acaricio y veo que la lujuria enciende una chispa en los ojos de Dominic.

—Beth, ¿quieres jugar hoy? —me pregunta con voz ronca.

—¿Quieres tú?

—Cuando te veo así, tu cuerpo increíble deseándome, siento la necesidad de llevarte a esos lugares, de controlar tu placer.

—¿Eso te gusta? —le pregunto rodeándole la polla hinchada con la mano y jugueteando con el pulgar sobre la punta mientras le acaricio el pecho con la otra mano, disfrutando de la sensación. Es poderosamente masculino y todo en mí responde ante él. Me hace sentir muy atractiva y deseable.

De repente me coge las muñecas y me las agarra con fuerza, mirándome a los ojos.

—Me gusta. Me excita ver cómo te das a mí, lo sabes. Cuando cedes el control y me dejas hacer lo que quiera es cuando me siento realizado.

—Lo sé.

Ya he aceptado eso de Dominic. Y he llegado a amarlo también. Entiendo que vivir nuestras fantasías no las convierte en realidad. No significa que en

nuestra vida real yo sea su esclava. Nunca podría serlo ni aceptar esa situación. Yo tengo el control de mi vida... y también de mi sumisión. He recuperado la fe en Dominic después de aquel episodio terrible de la mazmorra. Ahora confío otra vez en que él solo me llevará tan lejos como yo pueda soportar. Sé que hay muchos lugares muy excitantes a los que quiere ir conmigo y la idea me hace temblar por la expectación.

—Quiero que vayas al dormitorio y que te pongas algo que creas que me va a gustar —me dice con la voz áspera por el deseo—. Y después vuelve aquí.

—Sí... —digo en un jadeo, y después susurro—, señor.

La palabra que marca el inicio del juego, la fantasía de mi esclavitud. Se queda sin aliento un segundo y cuando habla tiene un tono de autoridad que solo se advierte en su voz cuando se convierte en mi amo.

—Ve. Tienes cinco minutos. Si lo que escoges me gusta, te dejaré correrte cuando tú quieras.

Voy al dormitorio obediente y busco en el armario algo que ponerme. Selecciono un collar de cuero marrón que se cierra con una hebilla y un arnés de cuero que forma un dibujo muy excitante sobre mi piel cuando me lo pongo y que deja los pechos y el sexo totalmente accesibles. Me recojo el pelo claro en una cola de caballo. Listo. Es algo sencillo, pero estoy segura de que a mi amo le va a gustar. Como creo que el tiempo está a punto de acabarse, vuelvo al vestíbulo con la mirada baja. Mi amo está ahí, terriblemente atractivo con una bata larga de algodón. Ahora me está ocultando su pene duro, pero sé que está ahí, listo para darme placer cuando llegue el momento.

Me paro delante de él con la cabeza gacha. Él me rodea lentamente, examinando mi cuerpo y lo que he elegido ponerme para él.

—Muy bonito —dice por fin, y el corazón me da un salto de alegría por haberle agradado—. Creía que quería algo un poco más elaborado, pero ahora que veo lo que has elegido, admiro la simplicidad. Podrías ser la esclava de un emperador o de un cónsul, tal vez. Sí... qué idea más excitante. Una esclava desobediente que ha huido pero que ha sido capturada poco después. Ahora ha vuelto y su amo debe castigarla por su huida para enseñarle humildad y que aprenda que su sitio está aquí, a su servicio. ¿Estás de acuerdo, esclava?

—Sí, señor —digo con modestia—. No debería haber huido. Le pido disculpas. No volverá a ocurrir.

—Seguro que no. Pero primero tienes que aprender una lección. Mira aquí.

Levanto los ojos para mirar lo que me señala y me encuentro con algo que no he visto nunca antes: es un bastidor de madera con anillas de metal a intervalos regulares. Parece algo que se utilice para azotar y siento un escalofrío de excitación y aprensión al mismo tiempo.

¿Dominic me va a azotar? ¿Después de la decisión que me ha dicho que ha tomado?

Casi espero que así sea, aunque temo el castigo. Significaría que ya no le tortura lo que pasó y que de verdad vamos a empezar de nuevo. Indicaría que confía en sí mismo y en mí. Pero al ver el bastidor recuerdo el terrible dolor

de los azotes que tuve que soportar y me tiemblan los dedos. *Puedo soportar un poco, pero no demasiado.*

—¿Qué te parece? —me pregunta en voz baja pero gélida.

—Creo... que me da miedo, señor.

—¿Ah, sí? —Veo claramente que está encantado—. ¿En qué sentido?

—Creo que me vas a hacer daño, señor, que me vas a castigar.

Me acaricia la cara con el dorso de la mano.

—Te voy a castigar, pobre esclava, y espero que el castigo te duela. Pero te prometo que podrás soportarlo. Mira. —Me señala un rollo de cuerda escarlata—. ¿Qué crees que voy a hacer con eso?

—Atarme, señor.

—Eso es. Te voy a amarrar para que no puedas escapar de nuevo. Coge la cuerda y tráemela.

Obedezco; recojo la pesada cuerda y se la doy. Él la coge y me sonríe. Tiene los ojos negros anticipando lo que me va a hacer y, en respuesta, yo siento un estremecimiento que nace de lo más profundo de mi ser.

—Agáchate —me ordena—. Y cógete los tobillos.

Hago lo que me dice y me siento expuesta porque ahora mismo tengo el culo levantado en el aire. Coge la cuerda y trabaja rápido con ella. Momentos después tengo las muñecas y los tobillos atados, conectados por una línea de cuerda escarlata.

Dominic da un paso atrás para admirar su trabajo.

—Sí —dice con satisfacción—. Por ahora está bien así. Estás preciosa. —Se coloca de pie detrás de mí, me pone las manos en las nalgas y después me acaricia la espalda y me agarra las caderas. Me siento muy vulnerable y me atraviesa un relámpago de miedo cuando pienso que estoy grotesca con el culo así, pero su suspiro de placer al ver mi sexo proyectado hacia arriba y al aire, con los labios sobresaliendo excitados, me tranquiliza. Empieza a frotarme y masajearme las nalgas, pellizcándomelas un poco. La respiración se me acelera y me pregunto cuánto tiempo puedo permanecer agachada así, pero las sensaciones que está creando me distraen de mi ansiedad. Está jugando con los dedos más abajo, a la entrada de mi sexo, extendiendo los fluidos por todas partes, y me doy cuenta de lo mojada que estoy.

—Estás excitada, esclava —me dice casi con desaprobación—. Mira lo mojada que estás. ¿Crees que te voy a follar y darte placer? —Se ríe—. Tal vez lo haga.

Siento algo rozándome el sexo y sé que es su polla caliente, por fin liberada de la bata. Me aprieta el culo con las manos, pellizcándome la piel suave y despertando pequeñas zonas por todo el culo mientras con su punta aterciopelada me recorre todo el sexo, disfrutando de la humedad. Estoy deseando que entre en mí y me llene; la repentina lujuria se apodera de mis sentidos y hace que el sexo se me hinche aún más. Estoy jadeando con fuerza y el corazón me late a mil por hora.

—Oh, mi chica testaruda —me dice suavemente—. Sé que quieres que te

folle con todas mis fuerzas.

—Sí, señor —le digo—. Por favor, fóllame fuerte.

—Dime qué es lo que quieres.

—Quiero tu enorme polla dentro de mí, señor. Quiero que la metas y la saques y también quiero que me lamas y me chupes mis partes, señor.

—¡Pero qué esclava más descarada! —Me da un azote en el culo con la palma—. ¡Yo soy el que da las órdenes aquí, no tú! ¿Que te lama y te chupe tus partes? —Está saboreando las palabras y la excitación que nos provocan a ambos—. No sé si quiero hacerlo. Creo que eres tú la que debería ponerse a chupar. Sí, más tarde haré que abras esa boca ansiosa y la follaré también.

—Será un placer para mí servirte, señor.

—Estoy seguro.

—Por favor, señor —suspiro—, no esperes mucho para empezar a follarme.

—Vas a esperar todo lo que yo quiera.

He levantado la cabeza para aliviar la presión del cuello y evitar que siga bajándome la sangre a la cabeza. Tengo la espalda casi recta y él me apoya en ella las manos mientras sigue explorando esa zona caliente y húmeda con la punta de su miembro. De repente lo siento haciendo presión en el ano, recorriéndolo como si quisiera entrar por ahí. Siento aprensión. No sé si estoy lista para eso, todavía no. Nunca he sentido ningún deseo de que me penetren por ahí... *Pero mucha gente lo hace. Y Dominic no me hará daño... Solo me hará lo que me produzca placer.*

Me pregunto si ha llegado el momento de iniciarme en esas prácticas. Sin duda la punta de su polla está dejando claras sus intenciones, pero tal vez note que no estoy totalmente convencida por la tensión de mi espalda y por la exclamación que no he podido evitar soltar. Entonces su polla sigue bajando y encuentra la vagina. Y con una embestida fuerte lo siento dentro de mí. Dejo escapar un gemido fuerte cuando me penetra hasta el fondo. Es repentino e inesperado y el ángulo de nuestros cuerpos hace que su movimiento dentro de mí sea especialmente placentero y profundo. Sale. Tiene las manos en mis caderas y me las agarra con fuerza. Siento el algodón de su bata abierta contra mis piernas. De repente vuelve a entrar en mí.

Oh, Dios, Dominic, esto es increíble...

Esas embestidas bordean la delgada línea entre darme placer y hacerme daño, pero el placer se impone a todo al sentir su enorme miembro abriéndome para que le envuelva, llenándome y entrando hasta lo más profundo. Cada vez que empuja para entrar suelto un grito; el sonido sale de mí casi contra mi voluntad. Sus manos me agarran con fuerza y me sujetan para mantenerme en el sitio ante sus arremetidas, asegurándose de que no me caiga al recibir toda su fuerza. Aumenta la velocidad y con cada embestida potente gruñe bien alto con un placer animal. Sigue follándome con esa intensidad durante varios minutos.

Entonces, cuando me estoy preguntando si se va a correr ya, para y sale de mí, dejándome empapada por los fluidos de mi excitación caliente.

—Todavía no —me ordena—. Pero como soy un amo bueno y amable, no te voy a dejar totalmente insatisfecha mientras preparo tu siguiente castigo. —Siento que mete algo frío, duro y grande dentro de mí. Tenso los músculos para sujetarlo—. Muy bien —me dice—. Espera.

Se va y entra en el dormitorio. Me deja en el vestíbulo todavía en esa posición con algo grande y duro dentro. *Debe de ser algún tipo de consolador.*

Siento pánico. *¿Cuánto tiempo me va a dejar así?* Pero me calmo enseguida. Sé que esto es parte del castigo; los juegos mentales son tan poderosos como los físicos. Está provocándome miedo, controlándome. *Tengo que tener confianza.*

Unos minutos después vuelve.

—Lo has hecho bien —me dice—. Veo que no te has movido. Muy bien. Voy a follar a mi esclava todo lo que quiera.

Me saca el consolador y me desata las muñecas y los tobillos. Me levanto agradecida, frotándome las muñecas en la zona que rodeaban las cuerdas. Él está de pie junto al bastidor de madera.

—Ven aquí.

Obedezco. Coge la cuerda y me ata las muñecas unidas, me levanta los brazos por encima de la cabeza y pasa la cuerda por una de las anillas de la parte superior del bastidor. La ata y me quedo verdaderamente amarrada, colgando de los brazos. Me acaricia la espalda y el culo y suspira. Me parece oír algo parecido al arrepentimiento o la tristeza en ese suspiro. *¿Estará deseando sacar los látigos que usaba antes? ¿Se está imaginando cómo sería acariciarme la piel con el látigo para hacer que la sangre se concentre en la superficie? Siempre le ha gustado ver cómo se enrojece mi piel por los golpes.*

Pero no lo va a hacer, lo sé. Está canalizando su deseo a través del uso de las cuerdas, excitándose al verme inmóvil e indefensa cuando estoy atada.

—Preciosa —susurra—. Oh, Beth...

Me encanta que diga mi nombre. Durante un momento no soy su esclava, sino yo. Se pone delante de mí y me besa. Ojalá pudiera abrazarle, pero atada como estoy es imposible. En vez de eso le devuelvo el beso con pasión. Echo de menos horriblemente su boca cuando la aparta para bajarla hasta mis pechos y empieza a besarme y lamerme los pezones. Sus dedos encuentran el clítoris y me lo acarician y frotan con una intensidad agradable. Quiero abrazarle, acariciarle también, pero no puedo. Solo puedo dejar que me haga lo que quiera.

Se está excitando aún más, lo noto por su respiración profunda y la mirada vidriosa de sus ojos. He visto esa mirada antes, pero no recuerdo cuándo exactamente. Algo reclama mi atención en el fondo de mi mente, pero lo que me está haciendo con las manos me impide concentrarme. Quiero relajarme ante esas sensaciones maravillosas que me está produciendo, pero no puedo porque necesito aguantar de pie para liberar parte de la tensión de mis brazos. Ahora mismo tengo que cambiar de postura cada poco tiempo para aliviar al

dolor creciente de los músculos.

Es evidente que a Dominic esto lo resulta muy excitante. El juego de la esclava le ha estimulado y el jugueteo con mi clítoris se hace más intenso a la vez que se le acelera la respiración. Mete los dedos en mi interior, primero dos, después tres, y al final junta los cuatro y los empuja hacia dentro mientras me sigue frotando el clítoris con el pulgar. Dejo que mis sentidos acepten lo que me está haciendo y siento crecer la excitación, pero de vez en cuando pierdo la conexión con mi deseo y noto dolor: los dedos me arañan el interior y el clítoris me escuece por unas atenciones demasiado bruscas antes de que esa parte de mi cuerpo esté preparada para recibirlas.

De repente se detiene y me desata. Dejo caer los brazos, aliviada de que haya desaparecido la tensión de los músculos. Siento hormigueo y alguna que otra punzada en las manos cuando recuperan el riego sanguíneo, pero no tengo mucho tiempo para recobrarme.

—Ponte boca abajo en el suelo —me ordena.

Me tumbo sobre el suelo frío boca abajo. El mármol me refresca el sexo hinchado y apoyo la mejilla en él. Dominic se saca algo del bolsillo y lo pone en el centro de mi espalda. Parece una cruz de cuero, aunque noto la frescura de algo de metal en el centro. *¿Qué será?*

Vuelve a coger la cuerda. Le veo por el rabillo del ojo mientras la prepara con una velocidad experta. Me coge uno de los brazos y me lo dobla para que el codo me quede por encima de la cabeza y la mano hacia abajo, casi en la nuca. Hace lo mismo con el otro brazo y me envuelve las muñecas con la cuerda para luego sujetarla a la cruz de cuero de mi espalda. Enrolla la cuerda alrededor de la cruz y deja un extremo colgando por debajo. Entonces me coge un tobillo, me flexiona la pierna hasta que tengo el talón contra el muslo y me lo ata. Hace exactamente lo mismo con la otra pierna. Después coge la cuerda que une ambas piernas y la ata a la cruz central. Estira la cuerda y siento que se tensa, tirándome de las piernas y forzándome a arquear la espalda de una forma que me obliga a echar atrás la cabeza.

Estoy atada de pies y manos, me digo. La sensación es de una indefensión dolorosa que me tensa todos los músculos. Siento como si algo me apretara la garganta aunque no tengo nada atado ahí; es el collar que llevo, que me comprime la tráquea cuando echo atrás la cabeza por la tensión de la cuerda.

Siento pánico. *Esto no me gusta*. Me esfuerzo por saber cómo me hace sentir y si se me pasará el desagrado inicial. Sé que a veces solo tengo que relajarme y confiar para controlar la incomodidad y el miedo... pero ahora no me está pasando. Siento que Dominic se arrodilla entre mis piernas. Mete las manos bajo mis caderas para obligarme a levantar el culo y un momento después, sin ninguna preparación preliminar, su pene está en mi entrada y empuja bruscamente, poniendo toda su fuerza en el movimiento.

Empieza a follarme fuerte y rápido, penetrándome hasta el fondo con toda la fuerza de su cuerpo, dentro y fuera, una y otra vez.

Jadeo, pero me cuesta respirar porque el collar me aprieta el cuello. Me

duelen mucho la espalda, los brazos y las piernas; es como si me estuvieran descoyuntando los músculos. No voy a poder soportar eso durante mucho tiempo y no precisamente por el placer, sino por el dolor y la sensación de mareo, pero me cuesta centrarme en lo que tengo que hacer para parar esta situación. Las arremetidas feroces de Dominic me estremecen todo el cuerpo y no tengo tiempo de recuperarme de una cuando llega otra. Estoy totalmente indefensa con esas ligaduras, reducida a un torso que Dominic está follando sin piedad. Entonces, para mi mayor horror, me doy cuenta de que cuando empuja tira de la cuerda, obligándome a arquear la espalda aún más, extendiendo los músculos de mis extremidades hasta provocarme una agonía y cortándome el flujo de oxígeno.

Durante un momento me pregunto si así es como se siente uno cuando le torturan y entonces lo único que percibo en mí es miedo. Todo mi deseo sexual ha muerto, y con él cualquier placer que pudiera sentir por toda esa brusquedad.

Tiene que parar, es lo único que puedo pensar. Siento una presión en la cabeza y se me nublan los ojos. Me preocupa desmayarme si no logro parar a Dominic. No tengo ni idea de si se va a detener de repente o si está cerca del clímax.

Utiliza la palabra de seguridad.

Claro. Siento un gran alivio. La voy a usar. Es...

—¡Escarlata! —grito, pero mi voz es como un graznido. No me ha oído. Reúno todas mis fuerzas y la uso de nuevo—. ¡Escarlata, Dominic, escarlata!

Ahora sí me oye. El efecto es inmediato. Suelta la cuerda y sale de mi interior.

—¿Beth? —En su voz se nota la ansiedad—. ¿Estás bien?

—Para, por favor, no está bien, no está funcionando conmigo.

Tengo la garganta irritada y todavía me cuesta respirar. Dominic me desata rápido y un momento después estoy sentada y tosiendo un poco mientras me froto las muñecas y los tobillos y muevo lentamente los hombros. Dominic está a mi lado con expresión preocupada e intentando ayudar.

—¿Qué es lo que ha ido mal? —me pregunta—. Creía que lo estabas disfrutando.

Niego con la cabeza.

—Esta vez no. Ha sido demasiado. Muy extremo.

—¿Ah, sí? ¿Han sido las cuerdas? ¿Estaban demasiado tensas?

—Estaban muy tensas y atarme así ha sido demasiado. No me gusta que me inmovilices de esa forma. Era como si yo no fuera nada. Y... —Frunzo el ceño y toso otra vez—. No me gusta que me restrinjas la respiración. En absoluto. Eso es un no rotundo. —Le miro a los ojos—. Gracias por responder a la palabra de seguridad.

—No digas tonterías —responde con brusquedad—. Claro que he respondido. Sería imperdonable no hacerlo. —Se le oscurecen los ojos de repente y dice muy triste—: Solo desearía que no hubieras tenido que llegar a

usarla. Soy un idiota.

—No, no lo eres —le digo con dulzura—. Estabas probando cosas nuevas. No puedes saber qué es demasiado si yo no te lo digo. Me han gustado algunas de las cosas que has hecho con la cuerda, pero no quiero estar atada todo el tiempo y no me gusta estar amarrada como un animal. Y ahora ya lo sabemos.

Está mirando fijamente al suelo, como si se estuviera librando una batalla terrible en su interior.

—Debería haberlo sabido —repite tercamente—. Te conozco, Beth. Sé lo que te gusta, a lo que respondes y a lo que no. Me he dejado llevar y he ejercido mi poder sobre ti más allá de lo que podías soportar.

—Ese juego de amo y esclava siempre va a suponer la posibilidad de ir demasiado lejos —le digo—. Tenemos que estar preparados y aprender de nuestros errores, eso es todo. Y la palabra de seguridad ha funcionado, ¿no?

Me parece un poco raro estar tranquilizándole yo a él después de la experiencia física por la que acabo de pasar, pero está claro que le ha afectado. *Y la última vez que pasó esto, desapareció. No quiero arriesgarme a que ocurra de nuevo.*

—Estoy bien, Dominic, de verdad. —Le abrazo y le beso con ternura, pero noto que está distante—. ¿Por qué no vamos a la cama y hacemos lo que nos salga de forma natural? No más juegos por hoy, ¿vale?

Me devuelve el beso y sonríe un poco avergonzado.

—Eso de la cama suena bien —me dice—, pero creo que en cuanto al sexo, hoy no puedo más. —Me cubre la mano con la suya—. Lo siento.

Le beso el cuello, aspirando su dulce olor.

—Todo está bien —le digo con voz suave—. Y, por favor, no lo conviertas en un problema. De verdad que estoy bien.

Dominic gruñe y no dice nada más. Pero sé que detrás de su silencio la mente le va a mil por hora y me pregunto qué demonios estará pensando.

Capítulo 16

CUANDO VOY de camino al Albany el lunes siento un torbellino de emociones. Dominic y yo nos hemos separado a primera hora de la mañana con besos y ternura, pero lo que pasó anoche está latente entre nosotros.

Camino por Piccadilly absorta en mis pensamientos, rodeada de un torrente de gente que va a trabajar. Pero yo no me doy ni cuenta porque solo puedo pensar en Dominic.

¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? ¿Por qué no podemos querernos como las parejas normales?

Me parece muy injusto que el hombre al que adoro y que es perfecto para mí, tenga esta afición, que, aunque acepto e incluso a veces agradezco por la excitación y la aventura que ha aportado a mi vida, sigue causándonos problemas.

Puedo seguir sin utilizar látigos e instrumentos similares si eso es lo que Dominic quiere, incluso aunque mi imaginación siga provocándome con fantasías en las que las colas suaves del azotador de ante me golpean y me calientan el culo. ¿Pero ahora su deseo de llevar las cosas al extremo se va a manifestar de otras formas diferentes? ¿Y va a seguir torturándose con dudas sobre sí mismo cada vez que utilice la palabra de seguridad?

Todo eso me reconcome mientras cruzo el patio del Albany y me acerco al edificio. El Bentley descapotable gris está aparcado fuera, así que Andrei está en casa. Genial. Eso es justo lo que necesitaba. Y además quiere que hoy le haga un informe completo.

Estoy deseando que se acabe este trabajo. No sé cuántas veces lo he pensado en la última semana, pero de verdad que me muero por volver a trabajar para Mark como hacía antes de que Andrei Dubrovski entrara en mi vida. Era mucho más fácil cuando solo era el jefe de Dominic, una persona sin cara que no significaba nada para mí.

Marcia está en el despacho, de vuelta en su mesa después de los días que ha pasado cuidando a su madre. Está muy contenta de verme, como si fuera una amiga de la infancia y lleváramos años sin vernos. Prácticamente se echa a llorar al abrazarme nada más entrar. Cuando consigo liberarme, me dice que su madre está mucho mejor y camino de recuperarse completamente.

—Es genial, Marcia. Estoy muy contenta por las dos.

—Es una vieja bruja muy entrañable —dice Marcia con cariño—. La iba a echar mucho de menos si se hubiera ido, así que esperemos que se quede por aquí un tiempecito más.

Sigue hablando durante un rato, pero pronto vuelve a su ordenador para seguir trabajando, murmurando entre dientes algo sobre el estropicio que ha hecho Edward con sus sistemas. Me paso la mañana escribiendo el informe para Andrei, pero no hay señales de él.

—¿Está Andrei por aquí? —le pregunto a Marcia a la hora de comer.

Niega con la cabeza.

—Ha salido pronto esta mañana a pie. No sé qué estará haciendo. Las cosas siempre se vuelven un poco confusas cuando está a punto de cerrar un negocio importante.

Me siento aliviada. Quiero verle lo menos posible; me aterroriza solo pensar en enfrentarme a él después de cómo acabó nuestro último encuentro. Paso la tarde tomando fotografías de las obras de arte que quiero colgar en el piso y haciendo bocetos de las diferentes habitaciones para poder jugar con las imágenes y hacerme una idea de cómo quedarían en los diferentes lugares. Es una tarea absorbente y bastante entretenida; me siento como una niña con un álbum de pegatinas que puedo colocar donde yo quiera.

Llega el final de la jornada y todavía no se sabe nada de Andrei, pero cuando miro mi correo, tengo un email de Dominic:

Gracias por este fin de semana tan maravilloso, preciosa. Siento que no acabara como empezó, pero no tengas miedo, estoy dando pasos para resolver mis problemas. Ya he avanzado mucho, pero está claro que todavía no lo he conseguido del todo. Solo tienes que darme tiempo y pronto estaré bien, lo prometo. No vamos a poder vernos mucho esta semana, pero ¿por qué no nos vamos a alguna parte cuando acabe todo esto? Los dos solos. Así podré demostrarte cuánto significas para mí.

Voy a estar pensando en ti y en todas las cosas deliciosas que hemos hecho hasta que podamos estar juntos otra vez...

Te quiero.

Dominic.

La idea de hacer una escapada con Dominic me resulta emocionante. Me imagino una playa, una bonita habitación de hotel y muchas horas para hacer lo que nos dé la gana. ¿Pero a qué se refiere con eso de resolver sus problemas? Espero que no signifique que va a desaparecer durante semanas como la última vez, aunque su correo deja entrever que estaremos juntos en cuestión de días, así que aparto la ansiedad de mi mente.

Justo cuando estoy recogiendo mis cosas para huir de allí e irme a casa con la intención de reunirme con Laura para nuestra clase de *kick-boxing* y después acostarme pronto, me llega otro correo. Es de Andrei.

Beth:

Discúlpame por no haber estado en casa para la reunión de la que hablamos. Si tienes una hora libre ahora, ¿podemos vernos en mi club? Marcia se ocupará de pedirte un taxi para que te traiga.

Leo el breve correo un par de veces, irritada. *Ni siquiera se ha molestado en firmar el mensaje*. Espera que lo deje todo y vaya corriendo cuando él diga y adonde él diga. Lo que yo quiero es irme a casa ya, y si voy a verle, puede que no llegue a tiempo para ir a mi clase. *Pero mejor acabar con esto cuanto antes. Pronto no podrá pedirme nada.*

Escribo a toda velocidad un email para decirle que voy para allá y le pido a

Marcia que arregle lo del taxi. El coche ya está en el patio esperándome casi inmediatamente y con el motor en marcha, así que salgo con el informe en el bolso y me subo. Cuando salimos del patio hacia el tráfico denso de Piccadilly, las luces de la ciudad ya brillan en la oscuridad de primera hora de la noche. Las calles están llenas de gente que va de compras y los escaparates despiden una luz dorada y atrayente. Ya se empieza a notar en el aire el ambiente navideño. El taxi gira a la izquierda hacia Piccadilly Circus y vamos rodeando la plaza muy despacio, obstaculizados por los semáforos, los autobuses y los peatones despistados. Cuando al fin conseguimos salir, seguimos lentamente por Haymarket y después cogemos Pall Mall. El conductor recorre toda la calle casi hasta el palacio de St. James y se detiene delante de un enorme edificio de piedra que parece una mansión del período Regencia. A través de las puertas abiertas veo una alfombra roja y una enorme lámpara de araña de bronce con docenas de bombillas en sus brazos curvados.

Esto es ridículo. Podía haber llegado hasta aquí andando en cinco minutos.

—Ya han pagado la carrera, señorita —me dice el conductor.

—Gracias.

Bajo del taxi y me quedo de pie delante del enorme edificio imponente. Londres está lleno de sitios así: grandiosos y bastante intimidatorios, que dan la impresión de que hay una vida exclusiva de privilegio desarrollándose tras sus puertas. *Bueno, hoy esas puertas se abren para mí. Aunque yo preferiría que no fuera así.* Pasar la noche en mi piso con Laura me parece mucho más apetecible que esto. Suspiro, cuadro los hombros y subo las escaleras.

En el interior, un hombre con un frac oscuro está de pie tras un escritorio pasado de moda.

—¿Puedo ayudarla, señora? —me pregunta con voz muy afectada.

—He venido a ver al señor Andrei Dubrovski. Me está esperando.

Su expresión cambia e instantáneamente se vuelve más obsequioso. *No sé cómo no me he acostumbrado a esto todavía.*

—Sí, señora, por supuesto. Está en el salón azul. La acompaño ahora mismo.

Subimos por una escalera enorme y muy amplia con una alfombra carmesí y presidida por un enorme óleo con un retrato de un nabab del siglo XIX que tiene una expresión muy seria y mira hacia abajo con desaprobación. Al final de las escaleras llegamos a un amplio corredor por el que avanzamos dejando a ambos lados salones y salitas de lectura, todas lujosamente amuebladas y decoradas con arañas de cristal, óleos y cornisas doradas, y en las que caballeros de avanzada edad están sentados en sillones de cuero leyendo el periódico. El hombre se detiene ante una puerta cerrada y llama. La abre un momento después la silueta familiar del guardaespaldas de Andrei.

—Una joven viene a ver al señor Dubrovski —explica el hombre que me acompaña.

El guardaespaldas me mira como si no me hubiera visto nunca antes mientras yo le sonrío con simpatía, pero asiente y se aparta para dejarme

pasar.

El salón azul hace honor a su nombre: todas las paredes están forradas de seda azul con un estampado, en el suelo hay una enorme alfombra persa azul y dorada y está amueblado con sillas tapizadas de damasco azul. El efecto se ve parcialmente aliviado por un gran escritorio de madera. Retratos de hombres viejos y con pinta de haber sido importantes en los últimos doscientos años rompen la monotonía azul de las paredes. Andrei lleva un traje negro de calidad y está de pie junto a una ventana detrás del escritorio, dándome la espalda y mirando hacia Pall Mall, la calle que queda debajo, mientras habla muy rápido en ruso. Espero contemplando la habitación en silencio hasta que termina. Tras unos cinco minutos, por fin deja el teléfono y se vuelve para mirarme.

—Beth, me alegro de que hayas venido. —No me sonríe. Su cara curtida está tan impasible como cuando le conocí. De repente me doy cuenta de que el Andrei que conozco ahora es muy diferente del que conocí en Francia hace un tiempo que ahora me parece una eternidad. Es más humano, para empezar. Le he visto riendo, comiendo, de fiesta e incluso recién salido de la cama después de un revolcón con Anna. Pero todo eso ha desaparecido. En este momento ha vuelto a ser el tirano dominante de nuestro primer encuentro. Me da pena que todo vaya a acabar así porque, ahora lo comprendo, durante un tiempo hemos sido casi amigos. *Supongo que por eso pude hablarle así. Habían desaparecido las barreras. Bueno, ahora han vuelto a su lugar, está claro.*

—Tengo el informe —le digo sacándolo del bolso y poniéndolo sobre la mesa—. Como me pediste. He catalogado la colección del Albany e incluido descripciones y valores de mercado actualizados. Haré el plan de organización y exhibición de las obras y te lo entregaré en otro documento, si te parece bien.

—Está bien. —Mira el informe sin interés—. Lo leeré luego. Estoy seguro de que está todo en orden. Confío en que has hecho un buen trabajo.

—Gracias. —Mi voz es fría. De hecho el ambiente es tan gélido que siento la tentación de ponerme bufanda y mitones.

Andrei le dice algo en ruso al guardaespaldas que está junto a la puerta y el hombre sale inmediatamente y nos deja solos.

—Siéntate. —Andrei me señala la silla que hay al otro lado de la mesa. Me irrita su tono perentorio. *Ojalá dejara de darme órdenes. Yo no soy su esclava.*

Sonrío en mi interior. *Hay momentos en los que no me importa ser una esclava y recibir órdenes. Pero no de Dubrovski. Ni hablar.*

Pero no tiene sentido discutir con él. Tomo asiento. Estoy esperando que me diga que nadie le habla como yo lo hice y que estoy despedida con efecto inmediato. Casi espero que sea eso lo que va a ocurrir. Entonces podré dejar todo esto atrás y volver con Mark. Y Dominic y yo podremos hacer pública nuestra relación.

Él también se sienta en una silla que hay detrás de la mesa y me mira uniendo los dedos.

—Beth —dice por fin—, he estado pensando en lo que me dijiste. Me siento muy dolido porque pensaras que te drogué, supongo que con la intención de aprovecharme de ti.

—Lo siento. Lo retiro —respondo. En cuanto empieza a hablar, no puedo evitar creerle—. Tal vez solo estaba borracha, como tú dices. Sin duda parece la explicación más plausible.

—Eso espero. No parecías estar tan borracha como para no saber lo que estabas haciendo, pero no estás acostumbrada a beber, ¿verdad? —Me sonríe—. No como nosotros, los rusos. Pero tenías que estar ebria para apagarte así, en un abrir y cerrar de ojos como una cerilla.

—Te refieres a cuando me encontraste en la cueva —le digo.

—Sí, cuando te encontré en la cueva.

Se produce una larga pausa tensa mientras los dos nos miramos. No detecto nada en su expresión, pero sus ojos azules me atraviesan como si compartiéramos alguna especie de conexión, algo profundo y significativo. Siento un fuerte deseo de soltarle la pregunta: ¿entonces tuvimos sexo o no? Pero la aparto de mi mente. *Dominic. Era Dominic. Tuvo que ser él.*

Entonces me doy cuenta de que no le he preguntado a Dominic por qué me dejó sola, presumiblemente desmayada, en un túnel de las catacumbas para que me encontrara Andrei. ¿Por qué haría algo así?

De repente me siento aterrada ante la posibilidad de que Andrei vaya a decir algo que altere mi mundo y lo ponga todo patas arriba, así que empiezo a hablar muy rápido.

—Ya he preparado el plan para la disposición de los cuadros en el apartamento, ¿quieres aprobarlo antes de que siga adelante y me ponga con ello? Creo que te gustará, pero si no te parece bien es fácil de cambiar...

Andrei niega con la cabeza.

—Creo que no. Sigue adelante y haz lo que te parezca bien. Como ya te he dicho, confío en ti. —Se levanta y rodea lentamente la mesa con las manos agarradas tras la espalda. Frunce el ceño, lo que hace que sus facciones irregulares parezcan aún más duras e imponentes—. Veo que la has tomado conmigo, aunque no sé por qué. Esperaba que cuando te convencieras de que tu absurda idea de que te drogué es falsa, te relajarías un poco. Pero parece que no. Y lo siento. Ya casi has acabado lo que tenías que hacer para mí y sin duda estarás deseando volver con Mark. —Se gira y me mira a los ojos—. Tengo que hacer un viaje a Rusia a final de semana. Mark va a venir conmigo para que un experto del Hermitage analice el Fra Angélico. Me preguntaba si querrías acompañarnos. Puedo organizarte una visita privada al museo con un guía experto. Estoy seguro de que te gustará. Tal vez eso ayude a convencerte de que mis intenciones son buenas.

Le miro con la boca abierta. *¿El museo del Hermitage? Eso sería increíble...* Siempre he deseado visitar ese cofre lleno de tesoros

impresionantes. Todavía tengo pendiente la visita a la mayoría de los grandes museos del mundo, pero el Hermitage está al principio de mi lista... *Pero no puedo. Para finales de la semana habrán cerrado el gran negocio, Dominic dimitirá y yo le apoyaré. Andrei no querrá saber nada de mí entonces. Probablemente no querrá volver a verme nunca más...*

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Vendrás?

—Eres muy amable, Andrei, pero...

Una expresión de asombro se pinta en su cara.

—¿Vas a decir que no?

—No puedo aceptar. No puedo, simplemente. No puedo explicarte por qué tampoco y por favor te pido que no me presiones. Es una oferta increíble, pero... no, gracias. —Me pongo de pie y nos miramos por encima de la mesa. Se inclina hacia delante, apoyando las manos en la superficie brillante, y me mira fijamente.

—Me desconciertas —me dice en una especie de gruñido grave—. ¿Por qué no aceptas lo que te puedo ofrecer?

—Ya te he dicho que no te puedo explicar mis razones. Pero una cosa es segura: si aceptara algo de lo que quieres darme, dejaría de desconcertarte. Y me verías como lo que soy: una chica normal que no encaja en tu mundo. Lo que no entiendes es que no quiero nada de eso. —Le sonrío—. Quiero que seamos amigos, Andrei, de verdad. Y que mi trabajo te haga feliz. Si no tienes nada más que decirme, me voy. Los cuadros estarán colgados dentro de un par de días. Adiós, Andrei.

No dice nada. Solo me observa girar y cruzar la sala hasta la puerta. Cuando ya tengo la mano en el picaporte, me vuelvo un momento.

—Gracias por la oferta —le digo con amabilidad—. Te lo agradeceré siempre, aunque no pueda aceptarla.

Y me voy.

AL SALIR DEL club llamo a Dominic con mi móvil, pero no me responde. No le dejo mensaje. Está ocupado. Solo unos días más y lo tendré para mí sola.

Cuando llego a casa estoy agotada, pero dispongo del tiempo justo para ir a la clase de *kick-boxing*, aunque tengo que ir sola porque no hay señales de Laura. Cuando me estoy cambiando antes de empezar, suena mi móvil para indicarme que me ha llegado un mensaje: es de Laura, que me dice que no podrá llegar a la clase porque ha tenido que quedarse hasta tarde. Doy la clase yo sola y después me invade la calma que sigue a un buen ejercicio y me siento mucho mejor. Son casi las 10 de la noche cuando Laura llega por fin. Deja caer el maletín en la entrada y viene a tirarse en el sofá a mi lado.

—Hola —le sonrío—. Hay algo de cenar, si quieres. Solo es pasta con un poco de salsa que ha sobrado, pero es toda para ti si la quieres.

—Cualquier cosa que solo requiera el mínimo esfuerzo —me dice con voz cansada—. Estoy muerta. Siento haberme perdido la clase. ¿Qué tal Sid?

—No te preocupes, esas cosas pasan. Sid, genial; un tirano, pero genial. Tú

cámbiate mientras yo te caliento la cena —le digo, y me levanto para ir a la cocina. Pronto vuelve con unos pantalones amplios de cuadritos y una camiseta vieja y cómoda que le gusta ponerse cuando está en casa.

—Huele bien —me dice sonriendo. Parece un poco más relajada—. La pasta que haces tú siempre está muy buena.

—Gracias. Parece que te hace falta un plato de comida caliente.

—Sí. —Asiente—. Ha sido un día duro en la oficina. Pagan bien, pero se aseguran de que su dinero esté aprovechado. El jefe me ha hecho revisar y volver a revisar propuestas e informes hasta que se me caían los ojos. ¿Y tú cómo estás? No te he visto mucho estos días. Siempre estamos alguna de las dos o las dos fuera de casa por trabajo o por placer...

—Estoy bien. —Saco el parmesano de la nevera para rallar una buena cantidad encima de la pasta de Laura—. No voy a ver mucho a Dominic esta semana, así que vamos a poder ponernos al día. Está trabajando en un negocio gordo, pero cuando se acabe tal vez nos vayamos juntos a alguna parte, a tomarnos un descanso en algún sitio tranquilo y romántico. ¿No suena genial? —No hay ninguna respuesta, solo silencio, así que miro a Laura, que tiene una expresión nostálgica.

—Claro, es genial. Pero es que... —Parece un poco triste y se está retorciéndose la coleta entre los dedos, como suele hacer—. Supongo que cada vez vas a pasar más tiempo con Dominic, ¿no?

—Eso espero... —respondo despacio. Sé a qué se refiere. El plan de las dos chicas solteras en la gran ciudad no está saliendo como ambas imaginamos.

—¿Debería buscarme otra compañera de piso? —me pregunta con una vocecita.

—Oh, cariño... —Dejo el queso y me acerco para abrazarla. Después me aparto un poco para mirarla a sus grandes ojos grises—. Todavía no es ni de lejos nada serio. ¡De verdad! Te lo prometo. Pero supongo que iremos viéndonos cuando pueda...

Siento que tengo el corazón dividido. No voy a hacer promesas que no puedo cumplir, pero a la vez me encanta pasar tiempo con Laura y no quiero perder nuestra amistad. Recuerdo nuestros planes de hacer un viaje juntas.

—¡Pero lo de Nueva York lo decía en serio! Lo vamos a hacer, te lo prometo, tú y yo solas. Sin Dominic.

—Me alegro mucho por ti, Beth —se apresura a decir—. Creo que es genial que Dominic y tú os estéis tomando la relación tan en serio y que esté avanzando tan rápido. Y estoy muy emocionada por nuestro viaje a Nueva York. Aunque, siendo egoísta, tengo que decir que voy a echar de menos tenerte por aquí en el día a día.

—Lo siento, Laura.

Estoy disgustada por hacer que mi amiga se sienta sola cuando se supone que yo soy su compañera de piso.

Se ríe.

—¡No lo sientas! ¿Por qué? Estás locamente enamorada y quieres estar con

él todo el tiempo que puedas. Es natural. Pero quiero pedirte una cosa...

—¿Qué?

Me siento tan culpable que haría cualquier cosa por ella. Ojalá pudiera hacer magia y sacarme otro Dominic de la chistera para ella y que las dos pudiéramos estar felices a la vez.

—¿Puedo ser tu dama de honor? —me pregunta en broma, y cuando empiezo a tartamudear y me ruborizo, dice—: Es broma. ¿Ahora me vas a dar la pasta o no? Me muero de hambre.

Capítulo 17

ME ALEGRO de que Andrei no esté aquí para ver a los operarios agujerear los carísimos paneles de madera que cubren sus paredes y espero sinceramente que todo salga bien.

Le mandé los bocetos de la distribución a Mark por correo y él les dio su aprobación, así que confío en que va a funcionar, pero no lo sabré con seguridad hasta que estén colgados. Mark también me ha pedido que me acerque a verle mañana y estoy deseando poder decirle que ya están todos en el lugar elegido.

—Bien, eso está muy bien —le digo a los operarios—. Ahora vamos a colgar este Stubbs allí. Lo quiero en el medio, y este grupo de bocetos, repartido a ambos lados así, como en la composición.

Justo entonces suena la alerta de mensajes de mi teléfono. Es un mensaje de Dominic.

Sal fuera.

Dejo a los operarios con su trabajo y me dirijo a la puerta principal. La abro y salgo a la entrada. No hay nadie por allí. Me acerco a la escalera de piedra con su pasamanos metálico y miro hacia arriba, a los pisos superiores, pero no se ve nada. Salgo al sendero cubierto, pero tampoco hay nadie. Ni siquiera están los empleados que habitualmente hay por allí limpiando y ocupándose de mantener la apariencia inmaculada del lugar. Me llega otro mensaje.

Baja las escaleras.

Vuelvo a la escalera y bajo hasta el rellano que lleva al nivel inferior, que está muy oscuro. Tampoco veo a Dominic, pero sigo bajando despacio, envuelta en sombras. Al llegar abajo, encuentro un pasillo largo y abovedado que va de un extremo a otro bajo el edificio.

Gira hacia la izquierda hasta que estés frente al edificio principal. Después sigue caminando.

¿Dónde está? Sonrío. Me encanta esa forma que tiene Dominic de introducir la chispa en nuestra vida. Hago lo que me dice y empiezo a recorrer el pasillo. Cuando llego al final del edificio y se acaba el pasillo, tengo que bajar unos escalones y rodear la ventana en saliente de un apartamento que hay en el sótano de la casa principal. ¿Y ahora hacia dónde?

Cruza el umbral que tienes delante.

Hay una puerta negra justo delante de mí que desemboca en algún lugar bajo el edificio principal. La empujo y se abre con facilidad. Doy un paso y entro en un frío corredor de piedra, polvoriento, sucio e iluminado por la luz débil y amarillenta de una bombilla llena de polvo.

—¿Dominic? ¿Estás ahí?

No estoy asustada, pero este lugar le daría escalofríos a cualquiera. Hay trampas para ratones colocadas a intervalos regulares por todo el corredor y

puertas negras de madera con números. Un viejo armario que hay contra una pared, y que tiene una puerta abierta y colgando, está lleno de latas de pintura y de trapos.

Espera.

Hago lo que me pide. Mientras espero, respiro el aire frío, húmedo y lleno de polvo, preguntándome qué tendrá Dominic en mente. De repente una puerta a mi lado chirría al abrirse y por ella sale una mano. Doy un brinco y chillo. La mano me agarra y tira de mí hacia adentro. En un abrir y cerrar de ojos estoy en un cubículo grande y oscuro (una especie de armario de materiales, por lo que veo), apretada contra Dominic, que se ríe bajito junto a mi oído.

—Pero qué malvado eres —le digo, y le doy un puñetazo suave en el pecho.

—¿Te he asustado? —me dice sin dejar de reír.

—Ya sabes que sí. —Miro a mi alrededor—. ¿Cómo has encontrado este lugar horrible?

—He venido a traerle una cosa a Andrei y he pensado que sería divertido fisgonear un poco para encontrar algún lugar al que atraerte para besarte a hurtadillas. —Me da un beso largo y delicioso que hace que mi irritación desaparezca—. Hummm... Estás deliciosa. Lo necesitaba.

—Yo también. —Ahora que se me ha pasado el terror, estoy más que dispuesta a hacer lo que se le ocurra—. Y... ¿tienes tiempo para jugar un poco? —digo con una voz ronroneante metiéndole las manos debajo de la camisa.

Gruñe.

—Oh, Dios mío, ojalá lo tuviera. No se me ocurre nada mejor para apartar la mente de estas condenadas negociaciones. Es el negocio más enrevesado y delicado que he hecho en mi vida. Estamos todos en el filo de la navaja, porque si no sale bien tendremos que pagar 300 millones de libras de penalización por romper el contrato. Te puedes imaginar las pocas ganas que tiene Andrei de soltar todo ese dinero por nada. La única persona que lo está disfrutando es Anna. Te juro que parece que las situaciones difíciles como esta le producen una verdadera excitación sexual. Entiendo por qué Andrei la mantiene cerca: es un activo impresionante si está de tu lado. Siempre consigue que incluso el hombre de negocios más duro y obstinado acabe comiendo de su mano.

Le acaricio con las palmas la suave piel de los costados y el pecho.

—¿Te quedas cinco minutos? —le suplico—. Me está encantando verte.

—Cariño, no puedo. Ni siquiera debería haberme quedado este rato, pero no he podido resistirme a verte. —Me mira a la cara con los ojos brillando en la penumbra—. ¿Sabes una cosa? Este negocio me va a hacer ganar mucho dinero. Una cantidad enorme. Cuando se acabe, lo vamos a celebrar. Quiero comprarte algo. Tal vez... un anillo.

El aire se me queda atravesado en la garganta. *¿Un anillo?* Las siguientes palabras surgen en mi mente sin que yo pueda evitarlas: *¿un anillo de*

compromiso? El corazón empieza a latirme con fuerza y me tiemblan los dedos. *No puede referirse a eso, todavía no. Solo llevamos juntos unos meses, y la mayor parte del tiempo hemos estado separados...*

Dominic no dice nada para sacarme de mi agonía y siento que sonríe un poco en la oscuridad.

—No hace falta decidir nada ahora mismo —me dice. Obviamente está disfrutando del hecho de que sus palabras se puedan interpretar de varias formas—. Piénsatelo unos días. Iremos de compras pronto, ¿vale? Cuando se acabe el negocio.

—Vale —le susurro—. Me parece bien.

—Quiero malcriarte un poco. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no —le digo avergonzada y encantada al mismo tiempo. Le rodeo el torso con las manos y le acaricio la amplia y musculosa espalda. Entonces mis dedos tocan algo: una zona de piel hinchada, una larga línea que cruza la espalda de lado a lado. Hay otra y otra más. De hecho, un montón de líneas le cubren la espalda—. ¿Qué es esto, Dominic? —le digo, de repente nerviosa.

—¿Qué? —Estira la mano y me saca las manos de su camisa. Su tono ahora es más frío y se ha puesto un poco tenso—. ¿De qué me hablas?

—¡Tienes marcas por toda la espalda! Y no las tenías el domingo. ¿De dónde han salido?

No dice nada, pero me sujeta las muñecas y se queda muy quieto. No puedo ver la expresión de sus ojos con esa luz tan tenue, pero tengo la sensación de que se han oscurecido y sería imposible leer nada en ellos aunque estuviéramos en otras circunstancias.

Estoy asustada. Tiene marcas de un látigo en la espalda. Igual que en Croacia. ¿Cómo se las ha hecho?

—Dominic, dime... ¿quién te las ha hecho?

—Nadie. —Su tono me indica que no quiere hablar de ello. El ambiente cómodo y cariñoso que reinaba entre los dos ha desaparecido completamente —. Vamos, tengo que volver. —Se mete la camisa en los pantalones, abre la puerta y la luz entra en nuestro reducido escondite—. Salgamos de aquí. —Y pasa a mi lado para salir al pasillo.

—¡Dominic, quiero saberlo! ¿Quién te ha estado azotando?

La acusación que transmite mi voz nace del miedo. Ahora lo veo todo muy claro. Ha decidido no usar ningún tipo de látigo conmigo, pero eso no significa que no los utilice en general. Le sigo hasta el corredor y recuerdo lo que me contó sobre cómo descubrió que le gustaban los juegos de dominación: se unió a una sociedad secreta en Oxford y allí empezó a presenciar sesiones de azotes. Los participantes no tenían sexo entre ellos, simplemente satisfacían sus deseos con los instrumentos que más les gustaban; los de mayor categoría eran los que administraban el castigo y los de menor lo recibían, para satisfacción de ambas partes. Así Dominic aprendió ese arte y fue alimentando sus instintos de dominación hasta que se

convirtieron en una parte esencial de sí mismo. ¿Podría estar haciendo algo así de nuevo? *Pero ¡si es un amo, no un esclavo! ¿Cómo puede estar aceptando el castigo en vez de infligiéndolo?*

—¿Quién es, Dominic?

Se gira con la mirada dura y una expresión obstinada en la cara.

—Ya te lo he dicho. Nadie. Y no voy a tolerar que me interrogues así. Tienes que confiar en mí. —Y empieza a caminar hacia el lugar por el que hemos venido.

—¿Es Vanessa? —le pregunto a bocajarro, pensando en la mujer a la que una vez quiso y que fue su compañera en aquellos primeros juegos. Ahora es ama y dominatriz profesional y todavía amiga íntima de Dominic. Siento que la ansiedad y el pánico me embargan. ¿Por qué no me lo dice? ¿Es que no está bien que le pida una explicación? No puedo evitar insistir—. ¿Estáis jugando otra vez juntos? ¿Pone a punto sus habilidades practicando con tu espalda u os vais turnando?

Dominic se detiene y se da la vuelta. Está increíblemente guapo con ese traje, la corbata de seda de Hermès y el pelo oscuro rizándosele un poco tras las orejas. Su expresión ahora es tormentosa y obstinada.

—Beth, déjalo. ¡No sigas diciendo esas cosas! Vanessa está fuera del país. Llevo meses sin verla y de todas formas esa parte de nuestras vidas se acabó. Ya lo sabes. ¿Por qué sacas eso ahora?

—¿Qué esperas que crea si no me dices por qué tienes la espalda cubierta de marcas?

Estamos de pie en la zona abierta que hay bajo el sendero cubierto, a la entrada del pasaje que lleva a la parte inferior del edificio.

—Te he dicho que confíes en mí —me dice Dominic en una voz preocupantemente baja—. Por favor, hazlo, Beth. Te lo aclararé en su momento, te lo prometo. Lo que hago lo hago por los dos.

Se me llenan los ojos de lágrimas calientes de furia y frustración.

—Quiero confiar en ti, pero ¿eso no significa que los dos tenemos que ser sinceros?

—Sí.

—Yo soy sincera contigo, pero tú no estás siendo franco conmigo. Te estás guardando cosas.

—Te he dicho que dejes el tema, Beth —me dice con tono de advertencia—. No es el momento.

—¿Y cuándo lo será? No entiendo por qué no me lo dices. Tienes que darte cuenta de lo que parece esto desde mi perspectiva. Te niegas a tocar un látigo o cualquier cosa similar cuando estoy contigo, pero estás lleno de verdugones. Por favor, acláramelo, explícamelo...

—Beth... —Da un paso hacia mí y entonces a los dos nos sobresalta una voz que llega desde arriba.

—Eh, vosotros dos, ¿qué estáis haciendo ahí abajo?

Anna está de pie en el jardín justo encima de nosotros, a la entrada del

sendero cubierto. Está inclinada sobre el pasamanos de hierro con el pelo largo y oscuro cayendo hacia nosotros, como si fuera Rapunzel dejando caer sus trenzas para que suba el príncipe. Está impresionante con un traje oscuro con la falda muy corta que deja ver sus impresionantes piernas.

—Te he dicho que me esperaras fuera, Anna —exclama Dominic.

—Pero es que estabas tardando muchísimo —responde mirando hacia abajo —. He venido a buscarte y he oído esos gritos. ¿Por qué demonios está tan enfadada Beth? ¿Y por qué os estáis escondiendo ahí abajo?

Veo la exasperación en la cara de Dominic y siento un escalofrío de aprensión. Anna no sabía lo nuestro, pero seguro que ahora se hace una idea. ¿Y qué significa eso para Dominic? ¿Se lo dirá a Andrei cuando se pongan a compartir confidencias en la cama? ¿Y cómo reaccionará él cuando se entere?

Oh, mierda. Ahora tenemos problemas. Espero que Dominic consiga inventarse rápidamente una historia convincente.

—Ya voy, Anna —le dice, y se dirige a los escalones de piedra que llevan al jardín—. Luego te veo, Beth, ¿vale? Ya hablaremos entonces.

Sube rápidamente los escalones, se encuentra con Anna junto al pasamanos y le dice algo en voz baja que no consigo oír.

Los miro a los dos desde abajo, como si estuvieran en un escenario elevado y yo estuviera en la platea, contemplando la escena desde la distancia. Sin duda hacen una pareja impresionante e incluso los colores de ambos se complementan; parecen unos atractivos dioses de los negocios los dos con esos trajes oscuros. Estoy verdaderamente celosa de Anna por primera vez porque parece hecha para estar con Dominic y yo no. Al menos no de esa forma oscura y glamurosa tan propia de ella.

Tal vez esté hecha para alguien como Andrei. Feo. Pero no es feo, lo sé, y yo tampoco. *Pero no soy una belleza como Anna*. Quiero apartar ese pensamiento de mi mente porque sé que es inútil y tonto. Dominic me quiere como soy, lo sé. Él cree que yo soy preciosa y eso es lo principal.

Anna vuelve a mirar hacia abajo por encima de la barandilla.

—Adiós, Beth. Tal vez te vea luego. Voy a estar en el apartamento esta noche. Y me encantaría verte.

No si puedo evitarlo, pienso.

—Adiós, Anna. Adiós, Dominic.

Lo miro desde abajo, intentando ocultar mientras Anna pueda vernos lo desesperada que estoy por obtener una explicación de boca de Dominic. Solo Dios sabe cuánto habrá oído ella. Los miro alejarse cruzando el edificio principal hasta que desaparecen de la vista.

Suspiro. Muy infeliz, vuelvo al apartamento de Andrei. *¿Cómo demonios voy a solucionar esto? ¿De verdad me habrá traicionado Dominic?*

Dejo a un lado la tristeza y la confusión por ahora. Tengo trabajo que hacer.

PARA LAS SEIS de la tarde, la hora de finalización de la jornada de los operarios, el trabajo está casi terminado. Los grupos y los conjuntos han quedado impresionantes, tengo que admitirlo, y mi humor mejora cuando

pienso en lo satisfecho que va a estar Andrei con los resultados. Los cuadros transforman el apartamento. Ahora parece un hogar de verdad y hay algo con lo que deleitarse los ojos y la imaginación en cada rincón, aunque todavía quedan unos cuantos cuadros por colgar y sigue faltando la obra para el baño de Andrei, donde quiere colgar su *Mona Lisa* particular.

Marcia se ha ido ya y Sri ha salido a la compra, así que empiezo a recoger mis cosas para irme a casa. No he sabido nada de Dominic en todo el día, pero no quiero pensarlo mucho. Dice que tengo que confiar en él y seguramente debería. Pero no puedo evitar sentir que todavía me oculta secretos, cosas que necesito saber de él. Ojalá sintiera que confía en mí y que podemos hacer frente a cualquier cosa juntos. Me temo que Dominic quiere afrontar los problemas solo y solucionarlos sin mí; no se da cuenta de que somos más fuertes juntos y que quiero ayudarle y sentir que me necesita. Ojalá pudiera verle y explicárselo, pero la verdad es que las sombras de la discusión y la horrible sensación de sospecha han permanecido conmigo todo el día y le han quitado toda la emoción a la misteriosa pregunta que me ha hecho Dominic sobre el anillo.

Ahora seguro que no quiere comprarme ese anillo, pienso con una tristeza infinita, *ni de compromiso ni de otro tipo. Se ha enfadado mucho conmigo por presionarle.*

Durante un breve momento me imagino estar casada con Dominic. Veo una boda romántica con el novio más guapo del mundo haciendo el voto de amarme el resto de su vida. Yo llevo un vestido blanco precioso y mi familia y amigos están allí viendo cómo me comprometo con ese hombre extraordinario. Y después viene una noche de bodas con sorpresas tentadoras y regalos especiales no aptos para que los vea nadie que no esté en la suite nupcial: lencería de encaje, suaves cintas de seda, un antifaz blanco con lentejuelas, esposas de cuero blanco forradas de piel... Y luego una vida entera juntos, llena de amor, ternura y apoyo mutuo. *Podría ser maravilloso. ¿Y si de verdad se refería a un anillo de compromiso?*

No hago más que darles vueltas a todas esas ideas estúpidas. Necesito echarme una buena reprimenda. *Es ridículo imaginar algo así cuando llevamos juntos tan poco tiempo.*

Sí, responde otra parte de mí, *pero los dos sabemos que es especial. Nuestra conexión va más allá de cualquier cosa que yo haya conocido...*

¿Y entonces por qué demonios está dejando que alguien le azote? ¿Y por qué no me dice quién es?

Me está volviendo loca no saber esas cosas. Decido dejarle en paz hasta la finalización del negocio y después exigirle que me diga la verdad si quiere que la relación avance.

Me estoy colgando el bolso del hombro cuando oigo la puerta principal. Salgo al pasillo esperando encontrar a Sri que vuelve de la compra, pero es Anna la que está ahí, con el pelo oscuro brillando bajo los focos de la entrada. Está tan guapa como antes y sus ojos verdes brillan con esa diversión secreta

que parece acompañarla siempre.

—Hola, Beth —me dice sonriendo—. Me alegra que me hayas esperado.

—Estaba a punto de salir —le respondo intentando que entienda que esa no era mi intención sin parecer maleducada. La verdad es que esperaba poder escabullirme antes de que llegara. Si hubiera tardado cinco minutos más, me habría librado. Hago una mueca de irritación en mi mente. Pero la verdad es que me pregunto qué demonios le habrá contado Dominic de lo que ha presenciado hoy. Tengo que preguntárselo a él para que podamos contar la misma historia—. Tengo que volver a casa. Perdona, Anna.

—Oh, vamos —responde acercándose a mí—. Seguro que puedes quedarte un poco más. Tómate una copa de vino conmigo. Enséñame los cuadros. Estaba admirando los que hay aquí en la entrada. Estos antiguos grabados arquitectónicos son preciosos y están fantásticos agrupados así sobre la consola.

A pesar de la situación, me siento halagada.

—¿Te gustan?

—Sí, claro. Venga, ven. Vamos a la cocina a servirnos un poco del excelente Gavi de Andrei y después me enseñas el resto.

Abre la marcha confiada. Estoy a punto de decirle otra vez que tengo que irme, pero cedo. ¿Qué daño puede hacerme una copa de vino y un recorrido por la casa enseñándole los cuadros? Quiero saber su opinión; después de todo parece tener buen gusto. Dejo el bolso y la sigo. En la cocina sirve dos copas generosas de vino blanco frío y me pasa una.

—Bien —me dice—, vamos a admirar tu trabajo.

Mientras recorremos las habitaciones me olvido por completo de mis celos anteriores por Anna y del hecho de que ha estado un poco fría conmigo últimamente. Ahora se está mostrando amistosa, escuchando con interés mis explicaciones sobre los cuadros y haciendo comentarios inteligentes. Además alaba mi forma de colgar y conjuntar los cuadros. Disfruto tanto del paseo por la casa con ella bebiendo el vino que incluso se me olvida pensar si me va a preguntar por Dominic.

Llegamos al dormitorio de Andrei; allí como motivo central he colgado un enorme cuadro flamenco de una naturaleza muerta floral con rosas rojas y tulipanes amarillos, que queda perfecto sobre el verde oscuro de las paredes, y enfrente, un gran óleo de un zorro, furtivo y sigiloso, sobre un paisaje gris. El animal mira al espectador del cuadro enseñando los dientes y con la cola levantada en actitud orgullosa y tiene una presa muerta a sus pies, como si acabaran de interrumpirle cuando se la estaba llevando a su guarida.

—Muy acertado —dice Anna con su voz profunda, riendo—. Sí, sí. Un zorro. Qué apropiado para el astuto y a veces letal señor Dubrovski. Le va a gustar este. Tal vez lo confunda alguna vez con un espejo. —Se gira y me mira con sus ojos verdes—. Obviamente le conoces bien.

—No tan bien como tú —contraataco sonriendo también. Por el momento somos amigas...

—Tal vez no —contesta lánguidamente. Se acerca a la cama y se sienta sobre el edredón con estampado de cachemires. Es una cama con cuatro postes de roble envejecido, pero sin barras para poner un dosel o cortinas, solo los cuatro postes desnudos. Cruza mi mente una imagen fugaz de Anna sobre la cama, con los brazos y piernas abiertos y las muñecas y los tobillos atados a los postes. La aparto rápidamente.

—Ven y siéntate aquí —me dice en voz baja y ronroneante y le da unos golpecitos a la superficie de la cama a su lado—. Quiero preguntarte una cosa.

Dudo, pero acabo acercándome despacio a ella. Tengo la sensación de que quiere preguntarme por Dominic. Deseo con todas mis fuerzas que hubiéramos podido hablar antes para ponernos de acuerdo y contar la misma versión de la historia. Ahora tendré que ser evasiva y evitar como pueda las preguntas incómodas.

Sus labios escarlata se curvan para formar una sonrisa cuando me aproximo. Tengo la idea repentina de que tal vez debería haber encargado un retrato de ella para el baño de Andrei. *Sí. Un desnudo. Qué bonito: la amante del rey colgada en su habitación privada, donde solo él puede admirar su cuerpo perfecto*. Tomo nota mental de preguntarle a Mark si conoce a algún buen retratista que pudiera querer ocuparse de un encargo así. Supongo que cualquier artista disfrutaría de la oportunidad de pintar a Anna desnuda.

—Vamos, vamos, siéntate. Muy bien —me dice cuando me encaramo a la cama a su lado y me siento en el borde—. Ponte cómoda, siéntate más atrás. Así. Bien. —Le da un sorbo al vino mirándome por encima del borde de la copa—. Esto está bien. Es agradable.

Bebo yo también y me doy cuenta de que la cantidad que había en mi copa ha bajado bastante.

Anna vuelve a hablar con la voz suave y agradable.

—Beth, conoces la naturaleza de mi relación con Andrei, ¿no? Es muy íntima. Somos amantes. Y la razón por la que somos amantes es que encajamos perfectamente a nivel físico. ¿Sabes lo que quiero decir con eso?

—Que tenéis la química adecuada. —*Oh, Dios, me está hablando de Andrei, no de Dominic. Quiere presumir otra vez. Bueno, que lo haga.*

Asiente.

—Sí, sí, la química adecuada. Nos encanta el sabor y el olor del otro, pero también estamos muy bien compenetrados. Le encanta tocarme y lo que puedo hacer por él y a cambio me proporciona mucho placer. Estoy segura de que sabes a qué me refiero: cómo un hombre y una mujer se pueden sentir justo como tiene que ser cuando son uno, como si hubieran nacido para estar unidos, dos mitades de un todo. Así es como me siento yo cuando Andrei me penetra. —Sus ojos brillan al mirarme, como si quisiera atraerme a su universo—. ¿Sabes a lo que me refiero, Beth? ¿Has sentido eso con un hombre?

No puedo mirarle a los ojos. Esta conversación no está resultando como esperaba y el giro tan personal que ha dado me está haciendo sentir incómoda.

No le respondo.

—Pero —continúa con la voz baja y dulce otra vez— de vez en cuando a Andrei le gusta probar algo nuevo, un poco de variedad. Lo sé y lo acepto. Yo me reservo para él, pero es porque yo quiero y por ninguna otra razón. Él es libre de hacer lo que le apetezca. —Se inclina un poco hacia mí, con la cabeza ladeada y los ojos muy abiertos—. Tal vez incluso te ha pedido ya que te plantees convertirlo en tu amante...

Oh, ya veo. Quieres saber si hay algo entre Andrei y yo. De eso va todo esto de la charla y el vino; solo es una estrategia a ver si se me suelta la lengua. Bueno, no va a conseguir lo que quiere tan fácilmente, señorita Poliakov.

—No —le respondo rápidamente. No tengo intención de contarle nada a Anna—. No lo ha hecho. —Siento la lengua algo pastosa en la boca, como si se me hubiera hinchado un poco, y me noto un poco mareada. Tengo que dejar de beber; el vino se me ha subido a la cabeza demasiado rápido. Necesito comer algo.

—No te preocupes —me responde sin darle importancia, sonriendo otra vez —. Solo te pregunto porque él te ha mencionado. Dice que está interesado en ti y que quiere saber más sobre tu naturaleza. Le he dicho que te preguntaría.

—¿Mi naturaleza? —repito.

—Sí. —Ahora está más cerca que nunca. Huelo su perfume, profundo y oscuro. Me recuerda a un perfume llamado Poison que una amiga mía solía llevar—. Se te ve tan remilgada y tan correcta con esos trajecitos estilizados y esa educación tan británica... Pero sospecho que bajo la superficie eres un volcán lleno de pasión y de deseo. Te he estado observando, Beth, y veo señales de eso en la forma de moverte, en tu boca sensual y en tus ojos. Creo que disfrutas de tu sexualidad, ¿me equivoco? No, veo que no. Eres una chica a la que le encanta hacer el amor y gozas con muchas cosas que le sorprenderían a la gente que cree que te conoce bien, ¿a que sí, Beth? Te gustan las cosas pervertidas, ¿no? ¿Tengo razón?

Sus palabras me dan vueltas en la cabeza y me estoy mareando de verdad. No puedo responder; la boca no me obedece cuando intento hablar.

—Bien, Beth, tengo una sugerencia para ti. No me respondas inmediatamente. Puede que en un primer momento tu instinto te haga decir que no, pero si lo piensas, verás que la proposición que te hago es muy tentadora. Lo que te sugiero es que te unas a Andrei y a mí en la cama y que nos enseñes a ambos qué tipo de fuego encierra tu cuerpo. —Baja la voz hasta que solo es un susurro que parece acariciarme la piel—. Andrei demuestra su agrado y su aprobación de muchas maneras placenteras. Disfrutarás de las recompensas físicas y de las prácticas. Créeme, los tres podríamos encontrar mucha satisfacción juntos. A Andrei le encantaría... Y a mí también.

Está acercando la cara a la mía, como si estuviera a punto de poner sus labios escarlata sobre mi boca. Aparto la cara y recupero el control.

—¡No! —digo con firmeza—. No quiero hacer eso. No tiene nada que ver conmigo.

—¿Estás segura? Lo disfrutarías, te lo prometo. Y nadie va a querer azotarte ni atarte con cuerdas, te lo prometo. Aunque para ponerle un poco de picante a la cosa puede que te tapemos los ojos con un antifaz para que no sepas si es Andrei quien te hace el amor o soy yo.

La miro horrorizada. *¿Azotarme? ¿Atarme con cuerdas? ¿Cómo puede saberlo?*

Se está acercando a mí otra vez. Me apoya suavemente la mano en el brazo y me acaricia la piel.

—No habrá mazmorras ni una sucesión de azotes hasta que ya no puedas soportarlo más. A ti eso no te gusta, ¿verdad, Beth? Estuviste a punto de dejarle definitivamente después de eso, ¿no? Casi os separó. Pero creo que ya le has perdonado.

El estómago me da un vuelco por el horror y se me seca la boca. Con el pulso acelerado y los labios muy secos, le digo:

—¿Cómo sabes eso?

—¿Lo de Dominic y tú? Porque él me lo ha contado, claro.

—¿Hoy? ¿Después de lo que has visto? —Estoy intentando digerir la información, entender lo que significa, pero las implicaciones de lo que está diciendo me superan. Sabe cosas que yo no le he contado nunca a nadie. *Cosas que solo sabe Dominic*. Aparto el brazo de su mano, que no ha dejado de acariciarme.

—Hoy no —me responde—. No. Lo sé desde hace mucho tiempo. ¿Sabes esas marcas que tiene Dominic en la espalda, las que te enfadaron tanto antes? Bueno... —Anna baja la barbilla y me mira encantadoramente entre las pestañas—. No quiero causar problemas, pero sé que es algo que tú necesitas saber y no creo que Dominic te lo cuente, así que lo contaré yo. La persona que le hizo esas marcas fui yo. Le di una buena paliza antes de que hiciéramos el amor.

Noto subir las náuseas desde mi estómago.

—No —consigo decir con dificultad—. Eso no es cierto.

—Piénsalo, Beth. ¿Cómo iba a saber esas cosas si Dominic no me las hubiera dicho? Lo de vuestra experiencia en la mazmorra y que no tenía nada que ver con tus deseos... ¿Cómo iba a saber lo de las marcas de la espalda si no se las hubiera hecho yo? Tu corazón te está diciendo la verdad: Dominic y yo somos amantes. —Se ríe y abre las manos, magnánima—. No me importa si se divierte un rato contigo. Está un poco encaprichado, es cierto, pero se le pasará con el tiempo, siempre se acaba pasando. Le gusta llevarse a chicas inocentes a esos viajes románticos con él, le excita. Y mientras les ablanda el corazón, les endurece el culo con el látigo. Supongo que te habrá mencionado un anillo en algún momento... Le gusta decirlo pronto para manteneros aún más enganchadas.

No puedo soportarlo ni un minuto más. Sus palabras me rompen el corazón. Me pongo de pie de un salto y dejo caer la copa. Lo que queda del vino se derrama sobre la alfombra

—¡Eso es mentira! —grito rota de dolor—. ¡Confío en él, le quiero! ¡Él no haría eso, no me trataría así! No te creo. Se lo preguntaré a él y me dirá que son todo mentiras.

—Claro que sí —me dice poniéndose en pie tranquilamente—. Y sin duda harás el amor con él con una rendición todavía más absoluta cuando te convenza de que es inocente. Pero no lo es. Reflexiona, Beth. No hay ninguna otra explicación. —Su sonrisa de repente se ha vuelto malévola, y los ojos verdes, fríos como el hielo—. La verdad es que deberías darme las gracias. Te estoy salvando de él. Podría haber estado utilizándote durante meses hasta que se cansara y te dejara, como ha dejado a las otras.

—¡No quiero escuchar más! —chillo—. ¡Es despreciable lo que estás diciendo! Estás intentando estropearlo todo y no te lo voy a permitir. —He entrado en una espiral de rabia y pánico y lo único que sé es que tengo que huir de ella como sea. Me está envenenando la mente y su voz se está metiendo en mi cabeza y en mis venas, repartiendo su ponzoña por todo mi cuerpo. No puedo escuchar ni una palabra más. No. Me giro hacia la puerta y me alejo.

Su voz me sigue, fría y clara.

—¿No quieres saber quién te folló en la cueva, Beth?

Me quedo parada en seco y suelto una exclamación ahogada. Miro la puerta, cierro los ojos y suelto el aire despacio. Ahí está. Esa es su baza. Lo sabe. Con una sola palabra puede destrozar mi vida. ¿Pero puedo creer algo de lo que ella me diga? Si no hubiera nada de verdad en todas esas cosas terribles que me ha dicho... Pero lo hay. Me vuelvo lentamente hacia ella, que me está mirando con una mezcla de diversión y hostilidad en la cara. Tengo la repentina sensación de que si cambiara de opinión totalmente ahora mismo y le dijera que cedo a sus deseos y que me meteré en la cama con ella y con Andrei, si me acerco y le suplico que me bese, volvería a ser esa gatita complaciente en un segundo. *Está prácticamente esquizofrénica*, pienso aterrada. *Tan bella por fuera y tan malvada por dentro.*

—Está bien, Anna —le digo calmada y serena externamente, a pesar del tornado de mi interior—. Pero dime una cosa. ¿Cómo puedes saber lo que pasó en la cueva esa noche? No estabas allí.

Me mira durante un largo momento, evidentemente disfrutando del poder que tiene sobre mí.

—¿Ah, no? —dice.

La miro horrorizada por la idea de que pueda haber presenciado lo que pasó en el túnel de las catacumbas.

—Eres idiota —me dice con una risa—. ¿Y si no estaba solo mirando? ¿Y si fui yo quien tuvo sexo contigo?

Me giro y salgo corriendo; solo puedo pensar en alejarme de ella. Su horrible risa me acompaña todo el camino hasta la salida.

Capítulo 18

CORRO POR Piccadilly en un estado de pánico, sin saber del todo dónde estoy o adónde voy. Llevo varios días al borde del precipicio, temiendo que alguien viniera a destrozar todo mi mundo, y al fin ha pasado. Pensaba que sería Dominic o Andrei... Nunca habría creído que sería Anna. Pero ahora todo parece tener un horrible sentido.

Es la amante de Dominic. Tiene que ser cierto. Sabe cosas íntimas y privadas que solo le puede haber contado él. Sabe lo de las marcas en la espalda. Incluso lo del anillo. *¿Cómo puede ser eso posible si no lee la mente? Dominic se lo ha tenido que decir, es la única posibilidad. Y solo compartiría esas cosas con alguien cercano e íntimo...*

Me estremezco y los ojos se me llenan de lágrimas que me ciegan.

¿Y esa cosa tan horrible que ha insinuado, que fue ella la que me hizo el amor en la cueva? ¿Cómo podría ser eso? Seguro que no es posible... Conozco el contacto de un hombre, su sabor y las sensaciones que produce. Sin duda fue un hombre el que tuvo sexo conmigo esa noche. Pero una duda horrible me corroe. ¿Puedo haberme equivocado? Tal vez sí, teniendo en cuenta el estado en el que estaba. No... *no*. Todo en mí se rebela contra esa idea. Espero no haber tenido una experiencia como esa, y mucho menos sin mi consentimiento. No está bien, nada bien.

Una voz en mi cabeza no deja de gritarme: *¿pero cómo sabe que tuviste sexo en las catacumbas? Tuvo que verte. A menos que fuera Dominic y se lo haya contado. O que fuera Andrei y él se lo haya contado.*

Me detengo en medio de la acera y cierro los ojos con fuerza. Me aprieto las manos sobre los oídos porque quiero bloquear todas esas voces internas que me hablan y no dejan de formular acusaciones y responder a ellas, de hacer preguntas, dar respuestas, establecer asociaciones y después romperlas. No puedo soportar tanto ruido y tanta cháchara, pero sobre todo no puedo con el dolor que está creciendo en mí como un globo de acero que se expande dentro de mi pecho, amenazando con sofocarme desde dentro. Estoy intentando tragarme las lágrimas. Quiero llamar a Dominic y gritarle, pedirle una explicación, la *verdad* por fin. Pero no puedo. No puedo hablar. No puedo pensar. Solo quiero hacerme un ovillo y llorar. Y después morirme para dejar todo este lío horrible atrás de una vez por todas.

Estoy perdiendo la fuerza en el cuerpo, las rodillas me fallan y creo que me voy a desmayar. En la oscuridad fría de una calle de Londres, con gente pasando apresuradamente a mi lado, se me escapa un fuerte sollozo. Consigo apartarme a un lado y apoyarme contra un escaparate; siento tal desesperación que no sé qué hacer. Entonces se me ocurre algo.

Saco el teléfono. No sé cómo consigo desbloquearlo y buscar entre mis contactos hasta que encuentro el que quiero. Le doy al botón de llamada y un

momento después oigo la voz familiar de James a través del auricular.

—Hola, querida, ¡cómo me alegro de que me llames! ¿Qué tal la vida con Dubrovski? Espero que no haya habido más copas con sorpresa...

Intento hablar pero solo me sale un sollozo ahogado. James se preocupa instantáneamente.

—¿Estás bien, Beth?

—No... no —consigo decir.

—¿Dónde estás?

—Junto a la estación de Green Park. ¡Oh, James, es terrible! —No puedo evitar que todo el cuerpo se me estremezca por el llanto.

—Quédate ahí. Voy para allá. —Y cuelga.

Me siento mejor solo con saber que James viene para acá, pero sigo perdida en mi dolor y las lágrimas no dejan de caerme por la cara. Algunos transeúntes miran con curiosidad a esa chica que no para de llorar al lado del escaparate de un concesionario de coches.

James llega en un cuarto de hora a pesar de las multitudes de la hora punta. Cuando siento que me rodea con sus brazos, no puedo evitar dejarme llevar y sollozar contra las solapas de su abrigo.

—Ya está, ya está —me dice suavemente—. Vamos a llevarte a mi casa y ver cómo solucionamos lo que sea que haya pasado.

Para un taxi y los dos nos metemos dentro. No dejo de sollozar todo el camino hasta la casa de James y él me deja que me desahogue sin preguntarme nada. Se limita a pasarme pañuelos y a rodearme con un brazo firme cuando los sollozos parecen poder conmigo.

Cuando entramos en su cómodo piso, ya me he calmado un poco y estoy en la fase de hipar y sorber por la nariz, aunque aparecen nuevas cascadas de lágrimas cada vez que pienso en la causa de mi estado. James me trae un vaso de agua y después se instala en el sofá de terciopelo magenta entre la profusión de cojines de terciopelo y seda de color naranja, azul verdoso y dorado. No hay señales de Erlend, su pareja.

—Vamos a ver, ¿té o una buena copa de ginebra? —me pregunta una vez que le he dado unos sorbos el agua y me he librado del hipo.

—La ginebra, por favor. Y después el té —respondo.

Se acerca a la bandeja de las bebidas y sirve dos copas generosas de Hendrick’s en vasos de cristal, le añade el contenido de dos latas pequeñas de tónica, rodajas de limón y de una nevera en miniatura magenta saca unos cubitos de hielo. Me trae una de las copas y después acomoda su cuerpo alto y delgado en el amplio sofá que tengo enfrente.

—Erlend va a venir tarde esta noche, así que tenemos la casa para nosotros solos. Dispara —me dice—. Cuéntamelo todo.

Le explico lo que ha pasado desde que le vi por última vez y termino con la conversación con Anna de hoy y su terrible afirmación de que es la amante de Dominic y que él solo me está utilizando para sus juegos.

—¿Y crees a Anna antes que a Dominic? —me pregunta James con una ceja

enarcada—. ¿Después de todo lo que habéis pasado vosotros dos?

—Sé que suena ridículo —le contesto desconsolada. Siento los ojos hinchados y me escuecen. Me sueno la nariz con uno de los útiles pañuelos de James—. Pero no sé qué pensar. No quiero creerla, pero no veo qué otra cosa puedo hacer teniendo en cuenta las cosas que sabe.

James se inclina hacia delante y me mira por encima del borde de sus gafas.

—¿Y las pruebas son...?

—Me ha dicho cosas que solo podría saber si él se las hubiera contado. —Me dejo caer en los cojines—. Las cosas que hacíamos juntos, que los azotes fueron la causa de nuestra ruptura... A ti no te he contado todos los detalles, pero ella sabe lo que pasó y dónde. También están las marcas de la espalda de Dominic. ¿Cómo puede saber que las tiene a menos que le haya visto desnudo? Y han aparecido después de que yo estuviera con él el domingo, así que ha tenido que verle hace poco. Y dice que ya ha hecho esto antes, salir con chicas como yo...

James levanta las manos y cierra los ojos.

—No —dice pensativo—. Eso no es ninguna prueba. Puede ser algo desagradable que te ha dicho para hacerte todavía más daño. No es difícil inventar historias maliciosas que encajen con los hechos.

—¡Pero incluso sabía que me ha hablado de un anillo!

—O lo ha adivinado —responde James—. Y si él no te hubiera dicho nada de un anillo, eso no afectaría a sus insinuaciones; si Dominic en algún momento te lo mencionaba, ese detalle apoyaría sus mentiras y haría que parecieran ciertas.

Suspiro profundamente. El llanto me ha agotado y estoy en un estado de total confusión, dándole vueltas y vueltas a las cosas. Solo sé que esto pinta muy mal para Dominic y para nuestra relación. James le da un sorbo a su ginebra con el ceño fruncido.

—Lo que no me puedo explicar es cómo sabe ella todo eso —reflexiona—. Por ejemplo lo de la mazmorra. Se lo ha tenido que contar él, tienes razón. Es la única explicación plausible, porque no se lo ha podido decir nadie más si vosotros dos sois los únicos que sabéis lo que pasó. Pero eso no los convierte en amantes. Tal vez él ha sido indiscreto y le ha contado más de lo que a ti te gustaría que supiera. Eso no está bien por su parte, pero no sería la tragedia que tú ves ahora mismo.

—¿Y cómo sabe lo que pasó en la cueva?

—Tal vez estaba espiando. No es una posibilidad muy agradable de considerar, pero tiene lógica.

—Pero... me ha llegado a decir que fue ella. —Me tiembla el labio otra vez—. ¿Puede ser eso posible?

—Es posible —responde James con sinceridad—. No serías la primera a la que ha engañado otra mujer fingiendo que era un hombre.

—No. —Niego con la cabeza enfáticamente—. No puedo creerlo. La altura, la silueta, el traje... Sin duda era un hombre.

—Eso es más probable, la verdad —concede James—. Normalmente hace falta mucha preparación para que una mujer parezca un hombre y que otra mujer la acepte como tal. Es casi tan importante ser psicológicamente convincente como tener los atributos físicos. Que la otra persona se lo *crea* es lo principal. Una vez que se establece eso, un consolador bien elegido y tal vez una pera con agua caliente para fingir una eyaculación realista pueden servir para realizar una representación decente.

Me estremezco.

—No. Sin duda no fue eso. Puede que estuviera un poco ida, pero estoy segura de que eso no fue lo que pasó.

James acaricia el borde de su vaso. Creo que está disfrutando de esta tarea de detective y me alegro de que él pueda pensar con claridad ahora que yo soy incapaz.

—Sí —dice por fin—. Tienes razón. Ahora que lo pienso, tendría que haber venido preparada con mucho equipo y encontrar tiempo para cambiarse, encontrarte, seducirte de una forma efectiva sin que nadie os interrumpiera y después volver a cambiarse y asegurarse de que Andrei te encontraba en el momento correcto, justo cuando ella se reunía con Dominic. ¿Y por qué? Sin duda eres una mujer atractiva, Beth, pero tendría que tener una determinación muy extrema para hacer algo así. No, no es posible. Creo que podemos calificar su comentario de fantasía mental y descartarlo como algo que pasó realmente a nivel físico.

Dejo escapar un suspiro y me estremezco. *Gracias a Dios*. No podía soportar la idea de que me hubiera engañado así. Me sentiría violada. En el fondo de mi corazón estaba segura de que no podía ser cierto, pero es un enorme alivio saber que, según la sabia opinión de James, un truco sexual así es casi imposible de poner en práctica.

—Me parece —continúa James cruzando las piernas y revolviendo los cubitos de hielo de su copa— que necesitas hablar con Dominic. Él es el único que puede darte respuestas y decirte si era él el de las catacumbas. Solo él puede explicarte cómo se hizo esas marcas, cómo sabe Anna lo que sabe y si de verdad te ha sido infiel. —Me mira con los ojos grises muy serios—. Mi querida niña, es con Dominic con quien tienes que hablar ahora.

MÁS TARDE, después de hacerme una buena cena, James me mete en un taxi para que me lleve a casa. Contemplo la ciudad por la ventanilla mientras cruzamos las calles en dirección este hacia la zona donde vivo. Saco el teléfono esperando encontrar un mensaje de Dominic, pero no hay nada. Me quedo mirándolo, preguntándome qué debo hacer. Está a punto de cerrar un negocio vital, el más importante de su vida, la clave de todo su futuro. *Del futuro de ambos tal vez.* ¿Debo llamarle para decirle todas esas cosas horribles y tal vez ponerlo todo en riesgo? ¿Y si es inocente y lo estropeo todo? No podría volver a mirarle a la cara.

Intento aferrarme a la conclusión de James de que solo tengo que hablar con Dominic y aclarar todo este lío, pero con cada kilómetro que pasa bajo las

ruedas del taxi y que nos separa, el consejo de James se va volviendo menos convincente y las dudas vuelven a instalarse en mi mente. Recuerdo los verdugones hinchados en la piel de Dominic. No me los he imaginado. Alguien ha tenido que hacérselos. Y Anna conoce ese detalle tan privado. Intento pensar como James y considerar otras explicaciones posibles: tal vez ella le ha visto las marcas en otro contexto. ¿Puede que Dominic se haya cambiado delante de ella o que le haya dicho que tiene marcas en la espalda? Es posible. *No debo condenarle aún ni llegar a conclusiones precipitadas. Ni culparle sin haber oído su versión de la historia.*

Las últimas palabras que me ha dicho James resuenan en mis oídos. Antes de hablar con Dominic, tengo que calmarme y prepararme para aceptar su explicación. No sirve de nada pedírsela si ya estoy convencida de que es culpable.

—Tómate tu tiempo —me ha dicho James—. Controla tus emociones y utiliza la cabeza, no el corazón. Recuerda: ¿en quién confías más? ¿En Dominic o en Anna?

Parece muy sencillo, pero no lo es. Las horribles sospechas están agazapadas en mi cabeza, listas para saltar y empezar a susurrarme al oído cosas que minan mi alegría, mi confianza y mi amor.

Le envío un mensaje a Dominic:

Llámame cuando puedas, cuando acabes con el negocio. Me gustaría que pudiéramos hablar. Besos.

No hay respuesta inmediata. Apoyo la cabeza contra el frío cristal de la ventanilla del taxi mientras seguimos hacia el este, hacia las viejas calles serpenteantes del corazón del antiguo Londres.

Para final de semana, lo sabré todo. Sea lo que sea.

AL DÍA SIGUIENTE no voy al apartamento de Andrei. No quiero, no mientras tenga la más mínima posibilidad de encontrarme con Anna. No quiero volver a verla. Quedan muy pocas cosas por hacer, y cuando estén acabadas, me habré librado de Anna y de Andrei para siempre. Mark puede seguir tratando directamente con Andrei de ahora en adelante y yo me mantendré al margen.

Voy directa a la galería de St. James. El Fragonard sigue en el escaparate, tan exquisito como siempre. Me encanta esa chica con los ojos bajos, concentrada en su libro, tan llena de vida que parece que tiene sangre y oxígeno bajo la superficie de su piel hermosa. El propietario de la galería lleva un atuendo curioso: unos pantalones bombachos de *tweed* y un jersey con agujeros de polillas. El pelo blanco hoy también le cae como una cortina desde el borde de la calva. Parece que no me reconoce.

Tal vez el dolor me ha cambiado, pienso tristemente. Estoy cansada por las emociones extremas que experimenté ayer y por el dolor que todavía siento. Tengo los ojos rojos e hinchados después de tanto llorar. Y no he sabido nada de Dominic todavía. Se está alejando de mí otra vez; eso empieza a convertirse en un patrón que se repite cada vez que discutimos. No va a volver

a abrirse conmigo tan pronto. Me va a hacer esperar. *Siempre ejerciendo el control.*

—¿Puedo ayudarla? —me pregunta el propietario de la galería.

—Sí. Me alegro de ver que el Fragonard sigue aquí —le digo. Contemplo la parte de atrás del marco, que está apoyado sobre un caballete en el escaparate.

—Sí —me responde el dueño—. Pero va a salir a subasta dentro de pocos días.

—¿A subasta?

—Eso es.

No tengo tiempo que perder.

—Quiero comprarlo —declaro.

Me mira divertido.

—Querida niña, no es algo que se pueda adquirir por un capricho. Cuesta mucho dinero y tengo intención de conseguir como mínimo el precio de mercado por ese cuadro.

—Yo se lo pagaré —le digo decidida—. Sé lo que vale.

El propietario suspira con irritación.

—Bueno, ya está bien de tonterías. ¿Por qué no te vas a molestar a otra galería? Porque aquí no aceptamos dinero del Monopoly.

Saco la tarjeta de crédito negra de Andrei.

—Y yo no espero que lo haga. Esto es lo que le voy a pagar por ese cuadro... —Y le digo la cantidad.

* * *

MARK SE RÍE cuando le cuento la historia esa tarde mientras nos tomamos unas tazas de fragante té Earl Grey.

—¿Y qué dijo el viejo? —me pregunta arrellanándose en su sillón con los ojos brillándole por la diversión.

—No sabía qué decir. Se quedó sin habla. —Yo también me río al recordar el total asombro impreso en la cara del propietario de la galería—. Pero cuando le mencioné tu nombre y el de Dubrovski, se dio cuenta de que iba en serio. Después todo fue fácil. Estaba encantado de venderlo por tanto dinero, y además ahorrándose la comisión de la casa de subastas.

—¿Y te lo cargó a la tarjeta de crédito? —me pregunta Mark incrédulo.

Niego con la cabeza.

—Fue un poco más complicado. Nos llevó un rato conseguir la autorización y traspasar los fondos, pero al final hicimos una transferencia rápida. Solo unas horas después el cuadro ya era mío.

—Quieres decir de Andrei...

—Claro. De Andrei. —Le sonrío.

Estamos sentados en su salón, cerca del fuego que arde con fuerza en la chimenea. Fuera hace un día frío de otoño, con ese color gris permanente que de repente se convierte en noche cerrada. Mark está bien abrigado con jerséis de cachemir, bufandas y un par de guantes sin dedos en las manos, y se ha

sentado muy cerca del fuego. Debe de ser muy friolero. No me sorprende porque no le queda ni un gramo de grasa en el cuerpo para darle calor. De hecho está más delgado que nunca, casi descarnado. *Tiene que comer más. Parece que se está consumiendo.*

—¿Y dónde está ahora el cuadro? —me pregunta Mark envolviendo la taza con los dedos.

—Colgado en el baño de Andrei, como él quería. Espero que sea una sorpresa maravillosa. No ha visto mi trabajo todavía, así que no tengo ni idea de si le gusta o no, pero yo estoy satisfecha.

—Eso está bien. —Mark asiente—. La confianza en tu trabajo es vital. Tienes que confiar en tu instinto.

—Bueno, pues ya está. —Suspiro feliz y le doy un sorbo al té—. Ya he acabado mi trabajo. El Fragonard es la floritura final, mi rúbrica. Ahora puedo volver a trabajar para ti. ¿No te alegras?

—Mucho, Beth. —Mark se mira pensativamente los zapatos de cuero color castaño muy lustrados y después levanta la vista para mirarme a mí—. Ahora te necesito más que nunca. Me temo que tengo que darte malas noticias. Por eso te he pedido que vinieras hoy. Puede que hayas deducido por mi apariencia que no estoy precisamente en mi mejor momento. Llevo meses sintiéndome raro e indispuesto y últimamente he empeorado. Me han hecho varias pruebas y ahora, por fin, saben con seguridad lo que es.

Me quedo helada y siento que el terror se apodera de mí. *Claro, está enfermo. Debería haberlo adivinado. Es obvio viendo su aspecto*. Pero no lo he visto; he estado demasiado centrada en mí misma y en mis propios sentimientos para prestarle atención. Siento miedo por él.

—¿Y qué es? —pregunto en un susurro.

Él se encoge de hombros.

—Una de esas cosas horribles para las que la cura parece peor que la enfermedad. Tengo que ir al hospital para que me quiten una cosa muy desagradable y después vendrán los tratamientos de radiación y quimioterapia. Pero creo que tienen esperanzas. Aunque ya sabes cómo son los médicos: solo te dan las malas noticias cuando ya son inevitables. Por ahora tengo perspectivas optimistas y el pronóstico podría ser peor. Ya veremos.

Me siento fatal por él y muy triste al saber la batalla que le espera. Ya se le ve demasiado frágil.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Necesitas que esté aquí contigo? Haré lo que sea necesario, ya lo sabes.

—Eres muy amable —me dice con una sonrisa—. Sé que lo harías, pero no hace falta. Mi hermana va a venir para acompañarme y ayudarme durante el tratamiento. Ella me llevará al hospital y me cuidará, así que no tienes que preocuparte por eso. —Hace una pausa y después dice—: Pero hay algo que sí puedes hacer por mí.

—Cualquier cosa —le aseguro ansiosa, deseando ayudar—. Tú pídemelo.

—Me alegro de que hayas terminado este trabajo para Dubrovski un poco

antes de lo previsto, porque ahora voy a necesitar que me ayudes con el negocio, si quieres. Si te ves capaz, tendrás que hacerte cargo de gran parte de mi trabajo. Siempre puedes recurrir a mí para que te aconseje, claro, pero yo no voy a poder estar ahí en el día a día. Tendrás que arreglártelas sola, aunque Jane también te servirá de ayuda. ¿Podrás hacerlo?

—Claro que sí. —Me alegro de poder al menos aligerarle la carga mientras lucha contra la enfermedad—. He aprendido mucho de ti y cuidaré de todo muy bien, te lo prometo.

Mark me sonríe.

—Gracias. Ajustaré el sueldo a tus nuevas responsabilidades. Pero me temo que hay otra cosa que quizás no te parezca tan bien.

Le miro inquisitivamente.

—¿Qué? —Y después añado—: No me importa, haré cualquier cosa para ayudarte, ya lo sabes.

Me mira con una expresión de disculpa.

—Me temo que vas a tener que ir a San Petersburgo con Dubrovski para que evalúen el Fra Angélico en el Hermitage. No puedo hacer el viaje de ninguna manera en estas circunstancias. ¿Puedes hacer eso por mí, Beth? Sé que es mucho pedir...

Solo soy capaz de mirarle fijamente y balbucear:

—Claro... no hay problema.

Pero en mi interior se me ha caído el alma a los pies.

Justo cuando creía que me había librado de él...

Capítulo 19

LAURA NOTA mi tristeza en cuanto me ve por la noche, pero no tengo fuerzas para contarle la situación con Dominic y que no sé nada de él todavía. En vez de eso, le hablo de la enfermedad de Mark.

—¡Oh, Beth, es terrible! ¡Pobre Mark! No me extraña que estés preocupada. Es una pena —dice. Su compasión solo me pone las cosas más difíciles y acabo llorando otra vez contra su hombro—. Tienes que ser fuerte por Mark —me dice abrazándome—. Y sé que lo serás. Puedes desahogarte cuando estés conmigo. Te ha dicho que las perspectivas son optimistas, así que concentrémonos en eso.

Asiento y me seco los ojos.

—Quiere que le sustituya en un viaje a San Petersburgo a finales de esta semana.

—Oye, eso es algo bueno, ¿no? No has estado nunca en Rusia. Parece una oportunidad increíble. —La expresión de Laura está llena de esperanza. Intenta animarme con todas sus fuerzas.

—Tengo que ir con Andrei, eso es lo peor —le digo enfurruñada—. Ahora no nos llevamos muy bien.

—¿Por qué no?

La miro a los ojos inocentes y me siento fatal por no contarle las cosas. De verdad que quiero sincerarme con ella sobre todo lo que ha pasado, pero no sé ni por dónde empezar. Además, tendría que explicar cosas que no estoy lista para compartir con nadie. Me encojo de hombros.

—No lo sé. Está ocupado con ese negocio...

—¿Has podido hablar con Dominic? —Niego con la cabeza y siento todo el peso de la depresión sobre mis hombros.

—Él también está liado.

Laura frunce el ceño.

—Vamos, Beth, esto no es propio de ti. ¿Dónde está tu espíritu de lucha? ¿Que Andrei ha estado un poco gruñón contigo? Engatúsale cuando te vayas de viaje con él y vuelve a llevarlo a tu terreno. Y si Dominic está ocupado, bueno... ¡Dile que encuentre tiempo para ti o se va a enterar!

Me río a pesar de todo. Hace que las cosas parezcan muy sencillas.

—Lo intentaré —le digo.

—Puedes hacer algo incluso mejor. Sé que la enfermedad de Mark es un buen golpe, pero es algo con lo que hay que vivir. Así es la vida, ¿no?

—Cierto. —Me siento mejor al escucharla.

—¡Bien! ¡Pues sal ahí fuera e impresiónalos a todos!

LA CHARLA de ánimo de Laura es justo lo que necesitaba. Sigo atormentada por la situación con Dominic, pero ahora sé que cuando le vea, le voy a exigir respuestas. Me va a decir la verdad, toda la verdad, de una vez

por todas. Si resulta que es un mentiroso y un infiel, lo aceptaré y saldré de esta con el orgullo intacto. Si no lo es, me debe unas cuantas explicaciones.

Deseo con todas mis fuerzas que no se esté acostando con Anna, no solo por el dolor de la traición, sino también porque estoy empezando a ver lo retorcida y lo malvada que es. Pero me sorprende de todas formas: ¿por qué está decidida a estropear mi relación con Dominic si ella está tan feliz con Andrei? Y, si se está acostando con Dominic, ¿por qué a él no le importa que se acueste con Andrei también? Posibles respuestas e hipótesis se agolpan en mi mente y pronto estoy imaginando situaciones muy extrañas que no puedo ni digerir ahora mismo.

Controla tu imaginación, me digo. *Céntrate en los hechos, como James, y sé lógica. Es la única forma de salir de este maldito embrollo.*

NO SÉ CÓMO consigo dormir, pero me despierta en medio de la noche un mensaje que me llega al teléfono. Lo cojo y pulso las teclas para que se ilumine la pantalla, una luz brillante en medio de la total oscuridad. Es de Dominic, por fin.

Perdona, cielo, hoy ha sido una locura. ¡Son las 3 de la madrugada y todavía estamos trabajando! Pero esto se va a terminar en las dos próximas horas, para bien o para mal, aunque parece que las cosas están a nuestro favor. Cuando acabemos, voy a intentar dormir un poco, pero quiero verte mañana por la noche, ¿vale? Te mandaré otro mensaje después. Un beso. Dominic.

Y llega otro mensaje justo después:

Oh, espero no haberte despertado. No me he dado cuenta de que debías de estar durmiendo. Duerme bien, cariño. Nos vemos mañana. Besos.

Me quedo mirando el mensaje un buen rato. Parece totalmente normal, como si no tuviera nada que ocultar. Y el momento que tanto he esperado ya casi ha llegado. Dominic se va a librar de ese negocio, que ha sido como un nudo gordiano todo este tiempo, y después de Andrei. *Y de Anna...*

Pero en vez de estar feliz, tengo miedo. Va a ser mañana por la noche entonces. Ha llegado el momento de enterarme por fin de la verdad.

POR LA MAÑANA tengo los ojos muy secos y me siento medio dormida por la interrupción del sueño. Me costó casi una hora volver a dormirme después de los mensajes de Dominic. Será mejor que le diga que no vuelva a mandarme mensajes en mitad de la noche otra vez salvo que sea una emergencia. Tengo otro esperándome en el teléfono cuando salgo de la ducha.

¡¡¡Lo hemos conseguido!!! ¡¡¡Hemos acabado!!! Me voy a casa a dormir. Te veo luego. No puedo esperar. Un beso.

Lo cierro. *Bueno, ya está. Dominic es un hombre rico y Andrei todavía más que antes. Ahora puede empezar a hacer sus sueños realidad.*

Yo por el momento no sé si quiero formar parte de esos sueños o no.

VOY DE CAMINO a casa de Mark cuando me llega un mensaje de Andrei en el que me dice que me pase por el Albany, así que cambio de ruta. Supongo que ha vuelto tras la sesión de negociaciones que se ha alargado toda la noche y acaba de ver los resultados de mi trabajo. O le encanta o lo odia.

Seguro que no lo odia, pienso mientras me subo a un autobús que lleva a Piccadilly. Un escalofrío me hace estremecer a pesar del abrigo oscuro que llevo. *A menos que odie el Fragonard. Puede que me haya equivocado de pleno. Oh, bueno, no voy a tardar en enterarme.*

Había pensado que cuando terminara este trabajo acabaría también mi relación con Dubrovski, pero no es el caso. Al menos todavía no. Mientras Mark esté enfermo, voy a tener que trabajar directamente para él. Supongo que podremos llevarnos bien mientras tengamos que hacerlo, siempre y cuando sea consciente de que no me puede avasallar.

Vuelvo a entrar en el Albany. Creía que me había ido para siempre, pero aquí estoy otra vez, cruzando el sendero cubierto y mirando los enormes faroles que cuelgan del techo. El guardaespaldas, silencioso y con la expresión pétrea como siempre, me abre la puerta principal y me deja pasar. Entro al salón, asombrada de nuevo por la transformación que han provocado los cuadros. Le proporcionan alma y carácter al apartamento.

Napoleón sigue ahí sobre su caballo, colgando en el mismo sitio donde lo vi la primera vez, imponente y listo para la batalla. Desearía por un momento que mi lectora estuviera enfrente, como me la imaginé una vez, pero estoy satisfecha con mi elección: una serie de óleos impresionistas de jardines con tonos verdes, naranjas, dorados y lavandas, que aportan el punto de serenidad que buscaba para equilibrar la furia y la violencia del otro lado.

Todavía estoy admirando el efecto cuando entra Andrei, con el pelo mojado tras la ducha.

—¡Beth! —me saluda al verme con una enorme sonrisa en la cara. Se acerca, me coge la mano, me la estrecha con fuerza y, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, me da dos besos en las mejillas—. Quiero darte las gracias. Me acabo de dar una ducha con la mujer más hermosa del mundo.

¿Anna?, pienso, pero inmediatamente me doy cuenta de a qué se refiere.

—El Fragonard...

Sus ojos azules casi expresan calidez cuando me sonríe.

—Es bellísima. Qué elección más inspirada. Me encanta.

—Me alegro mucho —le digo con sinceridad. Estoy entusiasmada porque le guste el cuadro.

Pero de repente adopta una expresión seria.

—¿Ha costado mucho dinero? —me pregunta.

—Sí —le respondo sin más.

—Bien. —Suelta una estentórea carcajada—. Desde hoy me puedo permitir muchos más como este. Mark puede elegirlos y tú colgarlos. —Me mira durante un momento y me dice—: Sé que las cosas han sido un poco difíciles entre nosotros, pero espero que podamos seguir trabajando juntos.

—Andrei, como te dije, quiero que seamos amigos —le respondo—. Pero eso es lo único que quiero ser: *tu amiga*. Nada más.

—Lo entiendo y lo acepto, naturalmente. No sería una deshonra no hacerlo. —Su expresión es muy seria y no puedo evitar creerle. Entonces me viene

algo a la mente.

—Andrei, ¿has hablado con Mark?

Niega con la cabeza.

—Vamos a sentarnos. Tengo que contarte algo.

Nos sentamos en el sofá y Andrei me escucha mientras le explico la situación. De repente se pone de pie y cruza la habitación para coger su teléfono.

—Le buscaré el mejor especialista del mundo —dice—. Y le llevaremos en avión adonde le proporcionen el mejor tratamiento. Yo pagaré lo que cueste.

Yo también me levanto y le pongo la mano en el brazo para detenerle.

—No, Andrei. No debes interferir. Mark ya se está ocupando del asunto a su manera y no querría que tú te hicieras cargo de todo. Si en algún momento puedes hacer algo, yo te lo diré.

Se queda muy quieto y me mira con los ojos azules chisporroteando. Después su expresión se relaja.

—«No, Andrei» —repite en voz baja—. Muy pocas personas me dicen eso sin llegar a lamentarlo. —Nos miramos durante un momento. Yo me niego a apartar la vista, así que cede él—. Está bien. Haré lo que dices. Siempre y cuando me prometas que me harás saber si puedo ser de ayuda. —Su mirada se suaviza—. Lo siento, Beth. Sé cuánto aprecias a Mark. Yo también le tengo aprecio. Son muy malas noticias.

Pienso en Mark, tan delgado, apagado y enfermo, pero a la vez tan valiente, tratando a la enfermedad con tanto desdén que ni siquiera llegó a nombrarla. Se me llenan los ojos de lágrimas y parpadeo para apartarlas. No quiero llorar delante de Andrei, pero debe de darse cuenta porque me rodea los hombros con el brazo para consolarme.

—No pasa nada, Beth, ya está. Todo irá bien.

—Eso es algo que el dinero no puede comprar —le digo todavía con la voz un poco ahogada, aunque logro controlarme—: la salud. —Entonces recuerdo que tengo que decirle algo más—. Y parece que al final sí que voy a ir contigo a San Petersburgo. Si es que todavía quieres que examinen el Fra Angélico...

Eleva ambas cejas por la sorpresa.

—¡Ah! Claro. Mark no puede ir. —Me sonríe—. Bueno, espero que saques algo bueno de ese viaje, a pesar del odio que te inspiro.

—Yo no te odio —protesto incómoda porque piense eso de mí—. Fui muy maleducada contigo la última vez que nos vimos y lo lamento. ¿Podemos empezar de nuevo ahora que parece que vamos a tener que seguir trabajando juntos?

—Eso estaría muy bien —me dice suavemente, mirándome—. Me alegro mucho de oír que no me odias.

Se produce una larga pausa y noto un cambio de sintonía entre ambos, como el chasquido de algo que al conectarse crea una chispa. *Oh, no. No necesito esto ahora.*

—¿Cómo está Anna? —pregunto deliberadamente.

Me pregunto si estará en la cama de Andrei justo en este momento y si habrán estado celebrando el éxito del negocio como suelen hacerlo. No quiero volver a verla nunca, pero tal vez no pueda evitarla ahora que he de trabajar con Andrei. Me pregunto por un momento qué le diré y cómo me sentiré cuando entre en una habitación en la que yo esté. *Podré con ella, no tengo que preocuparme por eso.*

—Anna ya no trabaja para mí —dice Andrei sin darle la mayor importancia—. Hemos acordado que es mejor que se vaya a otra parte.

¿Porque no es ético tirarse a una empleada? ¿Es para que podáis estar juntos de verdad? Me sorprende la fuerte emoción que siento. Estoy segura de que no quiero que Andrei se case con Anna. *¿Por qué?* La pregunta resuena un momento en mi mente, pero pronto encuentro la respuesta. *Porque es una zorra malvada en la que no se puede confiar. Ella convertirá su vida en un infierno. Y a mí no me gustaría que alguien como ella obtuviera esa satisfacción.*

Sí, es por eso. No quiero que su naturaleza retorcida se vea recompensada con el amor de Andrei. No está bien. Pero tengo que recordarme que eso no es de mi incumbencia.

—Espero que seáis muy felices juntos —le digo decidida.

—¿Qué? —Andrei frunce el ceño, perplejo—. ¿A qué te refieres?

—Anna y tú. ¿No vais a hacer pública vuestra relación ahora?

El ceño desaparece y Andrei se ríe.

—No, Beth. Ella ha salido de mi vida para siempre. Del todo. En todos los aspectos. No tienes que preocuparte por ella.

—No estoy preocupada —le digo enfadada. *No vamos a volver a empezar con eso, ¿verdad?*—. ¿Por qué has roto con ella?

—Creo que me voy a guardar los detalles para mí, pero basta con decir que tengo mis razones.

Me sonrojo, avergonzada.

—Lo siento, no es asunto mío. Perdona.

—Claro que te perdono —me dice educado—. Tal vez algún día te lo explique. Pero ahora no.

Sigo sintiéndome incómoda, así que estiro el brazo para coger el bolso.

—Será mejor que me vaya, Andrei. Me alegro de que te hayan gustado los cuadros.

—Sí, me han gustado —responde sin rodeos—. Sabía que ibas a hacer un trabajo excelente y así ha sido.

—Tenme informada del viaje a San Petersburgo.

—Le diré a Marcia que te envíe los detalles. —Me sonríe—. Hasta entonces, Beth.

—Sí. Hasta entonces.

VUELVO A CASA de Mark sintiendo que se ha desenmarañado un poco el embrollo de mi cabeza. Anna ya no forma parte del entramado empresarial de Dubrovski, de lo cual me alegro. Temía tener que verla de nuevo y ahora no

será necesario. Me pregunto por qué Andrei ha dado ese paso y entonces se me ocurre que tal vez no ha despedido a Anna, sino que ella ha hecho lo mismo que pretende hacer Dominic y ha dimitido en cuanto se han firmado los papeles del gran negocio.

Otra idea cruza mi mente. *¿Y si ella y Dominic están planeando montar un negocio juntos? ¿Y si ya son amantes y ahora quieren ser socios también?*

Es una idea horrible y muy amarga que me hace sentir mal. Entonces recuerdo que esta noche lo voy a saber todo.

Mark está descansando cuando llego a su casa, así que me dirijo al despacho y empiezo a familiarizarme con el estado actual del negocio. Estoy revisando unas facturas cuando llaman a la puerta y entra la doncella de Mark, Gianna.

—Acaba de llegar un paquete para usted, señorita —me dice, y me lo trae. Es una caja de cartón pequeña.

—Gracias, Gianna.

Cuando se va, lo abro. Dentro hay otra cajita verde oscuro y una tarjeta con un monograma con una «A». En la tarjeta pone, escrito a mano con una letra algo garabateada:

Acéptalos esta vez, por el amor de Dios.

Con mi más sincero agradecimiento:

A.

Abro la cajita y ahí están los maravillosos pendientes de rubíes que dejé en la habitación de invitados de Andrei después de la fiesta. Parece que no voy a poder librarme de ellos si Andrei puede hacer algo para impedirlo. Me río bajito y admiro su profundo color. *Bueno, tal vez ahora sí que pueda aceptarlos. Después de todo, si le hubiera cobrado una comisión por el Fragonard, en este momento podría permitírmelos... Visto así, supongo que puedo quedármelos.*

Le escribo una nota de agradecimiento a Andrei, aceptando los pendientes, y la dejo en la bandeja para enviarla luego. Me pongo los pendientes y me miro en un espejo para admirar su impresionante brillo. Eso sí que son joyas de verdad. *Los guardaré como el tesoro que son.*

Después intento concentrarme en mi trabajo y aparto de mi mente la inminente conversación con Dominic.

Capítulo 20

LA EXPRESIÓN de la cara de Dominic cuando abre la puerta de su apartamento me hace sentir aún peor. Está sonriendo de oreja a oreja, le brillan los ojos e irradia energía y emoción. Se le ve más feliz de lo que le he visto en mucho tiempo.

Este negocio le ha estado pasando factura. Incluso parece más joven que la última vez que le vi.

—¡Beth! —Me da un beso sonoro en los labios y me coge la mano—. Cuánto me alegro de verte. —Tira de mí para que entre y en cuanto estamos los dos dentro, me agarra por la cintura y me hace bailar por todo el apartamento como si estuviéramos en una verbena—. ¡Se acabó! —exclama feliz—. ¡Somos libres! —Suelta exclamaciones de alegría y me hace girar sin parar hasta que estoy sin aliento y no puedo parar de reír, incapaz de resistirme a su buen humor. Al final se detiene y caemos juntos en el sofá. Miro la habitación. Es muy masculina y moderna, toda decorada en colores marrón topo y negro. Me doy cuenta de que no he vuelto a ese piso desde que Dominic se fue. Hemos pasado todo el tiempo que hemos estado juntos dos plantas más arriba, en el *boudoir* que Dominic alquiló especialmente para que tuviéramos un lugar privado para nuestros juegos.

Me coge la mano y sonríe mientras me mira a los ojos.

—No tengo palabras para decirte lo feliz que soy, Beth. El negocio se ha terminado y mis honorarios están asegurados. Mañana voy a dimitir. Entonces los dos seremos libres. Soy un hombre nuevo. Es fantástico.

Intento sonreír, pero solo me sale una mueca. Esto es horrible. Lo que debería ser un momento maravilloso y feliz se ha estropeado por culpa de lo que me dijo Anna. *¿Son mentiras? ¿O era la verdad?*

Dominic me mira con el ceño fruncido y la expresión inquieta.

—¿Qué pasa?

No puedo hablar. Solo consigo quedarme mirando su mano grande envolviendo la mía, esa mano suave e increíble que me ha proporcionado tanto placer. Se me hace un nudo en la garganta. Quiero de verdad creer que todo está bien, que me quiere y que Anna es una entrometida con malas intenciones que solo quiere estropear nuestra relación... pero hay preguntas que necesitan respuestas para que pueda recuperar la fe. Odio estas dudas y las quiero desechar de mi mente, pero son persistentes. Solo Dominic tiene el poder de exorcizarlas.

—¿Beth? —Su sonrisa ha desaparecido y sus ojos marrón oscuro expresan mucha preocupación—. Vamos, veo que te pasa algo, ¿qué es?

Intento hablar, pero no sé por qué no puedo, no así, a bocajarro. Reúno todas mis fuerzas y consigo decir con voz forzada:

—¿Y Anna? ¿Cómo lo está celebrando ella?

—No tengo ni idea —me responde—. Todos hemos tomado champán al amanecer cuando firmamos el trato y después me he venido a casa a dormir. La he dejado con Andrei y el resto del equipo y no los he vuelto a ver desde entonces. ¿A qué viene esto?

—¿Qué le has contado, Dominic? Cuando nos vio discutiendo en el Albany, ¿qué explicación le diste?

Se queda muy callado y baja la vista.

—Está bien —dice por fin—. Le he tenido que contar lo nuestro. No se me ocurrió ninguna otra cosa que sonara convincente.

Al responderle, mi voz sigue teniendo un tono antinatural, muy agudo, ahogado.

—¿Y se ha sorprendido?

—Eso es lo más raro: no le ha sorprendido en absoluto. Me ha dicho que había adivinado lo que pasaba entre nosotros la noche de las catacumbas. Nos vio besándonos en el túnel sin las máscaras puestas, ¿te acuerdas? Nos las quitamos en la mazmorra privada y no nos las volvimos a poner hasta que volvimos.

—Así que ya lo sabía. —Intento vincular eso con todos los hechos y circunstancias. *¿Estuvo Anna espiándonos toda la noche?* Aparece flotando una imagen de ella en mi mente: me rodea los hombros con el brazo mientras me enseña el zapato lleno de barro—. ¿Y qué ha dicho?

—Le ha parecido muy divertido... o al menos eso parecía. Nunca se puede saber con Anna. Hay muchas cosas bajo la superficie. A veces se ríe y a mí me suena más bien como un gruñido. Es muy intensa, una de esas personas que sienten las cosas con mucha profundidad y pasión. En ocasiones una pasión exagerada que no es buena para ella. —Dominic de repente parece absorto en sus pensamientos, con la mirada perdida en la media distancia.

Se la está imaginando. La tiene viva en su mente ahora mismo, mientras hablamos.

Estoy furiosa. La quiero fuera de nuestras vidas. Pero primero tenemos que llegar al fondo de todos esos secretos y misterios que nos han perseguido durante las últimas semanas. Me giro para mirarle.

—¿Y qué le has dicho exactamente sobre nosotros? ¿Le mencionaste nuestros juegos? ¿Le contaste lo que pasó antes de que te fueras, los experimentos con los azotes que acabaron en El Manicomio?

—Claro que no —responde—. ¿Por qué iba a contarle eso?

—Entonces es muy raro que sepa todas esas cosas —concluyo.

—No las sabe —se apresura a responder—. No es posible.

—Dominic, las sabe. Me sentó con ella en el dormitorio de Andrei y me contó exactamente lo que pasó entre nosotros. —Sé que mi mirada es acusatoria, pero no puedo evitarlo. James me dijo que mantuviera la calma cuando hablara con Dominic, pero es difícil. Me ha dicho que no se lo ha contado cuando sé que ha tenido que hacerlo. ¿Quién podría habérselo dicho si no? Continúo—. *Yo* no se lo he contado. Ni siquiera le he contado a Laura

qué fue exactamente lo que pasó entre nosotros. Ni James, que sabe más que nadie, lo sabe todo. Lo sabes tú, lo sé yo... y lo sabe Anna. ¿Vas a seguir negándome que se lo has contado?

Veo un destello en sus ojos marrones; la furia está creciendo en ellos. ¿Le he presionado demasiado?

¡Pero necesito respuestas, maldita sea!

—¿Y bien? —insisto.

Me mira fijamente. Se ha puesto un poco pálido y tiene la expresión muy seria.

—Por supuesto que no se lo he contado.

—¿Entonces cómo lo sabe? —le exijo, subiendo la voz.

—¡No tengo ni puta idea! —grita, y se pone de pie. Parece frustrado—. ¿Estás segura de que no lo adivinó por casualidad y tú has rellenado las lagunas y asumido que lo sabe todo?

—Claro que no, créeme. Y tampoco admití nada cuando me lo dijo.

Me atraviesa con una mirada penetrante.

—No se lo he contado, Beth. Tienes que creerme.

Levanto la vista para mirarle y debe de notar algo en mi expresión porque me dice:

—¿Qué? ¿Qué pasa? Hay algo más, ¿verdad? Tienes alguna otra razón para creerla, lo veo en tu cara.

—Vale. —No tiene sentido guardarse cosas—. Ella... sabe lo de las marcas que tienes en la espalda.

Me mira con la boca abierta, desconcertado. Parece genuinamente perplejo. Estoy segura de que no finge y siento un gran alivio. Dominic niega con la cabeza.

—¿Lo *sabe*?

Me levanto también agitada, incapaz de permanecer sentada más tiempo.

—Sí. Disfrutó mucho contándome que lo sabe. —No puedo contarle el resto. Todavía no.

Una expresión extraña cruza la cara de Dominic y se queda muy quieto.

—Te ha dicho algo, ¿verdad? Te ha dicho algo horrible, algo que puede cambiar lo que sientes por mí.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Cómo puede saber todas esas cosas, Dominic? ¿*Cómo*?

Me mira como un niño perdido.

—Beth, ya te lo he dicho. ¡No lo sé! ¿Pero qué te ha dicho?

Voy hasta la ventana, me apoyo en alféizar y miro hacia fuera. Al otro lado, muy cerca, está el otro bloque de apartamentos y veo perfectamente el piso que está justo enfrente. Es donde yo viví durante los calurosos meses de verano, cuando vine a Londres a pasar una temporada. A través de esa ventana entreví a Dominic por primera vez y me pregunté quién sería. El salón está vacío, pero en una mesa auxiliar se ve el brillo tenue de una lámpara cuyo resplandor hace relucir las paredes lacadas en color plata. Celia

no está. Si estuviera, tendría la tentación de ir hasta allí, abrirle mi corazón y pedirle consejo. Deseo por un momento estar allí otra vez, en mi primera noche en Londres, con el corazón hecho pedazos después de haber roto con Adam, ajena a todo el placer y el dolor que me esperaban si miraba por esa ventana. Sabiendo lo que sé ahora, ¿me atrevería a mirar?

Depende...

Me giro y miro a Dominic, que está de pie en medio del salón observándome. Una parte de mí sufre por él, porque la felicidad de hace un momento se ha desvanecido por completo, su alegría se ha esfumado. Pero si no puede explicarme cómo sabe Anna esas cosas privadas, ¿qué se supone que voy a pensar yo?

—Me ha dicho... —Mi voz es baja y monótona, como si no quisiera imprimirle ninguna emoción a las palabras— que ella y tú sois amantes y que ha sido ella la que te ha hecho esas marcas al azotarte... antes de que los dos hicierais el amor.

Dominic deja escapar una exclamación ahogada de incredulidad y pone los ojos como platos. Entonces se echa a reír de una forma demasiado alta y forzada.

—¡Oh, vamos! Dios, dame fuerzas... No te habrás creído esas tonterías, ¿no?

Solo me quedo mirándole. Veo cómo crece su ira. Extiende los brazos con las palmas hacia arriba, como si me estuviera suplicando.

—Beth, tú no... no es posible... ¡no *puedes* haberla creído!

—No la creí, pero... —Niego con la cabeza un poco agobiada. No puedo dejar de darle vueltas y más vueltas a esto. Cierro los puños—. ¿Cómo lo sabe? —grito—. Eso es lo que no entiendo. ¿Cómo puede *saberlo*?

Se acerca a mí, me agarra un brazo con cada mano y casi me sacude por la frustración.

—No soy su amante, ¿me oyes? Una vez, mucho tiempo atrás, casi pasó algo entre nosotros, pero fue solo atracción física. Cuando empecé a acercarme a ella no me gustó nada lo que vi. No me importa tenerla a cierta distancia: es divertida y muy buena en su trabajo. Pero nunca he podido conectar con ella. Es demasiado estrafalaria y excéntrica para mí. En serio, Beth, es inestable, pero la gente no lo ve porque es una belleza y tiene ese cuerpazo. Eso es lo único que ve todo el mundo y nadie quiere saber cómo es en realidad. Pero se trata de una ilusión óptica. Si la miras bien, la belleza desaparece y ves lo que hay debajo.

Mientras habla, recuerdo a Anna sentada en la cama anteayer: la sonrisa escarlata tiñéndose de malevolencia y los ojos verdes brillando con un punto hostil y destructivo. Sé a lo que se refiere cuando describe que su belleza desaparece cuando la miras bien; es como si un ángel al mirarte desvelara su verdadera cara de demonio.

No digo nada. Dominic no deja de mirarme, sus ojos oscuros echando chispas y a la vez suplicantes. Me suelta los brazos, se acerca a un sillón y se

sienta.

—Está bien —me dice con una voz apagada, casi de derrota—. Te contaré lo mío con Anna.

Siento un vuelco frío en el estómago. *Oh, Dios, no. ¿Ha llegado el momento? ¿Es su confesión?* No quiero oírla si va a hacer que mis peores miedos se conviertan en realidad, pero tampoco voy a hacer nada para detenerle. Tengo que escucharle. Necesito saberlo.

Me siento en una silla junto a la ventana dispuesta a oír lo que tiene que decirme.

Empieza con voz serena y uniforme.

—Cuando la conocí, me quedé obnubilado como todo el mundo, lo admito. Yo no tenía pareja y ella tampoco, y nos sentimos atraídos el uno por el otro. Una noche, después de un gran negocio en el que ganamos mucho dinero, nos fuimos a tomar unas copas juntos. A veces el éxito te da un subidón tremendo: te sientes poderoso, temerario... cachondo. Así era como nos sentíamos Anna y yo esa noche y decidimos emborracharnos juntos.

—Y os acostasteis —apunto con una voz gélida.

Me hace callar con una mirada.

—La verdad es que no. Casi preferiría que lo hubiéramos hecho, porque entonces nada de esto habría pasado. Cuanto más bebíamos, más desinhibidos estábamos. Empezamos a hablar de sexo y ella me contó algunas cosas bastante salvajes. Le gusta mucho el sexo, más que a cualquier otra persona que yo haya conocido, y haría cualquier cosa que crea que la va a excitar. Pero nunca había sido sumisa. Cuando le conté lo de mi... carácter, eso le puso mucho. Quería que la iniciara en las relaciones amo/esclava. Estaba fascinada con el tema.

—Seguro que te encantó. —Intento mantener la voz neutral, aunque por dentro me siento morir con cada palabra que dice. ¿Así que Anna quiso que fuera su amo? ¿Cómo pudo resistirse a eso? Imagino ese cuerpo perfecto agachado y exponiendo su ágil y suave trasero para que la azoten.

—La llevé a El Manicomio —continúa como si no me hubiera oído—. Íbamos a ir a la mazmorra para empezar desde ahí. Pero...

Se detiene y se queda mirando al vacío, recordando.

—¿Pero? —repito.

—Algo me detuvo. Algo que vi en sus ojos. Tuve la clarísima sensación de que era inestable y que podía liberar algo muy peligroso dentro de ella. La mazmorra es un lugar donde examinamos el lado oscuro de nuestras fantasías y hacemos realidad nuestros miedos. Pero siempre hay una parte de nosotros que permanece en el mundo real, la parte a la que accedemos a través de la palabra de seguridad o de esa voz que nos recuerda que toda la situación es un juego. Podemos sentir que nos estamos abandonando por completo a nuestra fantasía, pero no es así. El problema es que hay gente que pierde la capacidad de distinguir entre la ficción y la realidad. Quieren llevarlo todo lo más lejos posible. A veces entran en un lugar que constituye la frontera más lejana de lo

que el ser humano puede aguantar. Tal vez van incluso más lejos. Supe de repente y con total seguridad que Anna es una de esas personas. Y no pude hacerlo. No pude arriesgarme a abrirle las puertas hacia esas posibilidades.

Apenas puedo respirar. Creo que entiendo lo que está diciendo. Ahora está muy tranquilo y muy serio. Me mira y de repente siento un gran amor por él. Mi Dominic. Su oscuridad no es tan oscura. Puede que sus fantasías sean de control y dominación, pero en la realidad es bueno, cariñoso y comprensivo. Es justo lo opuesto a una persona como Anna.

—Intentaste salvarla de sí misma.

Se encoge de hombros.

—Haces que parezca muy noble. Pero la verdad es que dejé de desearla. La conexión desapareció y no pude seguir. Así que nunca llegó a pasar.

—¿Y por qué está diciendo todas esas cosas ahora?

Dominic parece incómodo.

—Beth, debería habértelo contado antes, lo sé, pero de verdad que pensé que no importaba y que no te iba a afectar en absoluto.

—¿De qué se trata? —le pregunto. El miedo, que había empezado a calmarse, se reactiva de nuevo—. ¡Dímelo ya!

Dominic suspira.

—Vale. La verdad es que Anna nunca superó el hecho de que la rechazara y no quisiera acostarme con ella. Creo que vio en mis ojos cómo se desvanecía mi lujuria y me parece que no le había pasado eso nunca. Me convertí en un desafío. Durante meses tuve que rechazar sus atenciones. Era incansable en sus intentos por seducirme; seguro que nunca has visto a una mujer esforzarse tanto. Pero cuanto más la rechazaba, más insistía y más le excitaba todo aquello. Llegué a pensar en acostarme con ella solo para que lo dejara, pero para entonces ya era imposible. Ya no me apetecía. No la deseaba y ella lo *sabía*. —Sonríe un poco desconcertado—. Estábamos atrapados en un círculo vicioso: cuando más lo intentaba ella, menos la deseaba yo, y al verlo, se ponía inmediatamente a intentarlo todavía con más ahínco. Pensé que al final se rendiría y me dejaría en paz, y cuando Andrei y ella empezaron a acostarse juntos pareció que así era. Le encantaba ese juego que se traía con él en el que fingía que era una aristócrata para que él creyera que se estaba tirando a alguien de la realeza. Anna viene de una familia absolutamente respetable, pero no es duquesa, eso te lo aseguro. Andrei vio su exterior dulce y sus ojos verdes y solo oyó su canto que decía: «métete conmigo en la cama y fóllame para siempre». Y eso era más que suficiente para él.

—¿Y a ti te dejó en paz? —le pregunto. No me atrevo a hablar para no interrumpir su discurso, pero tengo que saberlo.

Dominic me mira con una mueca.

—No exactamente. Me contó que se estaba acostando con Andrei para darme celos. Y me dijo que si no le daba lo que quería, haría que él me despidiera.

—Te amenazó...

—Sí. —Dominic se encogió de hombros—. Pero no tuvo consecuencias, por supuesto. No me da miedo Anna, por muy loca que esté. Sé que Andrei no haría nada solo porque ella se lo pidiera. Él no acepta órdenes de nadie.

—Por eso era por lo que no querías que nadie se enterara de lo nuestro —digo despacio. Las cosas empiezan a encajar en su sitio.

Asiente.

—No quería empeorar aún más la situación. Dejar atrás a Dubrovski también significaba librarme de ella. Y la vía de escape estaba tan cerca que pensé: ¿para qué complicar las cosas? Por eso era mejor que mantuviéramos lo nuestro en secreto.

Cuando lo pienso, me tranquilizo. Tiene sentido. Y encaja con el comportamiento que he visto en Anna.

—Pero —digo con el ceño fruncido— se lo tuviste que contar cuando nos vio el otro día en el Albany.

Asiente.

—Sí. Como te he dicho, aseguró que lo sabía ya desde el día de las catacumbas.

¡Mira mis zapatos! Anna me señala sus zapatos de tacón de aguja llenos de barro, echa atrás la cabeza y se ríe; entonces se tambalea y casi se cae encima de mí. Sacudo la cabeza para apartar el recuerdo.

—Y la verdad es que ahora todo cobra sentido —prosigue Dominic—, porque durante esta última semana Anna me ha estado diciendo cosas raras... sobre ti.

—¿Ah, sí? —Un relámpago helado de miedo me recorre la nuca y la espalda—. ¿Qué cosas?

—Cosas sobre Andrei y tú.

—¿Cómo qué? —Mi voz suena muy tranquila, pero por dentro me estoy retorciendo por la culpa y el miedo. Oigo la voz de Anna otra vez: «¿no quieres saber quién te folló en la cueva, Beth?».

Oh, Dios mío. ¿Qué le ha dicho? De repente me doy cuenta de que las mentiras pueden utilizarse en ambas direcciones y el estómago me da un gran vuelco. *Mentiras sobre él. Y sobre mí también.*

Dominic me está mirando directamente con ojos sinceros.

—Me dijo que vosotros estabais intimando y que creía que Andrei estaba interesado en ti y tal vez tú también en él. No la creí, por supuesto. Sabía que era otra de sus historias para ponerme celoso. —Suelta una carcajada breve, ácida y sin humor—. Incluso me dijo que al entrar en la cocina os encontró besándoos.

Abro la boca, pero no consigo hablar. Un rubor terrible aparece en mi cara. Al verlo, la cara de Dominic cambia y su expresión se vuelve desconcertada, incierta.

—Mentía, ¿verdad? —dice muy despacio.

Siento que tengo las mejillas de color escarlata y sé que debo parecer mucho más que culpable.

—No nos besamos —digo, pero las palabras me salen de una forma balbuceante y muy poco creíble.

—«No nos besamos» —repite—. Nos...

—¡No lo hicimos!

—Pensaba que dirías «*yo* no le besé». No «no *nos* besamos».

—¿Y cuál es la diferencia? —pregunto, y el miedo hace que parezca estar a la defensiva y que dé una impresión aún mayor de culpabilidad—. El hecho es que no nos besamos. Yo no le besé.

—Pero casi lo hacéis, ¿verdad? —Me está mirando fijamente y veo dolor y furia en su cara.

Mierda, ¿cómo se lo explico? ¿Cómo puedo contarle que yo estaba intentando decirle a Andrei que me dejara en paz cuando se acercó, su cercanía me dejó petrificada, y fue entonces cuando intentó poner su boca sobre la mía? Está muy claro en mi mente, pero no consigo que las palabras lleguen a mis labios. Y sé que, aunque consiga explicárselo, ya parezco y sueno culpable.

—No nos besamos —repito tercamente—. No me interesa Andrei Dubrovski. Te lo juro por mi vida.

Dominic se levanta, se mete las manos en los bolsillos y se pone a caminar por la habitación como un abogado que estuviera evaluando a un testigo en un juzgado.

—Tal vez haya más verdad en las palabras de Anna de lo que he querido creer. Me ha dicho que has estado coqueteando con Andrei. Y que te ha regalado joyas, unos pendientes de rubíes que al parecer valen una fortuna. ¿Es cierto?

—Sí... Pero he intentado devolvérselos...

—¿Ah, sí? —Desvía los ojos hacia mis orejas y ve los rubíes que brillan en mis lóbulos. Se produce un cambio horrible en su cara y suelta—: Parece que no lo has intentado con suficiente insistencia. —Su voz está llena de desprecio—. No me puedo creer que los lleves puestos. Las joyas que te ha regalado él. Y te las pones para venir a verme a mí. —Se saca una mano del bolsillo y en ella tiene una cajita cuadrada, marrón y con el borde dorado. La caja de una joyería. *La caja de un anillo*—. Te iba a dar esto hoy. —Se ríe amargamente y lo tira al sofá—. Pero supongo que te parecerá poco después de lo que te ha regalado Andrei, ¿no?

Me pongo de pie también. *¿Cómo ha llegado la situación a esto?* Siento una gran furia.

—¿Y cuándo ha pasado esta conversación a tratar sobre mí? ¿Y *tú*? —Veo la cajita del anillo tirada sobre el sofá. Aunque es muy pequeña, parece lo bastante grande para contener todos mis sueños destrozados. Me siento como si todo se estuviera precipitando en una avalancha de palabras furiosas, sospechas, miedos y culpas.

—Supongo que empezó a tratar sobre ti cuando me he enterado de que has cogido la costumbre de andar por ahí besando a Dubrovski y aceptando sus

regalos. —La voz de Dominic es fría, y su expresión, dura.

—¡No le he besado! —le grito—. Y los pendientes son su manera de darme las gracias por mi trabajo. Me los acaba de dar hoy, ¡por eso los llevo! No son una indicación secreta de mi pasión por tu jefe, que te quede claro.

Nos quedamos de pie mirándonos, con los ojos echando chispas y respirando con dificultad a causa de la furia indignada y el orgullo herido.

Por la forma en que Dominic aprieta con fuerza los puños hasta que los nudillos se le quedan blancos sé que está experimentando emociones muy fuertes. Estamos intentando guiarnos por el sentido común, pero se está volviendo cada vez más difícil según se van revelando las cosas que nos hemos estado ocultando el uno al otro. La posibilidad de que se produzcan revelaciones horribles y de que se rompa la confianza de repente parece estar más cerca que nunca.

—¿Cómo sabe Anna lo de las marcas en tu espalda? —le chillo. *¡Yo soy la parte más perjudicada aquí!*—. Es lo único que quiero saber. Dímelo.

Dominic tiene la respiración acelerada y la expresión iracunda. Sus labios forman una fina línea. Cuando habla, su voz es dura como el acero.

—Quiero que me jures por tu vida que no ha pasado nada entre tú y Dubrovski. Vamos, Beth. Júramelo.

Le miro. *Júralo*, me ordeno. *Eres inocente. Díselo.*

Pero me viene un recuerdo a la mente. Estoy contra una fría pared de roca en las catacumbas. Un hombre me está follando con fuerza desde detrás y no llego a verle la cara. Solo me habla en susurros, no oigo el verdadero tono de su voz. Sé en el fondo de mi corazón que Dominic nunca me ha confirmado al cien por cien que era él. He querido tan desesperadamente que fuera él que me lo he creído. Pero la verdad es que existe la posibilidad de que fuera Andrei.

¡Júralo! ¡Ahora!

No puedo. No puedo jurar por mi vida que no ha pasado nada, porque hay una pequeña posibilidad de que sí pasara.

La cara de Dominic está cambiando. Ha aparecido el horror en su expresión y en sus ojos casi puedo ver cómo su amor se hace pedazos y se convierte en polvo.

—Beth —me dice con la voz rota—. No. Por favor, Beth, júrame que no ha pasado nada entre vosotros.

Abro la boca. Intento decirlo. Pero no puedo.

Se cubre la cara con las manos.

—Oh, Dios, no. Esto no. No puedo soportarlo. Tú y él no...

Quiero correr hacia él, agarrarle y obligarle a escucharme. Quiero contárselo todo, soltarlo por fin: todas mis esperanzas, mis miedos y mis preocupaciones, todo lo que he sufrido desde aquella noche en las catacumbas. Pero no lo hago. Estoy petrificada, rígida y fría como una traidora. En vez de eso digo con una voz que ni siquiera me parece la mía:

—¿Cómo sabe lo de las marcas de tu espalda?

—¡No lo sé! —me grita tan fuerte que me sobresalta.

—¿Lo sabe porque te las ha hecho ella? —insisto. Quiero que deje de imaginarme con Andrei. Solo pensar en las imágenes que puede tener en su cabeza siento náuseas.

—¡No! ¡No! Por Dios, no me las hizo ella.

—¿Quién te las hizo entonces?

—¡*Yo*! —exclama—. Ahora no importa, ya no. Mierda. —Se acerca a la mesa del comedor, apoya las manos en ella y se inclina como si no tuviera la fuerza suficiente para sostenerse.

No puedo creer lo que he oído.

—¿Te las hiciste *tú*?

Me mira con cansancio y casi me veo obligada a retroceder ante el frío de sus ojos.

—Sí. Me he estado castigando por hacerte daño. Después de lo que pasó el domingo, cuando tuviste que utilizar la palabra de seguridad, me sentía tan atormentado que intenté quitarme la tentación de que mi deseo fuera demasiado lejos azotándome.

Mortificación de la carne. ¿Dónde he oído esas palabras antes?

—Ya lo sabes. No fue Anna. Fui yo. Con un látigo con nudos. Intentaba purificarme. —Cierra los ojos y parece abatido—. Ríete si quieres.

—No tengo por qué reírme —le digo con un hilo de voz. Me siento fatal porque se haya maltratado así, castigándose por haberme hecho daño—. No tienes que hacerte eso.

—Ahora ya lo sé —me dice con amargura.

—No me refería a eso...

—Beth. Por favor. Ya sabes la verdad. Te aseguro que no sé cómo sabe Anna que tengo marcas en la espalda, pero lo sabe. No sé cómo se ha enterado de lo que pasó entre nosotros en la mazmorra... Tal vez lo adivinó. Pero te juro que soy inocente. Y tú no puedes decirme lo mismo. Eso es todo lo que necesito saber.

—Dominic... —Mi voz tiene ahora una nota de súplica. Se ha disipado mi enfado. Está siendo sincero y ahora yo quiero ser sincera con él y contarle toda la historia.

Me mira con una esperanza en los ojos.

—¿Puedes jurármelo?

¡Júraselo, por Dios!

Niego con la cabeza lentamente.

—Joder. —Escupe la palabra con una gran amargura y después dice sin emoción—. Vete. Por favor. Vete.

Intento hablar, pero me interrumpe.

—Vete. Te lo estoy suplicando. No puedo soportar verte ahora.

Me doy cuenta de que no tiene sentido continuar. Voy hasta la puerta y me giro para mirarle. Está apoyado en la mesa, contemplando su superficie con los hombros hundidos como si estuviera derrotado. Le necesito muchísimo, pero a la vez siento que ahora mismo estamos a miles de kilómetros el uno del

otro.

—Adiós, Dominic —le digo en voz baja—. Ya sabes dónde estoy cuando quieras hablar.

No dice nada. Ni siquiera se vuelve para verme marchar.

Siento como si estuviera cerrándole la puerta a mis sueños. *Creo que se ha terminado. Ha pasado de verdad.*

No. Mientras yo crea en ti y en lo que tenemos, lucharé por ti, Dominic. Lo prometo.

Epílogo

EL DESPEGUE es muy suave y apenas me doy cuenta de que ya estamos en el aire. El avión es muy lujoso; supongo que el que nos llevó a Mark y a mí a Francia no era más que uno de la flota y este es obviamente el principal, el Air Force One de Dubrovski. Ya estamos de camino a Rusia.

Andrei me ha enseñado los dos dormitorios que hay en el avión, cada uno decorado como una suite de alguno de los mejores hoteles del mundo. Ahora estamos sentados en un asiento de cuero en el salón del aparato y Andrei tiene delante una taza de café y un montón de fotos.

—Beth —me dice—, ¿cuál de estas te parece mejor?

Dejo la revista que estaba hojeando, me levanto de mi asiento y me acerco para ver lo que está mirando. Sobre la mesa delante de él hay fotografías de unos niños en una habitación muy alegre decorada con pósters y llena de libros y juguetes. Los más pequeños tienen menos de diez años y están sentados en cojines de colores brillantes leyendo libros o jugando con juguetes. Algunos disfrutan en columpios de plástico y llevan sombreros divertidos. Otros están protegidos por delantales, tienen en la mano pinceles y se les ve con expresión concentrada pintando en hojas de papel.

—Me gusta esta —me dice señalando una foto de dos niños con cara angelical inclinados encima de un puzle.

—¿Para qué son? —le pregunto.

—Es material publicitario para un orfanato que patrocino en Rusia. Siempre estamos buscando nuevos benefactores que ayuden a financiar el trabajo que se hace allí. Y también esperamos ablandar algún que otro corazón para que alguno de estos niños encuentre unos padres que le quieran.

Le miro y me doy cuenta de cuánto se le ha suavizado la expresión al mirar esas fotos.

—Algún día podrías venir a visitarlo conmigo —me propone—. Te encantarían esos críos. Ojalá pudiera darles un hogar a todos, pero esto es lo mejor que puedo hacer por ellos.

—Parece que los cuidan bien. —Estoy viendo un lado de Andrei que no sabía que existía—. El orfanato parece un lugar maravilloso.

Asiente.

—Sí, insisto en que así sea. Un lugar limpio, feliz y bien equipado. —Me mira fijamente con sus ojos azules—. Yo también soy huérfano, ¿sabes? Sé bien cómo es. Pero yo estuve en un orfanato durante los años de la Unión Soviética. No era nada divertido. Por eso les digo siempre que pongan muchos colores por todas partes. Los niños los necesitan: les ayudan a sentirse más felices.

Siento pena por él. No es de extrañar que ahora sea tan duro y tan brusco con esa infancia. Pero ahora puede hacer algo para que otros niños no tengan

que crecer así.

—Estoy de acuerdo contigo. La foto del puzle es la mejor.

—Bien, entonces pondremos esta. —Se acomoda en el asiento, satisfecho, y me mira otra vez con esos ojos penetrantes, leyéndome como un libro abierto —. Beth, ¿estás bien? Se te ve muy triste.

Sonrío, pero sé que es una sonrisa algo débil.

—Estoy bien, de verdad.

No lo estoy, por supuesto. Estoy muy confusa. No he sabido nada de Dominic y no me ha contestado al mensaje que le he mandado, en el que le pedía que nos viéramos para que pudiera explicárselo todo.

No ha pasado nada con Andrei. Te explicaré por qué no pude jurártelo. Vamos a vernos para aclararlo todo. Por favor, Dominic, no dejes que Anna destruya lo nuestro.

Pero mis palabras no le han convencido. Casi no puedo soportar el dolor; solo puedo seguir adelante porque estoy intentando no sentir nada. No he conseguido asimilar que tal vez se haya acabado. Cuando dejo que esa idea entre en mi mente, me parece tan terrible que tengo que apartarla de inmediato. Me digo que no voy a dejar que esto acabe y me niego a pensar que ya ha llegado el final.

—Ha sido una semana muy extraña —dice Andrei, pensativo—. Yo he ganado y perdido mucho. He ganado mucho dinero con ese negocio que ha salido bien. Pero he perdido a Dominic, mi empleado de confianza. —Niega con la cabeza—. Debería haberlo visto venir. He sido un tonto al no anticiparlo.

—¿Ha dimitido? —le pregunto. El estómago me ha dado un vuelco al oír su nombre. Solo eso es una dulce agonía.

—Sí. Cree que puede ganarme jugando a mi propio juego —responde Andrei, y niega con la cabeza—. Ya aprenderá.

—¿Y no estás... enfadado con él? —le pregunto vacilante. Dominic siempre ha temido lo que podía hacer Andrei cuando se fuera.

—Enfadado no es la palabra —dice Andrei. Se arrellana en el asiento y cierra los ojos un momento—. Un poco aburrido de tener un nuevo adversario, eso es todo.

—Seguro que no va a ser un adversario... —empiezo a decir, pero Andrei abre los ojos y me interrumpe.

—Ya conoces el dicho: «quien no está conmigo está contra mí». Y esa filosofía me ha funcionado bien durante años. No te preocupes. Estoy seguro de que puedo manejar a Dominic.

—Pero él ha aprendido de ti todo lo que sabe —señalo—. Tal vez también haya aprendido cómo superarte.

—¡Ja! —La carcajada de Andrei es fuerte y breve—. Eso me gustaría verlo, de verdad. Pero seguro que no es así.

—También has perdido a Anna —le digo—. ¿Ella también se va a establecer por su cuenta?

—No —responde Andrei escuetamente—. Y no la he perdido. La he echado.

—Me dijiste que me ibas a contar por qué.

—No creo que te haya dicho eso, pero supongo que tampoco importa. —Andrei le da un sorbo a su café antes de responder—. La despedí porque descubrí que tenía drogas alucinógenas y sospecho que me las ha estado echando en las bebidas. Eso explicaría algunas de las experiencias más extremas que he tenido con ella mientras hacíamos el amor. Siempre pensé que debía de ser efecto del vodka... pero ahora no puedo estar seguro.

Me quedo sin aire, como si me hubieran dado un puñetazo. El recuerdo se reproduce en mi mente como si fuera una película. Estoy en las catacumbas al lado de la barra y también está Anna, que se tambalea y cae sobre mí. Me coge la bebida. Me enseña los zapatos y dirige mi atención a la pista de baile. Y después me devuelve la copa.

«*¿No quieres saber quién te folló en la cueva, Beth?*»

¡Fue ella! Ella me drogó la bebida. Ahora estoy segura. Siento una oleada de horror mezclada con alivio.

—¿Qué ocurre, Beth?

—Te acusé a ti de drogarme, ¿no te acuerdas? —le digo nerviosa.

—Claro.

—Pero no fuiste tú, ni el camarero, fue Anna. Se acercó a mí y supongo que me echaría algo entonces...

Andrei frunce el ceño.

—Nunca he comprendido por qué piensas que estabas drogada...

—Porque yo... porque me sentía muy extraña y desconcertada y después me desmayé. Y ahora que sabemos que Anna te ha hecho lo mismo a ti, tiene sentido, ¿no?

—Puedo entender que me drogara a mí para aumentar el placer que sentía con ella y así mantenerme a su lado. ¿Pero qué motivo podría tener para drogarte a ti?

Le miro y él me devuelve la mirada con esos ojos azules impasibles, la expresión seria y ni un atisbo de sonrisa en la boca. *Pregúntaselo. Pregúntale si hizo el amor contigo esa noche. Hazlo.*

—Creo que estaba celosa de mí —digo—. Quería causar daño.

—¿Y lo hizo? ¿Te pasó algo malo?

Hablo muy despacio, tanteando para encontrar el camino que me ayude a descubrir lo que necesito saber.

—No lo sé. Yo... no estoy segura. Puede que tuviera alucinaciones e imaginara cosas que no pasaron.

Eleva ambas cejas.

—¿Ratones que hablan? ¿Arcoíris? ¿Elefantes rosas con alas?

—No... Algo más personal que eso.

—¿Una alucinación? —me pregunta en voz baja—. ¿O algo que esperas que fuera una alucinación?

—Andrei, tú me encontraste en la cueva, ¿verdad?

—Sí.

—¿Estaba dormida o despierta?

—Ambas cosas. Entrabas y salías de una especie de ensoñación feliz. Hablabas de Dominic, pero no pude entender qué decías exactamente.

Siento felicidad y dolor al mismo tiempo. ¡Entonces estuve con Dominic! Me dejaría cuando oyó a Andrei acercarse y no lo recuerdo por culpa de esa maldita droga.

Oh, Dominic, ¡podría habértelo jurado y te habría dicho la verdad! Debería haber confiado en mi instinto y haberte preguntado directamente por lo de la cueva. Entonces no nos habríamos visto envueltos en este terrible lío...

Quiero coger el teléfono y llamarle ahora mismo, explicarle el error terrible que hemos cometido, pero no puedo. Ahora mismo no. Tengo que controlarme y esperar hasta que tenga la oportunidad de estar a solas.

Andrei me observa con un interés sereno.

—Beth, déjalo todo atrás. Olvídalo pasara lo que pasara. ¿Qué importa ya? Anna se ha ido. Y lo hecho hecho está. —Me sonríe—. Me alegro mucho de que vengas a Rusia conmigo. Creo que podemos disfrutar mucho de estos días ahora que tú y Dominic ya no mantenéis una relación.

Suelto una exclamación ahogada.

—¿Cómo sabes eso? —digo sin pensar.

—Me preocupo de saberlo todo sobre mis empleados. Y créeme, estás mejor sin él. Y mucho más ahora que ha cometido el error de dejar de trabajar para mí.

—Tal vez estés mal informado —le respondo, aunque sé que suena a intento desesperado—. A Anna le gustaba contar mentiras, ¿sabes? Si ha sido ella quien te lo ha contado...

—Hum... Vamos, Beth. —Se inclina hacia mí con los ojos brillantes y me dice en voz baja—: Se acabaron los juegos.

Se me hiela la sangre. Ya he oído esa frase antes. Esas mismas palabras. En las catacumbas. Mi amante me las susurró al oído mientras le suplicaba que me follara. No puedo respirar, el corazón me late con fuerza y noto un sudor frío sobre la piel. Todo lo que creía que sabía vuelve a dar un vuelco.

Andrei se vuelve a acomodar en su asiento con la expresión impasible de nuevo.

—Relájate, Beth. Puedes disfrutar mucho de este viaje si te dejas llevar y te lo pasas bien. Olvídate de Dominic, ha quedado en el pasado. Ahora mira al futuro.

Intento mantener la calma, pero dentro de mi cabeza un montón de pensamientos están confusos y reclamando mi atención. Pero solo uno sale a la superficie, más fuerte y más persistente que los otros, mientras el avión se aleja de todo lo que conozco y amo para dirigirse a un país extraño con este hombre misterioso a mi lado.

Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

Agradecimientos

Gracias a todos aquellos que me han ayudado en este viaje: a Harriet por su sabiduría editorial y todos sus ánimos, a Justine por su ojo preciso y sus excelentes sugerencias, y a Lucy por su apoyo incondicional y sus geniales ideas. Gracias a todos los de la editorial Hodder por el duro trabajo que han hecho con este libro.

Gracias a ti también, Lizzy, por tus consejos y tu apoyo, y a mi marido, que me ayuda para que pueda seguir escribiendo.

También quiero darles las gracias a todos los que me han enviado esos mensajes maravillosos a través de Twitter para decirme que les ha gustado el libro. Significan mucho para mí. ¡Gracias a todos!

Título original: *Secrets After Dark*

Esta obra ha sido publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2012 por Hodder & Stoughton, una empresa de Hachette UK

Edición en formato digital: 2014

Copyright © Sadie Matthews, 2012

El derecho de Sadie Matthews a ser identificada como la autora de la obra ha sido confirmado por ella, de acuerdo con la ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988

© de la traducción: M.ª del Puerto Barruetabeña Diez, 2014

© Punto de fuga. Grupo Anaya, Madrid, 2014

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-206-8827-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico,

mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es